

# REVISTA DE HISTORIA MILITAR



Año XXI

1977

Núm. 42

SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA  
DE  
HISTORIA MILITAR



Año XXI

1977

Núm. 42

**DIRECTOR:** Excmo. Sr. D. José Clavería Prenafeta, General de Ingenieros, D. E. M.

**REDACTOR JEFE:** D. José María Gárate Córdoba, Coronel de Infantería.

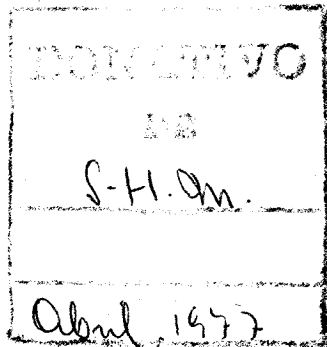
**CONSEJEROS DE REDACCION:** D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor y D. José Manuel Martínez Bande, Coronel de Artillería.

**REDACTORES:** D. Juan Barrios Gutiérrez, Teniente Coronel de Artillería, y D. Mariano Aguilar Olivencia, Comandante de Infantería.

**SECRETARIO DE REDACCION:** D. Eugenio de Santos Rodrigo, Teniente Coronel de Infantería.

**ADMINISTRADOR:**

D. Emilio Becerra de Becerra, Capitán de Oficinas Militares.



Redacción y administración  
MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03 00

## SUMARIO

	<u>Páginas</u>
La participación militar de Francia en la toma de Pensacola, por RENÉ QUATREFAGES ... ..	7
El general José Miranda, un héroe olvidado, por JULIO REPOLLÉS DE ZAYAS (†) ... ..	31
La expedición pacificadora al río de La Plata de 1819, por STELLA-MARIS MOLINA MUÑOZ ... ..	51
Los voluntarios realistas de Andalucía, por ALFONSO BRAOJOS GARRIDO ... ..	77
La expedición carlista del general Gómez, por LUIS LAVAUUR ... ..	105
La improvisación de oficiales en la Guerra del 36, por JOSÉ MARÍA GÁRATE CÓRDOBA ... ..	153

### BIBLIOGRAFÍA

*Historia y Poesía en torno al Cantar del Cid*, de Jules Horrent; *Caminos de Mio Cid*, de Manuel Bayo; *España en sus héroes*, de José María Gárate Córdoba; *Alféreces Provisionales*, de José María Gárate Córdoba; *Historia política de las dos Españas*, de José María García Escudero; *Asturias en la guerra civil*, de Oscar Muñiz; *La rebelión de los generales*, de Federico Bravo Morata ... .. 193

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos de esta revista reflejan únicamente la opinión personal de los autores.



Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar, e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Depósito legal: M. 7.667 - 1958

---

TALLERES GRAFICOS «VELOGRAF» — TRACIA, 17 — MADRID - 17

## LA PARTICIPACION MILITAR DE FRANCIA EN LA TOMA DE PENSACOLA \*

por RENE QUATREFAGES

Doctor en Historia

Miembro de la Sección Científica de la Casa Velázquez

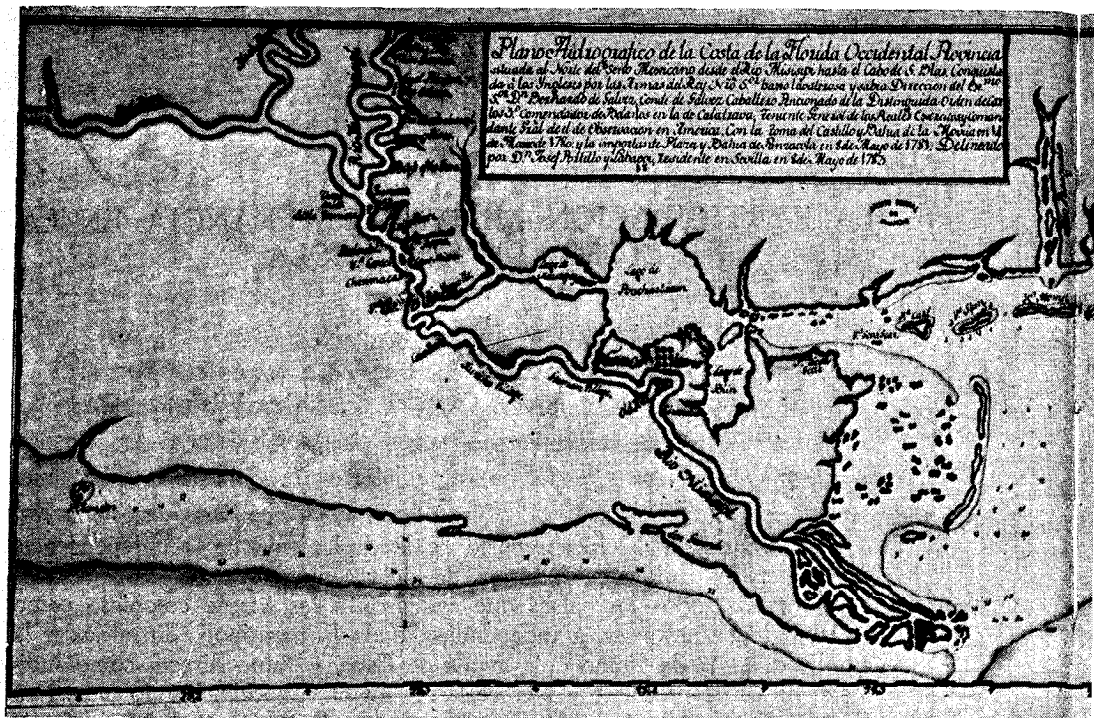
La celebración del bicentenario de la declaración de la independencia de los Estados Unidos de América, da lugar a numerosas reconsideraciones históricas en todos los países que ayudaron a las «trece colonias» como se las llamaba entonces, a independizarse de la metrópoli. Sin alcanzar la amplitud de la de Francia, la ayuda de España, tanto directa como indirecta, no es despreciable y merecería ser mejor conocida, por lo menos en Francia. En aquella época los ejércitos de los dos países trabajaban juntos para el triunfo de la política de los Borbones. Querriamos exponer aquí un episodio muy concreto de esta acción común. Por lo demás los casos de colaboración militar tan ejemplares, son más bien escasos en nuestras dos ricas historias y vemos en ellas una razón suplementaria para recordar éste.

Recordaremos que la misma dinastía reinante en los dos lados de los Pirineos, las cortes de Versalles y Madrid, habían firmado el 15 de agosto de 1761 un tratado pasado a la historia bajo el nombre de «Pacto de Familia» (1). Como consecuencia, España debía entrar en guerra al lado de su aliado contra Inglaterra el 16 de enero de 1762. En América el balance de las operaciones militares fue desastroso. Los ingleses se apoderaron de La Habana y de Manila y hubo que hacer proposiciones de paz. En el tratado de París (10 de febrero de 1763) España perdió las Floridas Occidental y Oriental, pero en compensación Francia le cedió Luisiana.

---

\* Abreviaturas: A.H.N.—Archivo Histórico Nacional. Madrid. A.G.I.—Archivo General de Indía. Sevilla. A.G.S.—Archivo General de Simancas (Guerra moderna). A.N.—Archives Nationales (Marine). París.

(1) En 28 artículos desarrollaba el principio de que «quien ataca a una Corona, ataca a la otra»; las bases principales eran que los dos soberanos se obligaban a considerar toda potencia que fuese enemiga de uno, como si lo fuese de ambos, a defender recíprocamente sus Estados en todas partes del mundo y a socorrerse mutuamente con fuerzas de mar y tierra.

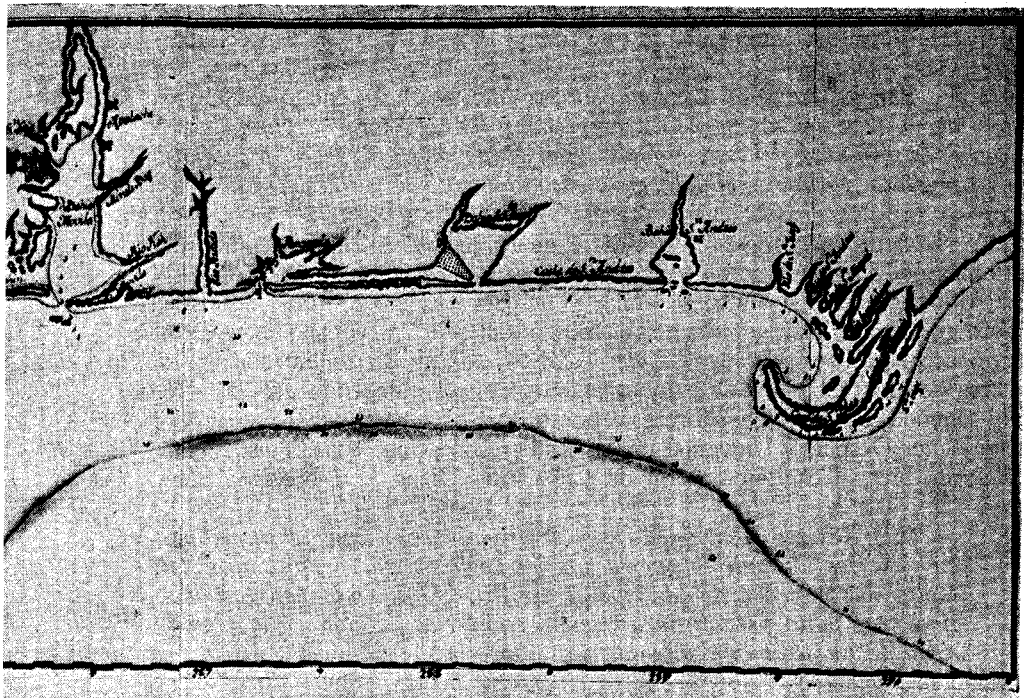


*Plano Hidrográfico de la Carta de la Florida Occidental, delineado por don José de Ulloa y el Sr. Don Juan de la Cueva en el Año de 1763. (Archivo de Simancas)*

Inglaterra disponía así de un acceso directo en el Golfo de Méjico y de excelentes bases para perturbar las relaciones de todo tipo de las diferentes colonias españolas, entre ellas y por supuesto con la Metrópoli. Además esta posición inglesa en el flanco sur de las «trece colonias» agravaba su precariedad y habría constituido, aún después de la salida favorable de su sublevación, una amenaza de las más graves si una guerra victoriosa no hubiera sido llevada a cabo por España. Pero la ruptura con Inglaterra para sostener a su aliada, no resultó sin prórroga ni reticencias. A pesar del «Pacto de Familia» y del deseo claramente expresado por Francia, el conde de Floridablanca, jefe del gobierno español, hacía cuanto podía para evitar la guerra con Inglaterra. Por el contrario su embajador en Versalles, el conde de Aranda, era un ardiente partidario.

Finalmente, un ultimátum español fue enviado a Londres el 3 de abril de 1779 (2). A principios del mes de mayo, Gran Bretaña lo rechazó como inadmisibles. Mientras tanto un nuevo tratado, «privado», había sido fir-

(2) A.H.N., L.º núm. 4224.



ef Portillo y la Baggi, residente en Sevilla, en 8 de mayo de 1783.  
(reg. núm. 216.)

mado entre España y Francia (Aranjuez, 12 de abril de 1779). Su artículo 4, modificado a petición de España, especificaba:

*El Rei cristianísimo, en exacta ejecución de sus empeños contractados con los EE.UU. de la América septentrional, ha propuesto y solicitado que S.M. Católica, desde el día en que declare la guerra a la Inglaterra, reconozca la independencia soberana de dichos Estados y que ofrezca no deponer las armas hasta que sea reconocida aquella independencia por el Rei de la Gran Bretaña, haciendo este punto la base esencial de todas las negociaciones de paz que se puedan entablar después (3).*

(3) «Le Roy Très Chrétien en exécution exacte des engagements qu'il a contractés avec les Etats Unis d'Amérique septentrionale a proposé et demandé que S. M. Católica du jour où elle déclarera la guerre à l'Angleterre reconnaisse l'indépendance souveraine des dits Etats, et qu'elle s'offre à ne pas poser les armes jusqu'à ce que cette indépendance soit reconnue par le Roi de la Grande Bretagne: ce point devant faire la base de toute les négociations de pais qui pourront s'établir dans la suite.»

El conde de Floridablanca escribía entonces a su embajador en Francia que: «Ha llegado el momento de que rompa la mina (S.M.)» y precisaba:

*Por lo que toca al grande objeto del día, que es el feliz éxito de la expedición que van a emprender las escuadras combinadas... es la voluntad del rey... que el gran golpe se execute con increíble presteza, porque de ella depende absolutamente el éxito feliz (4).*

Y el 18 de mayo de 1779, la corte de Madrid notificaba a todas sus colonias que la guerra a Inglaterra sería declarada el 1 de junio.

Al hacer esto, España consideraba principalmente sus propios intereses, sobre todo coloniales, y no enviaba ningún ejército ni cuerpo expedicionario a combatir por la libertad de los Estados Unidos; su entrada en la guerra se efectuaba sin el reconocimiento de su independencia (5). No hay ninguna duda posible sobre este punto. Por otra parte, el secretario de Estado del Despacho Universal de las Indias, don José de Gálvez, había precisado bien al capitán general de Cuba, don Diego José Navarro que:

*(El) Rey ha determinado que el principal objetivo de sus tropas en América, durante la guerra con los ingleses, será expulsarlos del Golfo de Méjico y de las riberas del Mississipi, donde sus establecimientos tanto perjudican a nuestro comercio, así como a la regularidad de nuestras más valiosas posesiones (6).*

La noticia llegó a La Habana el 17 de julio y a Nueva Orleans «a fines de julio (7). Teniendo en cuenta las instrucciones de la Corte, el éxito debería ser la única finalidad a alcanzar de don Bernardo de Gálvez, al arrebatar las Floridas a Inglaterra, por España en esta guerra. Gálvez su artífice y las Floridas el teatro de las victorias españolas. Nadie entre los oficiales que dependían de la Capitanía General de Cuba podía estar mejor preparado para el tipo de guerra que se iba a desarrollar, que este joven coronel nombrado gobernador de Luisiana en 1777. Había pasado siete años luchando de teniente en el norte de Méjico; en esta región había adquirido la experiencia de la guerra fronteriza y se había familiarizado con el medio colonial. Luego, durante tres años, se fue a perfeccionar en el ejército francés. Aprovechó esta circunstancia para instruirse en la Filosofía de las Luces y su obra a pesar de su corta vida tiene su sitio en «La España Ilustrada».

En cuanto al plan militar, único objeto de este trabajo, tal especialista de la frontera sabía que la Luisiana no resistiría a las tropas inglesas, y que para defenderla mejor hacía falta atacar al enemigo en su propia casa.

(4) A.H.N. Estado, L.º 2841, cuaderno 42, I.

(5) Ver sobre este punto la tesis doctoral de Juan F. YELA DE UTRILLA, «España ante la Independencia de los Estados Unidos», Lérida, 1925, tomo I, pág. 371.

(6) A.G.I., Cuba, L.º 2358.

(7) A.G.S., G.M., L.º 6912.



Por esto, bien secundado por los colonos, toma sucesivamente las fortalezas de Manchak (7 de septiembre de 1779) y de Baton Rouge (21 de septiembre de 1779); ocupa después las de Panmure y Natches (5 de octubre de 1779), y las posiciones de Tompson y Amith en el Mississipi (8). Por la apatía y la envidia de los jefes militares de La Habana, se apoderó más difícilmente de la fortaleza de Mobila el 14 de abril de 1780. No le faltaba más que ocupar Pensacola para reconquistar todas las Floridas. Le hará falta luchar primero contra la suerte y a veces hasta contra sus propios compatriotas de La Habana para conseguir sus verdaderos fines. En particular el gobernador de Luisiana había visto destruirse por el huracán del 17 de octubre de 1780 todas las esperanzas puestas en la expedición que había tardado meses en preparar: algunas semanas después, había vuelto a su punto de partida, en La Habana. Todo estaba por rehacer. Después de muchos esfuerzos, terminó consiguiendo de la Junta de Generales, a principios de 1789, que:

*Se señalasen 1315 hombres de varios regimientos, incluidas cinco compañías de transportes, destinando para conserva de éstas el navío de guerra «San Ramón», del mando de don Joseph Calbo, la fragata «Santa Clara», del de don Miguel de Aldarete, la «Santa Cecilia», del de don Miguel de Goicoechea, el chambequín «Caimán», del de don Joseph Cerrato y el paquebote «San Gil», del de don Joseph María Chacón (9).*

Además tuvo necesidad de ocultar a los responsables de La Habana su resolución de emprender el sitio de la plaza de Pensacola y fingir que llevaba esta tropa hacia Luisiana para reforzar su defensa y la de sus recientes conquistas, como había convenido la Junta, antes de organizar una nueva expedición contra los ingleses.

En este combate burocrático encontramos también a los franceses de la escuadra perteneciente a la división naval de las Antillas, que operaban en conjunto con la flota española que tenía su base en La Habana, conforme a los deseos de los dos gobiernos. Esta escuadra francesa no era despreciable. En todo caso, así fue como aparecía a los ojos de los españoles, pues su concurso había sido requerido expresamente por don Juan Bautista Bonet, comandante general de la Marina en La Habana, para concurrir a la protección de la «rica flota de Veracruz», ante la cual el teniente general de las armadas navales del Rey de España no podía mandar fuerzas suficientes, habiendo sufrido mucho su escuadra en el huracán del 17 de octubre de 1780 (10).

Sabemos por las cuentas del «Real Arsenal de este puerto de La Habana» (11) que solamente en las carenas había 13 barcos, a saber, cuatro buques: el «Palmier», el «Destin», el «Tritón», de 74 caños cada uno, y

(8) A.G.S., G.M., L.º 6912.

(9) A.G.S., G.M., L.º 6913, núm. 63.

(10) A.N. Marina, B4 184, fol. 285.

(11) *Ibíd.*, fols. 328-333.

el «Intrepide» de 60; dos fragatas, «La Licorne» y la «Andromaque»; tres bergantines, el «Gustave», el «Lièvre» y el «Bienfaisant»; dos goletas, la «Petite Minerve» y la «Souris»; una balandra, la «Serpent», y un buque transporte, el «Bienfaisant».

El resto de la división naval de las Antillas —de la que el caballero de Monteil había tomado el mando en julio de 1780 después de la salida para Europa del conde de Guichen—, aseguraba mal que bien la protección de nuestras islas y de su tráfico (12). La colonia gala de Santo Domingo esperaba a la escuadra francesa, y su jefe hacía cuanto podía para apresurar las carenas, teniendo cuidado de quedar ampliamente más allá de los límites que la cortesía y el deseo de promover la unión le fijaban. Habiendo dirigido el 22 de enero una memoria en ese sentido a la Junta, y no habiendo recibido contestación, dirigió una segunda el 10 de febrero (13). Explicaba como, para no comprometer las reparaciones de la flota española, reducía en lo más indispensable el número de calafates necesarios para sus buques, obligados a carenar en el arsenal, utilizando al máximo los asignados normalmente a la flota de comercio. Añadía que había venido menos para la protección de la flota de Veracruz, que para participar en las diligencias ofensivas de los españoles. Sabiendo que 10 de sus buques estaban entonces en condición de hacerse a la mar, propuso todas las medidas posibles en lo inmediato para asegurar al menos la protección de Santo Domingo y del tráfico, o mejor, comenzar el bloqueo de la rica e importante colonia inglesa de Jamaica a fin de emprender el ataque en regla en el momento oportuno.

El caballero Monteil concluía sobre las únicas alternativas que le parecían posibles:

*Volver a mi base sin el «Intrepide» pero con tres o cuatro de sus capitanes cuyo socorro puede ser necesario, y cuya unión me halagaría, o marcharme sin las órdenes de sus jefes de escuadra, o verme por sus socorros en condiciones de aparejar en seguida con mis cuatro buques, forzando los trabajos del dicho «Intrepide»... Ustedes decidirán, su prudencia estudiará estas proposiciones y su celo inspirará el mejor medio de imponerse al fin a un enemigo inferior durante tanto tiempo.*

Dos sesiones suplementarias de la Junta no le proporcionaron ninguna respuesta; una tercera fue prorrogada a causa de una indisposición de su presidente don Diego Navarro.

El 16 de febrero en una carta al conde de Montmorin, embajador del Rey de Francia en Madrid, expresa aún su esperanza de una decisión acerca de Jamaica, por parte de la Junta «que rige aquí las operaciones». Sin embargo, la expedición sobre Pensacola, decidida el 30 de noviembre de 1780 por una Junta *commovida* tras una arenga de don Bernado de Gálvez,

(12) A.N. Marina, B4 184, fol. 285 v.

(13) *Ibid.*, fols. 206-209.

no se había llevado a efecto todavía. Así, fuerzas navales considerables permanecían inactivas en La Habana. Hasta los pequeños corsarios se atrevían a acercarse y Monteil los hacía rechazar por la «Licorne», el «Serpent» y la «Levrette» a los cuales se unió un bergantín español bajo las órdenes de don Juan Bonet (14).

La expedición destinada para Luisiana, pero desviada sobre el último bastión inglés de la Florida Occidental, aparejó el 28 de febrero. Después de la salida de Gálvez, Monteil se encontró solo para empujar a la acción a las autoridades militares de La Habana. Ahora bien, era aún más urgente aliviar el «Actionnaire», buque de 74 cañones, las tres fragatas y las dos corbetas que aseguraban la protección de Santo Domingo desde fines de 1780. El 3 de marzo, el caballero se dirigió de nuevo a la Junta. Recordó el apremio con el que colaboró con la Marina española y suplicó a sus miembros que tomaran una decisión: «Cualquiera que sea el partido que tome su prudencia (escribió) será la regla de mi conducta» (15). ¿Qué más podía hacer? No obstante el jefe de la escuadra francesa tenía conciencia de que podía prestar un gran servicio a la causa común al estimular a sus aliados.

Al fin, el 17 de marzo el capitán general Navarro le contestó que la Junta no podía decidirse en lo referente a la salida de la flota hacia Santo Domingo y Jamaica hasta finales de mes (16). En su respuesta, Monteil invitaba a los jefes españoles a terminar su inacción sin esperar el aviso anunciado desde España comunicándole ya que Carlos III había expresado claramente sus criterios ofensivos y que no se trataba de hecho sino de decidir la salida. Si la Junta decidiera esperar el aviso no tendría más que arreglar el detalle de sus gastos de estancia y salida y desembocar sin demora. Por el contrario, si la salida de la escuadra combinada se apresuraba, el caballero uniría todos sus medios para acelerar los transportes, satisfecho con quedarse a las órdenes del general español que fuera designado (17). Después de nuevas prórrogas y cuando casi abandonaba la esperanza, Monteil informó que tenían que marcharse y reiteró su opinión sobre la inutilidad de esperar una decisión que tendría que haber sido tomada. Pensaba retirar a sus enfermos al día siguiente y pedía a don Juan Bonet el visto bueno para amarrar (18).

Sólo entonces la Junta de guerra se decidió a hacer salir nueve buques y un convoy de tropas. Hay que comprender, para descargo de los responsables militares españoles de La Habana, que la corte de Madrid no había sabido elegir todavía a un jefe único que hubiera podido hacer callar las pasiones. El joven y brillante Bernardo de Gálvez era envidiado amargamente por jefes de más graduación y más antiguos; como ocurría asimismo a don José Solano, nombrado comandante en alta mar, quien quedaba

---

(14) A.N. Marina, B4 184, fols. 212-213.

(15) *Ibíd.*, fols. 214-215 v.

(16) *Ibíd.*, fol. 216.

(17) *Ibíd.*, fols. 216-217 v, arta de Monteil a Navarro.

(18) *Ibíd.*, fol. 218.

sometido a don Juan Bautista Bonet, mantenido como responsable de la Marina. Algunos meses después queda demostrado quién tenía la razón cuando el éxito se la da al vencedor de Pensacola, a costa de grandes esfuerzos (19).

Afortunadamente un hombre se escapa al engranaje de las rivalidades: Monteil. A causa de su nacionalidad ciertamente, pero sobre todo, creemos, en razón de sus cualidades. Paciente, cortés, disciplinado, circunspecto, su conocimiento de la lengua española le facilitaba los contactos y le permitía hacer valer correctamente sus puntos de vista ante la misma Junta cuando era invitado a ella. Evidentemente sus relaciones con el gobernador de Luisiana eran buenas y las que mantenía con don José Solano francamente excelentes. En fin, sus agasajos sin deshonor, sus demostraciones, sus esfuerzos, sus disposiciones constantes de actividad le habían ganado el favor de la opinión pública que comprendía mal la inacción habitual de las escuadras de La Habana (20).

Sea lo que fuere, el 31 de marzo la Junta había fijado para el 8 de abril la salida de la escuadra combinada y de las tropas.

A pesar de las legítimas aprensiones de una nueva prórroga, el comandante francés escribía a nuestro embajador en Madrid que la presencia de la escuadra combinada rumbo a Jamaica daría al enemigo una impresión diferente que no dudaba en desplegar sus fuerzas aunque inferiores (21). En esta perspectiva, no piensa sino en «secundar lo más eficazmente que se pueda al señor de Solano, en cuanto que el señor de Bonet lo mande y le entregue los poderes» (22).

Desgraciadamente sus temores se confirmaron pronto. La partida fue prorrogada. Es cierto que don Juan Bonet estaba muy molesto por la preferencia dada en alta mar a su inferior don José Solano, lo que no contribuía a hacer adelantar las cosas. Estas querellas de categoría eran muy perjudiciales a la celeridad deseable en la ejecución militar. Además, el gobierno español no iba a tardar en resolverlas llamando a todos los jefes superiores desde La Habana.

El espíritu penetrante de Monteil le había hecho prever esta consecuencia de una negligencia culpable. Lo explica muy bien en una carta a su amigo Solano:

*La consideración de esta larga estancia ocupará un mayor número de personas, el público de los dos reinos tendrá lugar de razonar sobre los obstáculos, que la Junta no habría vencido: es natural que*

(19) Clarividente, Monteil escribía desde el 31 de marzo de 1781 al conde de Montmorin a cerca de la Junta: «El gobierno español parece no deber sacar gran fruto y seguramente le habría sido más conveniente mandar a un jefe importante, instruido, activo y celoso» (A.N. Marina, B4 184, fol. 219).

(20) *Ibíd.*, fol. 219-220. Carta de Monteil al conde de Montmorin del 31 de marzo de 1781.

(21) y (22) *Ibíd.*, fol. 221. Carta del 4 de abril de 1781.

*en esta estancia, los espíritus de nuestras cortes, de nuestras colonias, se empleen en un examen más serio (23).*

Trataba de tranquilizar a este competente pero disciplinado jefe, asegurándole que estaba al abrigo de las críticas.

En La Habana se seguía estudiando la cuestión de esperar o no el aviso. En esta expectativa y con la inquietud de una nueva prórroga para aparejar, alargada últimamente hasta el 11 de abril, todo cambió para nuestra escuadra.

En efecto, el 7 de abril se esparció la noticia de que un campesino había visto hacia el Cabo San Antonio siete u ocho barcos ingleses al parecer de guerra.

La Junta se reunió rápidamente y consideró que se trataba de un refuerzo destinado a los asediados de Pensacola. Llamado a esta reunión, nuestro caballero expresó sus dudas sobre lo bien fundado de la noticia y, sobre todo, sobre el destino; por el contrario, dio parte de una carta de Gálvez que parecía seguro del éxito de su empresa. Sin embargo, se decidió que hacía falta socorrerlo. Unos oficiales españoles desearon que la escuadra francesa permaneciera unida. La decepción fue grande para su jefe, pero había desarrollado tanta actividad para hacer preparar la flota española que él dudaba en romper la unión. Así escribió el 8 de abril al conde de Montmorin:

*Confieso que a pesar del enorme disgusto de haber sido halagado con vanas promesas, el motivo de liberar el convoy de San Luis equilibraba fuertemente las otras razones de no abandonar una escuadra equipada (24).*

La Junta insistió asegurando que una vez obtenido el éxito en Pensacola, la escuadra combinada se dirigiría a Santo Domingo. Como todos sus capitanes estaban de acuerdo, al día siguiente Monteil siguió a don José Solano aún estando convencido de que antes de llegar a destino encontrarían los avisos de B. de Gálvez despachados con la noticia de su «verosímil éxito» (25).

Quizá es en este único momento en el que vemos que su clarividencia habitual había fallado ligeramente. En efecto, la situación de los asediadores no era tan brillante. Durante el período de indecisión de las autoridades de La Habana, los ingleses habían reforzado el sitio y gozaban de la ayuda comprada de muchos indios. Gálvez lo sabía, pero no había podido conseguir suficientes medios de la Junta. Así, el propio día de salida, pero una vez en el mar, había tomado sus disposiciones para concentrar todos los medios suplementarios de que podía disponer: los de la Luisiana y de Mobila (26). En Nueva Orleans mandó al capitán don Maximiliano Maxent con la orden de que todas las tropas disponibles se juntasen a él.

(23) A.N. Marina, B4 184, fols. 226-227. Carta del 31 de marzo de 1781.

(24) *Ibíd.*, fol. 231. Carta de Monteil a Montmorin del 8 de abril de 1781.

(25) *Ibíd.*, fol. 231.

(26) A.G.S., G.M., L.º 6912.



Don Miguel de Herrera, subteniente del Regimiento de España, fue encargado el 3 de marzo de la misma misión para Mobila, en donde 900 hombres ya estaban listos. Así podía esperar triplicar casi sus tropas.

Desgraciadamente, después de un buen principio, a partir del 2 de marzo, las operaciones iban a detenerse a causa de las dificultades puestas por el comandante de la escuadra, don José Calbo, para hacer entrar sus buques en la bahía. Ciertamente tal maniobra era peligrosa en razón del desconocimiento de los fondos marinos, y de las baterías inglesas que defendían la bahía. Pero, una vez más, la enemistad del antiguo marino hacia el joven jefe tuvo en gran parte la culpa. Por otra parte, antes de la salida de La Habana, Calbo había solicitado expresamente de su superior, don Juan Bonet, que le precisara los límites en los que debía obedecer al comandante en jefe. Si el oficio del 6 de febrero de 1781, lo ponía bajo las órdenes de Bernardo de Gálvez en lo referente a la conquista de la plaza, esto no era más que «sin separarse en lo demás de lo que previenen las Reales Ordenanzas de la Armada, procurando que en todos los buques de su mando se observe la exacta disciplina que en ellas se previene» (27). Gálvez comprendió muy pronto que no conseguiría nada y el 18 de marzo se decidió a penetrar en la bahía con los dos únicos buques exclusivamente a sus órdenes: el bergantín «Gálvez-Town» y una balandra llegada de Mobila. Todo marchó bien a pesar del fuego de las baterías inglesas, y al día siguiente toda la escuadra no pudo dejar de seguirlo excepto el buque «San Ramón», en el cual estaba don Juan Calbo que había decidido volverse a Cuba.

Hasta la llegada del refuerzo de La Habana, el 19 de abril, las operaciones del sitio marcharon bien.

La escuadra a las órdenes de don José Solano y del señor de Monteil comprendía: 15 navios, dos fragatas y otras embarcaciones (28), de las cuales cuatro eran buques, dos fragatas, una balandra y siete transportes franceses.

Al día siguiente, 20 de abril, los mayores de las escuadras fueron comisionados para presentar una oferta de tropa de artillería y de guarnición de sus buques a Bernardo de Gálvez quien la aceptó.

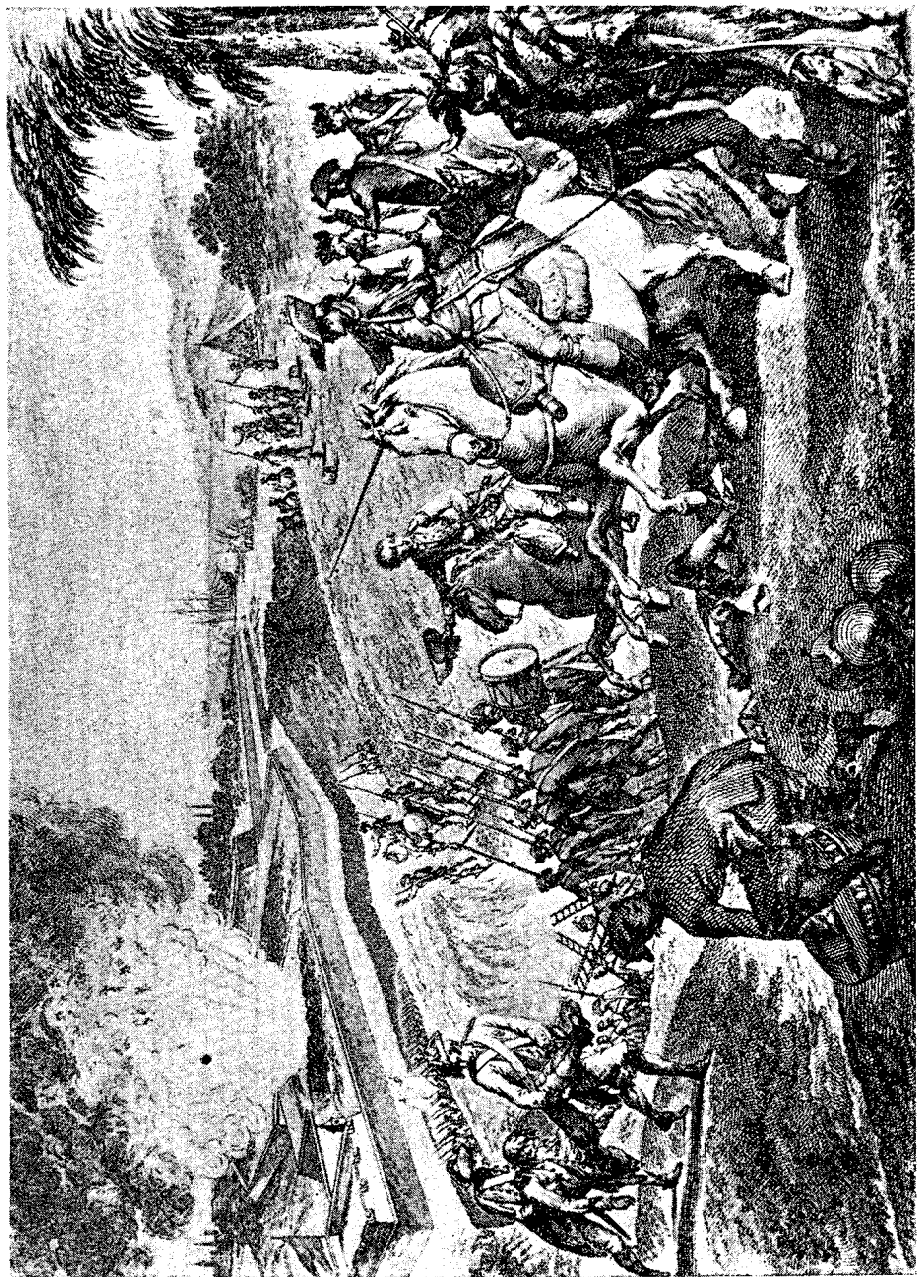
En su última misiva, antes de la caída de Pensacola, fechada el 27 de abril, el caballero explica su nueva situación ante esta plaza al conde de Montmorin (29). Entonces, cuando ya estaba a punto de marchar hacia Santo Domingo y a Jamaica

*por consideraciones mayores, la Junta estimó absolutamente necesario que yo viniera allí a fin de unir mis socorros ya sea por mar o ya sea por tierra. La escuadra anunciada no vino, pero la fortaleza parece más difícil de reducir de lo que se había pensado, sin embargo, con las tropas de desembarco, la de la escuadra, a las que he*

(27) *Ibíd.*, L.º 6913, núm. 62.

(28) A.G.S., *ibíd.*, L.º 6912.

(29) A.N. Marina, B4 184, fols. 232-233.



*Momento en que se produce la explosión del Fuerte de la Media Luna el día 8 de mayo de 1781 durante el sitio de Pensacola y que dio lugar a la capitulación de todos sus fuertes y plazas ante las tropas mandadas por Bernardo de Gálvez.*



*dado cerca de 800 soldados a las órdenes de Boderut, compuesta de más de 7.000 hombres, espero que el asedio haga grandes progresos.*

Desde su llegada, había prometido hacer entrar el «Tritón» en la bahía, cuyo elevador de agua podía ser reducido en una proporción mayor que la de cualquiera de los buques españoles; y proponiendo emplear a oficiales españoles y la mitad de franceses había añadido que su pabellón no sería enarbolado sino cuando el «Tritón» cañoneara el fuerte Jorge, conjuntamente con las baterías de tierra (30). Se ve hasta dónde este oficial estimaba necesaria una cierta delicadeza nacional.

*Todo había sido aceptado por don Bernardo de Gálvez, presentado al embajador de Francia ante el Rey de España, como un «patriota animado por un verdadero celo».*

Además, estimando que era siempre útil tener más fragatas dispuestas para tirar, estaba de acuerdo con don José Solano para hacer entrar el «Andromaque» al que Monteil había dado cuatro de sus cañones de 18, para que estuviese equipada como la «Santa Clara» y la «Santa Cecilia» (31). En efecto, la fragata francesa había barado cerca de la costa, y había tenido que arrojar al mar 12 cañones de 12 para abrirse paso (32). Pero la ejecución de esos acuerdos era prorrogada constantemente.

No obstante, en la tarde del 21 de abril la balandra francesa el «Serpent», entró en el muelle, llevando a bordo al mariscal de campo don Juan Manuel Cagigal, comandante de las tropas de refuerzo. Las baterías de los «Red-Clifts» tiraron «16 cañonazos, pero ninguno le tocó en casco ni arboladura» (33). El desembarco se había efectuado desde la llegada de la escuadra en la noche del 21 de abril y en la mañana siguiente. Eran 1.600 hombres a las órdenes del mariscal de campo a los que hay que añadir 2.200 hombres de las tripulaciones de la escuadra combinada, de los cuales 1.500 eran españoles y 700 franceses (34). Inmediatamente después, dos compañías de cazadores franceses y dos compañías de artillería de la flota francesa se reunieron en el campamento de Gálvez.

El 23 de abril llegó el refuerzo de Luisiana de 1.400 hombres, lo que llevaba el efectivo total desembarcado alrededor de los 7.400 hombres. Preocupado por la mejor coordinación de los numerosos cuerpos y unidades que componían su ejército, Gálvez organizó cuatro brigadas de es-

(30) Véase lámina 2.

(31) A.N. Marina, B4 184, fol. 232 v.

(32) A.N., ibíd., fol. 249 v.

(33) A.G.S., G.M., L.º 6912.

(34) A.N. Marina, B4 184, fol. 281 v. Carta de don José Solano al marqués de Castejón del 18 de mayo de 1781. Es de notar que en su carta del 26 de mayo de 1781 al mismo marqués, don Bernardo de Gálvez no daba más que 1.400 hombres de las tripulaciones de los buques. (Cf. ibíd., fol. 284.) Esta última cifra concuerda con la de los franceses (800) dada por Monteil. (Cf. ibíd., fol. 232.)

pañoles y dejó la división francesa a las órdenes del señor de Boiderut (35).

Dos días después el comandante de la artillería y algunos oficiales franceses fueron a reconocer el punto de ataque de la media luna del Fuerte Jorge, en donde se había concentrado lo esencial de la resistencia inglesa.

Los trabajos del sitio se prosiguieron siempre bajo la dirección de Gálvez, a pesar de sus heridas; pero eran dificultados por el mal tiempo y los ataques de numerosos indios instigados y sostenidos por los ingleses.

En esta situación, al pequeño destacamento francés se le empleaba lo más útilmente posible, particularmente los artilleros, ya sea de Brest, o ya sea de la escuadra del Cuerpo Real en Santo Domingo. La ejecución de la proposición de Monteil de hacer entrar el «Tritón» en la bahía de Pensacola había sido finalmente decidida, pero conjuntamente con el buque español «Dragón», de 60 cañones; debiendo los dos «contribuir mucho en hacer rendir la Fortaleza Jorge», escribía don José Solano a su ministro, el marqués de Castejón (36). Desgraciadamente estos dos buques no pudieron cumplir la maniobra prevista a causa de un furioso huracán desencadenado el 5 de mayo, que obligó a la escuadra combinada a alejarse de esta costa muy peligrosa.

Pero los buques franceses «Destin» e «Intrepide» permanecieron y «mantuvieron bloqueado un puerto en donde las fragatas españolas y francesas se empleaban en los objetivos en los que podían trabajar» (37). Monteil califica este anclamiento forzado «de horroroso». Los daños ocasionados a los buques fueron considerables (38). A pesar de estos acontecimientos nefastos, don Bernardo de Gálvez acentuó sus ataques en lugar de frenarlos.

*Finalmente, el 8 de mayo «a las 6 de la mañana, comenzó de nuevo el fuego de la media-luna, al que correspondió el 'Reducto' con los dos obuses que tenía, con tanta fortuna que habiendo una de nuestras granadas incendiado el almacén de pólvora voló por consiguiente la media-luna con 105 hombres que la guarnecían» (39).*

Al diario español de Pensacola hace eco la carta dirigida por el general mayor Campbell a bordo del «George Germain», con fecha del 12 de mayo. Recordando que con toda evidencia, en ausencia de refuerzos, la caída de Pensacola era inevitable, el comandante inglés explicaba que había sido precipitada por una

*desgraciada bomba que el enemigo tiró en la mañana del 8... (y) ... que explotó accidentalmente cerca de la puerta del almacén del reducto avanzado, puso fuego al polvorín que estaba dentro, y en un instante el cuerpo del reducto no fue más que un montón de escombros, la explosión quitó la vida a 48 militares, nueve marineros*

(35) A.G.S., G.M., L.º 6912

(36) A.N. Marina, B4 184, fol. 282.

(37) *Ibíd.*, fol. 289.

(38) Cf. las cuentas del arsenal de La Habana en el anexo.

(39) A.G.S., G.M., L.º 6912. Véase lámina 3.



*y un negro, sin contar 24 hombres heridos, la mayoría de los cuales muy graves* (40).

El primer asalto español fue rechazado por las guarniciones de dos obras que resultaron intactas y que flanqueaban el reducto, dando tiempo para evacuar a los heridos, retirar las piezas de campaña y las municiones. Pero al resultar estas dos posiciones insostenibles ante la concentración española también fueron evacuadas. Sabiendo que ganaban la partida, el jefe español, al parecer, evitó un último asalto que hubiera resultado mortífero. Simplemente hizo poner a sus soldados a cubierto de lo que quedaba de la media-luna y por medio del fuego continuado y violento, impidió a los cañoneros ingleses servirse de sus piezas, hiriendo a varios. En estas condiciones el general mayor propuso «una suspensión de hostilidades», que no fue aceptada «ni que se empezase a capitular».

El acuerdo fue firmado el 9 de mayo. Al día siguiente, los granaderos españoles y los cazadores franceses recibían las banderas y armas de los vencidos. Inmediatamente, dos compañías de granaderos ocuparon la fortaleza y los cazadores, la batería. El 11 de mayo era ocupada también la fortaleza de los «Red-Clifts» en las Barrancas, los inventarios usuales empezaban y eran dadas las órdenes para el desembarco del cuerpo expedicionario.

Ya el vencedor había dispuesto que la embarcación francesa llamada el «Serpent» iría a comunicar su éxito a La Habana con paquetes interesantes (41). Hubo 1.113 soldados prisioneros con su general y el gobernador de las Floridas, Chester. Sin embargo, es de notar que durante las entrevistas de capitulación, 300 hombres se habían podido retirar hacia Georgia. Además, 143 cañones, cuatro morteros, seis disparadores y 40 lanzapiedras fueron recuperados y las obras de fortificación evaluadas en más de un millón y medio de escudos (42). Visitándolas los ingenieros españoles constataron en particular la mala disposición de las baterías de los «Red-Clifts», lo que explica, al menos parcialmente, su notable ineficacia para interceptar el acceso de la bahía.

Las pérdidas españolas se estimaron en 74 muertos y 198 heridos en lo que se refiere a las tropas de tierra, y en 21 muertos y cuatro heridos en cuanto a la Marina (43). Del lado francés no encontramos tanta precisión: «No tuvimos más que algunos oficiales ligeramente heridos, con una veintena de soldados y sobre el total de 8 a 10 franceses muertos en el sitio (y en nota) añadidos de cinco a seis marineros» (44). Pero, como consecuencia indirecta, la Marina perdió la fragata «Licorne» que don José Solano había enviado para rechazar a los ingleses, y que luego dejó sola.

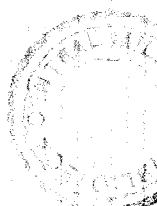
(40) A.N. Marina, B4 184, fols. 288-288 v.

(41) A.N. Marina, B4 184, fol. 235 v. Carta de Monteil a Montmorin del 18 de mayo de 1781.

(42) A.G.S., G.M., L.º 6913, núm. 61.

(43) *Ibid.*, L.º 6912.

(44) A.N. Marina, B4 184, fol. 236 v. Carta de Monteil a Montmorin del 16 de mayo de 1781.



El jefe de la escuadra francesa se había dado cuenta de eso, pero no se movió por disciplina.

Los dos jefes de la escuadra, que se estimaban mutuamente, se con-

*Nunca se me había ocurrido hacer rechazar sin perseguir a los rechazados, pero después de persuadir en el puerto al señor de Solano de que esta máxima era la mejor, en el mar me convertía en tan sometido a las señales como el último de los capitanes. Así, pues, no me era menos imposible dejar mi puesto, que estaba alejado, e ir a hacer una representación delicada en este caso. Me tuve que contentar con quejarme de esta disposición que me proporcionaba una justa inquietud, puesto que se trataba de un buque de 50 cañones (45).*

dolieron por ello, sobre todo Solano «que estimaba mucho al señor de San Ours», comandante de la «Licorne». Los elogios españoles no faltaron a las pequeñas fuerzas del Rey Luis XVI. De parte del comandante en jefe de a bordo, en su carta del 26 de mayo a su tío don José de Gálvez, le informa que:

*Las tropas francesas que bajaron a tierra a las órdenes del capitán de navío Mr. Boideru, se han portado con tanto empeño como si tuviera de haberles pertenecido la plaza, probando así que donde hay valor, honor, y buena fe, no se necesita interés para batirse (46).*

Por su parte el jefe de escuadra, don José Solano, escribía a su ministro:

*Las fuerzas navales y las tropas de Su Majestad muy Cristiana han cooperado con mucha actividad y armonía con la del Rey... El caballero de Monteil, comandante en jefe de su escuadra, manifestó el vivo deseo de distinguirse (47).*

El mismo ministro, el marqués de Castejón, comunicó su satisfacción por el comportamiento del caballero al marqués de Castries:

*Este bizarro general ha distinguido tan altamente en su sabia conducta el celo que anima a S.M. Christianissima y a sus ministros por quanto interesa a el rey mi amo, y no menos el suyo propio, auxiliando y aun cooperando a la rendición de dicha plaza, con las fuerzas de su mando, actividad, armonía y demás requisitos conducentes a aquel importante objeto (48).*

Estos elogios, como los prodigados sobre el terreno mismo, pueden ser tenidos por sinceros así como testimonia la entrega de plumas blancas

(45) *Ibíd.*, fol. 248 v. Carta de Monteil a Montmorin del 15 de junio de 1781.

(46) A.G.S., G.M., L.º 6913, núm. 61.

(47) A.N. Marina, B4 184, fol. 283 v. de 18 de mayo de 1781.

(48) *Ibíd.*, fol. 308. El 7 de agosto de 1781.

a todos los franceses sin provocar la menor protesta entre los españoles (49).

De vuelta a La Habana, el 28 de mayo, Monteil encontró de nuevo muchas dificultades para hacer reparar las averías provocadas por el huracán del 5 de mayo. Todos los recursos del arsenal le eran necesarios a la escuadra española. Afortunadamente el intendente general Ourissa, que por su propio servicio disponía de algunos bastimentos y objetos de marina le ayudó un poco (50). Dejar expedito el camino para el convoy mercante siempre bloqueado en San Luis desde febrero, era de gran urgencia.

La partida de la escuadra francesa estaba prevista el 6 de junio sin la flota española que esperaba entonces a su nuevo jefe supremo, D. B. de Gálvez. Algunos enfermos se quedaron aún en La Habana, cuyo clima era más saludable que el de Sto. Domingo.

En total los gastos de la expedición sobre Pensacola eran considerables; por una parte, en razón de su longitud y de las averías resultantes de la tempestad del 5 de mayo, y, por otra parte, de la carestía «increíble» de los materiales y aprovisionamientos en La Habana (51). Es que la coyuntura de este fin de siglo XVIII producía el alza de los precios y de los salarios. En efecto, a fines de siglo los dos tercios del dinero americano que llega a Europa, proviene de Méjico que conoce un nuevo impulso minero. Unos 2.500.000 marcos de plata parten cada año de Veracruz o de Acapulco (52). Se comprende la solicitud de don Juan Bautista Bonet para conseguir que colaborase la escuadra francesa en la protección de la flota del dinero. Luego, cuanto más se acerca uno al centro de producción del metal precioso, tanto más remunerado el trabajo está: así en 1784 el salario de un calafate era de 20 sueldos en Barcelona, de 28 en Cádiz, 37,5 sobre un barco que hacía el viaje de las Indias, y de 112 en La Habana (53). Evidentemente los precios acusaban también una diferencia con Europa, lo que sorprendía a Monteil.

En cuanto a la escuadra francesa, no se fue de la isla de Cuba hasta el 20 de junio, retrasada por la negociación de diferentes transportes de fondos con destino a Santo Domingo francés (200.000 piastras), a Santo Domingo español (300.000 piastras) y a Puerto Rico (500.000 piastras en una o dos veces). En el Cabo francés, al que llegó el 10 de julio fue bien acogida a causa de los fondos en especie obtenidos de las autoridades de La Habana. Se mide aquí la estimación de la que disfrutaba el Caballero entre todos los españoles, pues este dinero le había sido entregado sin orden de España. Ahora bien, cuando la fragata francesa, la «Aigrette» llegó también desde La Habana, algunos días después de la partida de la escuadra, no llevaba fondos, aunque mientras tanto la corte de Madrid hizo sa-

(49) *Ibid.*, fol. 250 v. Carta de Monteil a Montmorin del 5 de junio de 1781.

(50) *Ibid.*, fol. 249.

(51) A.N. Marina, B4 184, fol. 250.

(52) P. VILAR, *Oro y moneda en la Historia*, 1450-1920, Barcelona, 1974, página 414.

(53) *Ibid.*, p. 426.

ber a su colonia que «la orden de proporcionar en dos términos un millón de piastras para el tesoro de el Cabo sería enviada próximamente» (54).

Informado ya en La Habana por despachos procedentes de España que el conde de Grasse había sido nombrado comandante en jefe de la Marina francesa, Monteil partió en cuanto pudo para ponerse a su disposición. En el momento de su encuentro puso a su superior en contacto con el comisario español que había acompañado a los fondos transportados desde La Habana, señor de SAAVEDRA. Le comunicó sus experiencias de la unión de su escuadra con la del rey de España para facilitarle los contactos «los prejuicios que se basan en el amor propio de las dos naciones», «generados por los prejuicios que se basan en el amor propio de las dos naciones», generador de «altercados que jóvenes indiscretos, o antiguos oficiales poco conciliadores podían levantar en gran desventaja de las operaciones» (55). Reflexión por demás sensata de un oficial que había sabido mostrarse a la altura de la situación y de hacer compartir así a sus hombres una gloria desconocida pero innegable.

## APENDICE I

### *Explicación de la lámina que representa la toma de Pensacola*

El 9 de mayo de 1781, los fuertes y plazas de Pensacola, capital de la Florida Occidental se rinden a don Bernardo de Gálvez, comandante del Ejército de S.M.C., después de doce días de abrir trincheras y sesenta y un días después de su desembarco en la isla de Santa Rosa. La guarnición mandada por Peter Cheste, vicealmirante y gobernador general de la provincia John Campbel, mariscal de Campo con 1.700 hombres sin contar negros e indios de los que no le quedaban más que alrededor de 1.400 que fueron hechos prisioneros de guerra, la mayor parte de ellos muertos durante la explosión del fuerte de la Media Luna que voló por los aires en el momento del asalto. Se capturaron 193 piezas de artillería. El general español hizo muchos elogios de los franceses que habían cooperado en el sitio bajo las órdenes del señor de Monteil, jefe de escuadra de la Marina. Los 700 franceses que mandaba en tierra el señor Botdern fueron conducidos con gran valor lo mismo que el demostrado por el caballero de Ravenel, comandante de la fragata «L'Andromaque»; D. Solano, comandante de la escuadra española; D. Thomaseo, jefe de escuadra; Miguel Alderete, comandante de fuerzas ligeras.

(54) A.N. Marina, B4 184, fol. 267 v. Carta de Monteil a Montmorin, el 15 de julio de 1781.

(55) A.N. Marina, B4 184, fol. 273 v. Carta de Monteil a Montmorin del 28 de julio de 1781.

*Explicación de la lámina que reproduce el norte del seno mejicano*

Plano hidrográfico de la costa de Florida occidental, provincia situada al norte del seno mejicano desde el río Mississippi hasta el Cabo de San Blas, conquistado a los ingleses por las armas del Rey nuestro señor bajo la valerosa y sabia dirección del excelentísimo señor don Bernardo de Gálvez, caballero pensionado de la distinguida Orden de Carlos III, comendador de Bolaños en la de Calatrava, teniente general de los Reales Ejércitos y comandante general del de observación en América con la toma del castillo y bahía de la Mobila en 14 de marzo de 1780 y la importante plaza y bahía de Pensacola en 8 de mayo de 1781. Delineado por don Josef Portillo y la Baggi residente en Sevilla el 8 de mayo de 1783.

Antes de la llegada de D. Solano y de don Felipe López Carrizosa, capitán de fuerzas ligeras, comandante de la marinería de desembarco que también contribuyen de forma importante al éxito de la empresa. Gálvez se sintió muy satisfecho de todos sus oficiales haciendo mención particular del mariscal de campo don Juan Manuel de Cagigal y del brigadier de ejército don Jerónimo Girón. Este último rindió un gran servicio a Gálvez pese a estar fuera de actividad a causa de sus heridas. Recordó de entre los muertos, particularmente, a don Luis Rebolo y Francisco Longoria.

Esta plaza y las dos provincias de Florida fueron cedidas a España por la paz de 1783. Eran deseadas por los ingleses a causa de su comercio con Nueva España y hubieran podido reemplazar en parte la hegemonía perdida de las colonias de la América Septentrional a causa de las producciones que en ellas se hubieran obtenido.

Hecho en París en casa del señor Ponce, grabador del señor conde de Artois, rue de Sante Hycinthe, núm. 19 y en casa del señor Godefroy, grabador de S.M.I., rue des Francs-Bourgeois. Biblioteca Nacional de París. Hennin, núm. 9.836.

## APENDICE II

El cuadro que se incluye no reproduce sino los detalles de los gastos de carena que necesitaba la escuadra francesa a su regreso de Pensacola a causa del violento huracán del 5 de mayo de 1781. Pero había tenido que utilizar el arsenal de La Habana para reparar los daños ocasionados por otro huracán cuando escoltaba al convoy de la flota de Veracruz a fines de 1780:

... géneros suministrados por dispocion (sic) del Exmo. S<sup>mo</sup> Comandante General de Marina, D. Juan Bap.<sup>ta</sup> Bonet a los Buques de guerra

*franceses que ... componen la escadra del mando del gefe de ella M<sup>r</sup> de Monteil que arriba a este p<sup>to</sup> en dos de enero de mil setecientos ochenta y uno ... Total: 62 12c reales de plata y 17 maravedies.*

Pero otros gastos vinieron a añadirse al del arsenal:

*... gastos causados en La Habana al ramo de marina p<sup>r</sup> la esquadra francesa del mando del gefe M<sup>r</sup> de Monteil en su pilotage y conduccion desde Baracoa a este puerto en entradas y salidas de el, en viveres para diaria de los equipajes y alimento de los enfermos de ella y en utensilios de Hospitalidad, uno y otro desde veinte y siete de Diz.<sup>to</sup> del año próximo (sic) de mil setecientos y ochenta que entre dicha esquadra en este puerto h.<sup>to</sup> nueve exc.<sup>o</sup> de abril último que salió combinada con la española a la Costa de Penzacola, seg.<sup>no</sup> todo consta de correspondientes certificaciones y papeletas firmadas por los comandantes de Bageles y por Mr. de Lenier Major de la propia esquadra, y de un pliego de cargo formado por esta contaduría pral de Marina ... Total: 608 480 reales de plata y 17 maravedies.*

Finalmente, hay que añadir también los gastos de estancia en La Habana posterior a la expedición sobre Pensacola:

*... gastos suplidos en La Hav.<sup>a</sup> por el ramo de mar.<sup>a</sup> a la esquadra francesa de mando del gefe Mr. de Monteil de 29 de mayo anteced.<sup>to</sup> q<sup>o</sup> regreso de Pensacola hta. la fha en viveres p.<sup>a</sup> diaria y repuesto de los equipajes, estancias y hutencilios del hosp.<sup>s</sup> seg.<sup>no</sup> consta de las correspondientes papeletas firmadas por Mr. de Lenier Mayor de dha esquadra y de relaciones del Contrarol del Hosp.<sup>s</sup> ... Total: 248 449 reales de plata y 9 maravedies.*

Total general e incluido el total del cuadro que se incluye: 1.002.218 reales de plata y 8 maravedís.

En los fondos documentales de la Direction des Archives de France (Marine) figuran las cuentas pasadas por los astilleros de La Habana y que reproducimos a continuación:

«Relacion que comprehende los gros. que se han suministrados a los buqs. de grra. franceses que se expresaran, y componen la escuadra de mando de jefe della, Mr. de Monteil, que arribo a este pto. de la espedizion de Panzacola el 28 de Mayo de 1781 y los que son se declaran con distincion de Buqs. a saber.»

<i>G é n e r o s</i>	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
<i>Navio «Palmier» (Le Palmier)</i>	
— una madre de timon	552
— varas de Tozs. de cedro: — ocho y media varas de medio grueso dos tercias de ancho.	135
— Palos de pino de la tierra: — un palo de veinte y un codos largo y siete palmos ruedo	2.100
— un ydem de 28 codos largo y de 4 y $\frac{2}{3}$ palmos ydem	1.120
Textidos: — ochenta y tres y media varas de lona nueva	668
— sesenta ydem de lienzo bramante	488
— Metales: — una y media libra de hilo de alambre de fierro	10
— Anclas ensepadas: — una de veinte y cinco quintales	2.942
— Herragez: — veinte y seis clavos de cabeza grande con 22 libras	52
— una caña de timon de fierro con 659 libras	1.497
— Utensiles de piloto: — una ampollita de media hora	10
— Pintura: — veinte libras de azeite de linasas	320
— quatro ydem de azarcon	32
— nueve ydem de negro humo	504
— Diversos generos: — ciento veinte libras de vela de sebo	345 17
— cuarenta y tres ydem de cera de belon	688
— ciento cuarenta y siete ydem de azeite comun	268 25 $\frac{1}{2}$
— una ydem de algodón hilado	8
— Embarcacion menor: — un cereni con la carroza y todo el demas guarnimiento pintado con la ensexada y remos menos las velas	7.123 17
	18.856 25 $\frac{1}{2}$
<i>Navio «Yntrepide (L'Intrepide)</i>	
— Madera dura para navio: — una cinta de manga dra	157 17
— una ydem de chaza	141
— una madre de timon	552
— Ydem pa. fragata: — un yugo princip.	373 17
— Varas de Tozs. de cedro: — nueve y medias varas de medio grueso dos tercias de ancho	195
— nueve y media ydem de 1 vara	

<i>G é n e r o s</i>	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
— Varas de tablon. de cedro: — en quadro	97 17
— cuatro varas de tablon de 8 pulgares gruesos y media vara de ancho	44
— dos ydem de 8 pulg. grueso y 12 de ancho	18
— Palos de pinos de la tierra: — un palo de 28 codos de largo y 4 palmos ruedo	1.120
— Textidos: — doze varas de lienzo ruan	96
— sesenta y quatro varas de lienzo bramante	512
— Cordages alquitranada: — una pieza de veta de 4 ¼ pulgadas con 120 brazas de largo y 460 libras	823
— Garcia echiza: — un guardin de timon con 30 brazas de largo con 100 libras	192
— Clavazon de pezo: — ocho libras de calvos de cabeza grande	21 82
— Diversos generos: — ciento doze libras de velas de cebo	322 17
— seis ydem de cera en bujias	96
— quarenta y dos ydem de velones	672
— dos manos de papel	8
— dos botellas de tinta	3
— seis lapiz	8
— ocho lacres	12 17
— Capilla: — cien formas grandes	4
— ciento ydem pequeñas	18
— Herragez.: — nuebe pernos con 85 libras de fierro	16
— dos vicheros con seis libras	10.228 17
— Condestable: — dosientos piedras de fusil	15.851 25 ½
— Embarcación menor: — un bote con su carroza y todo el demas guarnimiento pintado con ensenado y remos	10.228 17
<i>Navio «Destino» (Le Destin)</i>	
— Varas de tablon. de cedro: — sesenta y tres varas de tabla ordinaria de ½ vara de ancho	252
— Libras de clavazon: — veinte libras de clavos de Alfafia	64
— Diversos generos: — veinte libras de cera en belones	320
— nobenta y cinco ydem de velas de cebo	178 20 ½
— dosientas ydem de azeite comun	384
— una ydem de hilo casero	16
— tres manos de papel blanco	36
— Embarcación menor: — un bote con carroza todo el demas guarnimiento pintado con ensenado y remos	10.228 17
	11.479 3 ½



<i>G é n e r o s</i>	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
<i>Navio «Triton» (Le Triton)</i>	
— Varas de tablonada de cedro: — tres y media varas de 4 pulgadas grueso $\frac{1}{2}$ vara ancho	28
— sesenta y tres ydem a $2\frac{1}{2}$ pulgadas grueso $\frac{1}{2}$ vara ancho	946 17
— Palos de pino de la tierra: — un palo de 21 codos largo y 6 palmos ruedo	2.695
— uno ydem de 30 codos largo y $5\frac{1}{3}$ palmos ruedo	2.025
— dos ydem de 73 codos largo y $4\frac{1}{3}$ palmos ruedo	1.460
— uno ydem de 31 codos largo y $3\frac{1}{3}$ palmos ruedo	1.240
— uno ydem de 25 codos largo y 3 palmos ruedo	1.000
— dos ydem de 42 codos largo y 2 palmos ruedo	1.680
— uno ydem de 21 codos largo y $1\frac{1}{3}$ palmos ruedo	735
— uno ydem de 14 codos largo y 2 palmos ruedo	560
— uno ydem de 28 codos largo y 3 palmos ruedo	1.120
— uno ydem de $17\frac{1}{2}$ codos largo y $2\frac{1}{2}$ palmos ruedo	700
— uno ydem de 15 codos largo y $1\frac{2}{3}$ palmos ruedo	525
— Piezas torneadas: — veinte y quatro pernos de madera	36
— Ydem de Remolar: — ocho remos de bote	128
— una asta de bichero	3
— Garcia de Genign.: — una beta de $3\frac{1}{2}$ pulgs. y 120 brasas con 240 libras	
— una ydem de $3\frac{1}{4}$ pulgadas 120 brasas largo con 226 libras	2.115 25 $\frac{1}{2}$
— dos ydem de a 4 pulgadas 240 brasas las dos con 636 libras	
— Textidos: — nobenta y dos y media varas de lona nueva	740
— cinquenta ydem de lienzo bramante	400
— diez y seis ydem de lienzo ruan	128
— diez libras de hilo de vela	160
— Vetunes: — dosientas libras de alquitran	256
— dosientas libras de brea negra	256
— dosientas libras de estopa	192
— Cuavazon: — veinte libras de clavos de entablar	36

	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
— veinte libras de clavos de sillado	100
— veinte libras de clavos de medio sillado	60
— Pintura: — tres libras de negro humo	168
— Diversos generos: — veinte libras de cera en belones	320
— quatro ydem de cera enbuja	64
— doze ahusas de vela	4
— veinte ydem capotelas	17
— una libra de hilo casero	16
— un cuero curtido	64
— una piedra de amolar	48
— una mano de papel	12
	19.361 25 ½
<i>Fregata «Andromaco» (Andromaque)</i>	
— Varas de tablonada de cedro: — dos varas de 7 pulgadas y 12 ancho	16
— Ydem chipre: — sesenta varas de tabla del genero ordinario	240
— Varas de Calabate alquitranada: — ciento y veinte brasas de 8 pulgadas con 13 quin- tales y 75 libras	3.956
— Jarcia de peso: — seiscientas libras de jarcia vieja	384
— Textidos: — setenta y ocho y medias varas de lona nueva	628
— Betunes: — trescientas ochenta y seis libras de brea negra	494
— ciento ydem de estopa	96
— Libras de clavazon: — diez libras de clavos de tillado	56
— Metales: — diez y nueve libras de plomo en plancha	114
— Diversos generos: — sesenta libras de belas de cebo	172 25 ½
— ciento veinte ydem de aceite comun	230 17
— media ydem de algodón hilado	4
— una piedra de amolar	48
— Ancias ensepadas: — una ydem con 33 quintales	403
— Herragez: — quatro ansas de bote con 10 libras de fierro	
— una hembra de ydem con 3 ½ de ydem	22 17
— Embases: — dos barriles de embase de la brea con dos alcos de fierro	16
— diez botif del embase del azeite	5
	6.885 25 ½
<i>Balandra «La Serpiente» (Le Serpent)</i>	
— Varas de tablonada de ecdro: — dos y media varas de 2 pulgadas grueso y ½ vara ancho	12 17
— Ydem de Chipre: — quarenta y ocho varas de grueso ordinario	192
— Jarcia alquitranada: — quarenta y dos brasas de guindaleza de 8 pulgadas	

	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
— catorce ydem de 7 ½	
— catorce ydem de 7	
— ocho ydem de 6	
— cinquenta ydem de 5 ½	
— sesenta y cinco ydem de 5	3.195
— ciento y veinte brasas de beta de 4 pulgadas	
— quatrocientas ochenta ydem de 1 ½ pulgadas todo con peso de 1.638 libras	
— Jarcia de Teniqn.: — ciento veinte brasas de beta de 3 ¾ pulgadas con 250 libras	
— ciento veinte ydem de 2 ½ con 125 ydem	899
— cienot veinte ydem de 2 con 62 ydem	
— Jarcia de pesso: — dosientas libras de jarcia vieja	128
— Textidos: — quarenta y dos varas de lona nueva	396
— sesenta ydem de loneta	420
— seis libras de hilo de vela	96
— Vetunes: — sesenta libras de brea negra	76 25 ½
— noventa ydem de estopa	86 17
— Clavazon de peso: — doze libras de clavos de 8 y 7 pulgadas	
— diez ydem de 6 y 5 pulgadas	52 25 ½
— doze ydem de 4 pulgadas de entablar	32
— seis ydem de falea menor de 2 pulgadas	40
— una ydem de bota mayor de 1 pulgada	10
— quarenta y quatro clavos de cabeza grande con 16 libras	70 25 ½
— Diversos generos: — doze libras de cera en belones	192
— ciento ydem de azeite comun	192
— dos cueros curtidos	128
— quatro saleas	32
— Herragez: — tres macha de timon con 92 libras	1.119
— una hembra con 31 libras	35
— una raca del foch con 2 libras	2
— un alacran con 1 ydem	59 8 ½
— un cancamo con 28 ydem	2 17
— una chapeta con 1 libra	59 8 ½
— un luncho de visagra achabado con 28 ydem	17
— una chabeta con ¼ libra	76
— cinquenta grampas con 16 libras	60
— Artilleria: — cinquenta libras de cuerda mecha	
	7.544 25 ½



<i>G é n e r o s</i>	<i>Importe en reales de plata y maravedis</i>
<i>Bergantin «La Liebre» (Le Lièvre)</i>	
— Vetunes: — treinta libras de brea negra	38 17
— veinte y cinco ydem de estopa	24
— Diversos generos: — diez libras de belas de sebo	28 25 ½
— treinta y seis ydem de azeite comun	69 4
— medio cuero curtido	32
— doze anjas de coser	4 25 ½
— un barril de sal con dos fanegas	6
— Herragez: — treinta y seis chabetas con 4 libras	24 17
— Artilleria: — trecientas libras de porbora	1.012
— treinta ydem de cuerda mecha	36
— un cacatapro con asta y atacador	20
— Embases: — tres botifas de embase del azeite	1 17
	1.294 4
<i>Escuadra en general</i>	
— Quatrocientas libras de fierro planchuela nueva que a los navios «Palmier», «Entrepido», se les cargan al primero 196 reales de plata por el importe de 20 ½ jornales de los yndividuos que se emplearon en la fabrica del timon de dicho buque	196
y al segundo 350 por 25 jornales en igual atencion	350
— Por aviso posterior del comisario del artillero D. Vizente Bado de fecha de 13 del mes de junio consta deber satisfacer dicha escuadra la siguiente:	
— una pieza de lona con 41 ½ varas de lona y una libra de estaño que todo importa	309
— para redificacion de la Casa que cirbio de panaderia para dicha escuadra	320
<b>Total General</b>	<b>83.125 33</b>

## EL GENERAL JOSE MIRANDA, UN HEROE OLVIDADO

por JULIO REPOLLES DE ZAYAS (†)

Coronel de Caballería

### *Evocador epitafio en un panteón orensano*

En el cementerio de Orense se encuentra un vetusto panteón, que ignoramos por qué motivo lo denomina el vulgo «el Calabozo», y en su interior, entre otras sepulturas, se encuentra una llana, a pie de altar, en cuya lápida esculpieron esta conmovedora dedicatoria, escrita en latín, lengua bien conocida de la sociedad ilustrada del XIX, cuya traducción es:

*Su fiel esposa dedicó este monumento de amor a José Miranda Cabezón, nacido en Cádiz, esforzado e invicto general, defensor de la Patria y de sus leyes, elevado a los máximos honores militares por sus heroicas hazañas realizadas contra los franceses a orillas del Tormes, y en otras partes de España ocupadas por Napoleón. Acabado por sus agotadoras campañas murió en Orense en 1853.*

En la pared frontera, tras el sepulcro del general, está el sencillo nicho en que yacen los restos mortales de su esposa, en cuya losa grabaron esta inscripción: *D.E.P. Excma. Sra. Dña. Rosa Leonato de Miranda Cabezón. 1857.*

Como la lectura de estos epitafios incita a conocer qué hazañas protagonizó el general «contra los franceses a orillas del Tormes, y en otras partes de España ocupadas por Napoleón», así como su indudable implicación en los avatares políticos que en su época agitaban España, también cómo se consumió su existencia terrena en estas nobles actividades, y cuales fueron las circunstancias que le vincularon a su entrañable cónyuge, vamos a referir esquemáticamente la vida nada vulgar de este personaje, detallando más acusadamente sus hazañas junto al Tormes, por ser las explícitamente mencionadas en la dedicatoria de su tumba, aunque, posiblemente, no sean las más sobresalientes entre las que jalonaron su extensa ejecutoria militar.

*Sus primeras campañas: trece años de lucha ininterrumpida*

El 5 de noviembre de 1794 se incorporó en Cartagena al Regimiento de Infantería de Sevilla un cadete de unos veinte años (su documentación no permite determinar con más precisión su edad), y así iniciaron su Hoja de Servicios: «Josef Miranda Cavezón. Su país, Berger de Andalucía —pueblo gaditano que actualmente denominamos Vejer de la Frontera—. Su salud, robusta. Su calidad, noble. Su empleo, cadete de gracia». Se encontraba entonces en pleno desarrollo la guerra del Rosellón, sostenida por España e Inglaterra, aliadas contra la República francesa, y al año siguiente marchó el regimiento al Pirineo Oriental para reforzar el ejército que acaudillaba el general José de Urrutia.

El cadete Miranda recibió su bautismo de fuego el 14 de junio, al vadear su batallón el Bâscara, rompiendo la línea enemiga en brioso ataque a la bayoneta. Poco tiempo después recibió su bautismo de sangre, al ser abatido de un balazo en el pecho. No tardó en concluirse esta contienda, pero la paz no fue muy duradera, al año siguiente estallaba otro conflicto bélico, esta vez Francia y España, aliadas, contra Inglaterra.

Restablecido de su herida, y ascendido a subteniente, Miranda marchó con su regimiento al Campo de Gibraltar, en donde permaneció hasta que en julio de 1797 embarcó su unidad en la fragata «Venganza» para ir a reforzar la plaza de Ceuta. Dos navíos británicos atacaron a la fragata española, y las tropas transportadas en ella participaron en el combate haciendo fuego de fusilería, parapetadas en las amuras. Alcanzada la «Venganza» por varios cañonazos puso rumbo hacia la costa, desembarcando el regimiento en la playa de Puente de Mayorga, siendo llevado a Ceuta en embarcaciones pequeñas, y en singladuras nocturnas, para lograr burlar el bloqueo ejercido por la escuadra de Horacio Nelson.

Permaneció el regimiento en Africa hasta que en 1803 fue enviado a Castilla la Vieja para perseguir a numerosas cuadrillas de bandoleros que expoliaban la región; nadie ni nada estaba a salvo de su brutal pillaje. A fines de 1804 marchó la unidad a guarnecer El Ferrol, con motivo de haber resurgido, tras breve período de paz, la lucha contra Inglaterra; en este año Miranda ascendió a teniente. En 1808 había concertado su enlace matrimonial con Rosa Leonato Outomuro, unos dos años más joven que él, nacida en Pedreira (Orense), pero la boda hubo de ser aplazada cuando al estallar el levantamiento popular contra la invasión napoleónica Miranda partió con su regimiento.

*De nuevo en campaña contra los franceses*

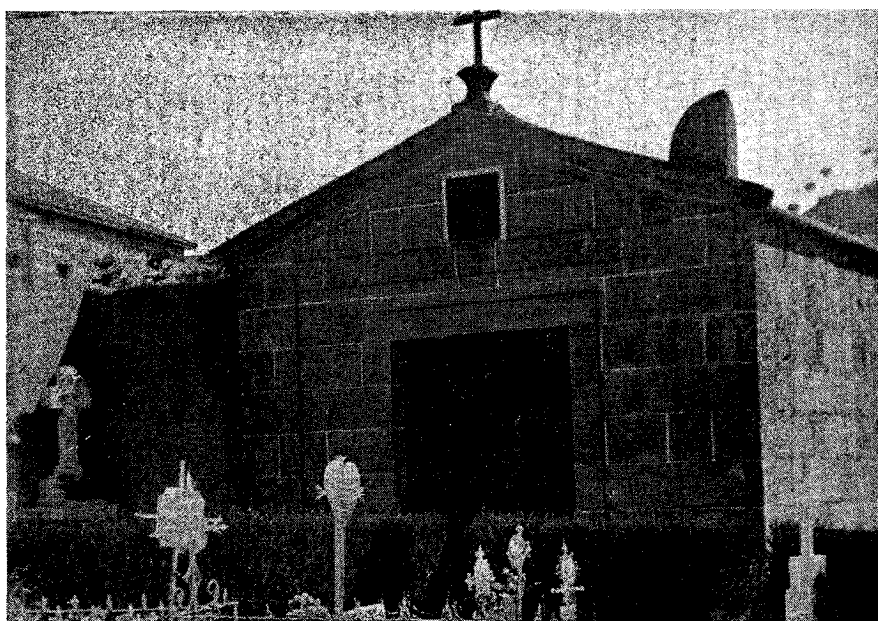
En los primeros días de junio el Regimiento de Sevilla, encuadrado en el, apresuradamente organizado, Ejército de Galicia, marchó al encuentro de los invasores. Este ejército, acaudillado sucesivamente por los generales



Mariscal de campo *José Miranda*, Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando, héroe de la guerra de la Independencia, fiel hasta el sacrificio a sus convicciones políticas.



Torre del homenaje del castillo de Alba, desde la que se evitó, con fuegos de fusilería, que los franceses reconstruyeran el puente sobre el Tormes, volado por el ejército aliado en su retirada.



Panteón del cementerio de Orense, en el que yacen los restos mortales del matrimonio Miranda.



Antonio Filangieri, Joaquín Blake y el marqués de la Romana, inició la campaña con una serie de operaciones, afortunadas unas, como el avance hasta Bilbao, pero adversas otras, como la retirada hacia Galicia. En el curso de estas acciones Miranda se batió denodadamente, siendo citado como distinguido por su actuación en la batalla de Espinosa de los Monteros (10 y 11 de noviembre de 1808):

*en la que habiéndole mandado salir con 30 hombres el día 10, sobre las nueve de la noche, para contener las escuchas enemigas, éstas le hicieron fuego, del que resultó uno general en toda la línea, que le mató los dos tercios de su tropa, y con la restante siguió el servicio hasta el amanecer del 11, que se replegó a su cuerpo y división.*

En la batalla de Tamames, victoriosa para las armas españolas, el 18 de octubre de 1808, el Regimiento de Sevilla, perteneciente a la 1.<sup>a</sup> División de Extremadura, integrada en el Ejército de la Izquierda, recuperó algunos cañones que habían quedado en poder de los franceses, acaudillados por el general Luis Marchand. Por su comportamiento en esta acción Miranda fue ascendido a capitán por el duque del Parque, general en jefe de aquel ejército. Poco tiempo después, el 28 de noviembre, el regimiento en que estaba Miranda formó parte del macizo cuadro constituido por unidades de Infantería, en la vega que se extiende al otro lado del río, frente a Alba de Tormes, para proteger la retirada del grueso del ejército, derrotado en otro choque sostenido algunos días antes en Medina del Campo contra las huestes de Marchand. Los españoles resistieron firmemente las reiteradas cargas de la Caballería imperial, mandada por el general Francisco Kellerman. Al mando del cuadro estaba el general Gabriel de Mendizábal, quien se batió con su habitual arrojo, por lo que sería concedido el título de conde del Cuadro de Alba de Tormes.

En los meses de abril y mayo de 1810 Miranda estuvo al mando de una «columna volante» organizada para «inquietar al enemigo» y destruir las barcas de la ribera del Tajo, dificultando así el paso del río a las tropas del mariscal Claudio Victor. Cumplió su cometido eficazmente, sosteniendo combates con numerosos destacamentos enemigos; en Burguillo rechazó fuerzas considerablemente más numerosas que las suyas.

### *Prisionero del mariscal Soult, logra evadirse*

Durante el estío de 1810 invadió Portugal el mariscal Andrés Massena, forzando a Wellington a retirarse a la abrupta región de Torres Vedras con sus tropas anglo-portuguesas, reforzadas por las españolas del marqués de la Romana, quien dejó en Extremadura dos de sus divisiones, al mando de Gabriel de Mendizábal, para cerrar los accesos a Badajoz, estratégica plaza amurallada, que se encontraba amenazada por la proximidad del

ejército del mariscal Nicolás Soult, y se esperaba que éste llevara sus armas contra Badajoz, para después reunirse con Massena en Portugal.

Al comenzar el año 1811 Soult marchó sobre Badajoz, sin que lograra contener su avance Mendizábal, por lo que éste optó por retirarse, situándose con una de sus divisiones en el castillo de San Cristóbal, próximo a la ciudad amenazada, reforzando la guarnición de ésta con la otra división, mandada por el general José de Imaz Altolaquirre, en esta división iba el capitán Miranda.

El 28 de enero Soult cercó Badajoz, rompió el fuego contra la ciudad con sus 54 piezas de artillería y comenzó las obras de aproximación para estrechar el cerco. Miranda participó en cuantas salidas se realizaron para entorpecer los trabajos de los zapadores enemigos y para clavar cañones de las baterías que más estragos causaban en la población, distinguiéndose por su arrojo, por lo que el gobernador militar de la plaza, general Rafael Menacho, le otorgó el ascenso a teniente coronel —en aquella época no existía todavía el empleo de comandante.

Menacho encomendó a Miranda la defensa del fuerte denominado La Picurifia que, enfilado por cuatro cañones y dos morteros, estaba sometido a incesante bombardeo. El 19 de febrero Mendizábal intentó socorrer Badajoz, atacando con su división para romper el cerco de los sitiadores, pero éstos derrotaron a sus atacantes. El 4 de marzo sucumbió Menacho, alcanzado por una granada de la artillería francesa, recayendo el mando de la plaza en José de Imaz, quien agotadas las posibilidades defensivas, ignorando que acudía en su auxilio la división inglesa del general William Beresford, y temeroso de que Soult entregase la ciudad al saqueo de sus tropas, si no aceptaba la capitulación que le ofrecía, capituló el día 11.

La guarnición de Badajoz fue hecha prisionera y conducida a Francia, pero no todos los prisioneros llegaron a su destino, algunos, entre ellos Imaz, fueron liberados por los guerrilleros en audaces golpes de mano, y otros varios lograron evadirse, entre éstos Miranda, quien lo consiguió al llegar a Villanueva del Duque, en la noche del 17 al 18 de marzo. Después de caminar por las estribaciones de Sierra Morena, ocupada en parte por los imperiales, alcanzó Ayamonte, embarcó en un bergantín que arribó a Cádiz el 2 de abril, y se presentó a la Regencia, solicitando ser destinado al 6.º Ejército o de Galicia. A primeros de junio hizo la travesía hasta La Coruña en una goleta inglesa. Al llegar a Galicia contrajo matrimonio con su prometida.

### *Impedir a toda costa la reconstrucción del puente de Alba de Tormes*

Francisco Javier Abadía, general en jefe del 6.º Ejército, encomendó a Miranda el mando de una columna de granaderos, con la que llevó a cabo reconocimientos ofensivos sobre León y Astorga, plazas que estaban en poder del enemigo. Al comenzar el año 1812 se hizo cargo del mando del 6.º Ejército el general José María de Santocildes, quien activó las operacio-

nes ofensivas en la zona comprendida entre León, Zamora y Valladolid, reconquistando Astorga. Cabe destacar que en el curso de estas operaciones Miranda con sus granaderos dio protección a un convoy integrado por numerosos carruajes, llevándolo desde Tordesillas hasta las proximidades de Puebla de Sanabria, conservando todos los bagajes a pesar de que en el largo camino recorrido fue muy hostilizado por destacamentos de la Caballería imperial.

Parte de las tropas del 6.º Ejército cooperaron con el ejército aliado, acaudillado por lord Wellington, en la gran ofensiva emprendida por éste, que culminó con la liberación de Madrid en agosto y con la ocupación de Burgos al mes siguiente. No tardaron en reaccionar los invasores que, organizados en dos poderosos ejércitos de maniobra y otro de reserva, avanzaron convergentemente sobre el ejército hispano-anglo-portugués. El generalísimo inglés dispuso la retirada hasta Salamanca el 21 de octubre, estableciéndose defensivamente a primeros de noviembre en la línea del Tormes, pero comprendiendo que no podría contener mucho tiempo la presión de sus adversarios, muy superiores numéricamente, decidió continuar el retroceso hasta Portugal. Al iniciarse la retirada en Burgos a Miranda le había sido confiado el mando del Regimiento de Infantería de Monterrey, y con él formó parte del último escalón hasta llegar a Salamanca, sosteniendo en Campos de Villamuriel violento choque con fuerzas de la vanguardia enemiga.

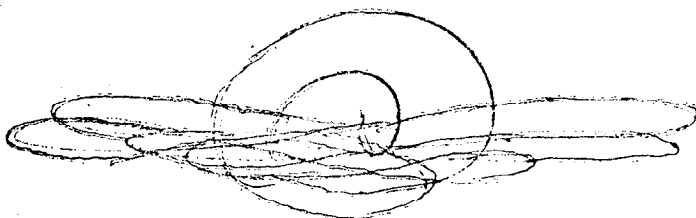
Encontrándose acampado con su regimiento en las alturas de Los Moriscos, recibió Miranda, en la madrugada del 10 de noviembre un oficio del jefe del Estado Mayor español, general Estanislao Sánchez Salvador, ordenándole presentarse en el Cuartel General de lord Wellington, que se encontraba instalado en Salamanca. Miranda fue recibido por el generalísimo inglés que estaba acompañado por el teniente general Francisco Javier Castaños, quien comunicó a Miranda haberle designado para mandar un destacamento de unos 300 soldados españoles, que debería elegir él mismo, e instalarse con ellos al día siguiente en el palacio-fortaleza de los duques de Alba, situado en Alba de Tormes, a la entrada del puente sobre el río que da nombre al pueblo. Al continuar la retirada el ejército aliado, y para dificultar su persecución por los franceses, el puente sería volado parcialmente. Consistía la misión del destacamento en impedir, a toda costa, que el enemigo reconstruyese el puente durante ocho días, y como quiera que el destacamento iba a quedar aislado en territorio que muy pronto ocuparían los imperiales, una vez conseguido este margen de tiempo, Miranda quedaba en libertad de adoptar la resolución que estimase más oportuna, incluso la de retirarse, sino encontraba otro recurso para evitar el sacrificio de su tropa.

### *Defensa y evacuación del castillo de Alba*

En el Servicio Histórico Militar se encuentra el diario de operaciones redactado por el teniente coronel Miranda durante el asedio a que fue so-

# Diario

De la defensa y evacuación del Castillo  
de la Villa de Alba de Tormes en el mes  
de Noviembre  
del año de 1812



*Cubierta del Diario de Operaciones redactado por el teniente coronel Miranda durante la defensa y evacuación del castillo de Alba de Tormes.*

metido el castillo de Alba, ofrecemos a continuación el siguiente resumen de los hechos que estimamos más sobresalientes contenidos en el mencionado diario.

*Día 10.*—Para constituir el destacamento Miranda designó una compañía de cazadores y otra de granaderos de su regimiento, el de Monterrey, y una de las compañías de granaderos del Regimiento de Voluntarios del Rivero, que totalizaban 327 hombres: un capitán, seis tenientes, seis subtenientes, 15 sargentos, cinco músicos (cornetas, tambores y pífano), 27 cabos y 267 soldados. Contaban además con 11 caballos de oficiales y dos acémilas (mulos).

*Día 11.*—Al amanecer emprendió la marcha el destacamento, llegando a Alba de Tormes hacia las tres de la tarde. Una división anglo-portuguesa,

mandada por el general Jhon Tamater, ocupaba el pueblo, quedando los puestos avanzados franceses «a unos dos tiros de fusil». El destacamento relevó a un batallón inglés que guarnecía el castillo.

El palacio-fortaleza, asentado en el altozano que se eleva junto a la entrada de sólido puente romano se encontraba en pésimas condiciones de habitabilidad y defensa, porque hacía algunos meses que lo incendiaron los famosos lanceros de don Julián Sánchez «el Charro», a fin de que los franceses no pudieran apoyar en él su defensa.

*Día 12.*—La guarnición se dedicó a desescombrar el recinto y el foso y a la reparación de las murallas.

*Día 13.*—En las proximidades del pueblo se reunieron las tropas del mariscal Soutl y las de José Bonaparte; la división inglesa se puso sobre las armas, mientras el destacamento activó el perfeccionamiento de las obras defensivas.

*Día 14.*—Al amanecer se divisó el ejército enemigo formado en batalla, la división inglesa emprendió la retirada, volando los primeros arcos del puente. La potente detonación conmovió las cuarteadas murallas de la fortaleza, produciendo derrumbamientos que causaron algunos contusos en la guarnición; ésta fue incrementada en el soldado portugués Manuel Gonzalves, perteneciente al 2.º Regimiento, que por haberse quedado dormido no advirtió la retirada de su división, y llegó al castillo corriendo, hostigado por los disparos de los franceses.

Un batallón enemigo entró en el pueblo, estableciéndose en las torres de las iglesias, ventanas de edificios y bocacalles que daban frente al castillo, entablado vivo tiroteo con sus defensores. Una columna de caballería, integrada por unos 2.500 jinetes, y reforzada con algunos cañones, vadeó el Tormes. Debido a la impetuosidad de la corriente volcaron dos de las piezas artilleras, siendo difícilmente recuperadas por sus sirvientes. Estas fuerzas acamparon en la vega. Tropas de zapadores efectuaron reconocimientos en la cortadura del puente e intentaron repararla, pero hubieron de desistir de sus propósitos, tras sufrir cinco bajas de oficial y unas 80 de tropa, producidas por el intenso fuego de fusilería del destacamento, que tuvo un soldado de granaderos muerto y dos de cazadores heridos.

El teniente coronel Miranda recibió un parlamentario que le hizo entrega del siguiente mensaje:

*Señor comandante del fuerte: Los ingleses acaban de abandonarle a Vd. y no puede dudar que le han sacrificado: el general jefe del Ejército Imperial de Portugal intima a Vd. la entrega inmediata del fuerte que manda, de este modo puede Vd. acceder, con generosidad, y en no haciéndolo, debe Vd. esperar ser tratado con el máximo rigor. E. yudante general Resseur. Alba de Tormes, 14 de noviembre de 1812.*

La contestación fue inmediata, con la misma fecha, en los siguientes términos:

*Señor ayudante general: Sirvase Vd. decir a su general en jefe que la suerte que me cabe es la más lisonjera para un militar, que tengo una brillante guarnición con todos los requisitos para llenar mi deber; así que él haga el suyo. Castillo de Alba de Tormes, 14 de noviembre de 1812. José de Miranda.*

*Día 15.*—Todo el ejército enemigo, incluido la tropa que ocupaba Alba de Tormes se puso en marcha, vadeó el río, alejándose en dirección a Ciudad Rodrigo, lo que fue aprovechado por Miranda para disponer una salida con la mitad de la guarnición para hostigar la retaguardia enemiga; el éxito conseguido fue considerable, causaron bajas a sus adversarios «tomándoles 136 prisioneros, los 36 de caballería». Entre los prisioneros se encontraba un oficial cirujano y otro de farmacia, que fueron muy útiles a los españoles durante el asedio. También había entre los prisioneros un músico y un hijo de éste, muchacho muy joven, a quienes Miranda puso en libertad.

En el pueblo se proveyó el destacamento de víveres, útiles para amasar y cocer pan, colchones para organizar una enfermería en el castillo, paja y cebada para el ganado. Los franceses habían dejado varios de sus heridos distribuidos entre varias casas del pueblo, y Miranda dispuso su concentración en un solo edificio, habilitándolo para hospital. Encomendó al corregidor de la villa que les prestase la asistencia necesaria y evitase que el vecindario cometiese con ellos algún desmán.

El teniente de granaderos José Montañés, disfrazado, y acompañado de un paisano como guía, salió del castillo para hacer llegar a Wellington una parte de Miranda, notificándole de las vicisitudes de la defensa de la fortaleza y informándole de los movimientos del enemigo que se habían observado.

*Día 16.*—Regresó el teniente Montañés, tras haber entregado el parte al juez del pueblo de Martín Amor, quien lo hizo llegar a su destino.

Sobre las doce del mediodía entró en el pueblo, dirigiéndose seguidamente al vado, un convoy de coches y carros, escoltado por alguna tropa de caballería. Cien hombres de la guarnición se apostaron en unas cercas próximas al camino seguido por el convoy, contra el que abrieron fuego, retirándose tras causarle algunas bajas. El momento de confusión que se produjo fue aprovechado por dos paisanos que llevaban los franceses como guías para evadirse. Estos paisanos informaron a Miranda que en uno de los coches viajaba «el Rey Intruso».

*Día 17.*—Se presentaron en el castillo dos paisanos que había llevado como guías el mariscal Soult, e informaron a Miranda que en las proximidades de Ciudad Rodrigo habían sostenido reñida batalla las tropas de Wellington y las de Soult, siendo cuantiosas las bajas sufridas por ambos bandos contendientes.

*Día 18.*—Sobre las tres de la tarde se aproximó al pueblo una columna de unos 300 jinetes, e inmediatamente la compañía de cazadores salió del castillo para hostilizarles desde unas cercas. Los franceses hicieron salir

del pueblo al corregidor y algunas otras personas, dos de éstas llevaron a Miranda el siguiente mensaje:

*Campo de Amatos, 18 de noviembre de 1812. Jorvert, comandante en jefe de las tropas que componen dicho campo; al Sr. comandante del fuerte de Alba de Tormes: Sr. comandante: tengo el honor de prevenir a Vd. que estoy encargado por S.M.C el rey de España para intimar a Vd. entregue el castillo que ocupa, y rendirse con la guarnición como prisioneros de guerra; os aviso que van a llegar tropas de Infantería y de Artillería, por consiguiente si Vd. quiere capitular conmigo será en su favor.*

La respuesta de Miranda iba redactada en los siguientes términos:

*Sr. comandante de las tropas de Amantos: no me es posible acceder a la proposición de Vd. por ser un militar que se interesa por el honor de sus oficiales y soldados, quienes resueltamente, con su jefe, desean llenar el deber que les compete, para ello tienen todos los enseres necesarios y tropas disciplinadas, habituadas a oír el estampido del cañón, y a batirse en los combates entre los primeros soldados; estas reflexiones harán comprender a Vd. que será el poseedor de este fuerte quien decida la suerte de las armas. Es de Vd. su affmo. servidor. José de Miranda. Castillo de Alba de Tormes, 18 de noviembre de 1812.*

Día 19.—Sobre las diez de la mañana llegó más caballería al Campo de Amatos, y dos horas más tarde lo hizo una brigada de infantería al campo de San Francisco, su jefe, sin más dilación, dirigió a Miranda la siguiente intimación llevada por un paisano:

*Sr. comandante: Vengo mandando una división, y le intimo a Vd. en nombre de mi general en jefe a salir de ese mal reducto en que Vd. se obstina en hacer resistencia; le doy a Vd. una hora para decidirse, y tiemble Vd. si su respuesta es negativa. El general Barón de Ausserrak.*

He aquí la contestación de Miranda, sobria y contundante:

*Sr. general: Déjese Vd. de intimaciones, y haga su deber que yo haré el mío: muchos prisioneros, a quienes doy el mejor trato, serían víctimas de cualquier atentado que Vd. cometiese cuando la suerte de las armas le favoreciera más que a mí. José de Miranda.*

Sobre las dos de la tarde llegó al Campo de San Francisco otra brigada de infantería. Seguidamente, los franceses destacaron cuatro compañías que establecieron 16 puestos de vigilancia de seis hombres cada uno, en línea de circunvalación, que cubrían el perímetro del castillo cerrando todos los accesos a éste. El resto de las tropas de estas compañías se situó como

reserva entre unas cercas. Un batallón apostó guardias en las calles que desembocaban en el castillo, y estableció su reserva en las ruinas de un convento. En San Francisco quedaron los carros de los batallones con una fuerte guardia para su custodia, la restante fuerza de las dos brigadas se acuarteló en la villa. La caballería acampó entre Amatos y la vega que se extiende del otro lado del río.

Poco tiempo después de anochecido se presentaron en el castillo dos paisanos, quienes informaron a Miranda de que las tropas francesas que le cercaban constituían la 4.<sup>a</sup> División de infantería, cuyo general en jefe les hizo entrega de una carta, rogándoles, amablemente, que se la llevaran al comandante del castillo:

*Sr. comandante: He llegado con la última brigada de la división que mando, y he sabido por el comandante de mi caballería y el general de brigada Auserrak que han escrito a Vd. para intimarle la entrega del castillo a las tropas imperiales; ignoro el contenido de las cartas de aquellos oficiales, pero vuestras respuestas me han sido entregadas: ellas me persuaden que Vd. ignora el estado presente del ejército inglés y sus aliados; ya no debe Vd. esperar auxilios, su retirada más allá de Agueda, con precipitación y grandes pérdidas, debe privar a Vd. de toda esperanza. En este estado de cosas, sin dudar de los medios de resistencia que tiene Vd. y conociendo los que tengo ya contra Vd., le suplico piense bien en la situación en que se halla. Si Vd. tiene a bien, Sr. comandante, enviar a uno de vuestros oficiales, hablaremos sobre la respectiva posición de los dos ejércitos, o, si Vd. desea, enviar alguno a Salamanca para informarse positivamente del estado de cosas, me ofrezco a dar a Vd. todas las seguridades y escoltas que Vd. pueda desear. Le ruego Sr. comandante reciba las vivas expresiones de mi estimación. El general de división Serru. P.D. Un músico de mi ejército se me presentó diciéndome que Vd. le dio libertad y a un hijo suyo, me dijo además que muchos militares franceses caídos en vuestro poder están bien tratados como su situación permite, le ofrezco por ello las expresiones de mi agradecimiento.*

La respuesta era una serie de consideraciones en las que las preguntas daban fuerza especial a las razones:

*Sr. general: Es constante haber recibido dos escritos del comandante de caballería y del general Ausserrak; uno y otro me pedían el castillo, mas el segundo, ignorando la entereza de mi carácter, indicaba en la última expresión que temblase si me niego a ello. Ahora recibo la favorecida de Vd., y desentendiéndome de cuanto impone la carrera militar en que me hallo, valiéndome de un seco modo de contestar, pero su relato es merecedor de la más atenta expresión, y así paso a hacer las más verdaderas reflexiones para convencer a Vd. de que por todos medios estoy en el caso de llenar mi deber. ¿Cómo podré desentenderme de la educación militar recibida en diecinueve*



*años y desde mi juventud, siempre en ellos con alguna opinión, rindiendo un fuerte que es asequible a la mejor defensa, conservando intacta una bizarra guarnición de oficiales y soldados? ¿Será posible Sr. general rendir el fuerte sin sufrir antes centenares de asaltos? No creo que Vd. me pida el fuerte por el estilo que indica, supuesto es inconexo al deber que me compete llenar, y si por el que a Vd. le impone su cargo, y por su interés en recompensar lo benéfico que soy a la humanidad, le diré que sólo la ejerzo cuando no es detrimento de mi conducta militar, tal ha sido la libertad al músico y a su hijo, y también un cantinero y los heridos abandonados que coloqué en un hospital. No dudo dejen de ser ciertas las noticias que me da del ejército de quien dependo, aunque anoche las que he recibido no me anuncian concluida mi dependencia, y, por último, Sr. general, le ruego que me ataque cuando guste, y si Vd. tuviese más suerte en las armas que yo, gustoso sufriré la que me quepa. Me ofrezco con toda voluntad a las órdenes de Vd., reiterándole a efecto de su más apasionado s.s. q.s.m.b.*

Esta misiva fue llevada al campo francés por el teniente Montañés, acompañado de un corneta y de un granadero. Recibidos en el cuartel general de Serru fueron tratados deferentemente por éste y por todos los oficiales reunidos allí. Dos horas más tarde los parlamentarios españoles fueron escoltados hasta el fuerte, siendo Montañés portador de la siguiente epístola:

*Alba de Tormes, 19 de noviembre de 1812, a las nueve y media de la noche. Sr. comandante: El oficial que me envía Vd. me ha entregado la carta que me hizo el honor de mandarme y supongo venida de vuestra parte por que responde a la que yo mandé a Vd., mas sin duda por distracción se olvidó firmarla. No tome Vd. a mal si no me extiende más sobre su contenido, y si paso a decirle que las noticias que puede haber tenido ayer noche no destruyen lo que tuve el honor de decirle sobre el estado actual de uestro ejército. Treinta y un años de vida militar me han enseñado también lo que un soldado debe a su honor, mas en las circunstancias que Vd. se encuentra pienso que ha hecho ya bastante. En fin, Sr. comandante, dejaremos nuestras comunicaciones hasta que otras circunstancias nos las hagan volver a tomar. Os ruego aceptéis las muchas pruebas de mi consideración. El general de división Serru.*

*Día 20.*—El tiroteo fue poco intenso. Sobre las tres de la tarde llegó al pueblo una columna de prisioneros ingleses, de los que fueron rescatados dos de ellos, pertenecientes a un regimiento de cazadores de caballería, por soldados de la guarnición que se apostaron próximos al camino que seguía la columna.

*Día 21.*—Se hizo una salida con 50 hombres para reconocer las obras de aproximación que realizaba el enemigo desde la línea de circunvalación

hacia el castillo, resultando herido un sargento de cazadores y el soldado portugués refugiado en la fortaleza el día 14.

*Día 22.*—El fuego fue poco intenso, salió del pueblo en dirección a Salamanca la columna de prisioneros ingleses custodiada por dragones.

*Día 23.*—El teniente coronel Miranda reunió a todos sus oficiales y les habló en estos términos: «Señores oficiales, hemos llenado nuestro deber, mi opinión es que hagamos una salida de noche para arrollar los puestos enemigos y seguir la marcha sin cesar hasta llegar a lugar donde podamos elegir, con más certeza que aquí, el rumbo que debemos tomar, antes de que regrese de Portugal el ejército enemigo, en cuyo caso no sólo nos veremos expuestos a ser estrechados con artillería, sino a tenernos que rendir por falta de víveres, puesto que sólo hay carne para dos días y pan para tres; sin embargo, espero de Vds. se sirvan poner por escrito y bajo firma el parecer de cada uno, mientras yo voy a inspeccionar los parapetos exteriores donde espero el aviso del capitán Sanjurjo.»

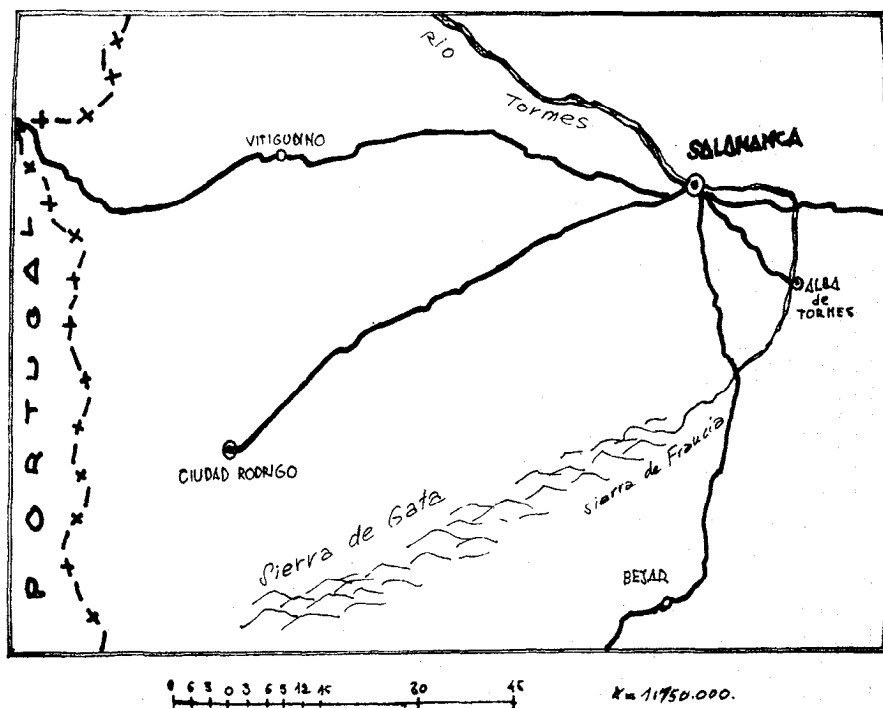
*Día 24.*—Decidida la evacuación de la fortaleza, el teniente coronel Miranda dirigió a la guarnición una orden extraordinaria, en la que comunicaba a sus componentes haberlos elegido por sus reconocidas virtudes militares, y que iban a realizar una operación nocturna para romper el cerco enemigo y evadirse «para el mejor servicio de Dios, de la Patria y del Rey». Exponía detalladamente todo lo concerniente a la organización y ejecución de la operación que, en líneas muy generales, consistía en atravesar el cerco enemigo llevando en vanguardia una guerrilla que al mando del subteniente José Díaz constituirían un sargento y ocho soldados de cazadores designados por dicho oficial. Seguiría a la guerrilla el puesto de mando del teniente coronel, precediendo a las compañías que marcharían en columna, en este orden: cazadores, granaderos de Monterrey y granaderos del Rivero, articulándose cada compañía en dos pelotones, acolados, formados de a dos, con los oficiales en cabeza y los sargentos en los costados exteriores. Cerrarían la marcha los tres rancheros y catorce asistentes, que llevarían las dos acémilas con la impedimenta que se detallaba. Cubriría la retaguardia una unidad de caballería improvisada, al mando del cabo 1.º Juan Fernández Maroto, integrada por ocho soldados elegidos por aquél y los dos ingleses de cazadores de caballería.

Para asistencia de 22 heridos españoles y un herido portugués y para custodia de los prisioneros quedaría en el castillo una guardia al mando del teniente Nicolás Solar, integrada por un sargento, dos cabos y 18 soldados, seleccionados por el teniente coronel entre los menos resistentes a las fatigas, que durante toda la noche sostendrían fuego con los sitiadores con la intensidad habitual, y entrada la mañana del 25 se rendirían al general Serru, para quien Miranda entregó a Solar una carta redactada en estos términos:

*Sr. general: Las reglas de la guerra deben seguirse en todas sus partes, y así es que emprendo la salida con mi guarnición; si las fuerzas de Vd. me encontraran, nos batiremos en campo raso. Dejo un oficial para entregar a Vd. el castillo con todos los enseres que encierra,*

*particularmente los prisioneros, a quienes he mirado con toda consideración, y omito suplicar a Vd. tenga la suya con el oficial, heridos y guardia, supuesto que sus escritos me han hecho ver la generosidad de su corazón. Dios guarde a Vd. muchos años. Castillo de Alba de Tormes, a las once de la noche del 24 de noviembre de 1812. Jose de Miranda.*

A las doce de la noche salió sigilosamente la columna del castillo, atravesó a la carrera la línea de circunvalación, disparando únicamente los que formaban la vanguardia. Estos disparos sembraron la alarma e introdujeron la confusión en todos los puestos franceses, que reaccionaron con vivo tiroteo, mientras sus reservas, completamente desorientadas, corrían atropelladamente a cubrir el vado, facilitando la fuga de la columna que marchaba en dirección opuesta. No obstante, los españoles sufrieron 21 bajas, que tuvieron que dejar en el campo. El grupo de los rancheros y asistentes se desorientaron en la oscuridad de la noche, algunos fueron capturados



*Croquis de la última fase de la retirada de Lord Wellington, en la que se defendió Castillo de Alba (sobre un mapa de aquella época).*

por los franceses pero la mayoría lograron regresar al castillo. El destacamento de caballería improvisada cubrió la retirada de la columna con notable eficacia. Poco antes de amanecer la columna alcanzó un bosque en las proximidades del Carpio Medianero (Avila), en donde pudieron descansar.

En el diario de operaciones dejó Miranda constancia, día a día, de las vicisitudes que pasó el destacamento y de las dificultades que hubo de superar hasta llegar a Orense el 20 de diciembre, tras haber recorrido unas 130 leguas, parte de este trayecto por terreno ocupado por el enemigo, esquivando la persecución de 300 jinetes y seis compañías de cazadores lanzados por Serru en pos de los evadidos, pero contando en casi todos los momentos con la abnegada y arriesgada ayuda de los pueblos encontrados en su ruta, sin que faltara, en ocasiones, aumento en el riesgo de ser capturados por denuncias de algunos paisanos afrancesados.

### *Miranda es laureado y ascendido a coronel*

El 25 de diciembre se celebró en Lugo, donde se encontraba el cuartel general y una de las divisiones del 6.º Ejército, un solemne acto para honrar al destacamento y celebrar su reincorporación al 6.º Ejército, formando para ello la división en orden de parada, con banderas desplegadas, redoblando tambores, presentando armas y aclamando entusiastamente a Miranda y sus soldados con esta triple exclamación: «¡Vivan los defensores de Alba! ¡Vivan nuestros compañeros de armas! ¡Vivan los valientes del 6.º Ejército!» Por disposición de lord Wellington se incoó el expediente para la concesión a Miranda de la cruz de la Orden de San Fernando, la cual le fue concedida por Real Cédula de 13 de marzo de 1815.

En el informe de Miranda al general en jefe elogió el valeroso comportamiento de todos los componentes del destacamento, proponiendo para el ascenso a los que más se habían distinguido.

También llegaron a Orense, en días sucesivos, hasta nueve soldados de los que fueron hechos prisioneros al rendirse el castillo, quienes lograron evadirse desde Salamanca. Informaron que el teniente Solar entregó el fuerte con todas las formalidades a un representante del general Serru, y que los franceses dispensaron favorable acogida a los rendidos, proporcionándoles abundante rancho antes de conducirlos a Salamanca.

Durante la campaña de 1813, Miranda, con su regimiento, formó parte de la vanguardia del 4.º Ejército en el avance desde El Bierzo hasta Bilbao. Participó en la batalla de Vitoria (21 de junio) y se distinguió en la de San Marcial (31 de agosto), en la defensa del Pico del Aire y, seguidamente, en el ataque al de Veroya. El 7 de octubre penetró en Francia, vadeando el Bidasoa por Rumaga, y asaltando la posición de Fagolegui, haciendo 247 prisioneros. Enviado con su regimiento a reforzar el cerco de Santoña, donde aún resistía valerosamente la guarnición francesa, asaltó el fuerte del Puntal, en la noche del 12 al 13 de febrero de 1814, por lo que fue ascendido a coronel por méritos de guerra.

*Aunque tratado poco magnánimamente permaneció fiel al absolutismo*

Cuando terminó la contienda, el Regimiento de Monterrey fue destinado a guarnecer Orense y a perseguir cuadrillas de facinerosos de las surgidas como funesta secuela de aquella prolongada y despiadada guerra.

El matrimonio Miranda se encontró sumido en angustiosa estrechez económica, pues aunque no tenía descendencia mantenía a varios familiares, en época en que el ruinoso estado de la Hacienda pública no permitía satisfacer con regularidad los devengos del ejército. Miranda expuso sus circunstancias en instancia dirigida al rey el 15 de abril de 1815, en la que solicitaba que se dignara concederle el ascenso a brigadier, así como el abono de las mensualidades que le adeudaba el Estado:

*...Mantengo a mis ancianos padres, arruinados por la calamitosa guerra, y dos hermanas solteras, ya que mis otros cuatro hermanos se incorporaron al Ejército al comenzar la guerra; uno de ellos, Francisco de Paula, murió en la batalla de Vitoria, siendo capitán del Batallón de Cazadores de Cataluña...*

Unió a la instancia, en la que resumía su actuación durante la contienda, avalando los hechos, certificados muy elogiosos de los generales a cuyas órdenes sirvió. Sin embargo, el monarca no le otorgó el ascenso, aunque los méritos de Miranda no fueron inferiores a los de otros ex combatientes a quienes distinguieron con este galardón. En aquella época los ascensos eran concedidos graciamente por el soberano.

La acusada inestabilidad política que sufría el país se vio incrementada al abolir Fernando VII la Constitución de 1812, ejerciendo el poder absoluto, con notoria arbitrariedad. La actitud del monarca avivó la disconformidad de muchos españoles, especialmente en el seno del Ejército, del que surgieron una serie de pronunciamientos liberales que fracasaron faltos del apoyo popular, y que fueron sangrientemente reprimidos. Miranda permaneció al margen de estas corrientes constitucionalistas, porque era ferviente absolutista, convencido de que los males que padecía España eran fruto dañino del liberalismo.

*Enfrentamiento armado que no rompió los lazos de amistad*

Por la reorganización del Ejército, decretada el 15 de agosto de 1815, el regimiento de Monterrey quedó reducido a un solo batallón en armas, denominado Regimiento de Infantería de Línea de Navarra. Pocos días antes de esta fecha ingresó en el castillo de San Antón de La Coruña, en calidad de arrestado, para cumplir cuatro años de prisión, por haber expresado su disconformidad con el régimen absolutista, el general Juan Díaz Porlier, apodado «el Marquésito», quien se había distinguido durante

la guerra de la Independencia por su serena valentía, notable competencia militar y exaltado patriotismo. Unían a Miranda y Porlier estrechos lazos de amistad, nacida y cimentada en los avatares de aquella contienda.

El 16 de septiembre recibió Miranda un escrito del capitán general del Reino de Galicia, Felipe Saint Marcq, ordenándole incorporarse con su batallón a la guarnición de La Coruña, «dejando en Orense 100 hombres para custodiar los tres depósitos de facinerosos aprehendidos». Tres días más tarde el general Porlier promovió una sublevación en La Coruña, en donde proclamó la Constitución, tras poner en prisión al capitán general. De estos acontecimientos fue informado Miranda por su antiguo jefe, José de Imaz Altolaguirre, al llegar a Santiago de Compostela, donde éste ejercía el cargo de subinspector de la 4.<sup>a</sup> División de Milicias Provinciales. El gobernador militar de la plaza, general José Pesci, requirió a Miranda para que detuviera su marcha hacia La Coruña, y reforzara con su tropa la guarnición de Santiago, reducida a algunas compañías de granaderos provinciales, pues según las últimas noticias recibidas «el infame Porlier» había partido de La Coruña, y llegado al pueblo de Ordenes, al frente de una columna de unos 700 hombres y cuatro cañones, dispuesto a reducir por la fuerza a las guarniciones que no quisieran secundarlo.

El día 22, cumpliendo las órdenes recibidas de Imaz, Miranda esperó a los rebeldes con su batallón desplegado tras el arroyo Cigüero, pero no se produjo el choque entre los dos bandos rivales porque el general Porlier y sus más íntimos colaboradores fueron traicionados y apresados por una fracción de sus tropas. Miranda se hizo cargo de los presos y los condujo el día 26 al castillo de San Antón.

Juzgado en consejo de guerra el 2 de octubre Porlier fue condenado a morir ahorcado, siendo ejecutado al día siguiente en la plaza de la Leña (actualmente plaza de España). Pocas horas antes de cumplirse la sentencia Porlier dictó su testamento, nombrando su albacea testamentario al coronel Miranda. El enfrentamiento por discrepancias políticas no llegó a romper la amistad de estos dos hombres, que a impulsos de común y ardiente patriotismo militaron en bandos antagónicos.

El capitán general Saint Macq comunicó a Miranda en escrito de 28 de noviembre «que S.M. el Rey se había servido resolver que se le dieran las gracias al coronel Miranda, en su real nombre, por su leal comportamiento con motivo de las turbulencias suscitadas por el rebelde Porlier». Con motivo de este pronunciamiento muchas personas fueron encarceladas y procesadas, pero los procedimientos judiciales se tramitaban con sorprendente lentitud. Uno de los jueces atrajo en 1817 la atención del Gobierno sobre el hecho de que el general Porlier hubiese nombrado a Miranda su albacea testamentario, quien inmediatamente fue llamado a Madrid para prestar declaración, y aunque logró disipar toda sospecha de su actuación política, quedó retenido en Madrid a disposición del juzgado.

*Nuevamente en armas contra el liberalismo*

Durante el estío de 1819 la creciente agitación política hizo temer al Gobierno que estallase en Andalucía un pronunciamiento militar de gran envergadura, para reprimirlo, si llegaba a producirse, aproximó a esta región tropas de las que consideraba más leales. El coronel Miranda, que continuaba en Madrid, recibió el 23 de julio una comunicación del ministro de la Guerra ordenándole regresar a La Coruña, tomar nuevamente el mando del regimiento de Navarra, aumentando sus efectivos a dos batallones, e incorporarse con ellos a la guarnición de Badajoz. A pesar de estas y de otras disposiciones adoptadas por el Gobierno se produjo el movimiento liberal, cuando en la madrugada del 1 de enero de 1820 el jefe del 2.º Batallón del Regimiento de Infantería de Asturias, capitán graduado de teniente coronel, Rafael del Riesgo, proclamó la Constitución en Las Cabezas de San Juan (Sevilla).

El día 23 recibió Miranda una comunicación del ministro de la Guerra ordenándole incorporarse con su regimiento en Sevilla al ejército del teniente general Manuel Freire, encargado de sofocar el movimiento subversivo. Cuando Miranda llegó a Guillena (Sevilla) recibió por mediación del general Juan Ordojón, comandante militar de esta villa, la orden para continuar la marcha e incorporarse en el Campo de Gibraltar a la división que mandaba el general José O'Donnell, así como la advertencia de que marchase con precaución porque Rafael del Riego había salido de la Isla de León al frente de un batallón del regimiento de Asturias, otro del regimiento de Sevilla y el escuadrón llamado «el Constitucional», fuerzas que se estimaban en unos 2.000 hombres, y que en cualquier momento podía encontrarse con la columna rebelde.

El día 11 se incorporó en Medina Sidonia a la división de O'Donnell, que partió en persecución de la columna rebelde, con la que sostuvo escaramuzas los días 17 y 19 en Marbella y Málaga, respectivamente. La división alcanzó Campillo el día 24, y O'Donnell encomendó a Miranda que eligiese seis compañías de cazadores y fuese con ellas a ocupar Ronda al día siguiente, antes de que pudieran hacerlo los rebeldes, que a la sazón se encontraban acantonados en Cañete la Real. Miranda partió inmediatamente a marcha forzada, llegando a Ronda a las once de la mañana, ocupando posiciones defensivas, cerrando los accesos a la plaza. Sobre las cuatro de la tarde llegó del Riego, y atacó con su infantería los puentes Nuevo y Viejo, siendo rechazado por los gubernamentales, por lo que emprendió la retirada hacia Grazalema al cerrar la noche.

En la tarde del 4 de marzo la división gubernamental batió a las tropas de Riego en Morón de la Frontera, forzándolas a continuar la retirada. O'Donnell recibió este día orden de Freire instándole a perseguir más enérgicamente a los revolucionarios hasta capturarlos o destruirlos.

Al mando de la vanguardia, y adelantándose dos jornadas al grueso de la división, partió Miranda en pos de la columna rebelde, que siguió la ruta: Villanueva de San Juan, Los Corrales, Gimena, Estepa, Mirageniel,

Aguilar, Montilla, Castro del Río y Córdoba, donde llegó Miranda sobre las tres de la tarde del día 8, pocas horas más tarde de que hubiera salido Riego por el camino de Bélmez. Tras algunas horas de descanso se reemprendió la persecución, que se vio dificultada por una violenta tormenta, seguida de lluvias torrenciales, hasta que, alcanzados los liberales el día 10 en Fuente Ovejuna, fueron fácilmente batidos por los gubernamentales, que les causaron algunas bajas, les hicieron 347 prisioneros, y se apoderaron de sus banderas y bagajes. Rafael del Riego abandonó el campo de la acción a uña de caballo, siendo acompañado solamente por un cadete y un paisano.

Tras enviar los prisioneros a Córdoba continuó Miranda la implacable persecución del caudillo vencido hasta Fuente de Cantos, donde se enteró que del Riego se encontraba refugiado en el cortijo llamado «del Marqués», a dos leguas de distancia, siguiendo el camino al Condado de Nuola. Cuando se disponía a ir a prenderlo recibió un oficio de O'Donnell, fechado en Córdoba dos días antes, ordenándole cesar en la persecución de Riego, por haber cesado las hostilidades con los liberales, toda vez que el general en jefe, Manuel Freire, había acordado con el capitán general del Departamento Marítimo de Cádiz, Juan María de Villavicencio, proclamar la Constitución en Andalucía.

### *Persecución y rehabilitación de Miranda*

El nuevo Gobierno liberal adoptó medidas represivas contra Miranda, asignándole un destino sedentario en Madrid, hasta que en 1822 le nombraron jefe del Batallón Provincial de Monterrey, de guarnición en Orense. Esta unidad estaba mal conceptuada por el Gobierno y el pueblo, debido a que hacía dos años se había opuesto a la sublevación que estalló en Galicia, en apoyo del pronunciamiento de Rafael del Riego, y en el combate sostenido con los sublevados causó la muerte al caudillo de éstos, coronel Félix Alvarez de Acevedo. Cuando Miranda se hizo cargo del mando fue advertido por el gobernador militar de la plaza, general Antonio Roselló, que por decisión del ministro de la Guerra, el batallón tenía que salir inmediatamente de Orense para ir a guarnecer Zaragoza.

En el largo caminar hacia la capital aragonesa, Miranda tuvo que compaginar su tacto y energía para evitar incidentes con la población civil y para conseguir alojamiento a su tropa, hostilmente recibida en todos los pueblos, debido a su fama de absolutista. Al llegar a Zaragoza se le ordenó reemprender la marcha en un tiempo perentorio, para ir a guarnecer Fraga. Este continuo y fatigoso peregrinar del batallón se prolongó hasta que llegó a Jaca el 24 de abril de 1823, pocos días más tarde de haber invadido España un ejército franco-español que, al mando del general francés duque de Angulema, llegó para reinstaurar por las armas el absolutismo, y Miranda, en hábil y audaz golpe de mano se apoderó de la plaza, sin efusión de sangre, desarmando a la guarnición liberal. Seguidamente envió un mensaje al general conde de España, jefe de una de las divisiones invasoras,



comunicándole haber ocupado Jaca «en nombre de Fernando VII, rey absoluto de España». Miranda fue ascendido a brigadier, y dos años más tarde, tras desempeñar con eficacia y acierto el gobierno militar de Oviedo, ascendió a mariscal de campo. En 1826 fue destinado a la Habana, como segundo jefe de la Capitanía General de Cuba, en la que desarrolló meritoria labor político-militar.

### *Oscuro final de una vida que se consagró al servicio de la Patria*

En 1833 regresó a la Península por haber sido nombrado gobernador militar de Madrid, pero al año siguiente renunció a este cargo, solicitando quedar «de cuartel» —sin destino, especie de retiro voluntario—, fijando su residencia en Orense. En el escrito de renuncia, dirigido a la reina-gobernadora, alegaba como motivo la falta de salud, en estos términos: «... mi mucha fatiga, consecuencia de un balazo en el pecho, y encontrarme muy enfermo de los nervios». El matrimonio Miranda llevó en Orense vida muy retraída, pues aunque el general vivió todavía una veintena de años, su salud estaba muy quebrantada. Sumido en el ostracismo pronto fue olvidado de todos, amigos y hasta enemigos, excepto de Rosa, que le prodigó su inmenso cariño y abnegados cuidados hasta su fallecimiento, acaecido el 15 de enero de 1863.

### BIBLIOGRAFIA

- AMELLER, V. y CASTILLO, M.: *Los mártires de la libertad española*. Imp. Luis García. Madrid, 1853.
- ARCHIVO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y AÑOS POSTERIORES A ELLA: Legajos de los años 1808 a 1820. Servicio Histórico Militar.
- ARCHIVO DE LA GUERRA DEL ROSELLÓN: Archivo Histórico Militar.
- ARCHIVO DE HISTORIALES DE LOS CUERPOS: Regimiento de Infantería de Sevilla. Servicio Histórico Militar.
- BLASCO IBÁÑEZ, V.: *Historia de la Revolución Española, 1808-1874*. Edit. la Enciclopedia Democrática. Barcelona, 1891.
- COLECCIÓN DOCUMENTAL DEL FRAILE: Servicio Histórico Militar.
- COMELLAS, J. L.: *Los primeros pronunciamientos en España*. Investigaciones Científicas. Madrid, 1958.
- GACETA DE MADRID: *Gaceta extraordinaria* del 27 de septiembre de 1815.
- GÓMEZ ARTECHE, J.: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España, 1808 a 1814*. Depósito de la Guerra, 1893.

- MARTÍNEZ CAMPOS, duque de la Torre, C.: *España bélica, siglo XIX*. Edit. Aguilar. Madrid, 1968.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España, la España de Fernando VII*. Edit. Aguilar. Madrid, 1968.
- MIRANDA CABEZÓN, J.: *Documentación de la Sección Histórica, Expediente Personal y Expediente Matrimonial*. Archivo General Militar.
- MOYA, J. y REY, C.: *El Ejército y la Marina en las Cortes de Cádiz*. Tip. Comercial. Cádiz, 1914.
- PICOT GARCÍA, L.: *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos* (t. V), *La Casa de los Borbones*. Edit. Instituto Galache. Barcelona, 1970.
- PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Edit. Compañía Bibliográfica. Madrid, 1947.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Madrid, 1970-1975.
- VALVERDE Y AYALA: *Atlas geográfico de la Península Ibérica, Islas Baleares y Canarias y posesiones de ultramar*. Imp. de la Biblioteca Universal. Madrid, 1880.

# LA EXPEDICION PACIFICADORA AL RIO DE LA PLATA DE 1819

por STELLA-MARIS MOLINA MUÑOZ  
Profesora de Historia  
de la Universidad Nacional de Tucumán

## *Los preparativos de recuperación de la América hispana*

Cádiz, el bello y temperamental puerto español, fue elegido en dos oportunidades para concentrar las expediciones militares destinadas a América, y con fines inequívocos de dominio.

A pesar de la actitud paternal que Fernando VII trata de adoptar con América, apenas recobra las riendas del gobierno español, una de sus preocupaciones primeras será el envío de cuerpos expedicionarios, que sellaran con la fuerza, la irreductible decisión de recuperar esas tierras.

El 18 de febrero de 1815, envía la primera expedición a cuyo frente se había nombrado a don Pablo Morillo, hombre de brillante trayectoria militar, que ascendió de sargento de Marina a mariscal de campo y, finalmente, al grado de teniente general.

Su objetivo era, en un primer momento, el Río de la Plata, y a no dárdarlo, de haber llegado a esas playas, se hubiera logrado sofocar —quizá— uno de los dos focos revolucionarios de la América Hispana.. Para colmo, en esos años, removido por enfrentamientos intestinos que hacían más fácil cualquier intervención. Pero de golpe, y ya en alta mar, recibió órdenes reales de dirigirse a Venezuela y Nueva Granada. El motivo que se alegaba, era que había pasado la estación conveniente, mientras otros, señalaban el temor de que la escuadra fuera interceptada por los ingleses. Lo cierto, es que junto al cambio de rumbo, se frustró, la más excepcional oportunidad de España de recuperar las tierras que legítimamente le correspondían y se abrió al mismo tiempo la gran oportunidad rioplatense, pues, pese al temor de otra posible expedición —que estuvo a punto de producirse— se ve en libertad de llevar adelante su juego político interno.

Esa expedición fue menguando a medida que el general Morillo se desprendía de batallones y los enviaba a pacificar las provincias. Interesa retener el dato de que de esa gran expedición, muy pocos peninsulares regresan a su país.

*Para el año de 1817, y según los mejores cálculos, quedaban sólo en América unos 4.000 soldados europeos, veteranos y bien entrenados, pero hondamente preocupados por el tipo de guerra a que se veían enfrentados (1).*

Veremos más adelante, cómo una real orden destinaba los hombres que regresaban de Ultramar, para los ejércitos que se concentraban en Cádiz.

En lo que hace a la expedición de Pablo Morillo, después de un triunfo momentáneo, tuvo que dar por perdida la causa española; pero la corona no cedió en su empeño y ordenó el envío de una nueva expedición destinada al Río de la Plata concentrándose, como la anterior, en el puerto de Cádiz.

Mucho antes que se concentraran definitivamente las unidades militares en Cádiz, esta expedición se gestó a nivel de gabinete, paralela a los graves planteos de mediación, y como resultado de la necesidad de tomar medidas extraordinarias para América en vista de la lentitud y falta de un criterio común en las negociaciones.

Don José García de León y Pizarro, titular del Consejo de Estado, había advertido «la importancia de dar un impulso eficaz al gravísimo y urgente negocio de la pacificación de América» (2).

Fernando VII, no desconocía el panorama de la realidad americana. El propio Pizarro, a través de un informe basado en los datos de los virreyes de Nueva España, Perú y del general Morillo, había elevado una detallada situación.

Pero Fernando, adelantándose a estos planteamientos, había ordenado ya con anterioridad, por el real decreto del 9 de mayo de 1815, la reunión de un cuerpo de 20.000 infantes, 1.500 jinetes y su artillería, en las cercanías de Cádiz y al parecer con destino señalado al Río de la Plata. A fines de 1816 se fueron concentrando en Cádiz los batallones que iban a constituir el grueso del cuerpo expedicionario.

El tema de la expedición fue discutido en el Consejo de Estado a propuesta de Pizarro y por orden del rey a partir de las sesiones del 28 y 6 de mayo de 1818 (3). La primera propuesta discutida fue: «Que la grande expedición a Buenos Aires se examinara en Junta Militar de Indias.»

En dichas sesiones, el 80 por ciento de los que opinaron «estuvieron conformes en reconocer la importancia y gravedad de la cuestión», pero al mismo tiempo veían «la delicadeza, dificultades e inutilidad de enviar una expedición dada la escasez de tropas y dinero que padecía España». Se plegaron a este parecer Hualde, Rivas, los duques del Parque, San Fernando, Infantado y el propio Pizarro. Veragua estaba a favor de lo que resolviese la Junta de pacificación y Montemar de lo que resolviese la Junta Militar.

(1) *Hechos del general Pablo Morillo*. FRANCISCO JAVIER ARAMBARRI. Vol. I. Edic. de la Embajada de Venezuela en España. Murcia, 1970, pág. 15.

(2) A. H. N. Estado. Actas del Consejo de Estado. Libro 21, D. Sec. 28 de abril.

(3) A. H. N. Estado. Actas del Consejo de Estado. Libro 21, D.

En la sesión del 6 de mayo, el ministro de Hacienda dio su fallo, «que se vaya con mucha parsimonia en el envío de expediciones». Prefería acelerar la mediación de las potencias y aceptar «cualquiera proposición razonable... que obliguen a las Américas a cooperar a la pacificación... utilizando todos los medios políticos y morales». Sólo fracasado el intento «que la grande expedición no salga sin que llegue este caso y sin las correspondientes seguridades del gabinete del Brasil». A favor de la expedición, que consideraban debía salir de inmediato se inclinaron Araujo, Mendinueta y el infante Don Carlos. Más cauto fue el ministro de Marina quien solicitó el informe previo de la Junta Militar de Indias, petición que se apresuró a cursar el secretario del Despacho de Guerra.

El destino de la expedición fue también tratado. Las opiniones no coincidieron. Mientras el ministro de Gracia y Justicia se inclinaba a favor de Buenos Aires, el duque del Infantado optaba por Nueva España o bien Caracas, desde donde Pablo Morillo solicitaba reiteradamente refuerzos. En la Junta Militar de Indias hubo también dualidad de criterios: el Río de la Plata y el Mar del Sur.

En la sesión del 22 de mayo, el Consejo de Estado se inclinó a favor del Río de la Plata, salvo don Pedro Mendinueta que se inclinó a favor del Pacífico. Un dato importante. En esta sesión se coincide por vez primera en la urgente necesidad de enviar la expedición. No resulta, pues, nada extraño encontrar entre las 18 proposiciones de Pizarro para la pacificación, en su Exposición del 9 de junio el apartado segundo, referente al envío de:

*una única, pronta y fuerte expedición dirigida precisamente al Río de la Plata, es de mayor urgencia. Lo afirmo teniendo presente cuantas dificultades se han presentado políticas y militares. La mayor, a mi ver, es la falta de dinero, y es imposible pensar que cien millones por una vez no puedan encontrarse para tamaña empresa. Más pobre era el Estado cuando se halló dinero para descubrir y conquistar esa misma América; y el reducirla ahora es obra más importante y gloriosa aún que el haberla adquirido (4).*

El informe que, desde Londres, el 27 de junio dirigió el duque de San Carlos a Fernando VII, al que añadía una memoria sobre el estado de América, fue estudiado por una Junta integrada entre otros por Joaquín Gómez de Liaño. El resultado se plasmó en el dictamen favorable al urgente envío de una expedición al Río de la Plata de, por lo menos, 16.000 hombres.

Un borrascoso enfrentamiento entre el secretario del Despacho de Guerra, Eguía, y el de Estado, se produjo cuando el primero solicitó recursos para enviar refuerzos militares a Lima, México y Costa Firme, al mismo tiempo que estudiaba la forma que había de tomar la expedición al Río de la Plata. «Es sabido que por entonces comenzó Eguía los preparativos de la expedición frustrada por el levantamiento de Riego».

(4) JAIME DELGADO, *La Pacificación...* «Revista de Indias».

El cambio de Ministerio, ordenado como vimos por Fernando VII, hizo recaer la Secretaría de Estado en Casa Irujo. De un plumazo, respaldaba «los efectos favorables de la expedición que se prepara» y confiaba «a las vicisitudes constantes del tiempo» la suerte de las armas.

España, al quedar sola, con la situación americana sin liquidar, da un viraje de 90 grados, volviendo los ojos a la única esperanza posible que le restaba para recuperar sus dominios de Ultramar sin ataduras ni compromisos: el numeroso grupo concentrado en el puerto de Cádiz.

Fernando VII se equivocaba esta vez, jamás se recuperaría la América Hispánica. Sólo con «buenos oficios» que era lo que ofrecían las potencias mediadoras, empezando por Inglaterra. Justamente «buenos oficios» es lo que se había venido realizando en la práctica y lo único logrado fue dilatar la acción y complicar aún más la ya compleja trama de las cancillerías.

Ni Francia, ni Rusia, ni Austria y menos que nadie Inglaterra, interesada número uno en lograr la independencia definitiva de las colonias españolas, darían otra posibilidad de seguir una verdadera guerra diplomática, más acorde de potencias enemigas que de potencias mediadoras. Esa fue la respuesta y no otra a la formal demanda de auxilio pedida por España. Por eso, como dije, a Fernando VII sólo le restaba el empleo de las armas. Dejar librado el futuro de esas tierras que de echo le pertenecían a la suerte o a la adversidad que los deparara el destino en tierras lejanas a los soldados españoles. ¡Qué lejos estaban de suponer que ni tan siquiera saldrían de suelo español!

De todas maneras, a pesar de mantenerse España durante tanto tiempo en un juego diplomático, pecando quizá de confianza, no se la podrá culpar de no quemar antes todas las posibilidades de arreglos pacíficos por lo menos, una vez hecha a la vela la expedición de Pablo Morillo. Lástima que en el fondo, América resultaba para todas las potencias europeas incluida la misma España, una presa codiciada a la que se podía mutilar, despedazar y hasta regalarla al mejor postor. A este grupo acantonado en Cádiz,

*sin tener en cuenta que esta plaza constituía el punto de apoyo más importante para las comunicaciones de los insurrectos americanos con las logias españolas (5).*

se le dotó de una plana mayor capaz de llevar adelante la empresa, pero la figura clave de la proyectada expedición será Antonio Ugarte, uno de los singulares miembros de la Camarilla, artífice de la dirección de la empresa. Nacido en Navarra, a los quince años tentó fortuna en Madrid donde desplegó una serie de actividades que ascienden desde mozo de plaza hasta hombre de negocios. Convertido en hombre de confianza del rey, su amistad con el embajador ruso Tatischev lo hace entrar en turbios negocios como veremos más adelante. Una prueba del grado de confianza que le

(5) COMÍN COLOMER, Eduardo: *Lo que España debe a la masonería*. Edit. Nacional Madrid, pág. 57.

dispensaba el soberano y de su ingerencia en lo relativo a la dirección de la expedición que nos ocupa es la carta fechada en Palacio, el 1 de julio de 1819 que decía:

*Ugarte, con el laudable objeto de que no parezca el menor atraso, el apresto y salida de la grande expedición, te autorizo para que durante mi ausencia en Sacedón, despaches sin perder correo, la correspondencia relativa a dicha expedición y todas sus incidencias, sean las que fueren, dándome aviso de todo lo que hagas para mi inteligencia, y caminando de acuerdo con Alós, que deberá firmarla (6).*

Es justamente Antonio Ugarte quien propone para jefe de la expedición a Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal (1769-1834) perteneciente a una familia irlandesa de rancio linaje. Después de una brillante carrera militar lo vemos ya en 1814 con el cargo de capitán general de Andalucía. Elevado por mediación de Ugarte a la jefatura de la expedición pacificadora, su conducta sólo se la puede calificar de traición a los grupos que el mismo integraba.

Hidalgo de Cisneros, que como sabemos fue nombrado ministro de Marina prácticamente dejó tal Secretaría desde que se encargó de organizar la expedición a Ultramar. El cargo fue cubierto interinamente por Eguía. Baltasar Hidalgo de Cisneros (1755-1829) comenzó a los quince años su historia naval. Una brillante historia militar, iniciada en la campaña del Canal de la Mancha de 1778 contra Inglaterra hasta su participación en Trafalgar lo exalta al cargo de virrey del Río de la Plata. Los conocidos sucesos del 25 de mayo de 1810 culminan su gestión y lo llevan de regreso a la madre patria. Por último, en 1818, será director general de la Armada y capitán general de Cádiz para organizar la expedición.

### *El asunto de la escuadra comprada a Rusia*

Don Francisco Javier Abadía, conservaba el cargo de inspector de todas las tropas expedicionarias de Ultramar. Un cuerpo expedicionario que debía cruzar el Océano por el destino fijado, no podía hacerlo, sin contar con un transporte adecuado. La expedición enviada a tierra firme bajo la jefatura del general y político español, Pablo Morillo, prácticamente dejó desmantelada la Armada española al utilizar en el transporte de los 10.600 hombres, el navío «Pedro de Alcántara», tres fragatas, treinta buques menores y más de setenta transportes. Así que, había que pensar en la compra de estos elementos imprescindibles para el traslado. Del negociado de barcos se encargará Ugarte en combinación con Tatishchev que ya participaba de la camarilla del rey.

(6) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, tomo XXVI, pág. 668.

*La compra de la escuadra rusa, que se llevó a cabo a espaldas de los ministros de Estado, Hacienda y Marina, quienes nada supieron de tal trato hasta poco antes de la arribada de la flota a puerto español. El convenio de 11 de agosto de 1817 cedía a España una escuadra de cinco navíos de línea de 74 cañones y tres fragatas, por el precio de 13.600.000 rublos, que Fernando empezaba a pagar con la entrega de las 400.000 libras esterlinas que correspondieron a España como indemnización al abolir el tráfico de negros. El resto del precio sería entregado en la forma que el rey estimase oportuna, dentro del plazo de siete meses. El artículo 2.º del acuerdo secreto preveía un número de condiciones que los buques recibidos distaban mucho de poseer, según revelaron las subsiguientes inspecciones (7).*

Dicho artículo, especificaba las condiciones en que debía entregarse la compra que en la realidad fue una estafa. Saralegui, en un trabajo *Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando*, lo transcribe:

*Se entregará dicha escuadra completamente armada y equipada y en estado de poder hacer un viaje de largo curso. Será provista de suficiente número de velas, de áncoras de cables y otros utensilios necesarios, con inclusión de municiones de guerra y demás objetos, precisos para el servicio de la artillería como también de provisiones de boca para cuatro meses (8).*

La realidad fue muy otra. Hidalgo de Cisneros fue el primero en verificar que:

*todos y cada uno de ellos estaban totalmente inútiles, más o menos podridos en sus cascos, con necesidad de jarcias, etc.; en una palabra, incapaces de navegar, excepto una fragata que después se nombró María Isabel... y el navío Alejandro.*

Esos barcos podridos, balanceándose sobre las aguas del puerto, dejaban al descubierto los manejos de la administración, ya sin posibilidades del freno. La pobreza del erario público, también saltaba a la vista, al extremo de que junto a esta compra vergonzosa y en la necesidad de disponer de navíos se tomaron otras medidas:

*obligando a todo el que en algún puerto de España tenía un buque a propósito, a que lo habilitase a su costa, y lo mandase a Cádiz, donde también había de mantenerlo a su costa, bajo la esperanza de que la comisión de reemplazos abonaría el flete y estadías que el Gobierno por sí había señalado (9).*

(7) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Ob. cit.*, pág. 634.

(8) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Ob. cit.*, pág. 668.

(9) JOSÉ MANUEL VADILLO, *Sucesos de la América del Sur*. Cádiz, 1836.



La deuda con Rusia se pagó hasta el último centavo:

*pero aún es hoy el día —escribía Vadillo en 1836— en que los transportes españoles apenas habrán percibido un quince o veinte por ciento de los precios que les señaló el gobierno (10).*

Presas está en desacuerdo respecto al precio de dicha compra:

*en la compra de estos buques —dice— se invirtieron las 500.000 libras esterlinas y nos deja un dato valioso, los cinco navíos y tres fragatas, fueron entregados en Cádiz por el almirante ruso Muller (11).*

Por su parte Villa Urrutia, confirmando el lamentable negocio señala:

*La Marina, del todo abandonada, hacía ilusorio cualquier intento dirigido a la pacificación de las Américas y cuando, con este objeto, se compraron en Rusia unos cuantos barcos que, por podridos e inservibles, se desguazaron en nuestros arsenales al llegar a España, no fue éste sino un escandaloso negocio que costó 68 millones de reales a nuestra esquilmada hacienda. La falta de medios, que siempre padeció la monarquía, dejóse sentir más dolorosamente (12).*

#### *El Cuerpo expedicionario: Sus servidumbres*

En lo que hace al elemento humano, es decir a los soldados, oficiales y jefes, la cosa no marchó mejor. Veamos: En principio se pretendió concentrar un ejército mayor que el de Morillo, quizá por ello se la rotuló de «grande expedición» pero en la práctica apenas la superaba. La resistencia al embarque fue tremanda. Dejemos relatar a Santillán en sus *Memorias*, como testigo y parte al ser destinado en el regimiento de caballería Farnesio. Dice así:

*Por de pronto, apenas se hallaba uno que no fuera allí destinado de una manera violenta o poco menos. Casi todos los soldados procedían de la guerra de la Independencia y habían cumplido el tiempo de servicio porque estaban empeñados legalmente. Aunque el señalamiento de los cuerpos parecía haberse hecho por sorteo, nadie dudaba de que había tenido en él más parte la parcialidad que la suerte. En la infantería había bastante número de jefes y oficiales a quienes se concedió ascenso, a condición de quedar nulo si no se embarcaban; pero la caballería pareció haber sido elegida para concluir con todos los oficiales sobrantes de esta arma. El que era destinado a uno de*

(10) *Ibidem*.

(11) JOSÉ DE PRESAS, *Pintura de los males...*, p. 117.

(12) Marqués de VJLLA URRUTIA, *Ob. cit.*, pág. 151.

*los cuerpos del ejército de Ultramar no tenía más recurso que marchar o pedir su retiro. Este le solicitaron tantos de los que recibieron aquel destino, que los jefes y oficiales de los tres regimientos se renovaron cuatro o cinco veces (13).*

Es el mismo ejército que se llenó de heroísmo en la guerra contra los franceses, deseosos de paz y de salir de la pobreza a la que parecían estar condenados a no salir jamás. La maldita guerra había trastocado todo. Soldados jóvenes elevados a cargos de jerarquía contrastaban con los viejos hombres de carrera puestos a un ascenso normal. Y el mito de los dos ejércitos se hace realidad:

*de una parte los regulares, los soldados propiamente dichos, de otra, los guerrilleros, los paisanos militarizados; de una parte, los antiguos oficiales de cuartel, curtidos en la vida profesional, de guarnición desde veinte, desde treinta años atrás; de la otra, los labradores o los comerciantes convertidos en generales, mariscales de campo o comisarios de guerra (14).*

Pero existía un común denominador: la pobreza, y las injusticias. La falta de recursos, la desigual distribución de paga, en fin la miseria, se deja traslucir en una dolorosa anécdota que trae Mesonero Romanos en sus célebres *Memorias de un Setentón*. Un día, se presenta a la Corte el capitán general Castaños, era pleno invierno pero iba vestido como si los rigores del tiempo no los sintiera en sus carnes. Lucía el blanco pantalón de hilo del cálido verano madrileño. Apostrofado por el rey le contestó con su gráfica socarronería «acabo de cobrar la mesnada de julio y, por lo tanto, continúo vistiendo como en aquella estación» (15).

A pesar de todas las resistencias a la expedición, humanamente comprensibles, se destinaron a ella todos los jefes y soldados que se creyeron convenientes.

Al terminar la guerra de la Independencia, se reorganizó el arma de Infantería por real decreto del 2 de marzo de 1815, componiéndose los regimientos de a pie de tres batallones, quedando reducidos a dos por disposición de 1 de julio de 1818 y a reserva de formar los terceros en cada regimiento con los cuerpos que fueran regresando de las provincias de Ultramar. Por decreto de las Cortes de 12 de noviembre de 1820, se fijaban en dos los batallones de los cuerpos de línea, y sólo a tres los de la Guardia Real de Infantería, y por otro decreto de 26 de julio de 1821 se organizó el arma sobre la base de dos batallones por regimiento a ocho compañías cada batallón. Desde 1819 a 1823, se organizaron batallones realistas, por Orden Circular de 1 de julio de 1823 se dispuso que no se disolvieran.

De lo anterior, desprendemos que cada batallón se compondría de 800

(13) RAMÓN DE SANTILLÁN, *Memorias*, vol. 1, págs. 9 y 10.

(14) JAIME DELGADO, *Los pronunciamientos en España*, pág. 46.

(15) MESONEROS ROMANOS, *Memorias de un setentón*, pág. 195.

a 1.000 hombres, haciendo un cálculo de noventa a cien soldados por compañía que eran ocho por batallón. Estos hombres, acantonados a lo largo de tres años en la provincia de Cádiz, es muy posible que fueran sometidos a marcha de reconocimiento, operaciones de limpieza, rastrilleo o maniobras, términos todos castrenses que en la práctica significan operaciones semejantes. Justamente, el echo de permanecer tan largo tiempo en cierta manera inactivos, favoreció todo tipo de influencias para evitar un embarque no deseado por nadie.

Según la *Guía de Forasteros de Madrid*, para el año 1819, los regimientos que fueron llamados a integrar el cuerpo expedicionario, seguramente uno de los dos a que habían quedado reducidos los batallones por la disposición de 1 de julio de 1818, descartando la posibilidad de la constitución de un tercero con los soldados que regresen de Ultramar (regreso prácticamente nulo), estaban integradas sus planas mayores de la siguiente manera:

*Regimiento del Príncipe, 4.º de Línea.*—Fue creado el año 1537. Uniforme: casaca azul turquesa; solapa y vuelta, moradas; cuello y hombreras, celeste; forro, encarnado vivo anteado; botón dorado; chaleco y calzón, blanco; botín de paño negro, largo; pantalón ancho azul turquí, y de lienzo blanco, con medios botines.

Coronel, el brigadier don Francisco Hano. Teniente coronel, el coronel vivo don Carlos Liberati. Comandante del primer batallón, don Manuel Cabrera. Comandante del segundo batallón, el coronel don José Cabadal y Correa.

*Regimiento de Soria, 11 de Línea.*—Fue creado el año 1591. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa vuelta y cuello, encarnado; cuello y hombreras, amarillo vivo; botón, chaleco y calzón, blancos; botín de paño negro, largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

Coronel, el brigadier don Lidoro Uriarte. Teniente coronel, el coronel vivo don Paulino Unzeta. Comandante del primer batallón, el coronel don Nicolás de Castro Palomino. Comandante del segundo batallón, don José Tomasco.

*Regimiento de la Corona, 8.º de Línea.*—Fue creado el año 1537. Uniforme: Casaca azul turquesa, solapa morada; vuelta, hombreras y cuello, anteados; forro, encarnado vivo, botón chaleco y calzón, blancos; botín de paño negro, largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

Coronel, don Pío Faloes. Teniente coronel, el coronel vivo don Santos Allende. Comandante del primer batallón, el coronel don Ramón Alburquerque. Comandante de segundo batallón, el coronel don Manuel Fernández.

*Regimiento de Sevilla, 14 de Línea.*—Fue creado el año 1657. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa y cuello, encarnados; cuello, hombreras y vivo, anteado; botón chaleco dorado y calzón blanco; botín de

pañó negro, largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

Coronel, don Antonio de Solá. Teniente coronel, el coronel vivo don José del Corral. Comandante del primer batallón, el coronel don Joaquín Villanueva. Comandante del segundo batallón, don José María Rodríguez.

*Regimiento España, 18 de Línea.*—Fue creado el año de 1660. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa y vuelta, verde; cuello, hombreras y forro, encarnado; vivos anteados y botón dorado; chaleco y calzón, blanco; botín de paño negro largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

Coronel, don Ramón Sánchez Salvador. Teniente coronel, el coronel vivo don Joaquín Navarro. Comandante del primer batallón, don Francisco Olane. Comandante del segundo batallón, don Gabriel O'Pojau.

*Regimiento de Asturias, 25 de Línea.*—Fue creado el año 1703. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa, vuelta, cuello y hombreras, azul celeste; forro, encarnado; vivo, anteado; botón, dorado; chaleco y calzón, blancos; botín de paño negro largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

Coronel, el brigadier don Pedro Dejouni. Teniente coronel, el coronel vivo don Juan María Gámez. Comandante del primer batallón, don Mariano Vélez. Comandante del segundo batallón, don Santos San Miguel.

*Regimiento de Aragón, 27 de Línea.*—Fue creado el año 1711. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa y vuelta, celeste; cuello y hombreras, morado; forro encarnado; vivo, botón, chaleco y calzón, blancos; botín de paño negro largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines.

*Regimiento de América, 28 de Línea.*—Fue creado el año 1764. Uniforme: Casaca azul turquesa; solapa, celeste; vuelta, hombreras y cuello, carmesí; forro, encarnado; vivo chaleco y calzón, blancos; botín de paño negro largo; pantalón ancho azul turquesa, y de lienzo blanco con medios botines (16).

¿Qué es lo que llevó a estos jefes y soldados a rebelarse con el destino impuesto? No era sólo la oposición a embarcarse para tierras lejanas o el temor a una incierta y difícil travesía, era también el abandono de sus familias, que de hecho quedaban en la península privadas de todo socorro.

¿Y en qué condiciones se los lanzaba a semejante aventura? Recuerda Vadillo que:

*El soldado debía embarcarse con sólo dos uniformes: uno de invierno y otro de verano, sin más repuestos, puesto que aun el de las armas estaba reducido en todo a dieciocho mil fusiles que se suponían útiles en estado de servicio.*

Así era fácil armar una expedición que recibió el título de grande, aunque en la práctica no podía ser más mezquina su organización. La pobreza

(16) «Calendaria y guía de forasteros de Madrid», año 1820.

del erario público saltaba a la vista. Es cierto que se habían tomado medidas para dotar de recursos a la expedición, a pesar de todos los contratiempos económicos ya reflejados en el decreto dado a los tres años de haber recobrado las riendas del poder (17). En él explica cómo se vio forzado a:

*Atender a las obligaciones inmensas de un sinnúmero de tropas que se habían levantado sin concierto... como al mismo tiempo se reunieron de todos los depósitos de Francia los prisioneros de guerra... y se recontó un número extraordinario, para cuya subsistencia sola todos los fondos de entonces eran insuficientes.*

Reconocía Fernando que la «deuda pública se había acrecentado durante la guerra hasta el infinito...» y, sin embargo, tuvo que atender «disponer, equipar y surtir varias expediciones militares que se hicieron a los dominios de América más costosas y más considerables que nunca se habían aprestado desde el Descubrimiento. Entonces el Rey:

*No puede menos de oír las súplicas de todos los pueblos y personas que recurrieron... implorando los perdones o alivios de sus contribuciones, las recompensas de acciones señaladas y toda especie de gracias que era preciso repartir... Para tantas y tan grandes obligaciones no hubo otros recursos que los productos de las rentas restablecidas, y aún éstos fueron lentos... Tres años se han pasado desde mi vuelta al reino; nunca se hallaron más fuera de nivel las cargas del Estado con sus recursos; nunca, por efecto de los pesados sucesos, hubo que sostener una milicia de tierra tan numerosa, que ninguna relación guarda con la riqueza y población de la monarquía; nunca se pasó por la difícil angustia de restaurar al mismo tiempo las rentas del Estado subvertidas.*

Al Estado no le quedó otra salida que recurrir a un empréstito de sesenta millones al ocho por ciento anual, hipotecando a su pago el derecho de subvención de guerra y los arbitrios de trigo, harina y diversiones públicas, que estaba encargada de administrar la Comisión de Reemplazos establecida en Cádiz. Pero eso era la teoría:

*Debía embarcarse con la promesa, es verdad, de que en la expedición irían sesenta millones de reales para los gastos de ella en América, pero con la certeza de que el dinero que había de llevar la expedición no excedía de doce millones de reales (18).*

Además, se echó a mano hasta agotarse las indemnizaciones francesas que pertenecían a individuos particulares. Lentamente se fueron aumen-

(17) MARÍA DEL CARMEN PINTOS VIEITAS, *La política de Fernando...*, pág. 333.

(18) JOSÉ MANUEL VADILLO, *Ob. cit.*, pág. 282.

tando los motivos de disgusto, en un grupo ya propenso a evitar a toda costa una travesía que los alejaba de la seguridad de la península, amén que «miraban con horror los riesgos y peligros del mar».

Parece ser que hubo en algún momento la posibilidad de llevar consigo a sus familias, dato que se desprende de las promesas hechas a los oficiales de los regimientos que secundaron la «traición» de La Bisbal el 8 de julio de 1819, desarmando a las tropas del Palmar del Puerto de Santa María, donde el conde había empeñado palabra de que sus familias los acompañarían a América. Pero luego fueron comprendidos en la negativa general de hacerlo. Por otra parte, las cosas se complicaban demasiado, no sólo por la falta de transporte necesarios, sino por lanzar a la aventura de la reconquista a oficiales acompañados por sus mujeres e hijos.

Tampoco se tuvo en cuenta el destino de los 42.167 soldados españoles que habían sido enviados a América desde el año 1811 al 1819, según la memoria leída en las Cortes por el ministro de Guerra, marqués de las Amarillas. A mucho más de la mitad de ellos guardaba yacientes la tierra de América en sus entrañas. ¡Qué pocos habían tenido la suerte de retornar a su tierra, sin más gloria que las arrugas que los combates habían marcado en su cara! Sumarse al sacrificio de esos soldados era todo lo que ofrecía este nuevo intento de pacificación.

Lentamente se fueron concentrando los regimientos que integrarían el total de los hombres. Sobre el número posible, destinados a tal expedición, los autores oscilan entre los diez y los doce mil hombres, contando que «apenas superaría a la expedición de Morillo», hasta dar cifras que alcanzan un total de treinta mil hombres, como la que trae Vicente Fidel López (19). De acuerdo a nuestros cálculos y teniendo en cuenta la *Guía de Forasteros de Madrid* para el año de 1820, ya que consigna datos al primero de enero de ese año, lo que nos daría la situación real de la Infantería a lo largo del año 1819, nos inclinamos por un total aproximado de doce mil hombres, teniendo en cuenta el cuerpo de Caballería establecido en Utrera. Sin embargo, razón tiene Mariluz Urquijo al asegurar:

*Que Montevideo, aún bajo dominio portugués, seguía siendo el eje de la política española en el Plata. Allí habían encontrado refugio numerosos vasallos fieles a S. M. y un núcleo de criollos descontentos del Directorio que quizá podrían servir llegado el momento oportuno* (20).

Esos contingentes realistas, cuyo número asegura del Pozo y Marquy, uno de los agentes fernandinos, se podría «contar con cinco o seis mil hombres, la mayor parte soldados», y unos cien jefes y oficiales del Ejército y la Armada, ya en Montevideo, ya en Brasil, que irían seguramente

(19) VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Historia de la Argentina*, pág. 388.

(20) JOSÉ MARÍA MARJLUZ URQUIJO, *Los proyectos españoles*, pág. 45.

a engrosar la expedición. ¿Dónde estaban tantos soldados? Ya en renuncio de los rebeldes, una gran parte ocultos en las provincias.

De tales cuerpos tendrán especial actuación el batallón de Asturias, a cuyo frente, como vimos, estaba Riego; el batallón de Sevilla, mandado por Osorio; el batallón de España, que debía dirigirlo Quiroga.

En principio esta expedición debía iniciar la travesía según órdenes reales el 15 de enero de 1819 y, haciendo un cálculo aproximado de cinco meses de navegación, que no es mucho tiempo si tenemos en cuenta que se trataba de una expedición de más de cien buques de todos los portes, la llegada al estuario del Plata debía producirse lógicamente justo a la entrada del invierno en esas regiones. Pero ni esta fecha ni otras que se fijaron con posterioridad se cumplirían jamás.

### *Contratiempos a los planes españoles*

Analizaré a continuación los distintos acontecimientos que se van produciendo en forma escalonada y que impiden la salida de la expedición, secundando o perjudicando, según se vean los matices, la obra de sedición que ya se venía realizando por parte de las fuerzas vivas que actúan en Cádiz, a saber: liberales, masones, ejército y clases influyentes. Me referiré entonces, primero, a la toma de Montevideo, en cuanto repercute en la fecha de partida de la expedición; segundo, la operación combinada de La Bisbal con el suizo Sardfields y Cisneros, que dio por resultado la acción en el Puerto de Palmar de Santa María; y tercero, la terrible epidemia de fiebre amarilla, desatada en Cádiz y su provincia.

De cómo Portugal, al tomar Montevideo, vino a estorbar los planes de reconquista española allende los mares, es fácil probarlo. La toma de esa plaza se realiza el 20 de enero de 1817, venciendo la obstinada resistencia de Artigas y ante la impasibilidad de Buenos Aires, en un todo de acuerdo con la tarea realizada por su comisionado en Río de Janeiro, que lo era Manuel José García.

Las repercusiones en el Río de la Plata y en Río de Janeiro sobre la tan mentada expedición se dieron desde un primer momento. Ya vimos cómo en Buenos Aires Puyredón tomó medidas, apenas conocidas las noticias a través de la correspondencia no sólo de los agentes establecidos en Cádiz, sino también a través del comisionado argentino en Río de Janeiro, José Manuel García. En estos términos, en carta seguramente de fines de 1816, que incluye Vicente Fidel López en su *Historia de la Argentina*, sin fecha (suponemos de fines de 1816, ya que escribía mucho antes de la toma de Montevideo por los portugueses, el 20 de enero de 1817), decía:

*Hemos recibido noticias de Madrid. La grande expedición contra esas provincias está ya decretada y se apronta sin ninguna duda. Va de general en jefe el conde de La Bisbal (O'Donnell). De co-*

*mandante de la fuerza de mar don Rudecindo Porlier, y lleva por segundo a Romarate. Por el lado del dinero hay dificultades, pero el Rey está tan personalmente empeñado que, por los medios violentos de que puede disponer y por las pasiones del pueblo de Cádiz contra nosotros, sacaré pronto, indudablemente, las sumas necesarias y se apoderará a la fuerza de cuanto le venga a la mano. Asegúrese que la expedición saldrá de Cádiz allá para noviembre; quizá esto no pueda ser, pero si no hay algún accidente particular en España o en la otra América, es probable que salga a principios del año venidero. La suerte que le espera a nuestro país es horrorosa. Resista o sucumba, todos sus habitantes deben venir a las últimas miserias, y la peor de ellas es que la guerra no puede acabarse en este caso. Si todos se convenciesen de esta verdad, no sería dudoso el éxito y la libertad del país estaba asegurada. Sólo la unión de intereses y de esfuerzos puede salvarnos. Es cada vez más urgente quedar claros con esta corte, apurar todos los recursos de la prudencia política, para sacar el mejor partido de sus circunstancias y de las nuestras (21).*

También analizamos las derivaciones diplomáticas a nivel internacional que se suscitan ante tal atropello.

Tomada la plaza y continuando su ocupación a pesar del largo expediente diplomático para devolver esas tierras a España, a los jefes de la expedición se les planteaba un primer interrogante, que fue material de consulta a nivel de gobierno, ya que puestos a elegir lugar de desembarco, Montevideo quedaba descartado como el lugar ideal de recalada por ser puerto natural o como base obligada de operaciones en el estuario del Plata.

Una vez dada la traición de La Bisbal, fue nombrado como nuevo generalísimo de los Ejércitos don Félix Calleja, conde de Calderón, ya entrado en años. Y fue precisamente Calderón quien elevó una consulta a fin de determinar el modo con que se debía mirar a la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata. La respuesta no podía ser más infantil porque, según Vadillo, debía obrarse «como si no existiese». Pero, lógicamente, Montevideo, según respuesta de Calderón:

*Existía de echo, y no podía dejar de ser considerada como plaza amiga, o enemiga o neutral, y que en cualquiera de estos conceptos sabría lo que debería hacer para la resolución concerniente, bien espugnándola, si era plaza enemiga, o bien tomando de ella los oportunos auxilios en los respectivos casos de ser plaza amiga o neutral; que no desembarcando en Montevideo, no le quedaba otro paraje donde hacerlo sino en la ensenada de Barragán o los Quilmos, en la banda occidental, a doce o cinco leguas de Buenos Aires, o en Bue-*

---

(21) VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Ob. cit.*, pág. 388.



*nos Aires mismo; que a ninguno de estos parajes podían llegar buques mayores; que sólo podrían hacerlo los menores, los cuales se iban a encontrar con las baterías de tierra opuestas, y con numerosa caballería, cuando la expedición tenía un solo caballo de tiro o de montar; que aunque llegaran a superar a todos estos obstáculos, la expedición, si no dejaba aseguradas sus provisiones de boca en la banda oriental, carecería enteramente de ellas, retirándose el enemigo al interior y devastando el país; que siempre era necesario un ancladero como punto de reunión y de reparo para todos los buques, grandes y chicos, por si los temporales ocasionaban alguna dispersión, como era muy factible, aun hallándose todos los buques en mejor estado del que algunos tenían desde antes de salir de Cádiz; que no menos esencial era un lugar donde las tropas descansasen algo de su larga navegación y se preparasen para la fatiga (22).*

El planteo que hacían sobre la plaza de Montevideo era de capital importancia. Pensemos por un momento que aún hoy el puerto de Buenos Aires no es un puerto natural, que necesita dragado diario para recibir barcos de gran calado. Además, todos conocemos que justamente Quilmes y la ensenada de Barragán habían sido los puntos de desembarco inglés en las invasiones que se habían producido en 1806 y 1807; pero hay que hacer una salvedad muy importante: los ingleses contaron con el apoyo de la plaza de Montevideo, de radical trascendencia sobre todo en la segunda invasión. Suponiendo que la expedición hubiera partido en la primera fecha prevista, el 15 de enero, llegaría, como vimos, en pleno invierno, que es cuando soplan con gran potencia los vientos huracanados llamados *pamperos*. Con un punto de apoyo y resguardo, debían de contar forzosamente. No era posible que esos refugios obligados estuvieran a miles de kilómetros al otro lado del mar, como serían las Canarias o, en su defecto, el propio puerto atlántico de Cádiz.

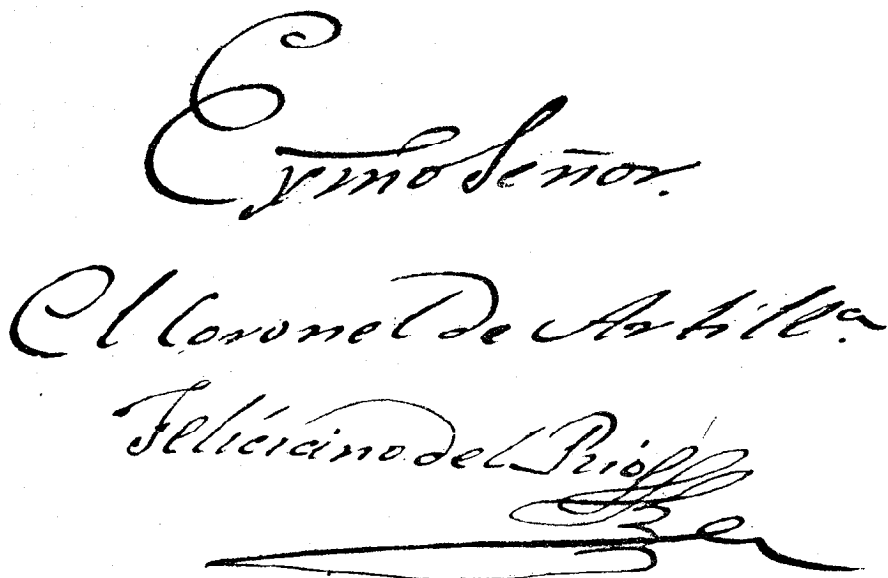
A Portugal le convenía negarse a recibir en los puertos del estuario del Plata a las fuerzas militares de España que pretendieran tomar pie en ellos, y como en ese intento corría aparejado el peligro de ser atacado y de tener que enfrentarlos, se apresuró a rehabilitar las fortalezas de Montevideo y de la Colonia, reforzó su guarnición y los proveyó de buena artillería, quedando en estado de resistir fuerzas muy superiores a las que ellos contaban.

Paralela a estas medidas de protección, declaró también S. M. C., que si la expedición española pasaba adelante a Buenos Aires o sus costas, Portugal no le opondría obstáculos, según lo había ofrecido y garantizado en vida el conde Da Barca. Esto significaba que España quedaba con posibilidad de atacar a Buenos Aires; pero eso, sin contar con Montevideo, era una utopía.

Por otro lado, el conocimiento que en Buenos Aires tenían a través

---

(22) JOSÉ MANUEL VADILLO, *Ob. cit.*, pág. 283.


 The image shows a handwritten document in cursive script. The first line reads 'Exmo Señor.' followed by 'El Coronel de Artillería' and 'Feliciano del Río'. The signature is followed by a horizontal line.

*Forma autógrafa del coronel Feliciano del Río en una instancia*

de sus agentes, anunciando la pronta venida de esa fuerte y grande expedición, los llevó a parapetarse en una serie de medidas defensivas. A través de una carta fechada en Río de Janeiro el 17 de octubre de 1819, le escribía el conde de Casa Flores al Virrey del Perú en estos términos:

*De resultas de las comunicaciones que habían recibido de aquella en Buenos Aires anunciándoles la próxima venida de una fuerte expedición, ha principiado aquel gobierno revolucionario a tomar algunas medidas de defensa, como la de dar libertad a los esclavos llamados argentinos, cuyo número aseguran llegará a ochocientos hombres, el embargo de todos los buques menores del comercio, una contribución forzosa de 600 pesos impuesta a los españoles europeos, el traslado de los prisioneros a San Luis, el destierro de los españoles solteros, varias ventajas ofrecidas a los buques que se armen para el corso y aún aseguran tratan de fortificar ocho manzanas de casas y abandonar el resto de la ciudad (23).*

Las medidas violentas iban aparejadas con las de defensa. Parece ser que varios comerciantes fueron a parar a prisión al no cumplir con esa contribución forzosa. Todo esto convulsionó aún más la ya cargada atmósfera porteña, temiéndose que el disgusto general llegara a movimien-

(23) A. H. N. Estado, Leg. 3.784/2.

tos populares. Además, Buenos Aires contaría por ese entonces con unos doce mil cívicos y partidas numerosas de jinetes. Esta actitud portuguesa, cerrando la boca del Plata y demorando la expedición, se convierte en uno de los motivos más serios de tal demora en Cádiz. Pero, como veremos a continuación, no fue el único ni el más importante. Eran de tal peso los otros dos, que nos resulta imposible darle primacía a cualesquiera de ellos.

Las esperanzas que España tenía en el traslado de la corte a Portugal y el desalojo de Montevideo, con o sin la devolución de la plaza de Olivenza, se esfumaron con el correr del tiempo. En efecto, concluidas las tensiones diplomáticas, acabóse por permitir que Montevideo quedase provisionalmente en manos de Portugal. No resulta difícil dar en los archivos con cartas que prueban que la imposibilidad de embarcarse estaba frenada por «este empeño por parte de los portugueses de querer continuar ocupando Montevideo». Así, con estos términos, comenzaba la carta de Casa Flores al virrey de Lima, Pezuela, fechada en Río de Janeiro el 28 de noviembre de 1817. Continuaba luego:

*Es lo que nos impide tener tranquilizadas estas provincias, pues la expedición que de oficio se dice el Excmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho Universal, se estaba preparando para el Río de la Plata, hace tiempo hubiera venido porque el ejército a las órdenes del conde de La Bisbal, que es quien debe mandarlo, se halla acantonado en las inmediaciones de Cádiz sin poder embarcarse interín no se sepan las miras de Portugal (24).*

En la misma carta hace referencia a la voluntad de S. M. C. de lograr la pacificación por medio de la suavidad, porque cifra en ella que sus pueblos sean felices. En México parece que el indulto había dado buenos resultados. Hace también referencia a medidas de libertad de comercio, tendentes a buscar un auténtico bienestar.

Otro duro revés significó la traición de Enrique O'Donell, conde de La Bisbal, el 8 de julio de 1819. Recordemos que el mismo Fernando VII lo había señalado como masón en el decreto del 19 de noviembre de 1817, dirigido a Eguía, con la orden expresa de vigilar toda clase de reuniones que se hicieran en Andalucía, incluida Cádiz. En este documento decía: «Sírvate de gobierno —le decía— que Campo Verde, Montijo y La Bisbal, encargado de la expedición de América, pertenecen a una de las logias establecidas». Eso era mucho decir, cuando lo decía nada menos que el Rey de España. Nótese que no se trata de un subalterno ni hombre de su «camarilla», se trata del propio Rey. Hay algo oscuro en la actuación de La Bisbal. Conociendo sus antecedentes, lo dejaron actuar a mansalva. Todas las conjeturas que se nos ocurren caben en la persona de La Bisbal. Hasta pensar que era un espía del gobierno o un traidor de los

(24) A. H. N. Estado, Leg. 3.787/2. Casa Flórez a Pezuela.

liberales. Es desconcertante su posterior actitud frente a los dos grupos rivales, actitud reflejada singularmente en las *Memorias* de Alcalá Galiano.

Esa traición se produce en la noche del 6 al 7 de julio de 1819, cuando ya se había iniciado el brote de la fiebre amarilla y los cuerpos expedicionarios habían sido dispersados en distintos puntos de Andalucía. Todo lo que significó, no me refiero para los liberales masones, que vieron postergados sus planes, sino el cambio de la plana mayor de la expedición, una remisión de los mandos —que, dadas las circunstancias, hubiera sido el colmo que no se lo realizaran— debía forzosamente demorar una vez más la salida de la expedición que, a raíz de la fiebre amarilla, sumada al golpe de La Bisbal, se postergaba sin fecha de partida. Así, La Bisbal se vio suplantado por el conde de Calderón, ex virrey de México, pero al mismo tiempo, en gratitud de sus servicios, se le recompensaba con la gran cruz de Carlos III.

Al partir hacia Madrid el conde de La Bisbal para recibir su galardón de manos de Fernando VII, se le dedicó este soneto:

*Vuela, ¡traidor!, y de tu odiosa hazaña  
recibirás el galardón debido;  
vuela de rabia y miedo poseído,  
la maldición del cielo te acompaña.  
Besa la mano que esclaviza a España,  
siervo vil de tirano fementido,  
humíllate ante el mismo que has vendido,  
y trata, en vano, de aplacar su saña.  
¿Los rotos pactos, las sonadas leyes,  
la traición doble alegas en tu abono,  
y el premio esperas de proeza tanta?  
La gratitud es prenda de los reyes,  
y esa gran banda que debiste al trono,  
dogal será que apriete tu garganta.*

El soneto fue obra de Grases y Gutiérrez Acuña, quienes lo imprimieron en Gibraltar en una hojita suelta que corrió por toda España (25).

Igual suerte corrió Sarsfiel, segundo de La Bisbal, a quien también se le concede el ascenso a teniente general. El anciano conde de Calderón sería secundado por los mariscales de campo Estanislao Sánchez Salvador y Francisco Ferraz.

Las nuevas cabezas de la expedición llegaban a ocupar sus destinos casi con carácter forzoso y lo peor era el desconocimiento de la realidad y de las dificultades de la empresa. En lo que hace a la conjura, se puede decir que estaban en ciernes si juzgamos por el desenlace de la misma, en los meses subsiguientes al acto del Palmar, y en lo que hace a la organización de la expedición, se sumaba el desconocimiento de la realidad y la dispersión obligada de los batallones, a raíz de la fiebre amarilla.

(25) ALCALÁ GALIANO, *Obras completas*, pág.

*Nueva complicación. La fiebre amarilla*

La fiebre fue justamente el tercer motivo que vino a retrasar casi definitivamente, cubriendo con mano enlutada, la salida del grupo expedicionario que parecía tocado por la mala suerte. El tremendo flagelo que asoló a la Andalucía desbarató los planes de realistas y liberales. En el Archivo de Palacio, entre los papeles reservados de Fernando VII, se encuentra la «copia de una Memoria que ha corrido por Cádiz, dirigida al Rey N. S., según se ha dicho por conducto de Gracia y Justicia». El interesante documento nos descubre todos los pormenores de cómo la fiebre amarilla entró en Cádiz y se enseñoreó de la población y de hecho del ejército acantonado en ese lugar. La fuerza del contagio la trajo un navío inglés que días antes había llegado de Calcuta, del cual se desembarcaron clandestinamente en la isla varias cosas de contrabando. También estaba anclado en el puerto el navío «San Julián», perteneciente a la Armada Real, cargado por cuenta de la Compañía de Filipinas. Llegaba de un recorrido por los estrechos de Batavia y las costas de Ceylán y se suponía que también había adquirido el mal en tan lejanas tierras. En alta mar habían fallecido cinco marineros del navío inglés, atacados ya por el mal. En la isla de León se experimentaron los primeros síntomas del mal en casa de una familia a quien se había entregado la ropa de uno de los marineros fallecidos. La casa estaba ubicada en el barrio del Cristo.

Como toda epidemia, la calentura se fue extendiendo, hasta no dudar los vecinos que se *trataba de la fiebre amarilla*. Se nombró entonces una comisión médica, integrada por los doctores Francisco Flores Moreno, Juan Manuel de Trefula, Carlos Ameller y José Antonio Coll. Desgraciadamente, se empeñaron en negar que existía el mal y en calificar de enfermedades comunes a los casos que de él se daban.

Cuando repasamos los sucesos, no podemos menos de comprender a «los desconsolados y afligidos habitantes de Cádiz, que hacen conocer la perfidia, la indolencia y la impiedad de los hombres públicos». Este nuevo documento señalaba como responsables del mal, en primer lugar, al conde de La Bisbal, a quien la población de Cádiz descubre su conducta licenciosa; al emigrado general francés Fournaz, quien sostuvo que la fiebre amarilla no existía sino en la cabeza de los conspiradores, obligando a la comisión médica a declarar en contra de su existencia; a don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que según la memoria del pueblo fraguó «en su desordenada cabeza» nada menos que la salida de la expedición en plena epidemia. Enjuiciaba también la conducta de Cisneros, «a quien debe S. M. —decían— la insurrección de las provincias del Río de la Plata, cuyo gobierno subversivo hizo reconocer por circulares en todas las capitales, en el acto de la exposición de la Autoridad Real, que cobarde o ignorante transmitió a los enemigos del trono» (26).

(26) A. G. P. Caja 129. Sección Histórica.

Como vemos, había motivos de descontento y de temores. Hasta el último soldado tuvo que haberse estremecido al pensar que debían realizar la travesía en «buques que ni siquiera se permitió desinfectar», pese a la terrible epidemia de fiebre amarilla:

*Desestimando el gobierno las representaciones que al efecto se le hicieron, fundadas en la mortandad que en dichos buques se había sufrido de resultas de la epidemia padecida en la isla gaditana, y en las providencias mismas del gobierno, que mandaba al lazareto de Mahón el navío «Asia», procedente de La Habana y entrado en Cádiz.*

Ni tampoco había que hablar sobre el peligro que suponía la imprevisión:

*Falta de una competente dotación de hospitales, pues se había demostrado que la señalada a la inspección no alcanzaba a cubrir siquiera el cálculo ordinario de las hospitalidades en tierra, aun graduándolas al pie de paz.*

Y qué decir de los víveres, a los que suponían de buena calidad, sin tener en cuenta que «contaban siete meses de hallarse a bordo». Su reconocimiento sólo se haría:

*En el caso de que el general en jefe y el intendente se obligasen a ejecutarlo en término, que no había de pasar de doce días (27).*

Parecen detalles menudos y, sin embargo, el conocimiento de estas realidades por los soldados tiene mucho que ver en el apoyo futuro a la minoría dirigente y conductora del pronunciamiento. Estas pequeñas grandes cosas son las que inclinaron en su momento la balanza en favor de la negativa a cumplir con la obligación.

Consecuencia inmediata de la fiebre amarilla fue la descentralización del ejército expedicionario. Las posiciones que tomaron los cuerpos fueron las siguientes:

Cuartel General con el batallón de Guías, en Arcos de la Frontera.

El batallón de Soria quedaba en Cádiz. El de América lo establecieron en Vejer. El batallón de la Corona, en Medina Sidonia. El batallón España, en Alcalá de los Gazules. El de Sevilla, en Villamartín. El batallón de Aragón, establecido en Bornos. El de Asturias, en las Cabezas de San Juan. El de Canarias, en Osuna. El de Farnesio, en Marchena. El batallón del Príncipe, establecido en Jimena. Y el segundo batallón de Cataluña, se establece en Trebujena.

Aparte de estos batallones, se encontraban la caballería en Utrera, al

---

(27) JOSÉ MANUEL VADILLO, *Ob. cit.*, pág. 281.

mando del general Ferraz, y en Lebrija la segunda brigada de infantería, mandada por Michelena.

O sea, que se habían repartido las unidades por toda la provincia de Cádiz y por parte de la de Sevilla (28).

Mientras se tomaban todas estas medidas precautorias en las zonas afectadas, donde la epidemia iba lentamente disminuyendo, en el Río de la Plata se hacen eco de la misma. En primer lugar, parece que las primeras noticias fueron recibidas en Buenos Aires, de donde se las transmitieron a Montevideo. Allí conocemos que el coronel Feliciano del Río era el agente más activo que contaba el encargo de negocios español en Río de Janeiro. En carta fechada en Montevideo el 8 de noviembre de 1819 se hacía saber que desde Buenos Aires le escribieron que en Cádiz se había declarado la fiebre amarilla y retirado las tropas acantonadas allí, para formar un cordón, todo esto auténticamente cierto, como sabemos. Pero al mismo tiempo, le comunicaba:

*Tenemos aquí una carta de Cádiz fechada 24 de agosto, venida por Gibraltar y Buenos Aires, en que se dice hacía veinte días se había declarado dicha fiebre en la isla de León, cuyo pueblo se hallaba acordonado; más que hecha la visita por los facultativos, sólo habían hallado ocho enfermos de ella en los hospitales (sic) y que Cádiz estaba perfectamente sano (29).*

Seguramente hayan influido en estas comunicaciones, en que se amonaba la gravedad del mal, las conclusiones que habían arribado la Junta médica, que, como vimos, determinaron se trataría de otra dolencia, pero no precisamente fiebre amarilla.

Los periódicos que se editaban en esos años se hicieron eco del terrible flagelo que azotaba a la Andalucía. Ya por marzo, en el año 1819, comienzan a figurar en la *Gaceta de Madrid* el estado de los barcos, que estaban incomunicados en el lazareto de Mahón. Sería material de estudio especial todo lo referente a este tema, ya que resulta interminable la lista de los barcos, de los lugares más alejados de Oriente, Africa, etc., que, cargados, debían permanecer en cuarentena durante tiempo prefijado.

El sábado 5 de julio de 1819 figura un resumen de las últimas noticias de salud pública. La peste, mucho antes que en Cádiz, se estaba dando con intensidad inusitada en el norte de Africa. Así, en Marruecos continuaba haciendo «sus estragos ordinarios», al mismo tiempo que la mortandad en Fez era tal que parecía imposible dar una razón exacta de los que fallecían diariamente, cuyo número, según algunos, asciende a 400. Los mismos, proporcionalmente, se producían en otras poblaciones como Salem, Alazar, Tetuán. Pero las plazas de Marruecos y Mojador todavía se mantenían libres. En Tánger, desde el 20 de abril hasta el 19 de

(28) Datos confrontados en mapa que figura dentro de la primera etapa absolutista de la *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, tomo XXVI.

(29) A. H. N. Estado, Leg. 3.784/2. Del Río a Casa Flórez.

junio habían fallecido treinta y nueve personas. En Argel superaban a los veinte hasta primeros de abril, y las cifras que aportan son de quince a veinte personas que morían diariamente atacadas por el mal. Según las noticias proporcionadas por el bergantín sueco que arribó el 30 de abril al lazareto de Marsella con la peste a bordo, procedente de Argel, hacía saber que el mal continuaba con vehemencia graduándose hasta ciento el número de muertos diarios.

En lo que hace a Cádiz, la epidemia debía haber comenzado alrededor del mes de junio, quizá a fines de ese mes, si nos atenemos a los datos que aporta Antonio María Alcalá Galiano, quien recuerda que a mediados de agosto la epidemia se había extendido, cortándose la comunicación con el pueblo de Cádiz.

A comienzos del siglo XIX se había dado con anterioridad la fiebre amarilla en Cádiz. Este dato nos lo trae la *Historia General de España*, de Zamora y Caballero, editada en 1875. Dice:

*La fiebre amarilla en Cádiz se da el 15 de septiembre de 1813; volvió a presentarse en la población y el gobierno alarmado resolvió retirarse al puerto de Santa María, pero la diputación permanente de Cortes comenzó luego a ejercer las funciones, oficiando a la Regencia sobre los temores que podía infundir y los males que podía ocasionar aquella retirada, y en su virtud la Regencia autorizó a la diputación a que convocara inmediatamente las Cortes para tratar del asunto; abriéronse, pues, las Cortes de nuevo extraordinarias a los dos días de haberse cerrado (30).*

Parece ser que los diputados distinguidos negaban la existencia de la peste y uno de ellos, el americano Meguía, que pasaba por entendido en medicina, en un discurso dijo «apostaba la cabeza de que no existía la fiebre amarilla», con tan mala suerte que fue de las primeras víctimas de la epidemia. Llegaron a contarse en la oportunidad más de veinte muertos y un número aproximado de sesenta enfermos.

En la epidemia de 1819 la mortandad de la población civil de Cádiz debió ser muy grande. Vadillo eleva el número de fallecidos, sólo en San Fernando, a unas quince o veinte personas. Alcalá Galiano, en sus *Apuntes para servir...* recuerda entre las víctimas liberales comprometidas a Galarraga, la esposa de Galí, oficial del ejército de Soria, Osnín, contrajo la fiebre en la ciudad de San Fernando, salvándose milagrosamente Vega y Vallesa, que se habían contagiado del mal.

### *Ansiedad en el Río de la Plata*

Y, sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes, graves, como vimos, ni la toma de Montevideo por los portugueses, ni el golpe militar

(30) ZAMORA Y CABALLERO, *Ob. cit.*



de La Bisbal, ni la fiebre amarilla, paralizaron la decisión irreductible de que este grupo echase vela tarde o temprano al Río de la Plata.

Durante todo el año de 1819 la expedición fue montada en correspondencias que se entrecruzaban en el continente americano y entre Europa y América. El conde de Casa Flórez recibió noticias desde París y desde Londres, a través de los diplomáticos españoles acreditados en esos lugares, que lo eran Fernán Núñez y el duque de San Carlos, respectivamente. También continuaba recibiendo comunicaciones de sus agentes de Montevideo, como la carta de Justo García fechada el 7 de agosto de 1819.

El mismo Artigas, conociendo la inminente llegada de la expedición, exalta los ánimos desde el cuartel general invitando a la unión en una arenga extraordinaria, fechada el 9 de mayo de 1819. Veamos el tenor de estas comunicaciones que mantenían en tensión a los grupos en pugna. La analizaremos cronológicamente.

Comenzaremos por la carta del duque de San Carlos a Casa Flórez, desde Londres, fechada el 10 de abril de 1819. En ella le advertía que Mr. Thornton, ministro nombrado por Inglaterra para Río, había recibido orden de partir sin demora con instrucciones con motivo de la expedición de Cádiz, «relativas a promover, baxo mano, dificultades a la misma expedición y hacer las pongan también los portugueses de Montivideo». Lo ponía así sobre aviso, a fin de que pudiera realizar una «prudente observación de la conducta del mencionado sujeto» (31).

Estas comunicaciones una vez recibidas, se esparcían como reguero de pólvora, llegando a los más apartados rincones. Es Artigas el que conocedor «de la decantada expedición de la Península, animaba al Ayuntamiento, muy posible que algunos de los tantos del interior de la Banda Oriental, como Soriano, Mercedes, Canelones o la misma Colonia que de hecho le respondían, con estas palabras»:

*Felicitémonos vivamente por su llegada, y hagamos constantes votos porque no se retrase, el tirano ministerio que la destaca. Ella hasta nos es necesaria en unos momentos en que tratándose de cimentar con el mayor rigor el restablecimiento del espíritu público en la fraternidad de todos los pueblos, precisemos de un objeto con exclusión de todo otro, reclamase los cuidados de todos.*

Su concepto está claro. Descarta el temor y convierte su llegada en prenda de forzosa unidad. Tratándose de José Artigas, su actitud no podía ser otra. Un hombre amasado en la lucha, capaz de enfrentar sólo con sus gauchos toda una espectacular invasión portuguesa, no podía pensar en cobardías ante la posibilidad de la llegada de la expedición española. Clama por la unidad «de todos los pueblos reunidos, porque —dice— adonde

(31) A. H. N. Estado. Carta de San Carlos a Casa Flórez, 10-4-1819.

quiera que se presenten los peninsulares, será a todos los americanos a quienes tendrán que afrontar» (32).

Una nueva comunicación recibía Casa Flórez desde París. Se trataba de la carta de Fernán Núñez, fechada el 2 de agosto de 1819. Entre otras cosas, le daba cuenta «de lo ocurrido en Cádiz con las tropas de la expedición». Le tranquilizaba respecto a posibles avisos de lo ocurrido, «los cuales, como todas nuestras cosas, es exagerado», al mismo tiempo que relataba la verdad de lo acaecido. Según Fernán Núñez, las tropas no han tomado parte en el desorden —seguramente se refería a los acontecimientos del 7 de julio— que sólo ha sido de oficiales y que se averiguó a tiempo para remediarlo, por lo que *la expedición tendrá siempre efecto aunque tarde algunos días más*, y entre tanto han salido algunos buques con tres o cuatro mil hombres que parece van a reforzar al general Morillo». Esta correspondencia probaría a nivel del gobierno, que en ningún momento se descarta la posibilidad de envío de esa gran fuerza punitiva; y nos da la certeza, que sólo el pronunciamiento de Riego, del 1 de enero de 1820, vino a esfumar una realidad de esfuerzo por parte de la corona española (33).

Los agentes españoles en Montevideo, que pertenecían, casi en su totalidad, al ejército español y entre los que destaca el coronel don Feliciano del Río, siempre mantuvieron el criterio de que sólo una fuerza española podía terminar con el foco rebelde de Buenos Aires y de Montevideo. Preocupados por las falsas alarmas que se corrían en cuanto a la expedición, Justo García, en extensa carta a Casa Flórez, expresaba lo siguiente, respecto a la reacción que en Montevideo provocaba la expedición:

*A principios de julio salió de esta plaza (Montevideo) por tierra, con pasaporte de este jefe, el rebelde ex director de Chile, Carreras, acompañado de un coronel francés Mr. Mager con destino a Santa Fe y de allí penetrar en Chile.*

A ellos responsabilizaba de sembrar la alarma de que «la expedición venía con el objeto de exterminar a todo patriota» y veía en ello el motivo primero de la aversión y frialdad de muchas gentes en unirse a las fuerzas del Rey. Y así fue que se le ocurrió «una eficaz e ingeniosa» maniobra, de sembrar por el campo la falsa noticia de que Carreras, era ciertamente un realista que ya había recibido indulto del Rey y varios honores. Al mismo tiempo, informaba que tenía gente trabajando en el campo de Frutos (Rivera), «con el fin de seducir la oficialidad a favor del Rey.»

Pero en lo que hace a la expedición que nos interesa, las últimas noticias las trajo un bergantín que «el 4 del corriente fondeó en este Puerto procedente de Cádiz de donde salió el 2 de junio». Su nombre era «Gaviot». Parece que su capitán, don Juan Biton, y los pasajeros, fueron llamados a declaración jurada, y por ella se supo «que la expedición se había aumen-

(32) *Ibidem.*

(33) A. H. N. Estado. Carta de Fernán Núñez a Casa Flórez, 2-8-1819.

tado hasta la fuerza de 26.510 hombres, que quedaban 124 transportes numerados y que de Galicia habían llegado 24 más con 1.500 marineros, que todo estaba listo y que debía salir en todo agosto. Que los navíos San Telmo y Alexandre con la fragata Prueba, según García, habían salido ya a Lima el 11 de mayo. Estas noticias, y según García, «habían llenado de júbilo a los realistas» y «mucha preocupación a portugueses y patriotas, que formaban corrillos en las calles».

Conocida la gravedad de estas aseveraciones, la pretensión de los portugueses, dueños de la plaza de Montevideo, era «la unión de las fuerzas de S.M.F. a las de Buenos Aires contra la expedición y en tal caso el destierro de los españoles europeos». Todo esto lo hacía conocer Justo García, en carta fechada en Montevideo el 7 de agosto de 1819 (34).

Esta situación de fuertes tensiones, continuó viviéndose en el Plata, a lo largo de 1819, y en ningún momento se barajó la posibilidad de que no se realizara el envío de tropas. Pero un nuevo acontecimiento, gestado en la penumbra de las logías, las que con habilidad increíble supieron ganar a un organismo que jamás habíase mezclado en política interna: el ejército, y a minorías deseosas de un cambio en la realidad política, vino a cortar la última esperanza del Gabinete Español, según la ideología del marqués de Casa Irujo, me refiero al pronunciamiento de Riego, en Cabezas de San Juan, el 1 de enero del año de 1820.

---

(34) A. H. N. Estado. Justo García a Casa Flórez, 7-8-1819.

# LOS VOLUNTARIOS REALISTAS DE ANDALUCIA

Esbozo de una introducción a su estudio

por ALFONSO BRAOJOS GARRIDO

Catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea  
de la Universidad de Sevilla

*El reinado de Fernando VII es, por sus particulares características, fuente inagotable de temas sugestivos para el investigador que pretenda aproximarse a la historia contemporánea de España. La propia personalidad del Rey y su actuación política, la guerra de la Independencia, la quiebra del Antiguo Régimen, el antagonismo político nacional generado por la pugna entre realistas y liberales, la crisis económica general, la pérdida del respaldo americano y el paso a la sucesión directa, entre otros, son acontecimientos que poseen enorme interés por su trascendente significación. Pero, junto a todo ello, no es menor el que proyectan las actividades del Ejército y los cuerpos armados, su distribución y comportamiento en unos instantes tan politizados como aquellos. La decisiva intervención de cierto sector del elemento castrense en favor de la plena soberanía de Fernando VII en 1814, el fenómeno de los pronunciamientos, la inclinación del Ejército hacia el sistema constitucional en 1820, su apoyo al intervencionismo extranjero en 1823 y la aparición de la Milicia Nacional y de los Voluntarios Realistas son hechos que ofrecen poderosos alicientes a quien se sienta atraído por la verdad militar del período 1808-1833.*

*Consciente de la importancia implícita en las acciones protagonizadas por las fuerzas armadas a lo largo de esta etapa, el propósito del presente trabajo es contribuir al estudio de los Voluntarios Realistas de la Capitanía General de Andalucía con una modestísima aportación, a modo de síntesis, obre su localización, problemática en Sevilla y papel en la cobertura defensiva de la Monarquía fernandina en el flanco sudoeste del país.*

### *Entidad de los Voluntarios*

Según indica Federico Suárez Verdeguer, en 1825 vio la luz en Madrid la primera publicación relativa a la personalidad de los Voluntarios Realistas: un folleto titulado *Reflexiones apologéticas y reglamentarias sobre las Milicias Realistas y sobre su utilidad, necesidad y modo de fomentarlas*. Su autor, oculto bajo las siglas R. V. I., mantenía que el origen de ese Cuerpo hallábase en la Revolución, pues fue en Francia donde se formalizó, al margen del Ejército, una entidad semejante, de matiz popular, que se convirtió en el sostén de los principios revolucionarios; en España, la organización nacida con idéntica finalidad consistió en la Milicia Nacional. Ciertamente, lo que las *Reflexiones* pretendían era, entre otras cosas, subrayar la categórica importancia de los Voluntarios Realistas como fuerza defensora de la íntegra soberanía de Fernando VII después de la superación del Trienio Liberal (1820-1823) y justificar la existencia de este Cuerpo estableciendo su paralelismo con instituciones análogas habidas los años anteriores en pro del Nuevo Régimen (1).

Con independencia de lo recogido en aquel folleto digamos que, calificados de muy diversas formas por la historiografía tocante a la época, los Voluntarios Realistas —como apuntó también Suárez Verdaguer— surgieron como fruto de la victoria realista de 1823 sobre los constitucionales del Trienio. Frente a lo que generalmente se cree, ni tuvieron su creador en Fernando VII, ni en su Gobierno, ni en la reacción resultante del triunfo obtenido contra el liberalismo en los últimos meses de 1823. Aparecieron oficialmente con anterioridad al 1.º de octubre de 1823, fecha en que el Rey recuperó el ejercicio de su soberanía, y su génesis puede situarse en el deseo de legalizar las partidas de voluntarios armados que, desde 1821, comenzaron a alzarse y combatir en defensa de los derechos del Monarca (2).

Si nos atenemos al detallado análisis efectuado por el mismo historiador como medio para aproximarnos con exactitud a la personalidad de los Voluntarios Realistas, creemos sustancial comenzar precisando que el 14 de mayo de 1823 la Junta Provisional de Gobierno, en Burgos, promulgó un reglamento interino por el que habrían de regirse y, un mes más tarde, el Ministerio de la Guerra hizo pública una Orden Circular en la que se señalaban ya su estructura y fines específicos. Conforme a lo estipulado en esos documentos, podían pertenecer al Cuerpo de Voluntarios los individuos comprendidos entre los veinte y los cincuenta años, que fuesen de reconocida buena conducta, «amor al Soberano y adhesión decidida a la causa de restablecerle en el trono y abolir por completo el sistema constitucional». Sus obligaciones serían las de presentarse, con armas o sin ellas, en los lugares donde les convocasen sus jefes, prestar

(1) Vid. FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER, «Los Cuerpos de Voluntarios Realistas», en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1956, págs. 27-33.

(2) *Ibidem*, p. 5.

servicio en las poblaciones, mantener el orden y policía interior, patrullar día y noche en función de las circunstancias, vigilar los teatros y demás sitios públicos, colaborar en la extinción de los incendios y guarnecer las Casas Consistoriales de cada localidad. Subordinados a la autoridad de los Capitanes Generales, eran los Ayuntamientos los encargados de su organización; en las oficinas municipales se debían presentar las solicitudes de ingreso y, una vez analizadas por una comisión compuesta por ocho de los primeros Realistas alistados, los plenos corporativos aprobarían las admisiones definitivas. Al mismo tiempo se establecían como misiones de los Ayuntamientos el fomento de los Cuerpos de Voluntarios, la organización de las compañías, la designación de los mandos y la determinación del lugar y hora de la correspondiente instrucción militar de los destacamentos. Sin embargo, se puntualizaba que todo poseía carácter temporal, «hasta que S. M. se digne resolver lo conveniente para la seguridad interior de sus pueblos» (3).

El 26 de febrero de 1824, a los cinco meses de reiniciado el gobierno soberano de Fernando VII, se dictó un nuevo reglamento provisional. Pero es a partir de la «crisis» ministerial de agosto de ese año y el subsiguiente ascenso a la cartera de la Guerra del general Aymerich —hasta entonces jefe de los Voluntarios Realistas de Madrid—, cuando empezaron a definirse los rasgos fundamentales del Cuerpo y a exteriorizarse el sentido de institución privilegiada, clave del régimen fernandino en ésta su última década. Lo demuestra la Real Orden de 4 de septiembre de 1824, por la que el Rey, «atendiendo a la circunspección, brillante instrucción, consumada disciplina, sólida subordinación, obediencia ciega y lealtad acreditada», otorgó a los Realistas de la Villa y Corte estas dos mercedes: 1.<sup>a</sup>) Que en caso de sufrir alguno arresto o prisión, no la cumpliera en la cárcel pública, «donde pudiera estar nivelado entre enemigos declarados de la persona augusta del Rey y su Soberanía», sino que la obedeciera en su cuartel correspondiente. 2.<sup>a</sup>) Que el día del aniversario de su libertad, su tropa ejerciera la vigilancia en Palacio (4).

Con idéntico espíritu favorecedor, días después se consignó otra Real Orden fundamental por su contenido. En ella, cursada también por Aymerich, Fernando, «convencido de la urgentísima necesidad de aumentar y sostener con el sello de la voluntad soberana los Cuerpos de Voluntarios Realistas, que son el más firme apoyo de los derechos de la legitimidad en todos los pueblos de la Monarquía», dispuso que los Capitanes Generales de las provincias intensificaran, «desde luego sin perdonar medio,

(3) Vid. *Decretos y resoluciones de la Junta Provisional, regencia del Reino y los expedidos por Su Magestad desde que fue liberado del tiránico poder revolucionario, comprensivos al año 1823*. Ed. D. Fermín Martín de Valmaseda. Madrid, 1824, página 31. Los documentos aludidos los sintetiza y comenta Suárez Verdeguer, *ob. cit.*, págs. 5-7.

(4) Vid. *Decretos del Rey Nuestro Señor D. Fernando VII y Reales Ordenes, Resoluciones y Reglamentos generales expedidos por las Secretarías del Despacho Universal y Consejos de S. M.*, por D. José María Nieva, IX, 175. Esta Real Orden la comenta también Suárez Verdeguer, *ob. cit.*, pág. 8.

fatiga ni desvelo», la organización, fomento y disciplina de los Cuerpos (5). Los términos de tal documento, donde se habla de alejar de sus filas a los «sujetos cuya conducta les haga desmerecer tan honroso distintivo», parecen precisar el deseo del Soberano de disponer de una fuerza adicta y de confianza como respaldo armado ante cualquier posible intento de privarle de su soberanía. No olvidemos que aún estaban en el aire los ecos de la tentativa revolucionaria de Valdés en Tarifa (6).

Cimentados sobre el beneplácito regio, los Voluntarios Realistas, a los que —como veremos— se les siguió concediendo privilegios, conocieron su reglamento definitivo el 8 de junio de 1826 (7). Y, en función del contenido de ese código, cabe la argumentación de que se perseguía una doble finalidad: de una parte, fomentar el desarrollo de estos cuerpos, haciendo de ellos algo más que simples milicias voluntarias y provisionales, restos de los voluntarios que durante el Trienio se alzaron en armas por el Rey, no del todo desaparecidos; de otra, aprovechar el realismo de estos hombres encuadrándolos en cuerpos orgánicos con deberes y derechos bien definidos. De cualquier forma, viene a admitirse que, desde el instante de la publicación de este reglamento, los Voluntarios tuvieron consistencia oficial y se convirtieron en una fuerza armada incondicionalmente afecta al Rey, politizada al máximo y yuxtapuesta al poder del Ejército en la estrategia militar del país (8); y, como dice Artola Gallego, un cuerpo de «fervoroso absolutismo» y «réplica de la milicia nacional, al ser como ésta un ejército interno para la defensa del régimen» (9).

Tomando como base su reglamento, resulta significativo insistir en varios puntos. Ante todo, que, conceptuados el más sólido apoyo del «Altar y el Trono», el fin primario fijado a los Realistas fue «combatir a los revolucionarios y conspiradores y exterminar la revolución y las conspiraciones de cualquier naturaleza que sean». En segundo lugar, que se les desvinculaba de los Capitanes Generales y que, establecida su suprema autoridad en un Inspector General, se les jerarquizó a nivel de distrito bajo unos Subinspectores provinciales. En tercer lugar, que se creaban sus Planas Mayores y que se les encuadró en Brigadas compuestas por batallones de ocho compañías de sesenta a ochenta hombres cada una. En cuarto lugar, que las admisiones, siempre voluntarias, seguían canalizadas a través de los Ayuntamientos, organismos que habrían de tramitar además la recaudación de los fondos económicos para vestuario y armamento. Por último, que su servicio se hizo extensivo a obligaciones tales como requerir pasaportes, perseguir, aprehender y conducir deser-

(5) Vid. F. SUÁREZ VERDEGUER, *ob. cit.*, págs. 33-39.

(6) Sobre este acontecimiento volveremos a insistir más adelante, ofreciendo bibliografía. De todas formas, para las acciones de los liberales exiliados puede consultarse RAFAEL SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*. Madrid, 1975.

(7) Vid. F. SUÁREZ VERDEGUER, *ob. cit.*, págs. 33-39.

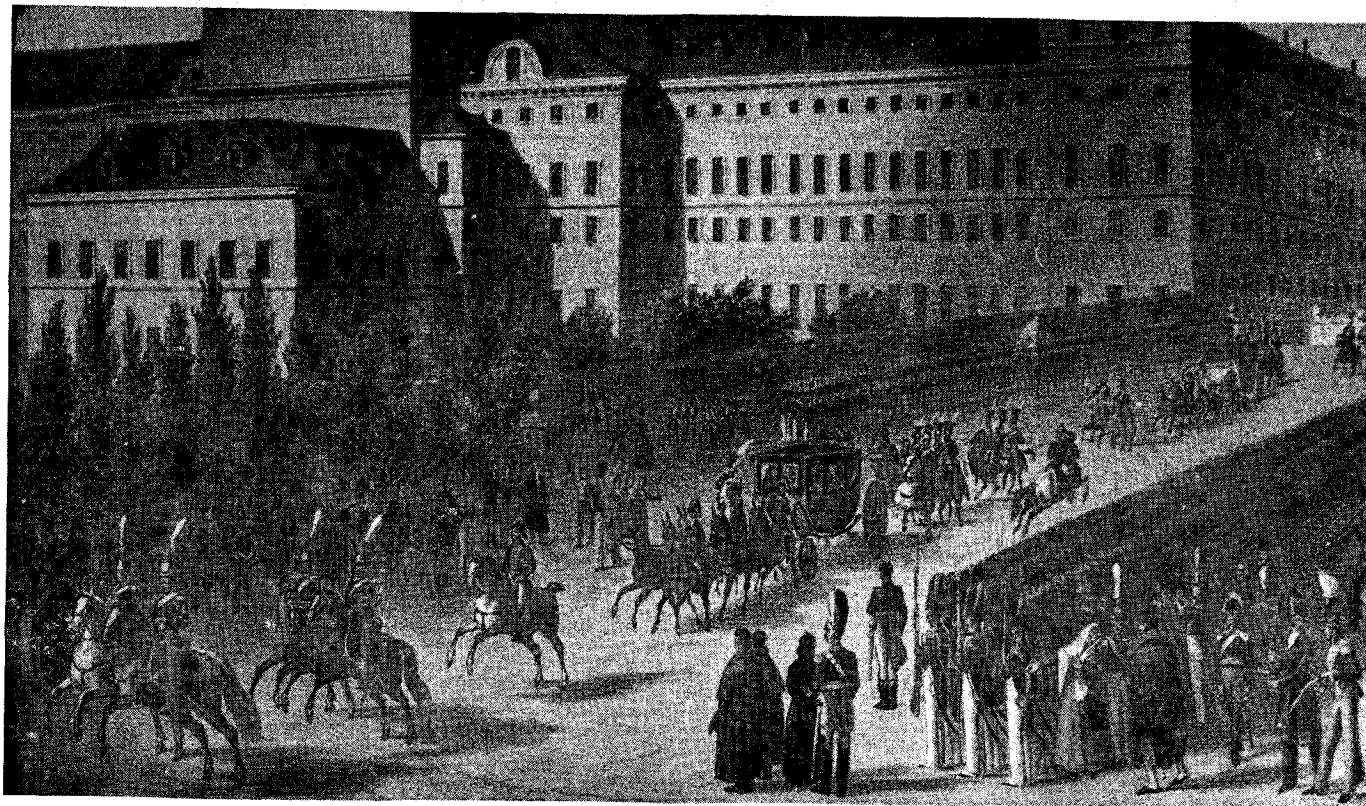
(8) *Ibidem*, pág. 33.

(9) MIGUEL ARTOLA GALLEGO, *La España de Fernando VII*. Madrid, 1968, página 864.



*Voluntarios realistas de Madrid.* Arriba: un fusilero y un voluntario de Caballería. Abajo: bombero y artillero. (Grabado del Museo Municipal de Madrid.)





*Fernando VII revista a los voluntarios realistas en El Escorial.* Cuadro de Brambila. Museo Romántico. Madrid. (Foto Oronoz.)

tores, prófugos, malhechores y presos, y cooperar con el Ejército cuando las circunstancias lo exigieran. Es decir, nacidos del fervor monárquico y antiliberal, los Voluntarios Realistas, en virtud del reglamento de 1826, conocieron definitivamente su misión específica y quedaron erigidos en institución armada independiente, marginada de las fuerzas castrenses tradicionales y con una posición de privilegio respecto a éstas que, como expondremos, fue ampliándose poco a poco.

Evidentemente, resulta comprensible esa situación. Si partimos del supuesto de que Fernando VII conoció durante el «sexenio» la amenaza de los pronunciamientos (10) y, por último, fue obligado a aceptar el Nuevo Régimen en una convulsión en la que intervino como factor determinante el Ejército, parece verosímil suponer que, obsesionado siempre por la conservación de su plena soberanía y consumada su segunda retrocesión al Antiguo Régimen, pretendiera asegurar ahora su status político. Y así como para la política Fernando, con clara habilidad, se inclinó por Gobiernos en los que tomaron asiento hombres fieles de diversas tendencias, para imponer el orden, robustecer de nuevo la posición monárquica, eliminar el peligro liberal e impedir la actividad de cualquier foco discordante capaz de entorpecer la normalidad del sistema, debió creer oportuno auxiliarse de una serie de instituciones clave a modo de aparato de seguridad. Aquí es donde encajan los Voluntarios Realistas. La mejor baza a jugar por el Rey fue, sin duda, la manifestación de lealtad que halló en las gentes desde 1821 y, sobre todo, la mayoritaria adhesión al realismo que, al parecer, presenció a partir de 1823 (11). En este sentido, Artola Gallego sostiene que ya la Regencia, al promulgar el reglamento interino de 1823, pretendió con los Voluntarios «utilizar a los elementos absolutistas de la población, organizándolos en unidades paramilitares claramente inspiradas en el modelo de las milicias creadas por el sistema liberal (12).

Reiteremos que, tras el alzamiento de Riego en Las Cabezas de San Juan en 1820 y las acciones que sobrevinieron a continuación, el Monarca hubo de recelar indudablemente del Ejército; y lo rubrica no sólo el hecho de que conservara guarniciones francesas bastante tiempo después de su libertad del «cautiverio gaditano» y el fin de la guerra civil, sino incluso su propio testimonio personal en las instrucciones dadas a su ministro de Estado, Casa-Irujo, el 4 de diciembre de 1823, donde, entre otras cosas, estableció como programa de gobierno: «La disolución del

(10) Sobre los pronunciamientos puede consultarse JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA, *Los primeros pronunciamientos en España*. Madrid, 1958.

(11) Acerca de la adhesión a su persona que contempló Fernando VII tras el 1.º de octubre de 1823, tendremos mejor información una vez que la profesora del Departamento de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, María José Álvarez Pantoja, culmine un estudio, aún en fase de elaboración, sobre el viaje del Rey desde Cádiz a Madrid.

(12) MIGUEL ARTOLA GALLEGO, *ob. cit.*, pág. 826.

Ejército y formación de otro nuevo» (13). Así, pues, la potenciación de los Voluntarios Realistas brotó de una enorme raíz política y vino a encajar en este contexto. Su existencia, junto a la de las fuerzas armadas tradicionales y con el prioritario objetivo de la salvaguardia de la soberanía del Rey, bien puede interpretarse como la maniobra sustitutiva de la amplia operación que hubiese supuesto la consumación de la base del 4 de diciembre, componiendo un bloque militar adicto. Bajo este enfoque, Artola señala que los Voluntarios sirvieron en un principio para «proporcionar al recién restaurado régimen absoluto una fuerza armada que, supliendo al desaparecido ejército, le diese un poder coactivo hasta entonces basado en las bayonetas francesas» (14).

Ahora bien, si nos atenemos a los reglamentos y fuera de su trasfondo político, creemos que con los Voluntarios Realistas se pretendió algo más: materializar un cuerpo con una misión emprendedora, de neto carácter de «despotismo ilustrado», para mantener el orden y colaborar con las autoridades locales y provinciales en la ejecución de los servicios públicos. A lo menos, así parece desprenderse justamente del contenido de sus disposiciones reglamentarias.

Partiendo de estas consideraciones, no pueden sorprender los privilegios que se les concedieron. En 1824, una real orden comunicada por el Ministerio de Hacienda, fechada en 20 de febrero, dispuso que todos los géneros de contrabando capturados por los Voluntarios se aplicaran, si fuese solicitado por ellos, a los fondos destinados a su armamento, incluida la parte correspondiente a Hacienda. El 27 de marzo de 1826 y asimismo por Hacienda, se les concedió permiso por un año para introducir armamento libre de gravámenes en las provincias exentas. El 27 de abril se les otorgaron gratuitamente cartas de seguridad. El 12 de mayo, otra real orden decretó que, en los casos urgentes, la Administración de Rentas les entregase la pólvora precisa. Según su reglamento de 8 de junio (1826), el mero hecho de pertenecer al Cuerpo se conceptuaba mérito para la obtención de destinos civiles y militares; a los que se inutilizaran en acto de servicio, teniendo bienes, se les premiaría, y no teniéndolos, se les consideraría como individuos del Ejército; e igualmente los jefes y oficiales, a los quince años de servicio, podrían optar a hábito en cualquiera de las cuatro Ordenes Militares. En octubre de 1826 se decretó que los oficiales estaban exentos de las quintas del Ejército y Milicias. En octubre de 1828 se les concedió asistencia sanitaria gratuita y a sus familiares y caballerías. El 18 de agosto de 1829, todos los efectos destinados a ellos se declararon libres de los Derechos de Puertas. En febrero de 1830 se les hizo gracia de que, en caso de merecer algún Voluntario el último

(13) Las instrucciones dadas por Fernando VII a su ministro de Estado, el marqués de Casa-Irujo, el 4 de diciembre de 1823, las publica FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER en *L. López Ballesteros y la Hacienda entre 1824 y 1832*. Pamplona, 1970, tomo I, págs. 83-84.

(14) MIGUEL ARTOLA GALLEGO, *ob. cit.*, pág. 829.

suplicio, se le aplicaría la pena de garrote, «no afrentosa» (15). Como se ve, numerosos e importantes privilegios.

Con todo, no creemos que en términos absolutos la situación de los Voluntarios Realistas llegase a alcanzar el grado de perfección al que se aspiró. Su labor no impidió que las dificultades de localizar arbitrios de viable exacción para su mantenimiento, la guerra de los Agraviados en Cataluña, el relativo interés prestado por los Capitanes Generales, el descenso de la pasión realista de primera hora y los problemas emanados de la sucesión directa a partir de 1830 pesaron sensiblemente en el normal desarrollo del Cuerpo. Eso sí, la buena disposición hacia ellos por parte de quienes estaban convencidos de su necesidad no se vio disminuida (16).

De cualquier forma, en 1832 las circunstancias no eran ya las de años anteriores. Además, los «sucesos de La Granja», el nombramiento de Cea Bermúdez como ministro de Estado y la habilitación de la Reina María Cristina para el despacho de los negocios imprimieron un giro a la política nacional que condicionó el declive de los Voluntarios. En efecto, el nuevo rumbo de las directrices gubernamentales, enfocado indefectiblemente a través de la fórmula Cea hacia el triunfo del moderantismo adscrito a la sucesión directa, dejó a los Realistas en posición incómoda: prevaleció el criterio de que su fuerza podía representar un serio peligro para la orientación adoptada por la Monarquía en aquellos momentos, en especial al temerse que el grueso de los Realistas se mostrasen partidarios de las aspiraciones de don Carlos, o sea, de la sucesión masculina. Así, disminuida la protección que hasta entonces le deparó la Corona, el Cuerpo de Voluntarios empezó a debatirse en una crisis que lo abocaría a la extinción. Anulada su capacidad económica al suprimirse los arbitrios señalados para su conservación y sostenimiento, mermada por las bajas de sus afiliados y sometida otra vez a la autoridad de los Capitanes Generales —designados ahora por el *moderado* general Cruz, ministro de la Guerra—, la institución, la «más firme columna del absolutismo» en opinión de un autor (17), quedó completamente disuelta en los umbrales del reinado isabelino, al fallecer Fernando VII en septiembre de 1833.

### *La Andalucía militar*

Si pretendemos comprender la importancia de los Voluntarios Realistas de Andalucía, nada más a propósito que esbozar el estado castrense de la región; de este modo es posible contar con un elemento comparativo de juicio y extraer deducciones aceptables del marco militar en el que se situaron, en el que se desarrollaron y cuya problemática, como es lógi-

(15) Sobre los privilegios otorgados a los Voluntarios Realistas hablan extensamente F. SUÁREZ VERDEGUER, *Los Cuerpos de...*, y ALFONSO BRAOJOS GARRIDO, *D. José Manuel de Arjona, Asistente de Sevilla*. Sevilla, 1976, págs. 220-228.

(16) Vid. F. SUÁREZ VERDEGUER, *Los Cuerpos de...*, págs. 39-46.

(17) J. MICHAEL QUIN, *Memorias históricas sobre Fernando VII*. Valencia, 1840, tomo II, pág. 351.

co, les afectó de lleno. Pero, por desgracia, los datos que disponemos acerca de la situación militar de Andalucía en el reinado de Fernando VII son excesivamente pobres y no nos lo permiten. La historiografía no ofrece referencias alusivas a este tema suficientemente ricas y, en consecuencia, nos vemos obligados a limitarnos a una descripción de conjunto con las escasas matizaciones derivadas de superficiales conocimientos.

Dividido el ámbito andaluz en dos Capitanías Generales, abarcaba en concreto la llamada *de Andalucía* el espacio de las actuales provincias de Sevilla, Córdoba, Cádiz y Huelva. Capitalizada en la ciudad de Sevilla, aquí se localizaban los órganos dirigentes, tales como la Capitanía General, Estado Mayor, Juzgado de Guerra, Juzgados privativos de Artillería e Ingenieros, Ordenaduría del Ejército, Intervención, Pagaduría General e Intendencia General, con un total de 1.420 funcionarios militares en esta ciudad para 1823 (18). Desde esta cabecera, la Capitanía General de Andalucía quedaba estructurada como un numeroso bloque de Gobiernos de plaza que, además de los enclavados en las capitales de provincia, se hallaban, en 1808, en Matagorda, Castillo de San Sebastián, Castillo del Puntal, Fuerte Luis, Santa Catalina, Castillo de San Pedro, Sanlúcar de Barrameda, Castillo del Espíritu Santo, Fuerte de Santa María, Castillo de Santa Catalina, Martos, Ayamonte, Sanlúcar de Gadiana, Castillo de Puebla de Guzmán y Paymogo (19). Asimismo, la Capitanía General de Andalucía incluía en su sector la Comandancia General del Campo de Gibraltar (o de San Roque), con los Gobiernos de Tarifa y Fuerte de San Luis de Martella (20). Con todo, si tenemos en cuenta los acontecimientos de la Guerra de la Independencia y de la guerra civil de 1823, hemos de suponer que para el período que historiamos esos Gobiernos de Plaza habrían sufrido alguna modificación. Por ejemplo, nos consta que el Fuerte Luis fue destruido por los franceses durante el asedio a Cádiz. De cualquier forma, no poseemos información precisa que nos hable de la distribución de esos Gobiernos de Plaza en la década 1823-1833.

Exactamente igual nos ocurre a la hora de intentar referir el volumen de las fuerzas armadas acantonadas en la región. Para dicha década —el período de vida de los Voluntarios Realistas—, las noticias en nuestro poder provienen de fuentes fechadas en 1826, 1831 y 1832 y, por tanto, ignoramos su validez para el resto de los años de esta fase histórica; y nos hablan únicamente de los acuartelamientos íntegros de Sevilla y Cádiz. En Sevilla, residieron: el Regimiento de Infantería de la Reina, 2.º de Línea, en un primer momento y, luego, el Regimiento de Infantería de Africa, 6.º de Línea; el Regimiento de Caballería de la Reina, 2.º de Línea, y, más tarde, en su sustitución, el Regimiento de Caballería del Príncipe, 3.º de Línea; el Regimiento de Milicias Provinciales; una compañía de Inválidos; el Regimiento de Artillería del Tercer Departamento, junto con un

(18) Vid. *Guía de Forasteros de Sevilla*, de 1832, primera parte, pág. 193.

(19) Vid. JULIO BALBÍN DELOR, «El Ejército español en 1808 y estado militar de España al comenzar la Guerra de la Independencia», en *Revista de Historia Militar*, año II, núm. 3. Madrid, 1958, pág. 55.

(20) *Ibidem*, pág. 56.

Escuadrón de la misma arma; una sección del Real Cuerpo de Ingenieros y otra de Marina adscrita a la Comandancia del Tercio Naval (21). En Cádiz, moraron: la Brigada Real de Marina; el Regimiento de Infantería del Rey, 1.º de Línea; el Regimiento de Infantería de la Reina, 2.º de Línea; el Regimiento de Infantería de San Fernando, 10.º de Línea; el Regimiento de Caballería de Albuera, 7.º Ligeró, y una sección del Real Cuerpo de Artillería (22).

Sí, por su propia simplicidad, estos datos no calibran en su justa medida la importancia militar de Andalucía en aquellas fechas, consideramos interesante intentar aproximarse a ésta mediante la matización de una serie de oportunos detalles. Ante todo se debe tener presente el constante valor estratégico de la región. En efecto, por su condición periférica y fronteriza —donde sobresalen plazas de tan vital significación como Cádiz, Ayamonte, Gibraltar y Sevilla—, Andalucía era, al igual que hoy, uno de los vértices clave del armazón defensivo nacional, cuyo valor militar lo acentuaban su tangencia con Portugal, la extensión de sus costas, el control sobre Gibraltar y la posesión de la fachada atlántica, con las poblaciones conjuntadas en la zona de los Puertos, de singular proyección económica. En segundo lugar, en el plano político, no podemos desestimar que, como flanco sudoeste del Reino, habíase convertido desde tiempo atrás en territorio de preocupación para la Corona, ya que ahí tuvieron su desarrollo hechos tan resonantes como el pronunciamiento de Riego en Las cabezas de San Juan en 1820, el fracaso del general Freire en su misión de sofocar la rebelión gaditana de ese año (23) y, en 1824, la toma de Tarifa por un grupo de liberales mandados por el coronel Valdés. Por último y en el mismo terreno, cabe reseñar que en la región se localizaban no sólo un foco de tan claro viso liberal como Cádiz, sino incluso la ya aludida plaza de Gibraltar, en la que constitucionales españoles exiliados encontraban plena seguridad y libertad de acción.

Estas observaciones vienen a esclarecer algo el valor militar de An-

(21) Vid. *Guía de Forasteros de Sevilla*, de 1832, primera parte, págs. 83-108. Referente a los Regimientos de Infantería y Caballería de la Reina, 2.º de Línea, podemos decir que los tenemos localizados en Sevilla en 1826 y 1828, mientras que para 1831 aparecen los Regimientos de Africa y el Príncipe. Sobre el Regimiento de Artillería del Tercer Departamento puede consultarse a ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA, *Sevilla y la Artillería*. Sevilla, 1974.

(22) Esta relación la hemos extraído del *Diario Mercantil de Cádiz* de febrero, marzo y abril de 1831. Respecto a Cádiz, sabemos que allí hubo un importante núcleo de tropas francesas hasta 1828; acerca de éstas y de su conexión con el Ejército español poseeremos esclarecedores detalles una vez que el profesor Rafael Sánchez Mantero, del Departamento de Historia de España Moderna y Contemporánea, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, ultime un trabajo que en la actualidad realiza sobre ese tema.

(23) Sobre los acontecimientos ocurridos en Cádiz en el primer trimestre de 1820 y la actuación del teniente general Freire, lleva a cabo una amplia investigación el catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, don Octavio Gil Munilla. Su trabajo puede resultar muy valioso para una mejor comprensión de la panorámica militar de Andalucía en esas fechas.

dalucía para la década final del reinado fernandino. Por eso no es extraño que se le concediese un prioritario interés castrense en el propósito de mantener la seguridad y la defensa del orden establecido ante la aparición de cualquier posible brote antirrégimen. Ese rango preferencial en lo castrense quizá también nos explique por qué, recuperada la soberanía por Fernando VII en 1823, éste comisionó siempre para la Capitanía General de Andalucía, al margen de la alta dignidad del destino, a personas de afamada energía, reconocida lealtad al Trono y probadas cualidades militares: de una parte, jefes capaces de responder del control, disciplina y adhesión del Ejército al Rey mediante la exigencia de la más recta conducta política de los mandos a sus órdenes; y, de otra parte, aptos para garantizar la paz y la defensa de la zona. A este criterio, creemos, respondieron los nombramientos de los tenientes generales don José María de Carvajal (1823), don Juan Caro (1823-1824), don José Ignacio Álvarez Campana (1824-1825), don Vicente Genaro de Quesada (1826-1833) y, finalmente, tras los «sucesos de La Granja», el marqués de las Amarillas (1833).

### *Los Voluntarios Realistas*

Apuntada la importancia militar de Andalucía en conexión con la problemática política del país, disponemos ya de alguna perspectiva para poder empezar a hablar de los Realistas andaluces. Y, ciertamente, estamos en condiciones de suponer que formaron un bloque armado de primerísima magnitud en esta Capitanía General.

Las noticias que nos ilustran acerca de su fuerza y distribución —circunscritas a 1831, es decir, años después de la promulgación de su Reglamento y en instantes intermedios entre lo que podríamos llamar su *madurez* en el bienio 1826-1827 y su declive en 1833— exponen que los Voluntarios Realistas de Andalucía hallábanse subordinados a la autoridad del entonces subinspector don Fernando María de Salamanca, brigadier de Infantería, y organizados en cuatro Brigadas, pertenecientes a las tres provincias de Sevilla, Córdoba y Jerez que comprendía la Subinspección.

La relación donde se precisan su localización y potencial, junto con los nombres de los jefes de sus unidades en 1831, es la del cuadro que se incluye en estas páginas.

## PRIMERA BRIGADA

La formaban once Batallones de Infantería, una Compañía de Artillería y cinco Escuadrones de Caballería.

*Jefe:*

D. Antonio Tur, brigadier de Infantería.

*Ayudante:*

D. Pedro Juan Cervera, coronel de Infantería retirado.

*Batallones:*

Sevilla 1.º

Sevilla 2.º

Ecija 1.º

Ecija 2.º

Utrera

Sanlúcar la Mayor

Carmona

Estepa

Osuna

Marchena

Morón

*Comandantes:*

D. Pedro Carrión, capitán de Infantería retirado.

D. Antonio del Villar, contador de Rentas Reales.  
Vizconde de Benaoján, coronel de Infantería.

D. Juan Corzo y García (2.º).

Marqués de Casa Ulloa.

(Vacantes).

D. Antonio Lasso de la Vega, coronel de Infantería.

D. José Fernández de Córdoba, coronel de Infantería.

D. Juan Montero, capitán retirado.

D. Francisco Pérez de Vargas.

D. José Homero Morilla.

*Compañía Artillería:*

Sevilla

*Comandante:*

D. Manuel Arjona Tamarit, teniente coronel.

*Escuadrones:*

Sevilla

Ecija

Carmona

Estepa

Marchena

*Comandantes:*

Marqués de Moscosso, coronel de Caballería.

D. José Antonio Bernui.

(Vacantes).

D. José Lomelino.

D. Manuel Díaz de la Cortina, capitán retirado.

## SEGUNDA BRIGADA

Constaba de catorce Batallones de Infantería y siete Escuadrones de Caballería.

*Jefe:*

D. Rafael Bracho.

*Ayudante:*

D. Fausto del Hoyo, coronel de Infantería excedente.

*Batallones:*

Córdoba 1.º

Córdoba 2.º

*Comandantes:*

(Vacantes).

D. Pedro de Alcántara Cuéllar, teniente retirado.



Castro del Río	D. Lorenzo Antonio Calderón.
Aguilar	D. Joaquín Jurado Valdelomar, coronel de Infantería.
Montilla	D. Francisco Solano de Toro, capitán retirado.
Lucena 1.º	D. Martín Cortés Chacón.
Lucena 2.º	D. Enrique de Guzmán el Bueno.
Rute	D. Antonio Clemente Cordón.
Cabra	D. Francisco de Asís Alcántara.
Priego	D. Manuel de Armiño y Manjón, capitán retirado.
Montoro	D. Juan Serrano, teniente coronel retirado.
Baena	D. Félix de Flores Gamboa.
Pozoblanco	D. Joaquín Pérez.
Fuente-Ovejuna	(Vacantes).

<i>Escuadrones:</i>	<i>Comandantes:</i>
Córdoba	Conde de Villanueva.
Aguilar	D. Juan de León y Luna, capitán retirado.
Montilla	D. Jerónimo de Luque, coronel.
Lucena 1.º	Marqués de Campo de Aras.
Lucena 2.º	D. José María Rico.
Cabra	D. Felipe Gutiérrez Quevedo.
Bujalance	D. Nicolás Ruiz de Zúñiga, capitán de Infantería.

#### TERCERA BRIGADA

La formaban seis Batallones de Infantería, dos Compañías de Artillería y un Escuadrón de Caballería.

*Jefe:*  
D. Antonio Tovar, brigadier de Infantería.

*Ayudante:*  
D. Vicente Añeses, comandante de Infantería.

<i>Batallones:</i>	<i>Comandantes:</i>
Sanlúcar de Brda.	D. Domingo Díez de Ceballos.
Puerto de Sta. M.ª	D. Manuel Madera y Guzmán, capitán graduado.
San Fernando	D. Juan de Dios Sevilla.
Jerez de la Front.	D. Manuel Picado.
Cádiz	D. Pedro de Sixto y Bacado, teniente coronel retirado.
Medinasidonia	D. Pedro Galván y Saavedra.

*Compañía Artillería:* *Comandante:*  
Cádiz (2 Comp.) D. Jacobo Bugarín.

*Escuadrón:* *Comandante:*  
Sanlúcar de Brda. D. Tomás Martín Mier.

CUARTA BRIGADA

Constaba de tres Batallones de Infantería y un Escuadrón de Caballería.

*Jefe:*

D. Antonio Tur, brigadier de Infantería.

*Ayudante:*

(Vacante).

*Batallones:*

Niebla  
Ayamonte  
Cazalla

*Comandantes:*

Conde de Cañete del Pinar.  
D. Pedro de la Torre, capitán retirado.  
(Vacantes).

*Escuadrón:*

Constantina

*Comandante:*

(Vacantes). (24)

La larga relación nos da pie para recapacitar sobre aspectos de los Voluntarios Realistas de Andalucía que nos parecen muy interesantes. En primer lugar, nos llama poderosamente la atención su nivel cuantitativo. Si partimos del supuesto de que los batallones, compañías de Artillería y escuadrones de Caballería mencionados hubieran estado cubiertos en su totalidad conforme al reglamento de 8 de junio de 1826 —batallones de ocho compañías de 60 a 80 hombres— y aplicamos una media de 70 hombres por compañía y 100 por escuadrón, obtendríamos el siguiente resultado:

INFANTERIA			
<i>Batallones</i>	<i>Compañías</i>	<i>Hombres</i>	<i>% respecto total Voluntarios</i>
34	270	19.040	% 92
ARTILLERIA			
	<i>Compañías</i>	<i>Hombres</i>	
	3	210	2 %
CABALLERIA			
	<i>Escuadrones</i>	<i>Hombres</i>	
	14	1.400	6 %
<i>Total hombres ... ..</i>		20.650	

(24) Esta larga relación la cita íntegramente la *Guía de Forasteros de Sevilla*, de 1832, primera parte, págs. 91-98. Junto a algunos nombres hemos situado un (2.º); esto quiere decir que era el segundo jefe.

En ese supuesto, evidentemente aventurado, los Voluntarios Realistas de Andalucía habrían constituido una magnífica y poderosa célula armada, con capacidad muy semejante quizás o incluso superior al Ejército Regular. No existe indicio alguno de que fuera así; insistimos que esto es sólo una hipótesis edificada sobre los datos de que disponemos.

Asimismo, cabe la posibilidad de que las vacantes registradas en los mandos de algunas unidades sean reflejo de que éstas ya no tuviesen vida real en esa fecha. De acuerdo con ello y si mantenemos cubiertas el resto de las formaciones, obtenemos que, para 1831, el posible número de 20.650 Voluntarios habrían visto reducido en 2.240 hombres. En este caso, descontando a aquellos 20.650 hombres estos 2.240 posiblemente inexistentes, los Realistas de Andalucía en 1831 vendrían a alcanzar la cifra de 18.210 hombres, una cantidad respetable que, si es verdad que existió, respaldaría el criterio de que los Voluntarios compusieron un bloque armado de gran volumen en esta Capitanía General. De todas formas, lo más probable es que muchas de sus unidades estuviesen incompletas; de ahí que nuestras afirmaciones acerca del potencial humano de los Voluntarios andaluces las concepuemos indudablemente aventuradas y las formulemos con amplio margen de reservas. Parece claro, por tanto, que en la actualidad y sin un estudio pormenorizado de la documentación de los archivos donde se efectuó la afiliación, resulta imposible ofrecer datos rigurosos.

Por otro lado, también nos llama la atención la propia localización de las unidades. Y esto se debe a que vemos cómo las formaciones se distribuían profusamente en el marco rural y, a la vez, en las cinco poblaciones costeras más importantes de la región (Ayamonte, Sanlúcar de Barrameda, El Puerto de Santa María, Cádiz y San Fernando). Este hecho puede inducir a pensar que el fenómeno de los Voluntarios Realistas se manifestó sobremanera en centros urbanos de segundo rango, lo que equivaldría en cierta medida a suponer la mayoritaria adhesión al realismo de la masa campesina. Así, por ejemplo, serían altamente significativos los batallones y los escuadrones de poblaciones tales como Estepa, Marchena, Ecija, Aguilar, Montilla, Lucena, Cabra, Jerez, Medinaceli, etc. Esta posible realidad es quizá la que explique la adjetivación de Artola Gallego cuando, al generalizar sobre los Voluntarios Realistas, dice que «son calificados por todas las fuentes de *proletarios*, queriendo designar con este nombre a las gentes sin medios económicos pertenecientes a los estratos inferiores de la población, entre los que eran más eficaces las predicaciones en favor del absolutismo» (25). Con todo, aunque el uso del término *proletarios* parece aludir a población de grandes ciudades, nuestros datos sobre Andalucía inciden en pequeños núcleos urbanos. Pero, de cualquier manera, tampoco poseemos información suficiente que demuestre categóricamente esta suposición.

Igualmente, la distribución de los Voluntarios Realistas en Andalucía puede juzgarse, en el plano táctico, como la exteriorización del deseo por

(25) MIGUEL ARTOLA GALLEGO, *ob. cit.*, pág. 826.

parte del gobierno fernandino de controlar zonas de especial valor estratégico —el medio rural y el sector costero— con unas fuerzas que, por su carácter militar y político, podrían prestar servicios de vigilancia, patrullaje y resguardo, inexistentes o mal atendidos hasta entonces. Esta orientación encaja perfectamente con las misiones que les encomendaban sus reglamentos de colaborar con las autoridades en la cobertura de las necesidades públicas y que ya señalamos.

Por último, la localización de los Voluntarios Realistas en la Capitanía General de Andalucía admite también el que se vea en ella un exponente del interés de la Corona por mantener, a modo de dispositivo de seguridad, una milicia politizada en elevado número de poblaciones donde no residían habitualmente tropas del Ejército, con el fin específico de entrar en acción y abortar cualquier tipo de rebelión o movimiento disidente iniciado desde aquél y dirigido contra el Régimen.

De todas formas, lo más factible es imaginar que en la localización de los Voluntarios Realistas de la Capitanía General de Andalucía intervinieron conjuntamente los factores-base que han patrocinado estas consideraciones.

En tercer lugar, de la relación de las unidades de Voluntarios de Andalucía nos llama la atención la presencia en sus mandos de un nutrido grupo de militares, retirados o no, y de miembros de la nobleza. Esta realidad ofrece una muestra de la condición social de los que asumieron la responsabilidad de dirigir al Cuerpo. Así viene a ser sintomático de que, entre los jefes y oficiales del Ejército, hubo quienes se sintieron identificados con los principios ideológicos del realismo, por su personal conciencia política dominada por la aceptación de la soberanía regia y el rechazo de los postulados liberales. E igual ocurre con los individuos de la aristocracia, a los que, como miembros de un sistema y herederos de unos conceptos político-sociales, hemos de ver conectados a la defensa del Antiguo Régimen.

#### *En ejemplo: Sevilla*

Si cuanto hasta aquí se ha señalado permite aproximarnos a las circunstancias extraordinarias que condicionaron la existencia de los Voluntarios Realistas, su naturaleza, volumen y significación en Andalucía, juzgamos que sólo ahora disponemos de perspectiva para afrontar un tema fundamental: los problemas que el Cuerpo suscitó en las ciudades donde fijó sus acuartelamientos. Y a favor de este propósito y teniendo en cuenta la escasa documentación en nuestro poder, nos ha parecido lo más oportuno enfocar la cuestión tomando como modelo la cabecera de la Capitanía General: Sevilla. Por tanto, no pretendemos generalizar, sino tan sólo ofrecer un ejemplo, a través de Sevilla, de los conflictos que la presencia de los Voluntarios Realistas deparó en la vida ciudadana andaluza.

Si intentamos establecer una base objetiva, hemos de precisar cuán serio fue el compromiso que las fuerzas militares supusieron para Sevilla

y su vecindario durante el período 1823-1833. No sabemos si aconteció igual en otras ciudades; pero la verdad es que Sevilla, tras la Guerra de la Independencia, el pronunciamiento de Riego en Las Cabezas de San Juan en 1820 y el desacierto del general Freire en la anulación de la subsiguiente rebelión gaditana, habíase convertido en plaza de vital importancia militar: dominaba las rutas de Ayamonte, Cádiz, Gibraltar y los Puertos y servía de cuartel a un numeroso bloque de tropas, según antes referimos. Por consiguiente, la ciudad —falta de sólida capacidad interna, sometida a pesadas cargas tributarias, inmersa en la profunda depresión que preside el reinado fernandino y desprovista de ayuda estatal— comprobó cómo sobre ella recaían también agudos problemas emanados de su condicionamiento estratégico.

En efecto, de acuerdo con la legislación vigente, Sevilla se hallaba estrechamente conectada a considerables obligaciones con respecto a las fuerzas armadas, residentes o transeúntes, de las que ni el Ayuntamiento ni el vecindario podían eximirse. Estas obligaciones provenían del deber conferido a la autoridad civil de canalizar el sostenimiento del elemento castrense; se responsabilizaba al aparato administrativo municipal de cumplir con la impopular tarea de los reemplazos y se encargaba al vecindario de albergar en sus viviendas a la oficialidad o, en otro caso, de contribuir económicamente a su alojamiento mediante el pago de arbitrios especiales. Una situación, en suma, que se agravó cuando, al término de la guerra civil de 1823, Sevilla vio incrementada su población militar y cargó a sus expensas con el recién nacido Cuerpo de Voluntarios Realistas, al tiempo que se le presionaba con impuestos destinados a la Real Hacienda y al Municipio (26).

Desde este planteamiento, y conociendo ya lo establecido en sus reglamentos, no resulta difícil afirmar que los problemas suscitados en Sevilla por los Voluntarios podemos limitarlos a dos distintos, si bien ambos, en la práctica, se presentaron íntimamente entrelazados. El primero, de estricta incumbencia municipal, surgió de que la presencia del Cuerpo creó una nueva e ineludible obligación al Ayuntamiento, que —sobrecargado de antemano de tareas burocráticas y presiones económicas, que desviaban ya su atención de los servicios más indispensables— fue comisionado para el reclutamiento y organización de las unidades de Realistas. El segundo, de responsabilidad general, provino de que a una población abrumada por otros muchos gravámenes de muy diversa índole se le exigió el sostenimiento económico de los Voluntarios (27), que en Sevilla se agrupaban en dos batallones de Infantería (de un total de 34 en la Capitanía General), una compañía de Artillería (de un total de tres) y un escuadrón de Caballería (de un total de 14), es decir, un 5,8 por 100, un 33,3 por 100 y un 7,1 por 100, respectivamente, del grueso de las tres Armas.

(26) Para todos estos problemas, vid. A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, páginas 209-220.

(27) Vid. A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, págs. 220-221, y para la cuestión fiscal, las págs. 165-205.

Para resolver tales asuntos nació la *Junta Municipal de Armamento y Equipo de Voluntarios Realistas*, presidida por el asistente (corregidor) e integrada por seis capitulares del Ayuntamiento. A este organismo le incumbía la tramitación de las solicitudes de inscripción en el Cuerpo y la administración y recaudación de los fondos destinados a su sostenimiento, que consistían en el producto de los siguientes arbitrios: 8 reales en arroba de aguardiente y 4 maravedíes en libra de cacao que entrara en la ciudad, 40 reales mensuales a abonar por cada fonda, café y tienda de primera clase, 20 reales las de segunda clase y 25 reales por almacén de vino o taberna (28).

Circunscribiéndose a los hechos, comencemos diciendo que esos arbitrios, debido posiblemente a su dureza y pese al carácter de su objeto, apenas gozaban de respaldo popular. Esta situación, paradójica por cuanto debían ser momentos de gran exaltación realista, se exteriorizó rotundamente en 1825, cuando, al inhibirse el vecindario del pago, los Realistas de Sevilla quedaron faltos del indispensable respaldo económico y, al parecer, sobrevino la crisis al propagarse la creencia de que Fernando VII había revocado los arbitrios. Esta realidad repercutió en el Ayuntamiento de tal modo que el procurador mayor de la ciudad se vio obligado a proponer al Cabildo Municipal la siguiente moción:

*Se debe manifestar al público la equivocación que padece en creer ha mandado S. M. se dejen de cobrar los arbitrios y se haga entender a los dueños de cafés, botillerías, tiendas y tabernas que si no entregan las tres mesadas que adeudan de febrero a abril /1825/ se destinarán alguaciles para su cobro (29).*

Consecuentemente, este informe del procurador mayor —visible testimonio de la reiterada oposición sevillana a participar en el sostenimiento de los cuerpos armados, de su incapacidad económica en esta hora de escalada tributaria o, incluso, de la existencia de divulgadores de falsas noticias para con los Voluntarios— marcó el inicio de uno de los principales problemas originados por los Realistas en Sevilla: la búsqueda de una solución financiera para el Cuerpo, solución que obligó al Ayuntamiento al hallazgo de unos nuevos arbitrios adecuados a las posibilidades materiales del vecindario y que elevaran el mermado producto de los arbitrios en uso.

Sin embargo, a la tramitación de esa fórmula sólo se llegó una vez que el intendente-asistente, don José Manuel de Arjona, ante la gravedad de la situación, intentara previamente dos salidas de compromiso sin ningún resultado positivo: la publicación de un bando (17 de mayo de 1825) en el

(28) En una certificación del contador titular del Ayuntamiento de Sevilla, de 4 de julio de 1833, se incluyen los arbitrios de Realistas de esta ciudad; *Sec. 6.ª, T. 60, número 47* (Archivo Histórico Municipal de Sevilla; desde ahora lo citaremos como A. H. M. S.).

(29) Exposición del procurador mayor del Ayuntamiento de Sevilla, leída en sesión de Cabildo de 16 de mayo de 1825; *Act. Cap., 1.ª Escr. (A. H. M. S.)*.

que conminó al vecindario al pago de los arbitrios vigentes; y, tras la escasa mella que tal medida produjo en la férrea actitud de las gentes, la anticipación de cantidades de la Contribución Extraordinaria al fondo de Realistas (30). Mas, la acumulación de 163.264 rs. de deuda en el corto plazo de un año motivó el que, como única fórmula viable, el asistente ordenase el estudio de unos nuevos arbitrios para disponer de recursos suficientes. Con este fin, Arjona encomendó a la *Junta de Armamento y Equipo* la elaboración de una propuesta que, redactada en octubre de 1826, presentó estos posibles nuevos arbitrios: dos cuartos en arroba de carbón introducida en la ciudad, un real por carretada de leña y dos cuartos por cada carga de leña o carruaje (31).

Ahora bien, esta propuesta, que en caso de legalizarse hubiera supuesto teóricamente el fin del problema, lo acentuó. En efecto, los miembros electivos del Cabildo Municipal —los diputados del Común y los síndicos— se negaron a aceptarla y esto se tradujo en una división de criterios en el seno del Ayuntamiento; una situación que sólo podía conducir a complejos debates y perjudiciales demoras. De seguro consciente de ello, fue Arjona quien de nuevo tomó la iniciativa: en febrero de 1827 obtuvo de la Corte que, en su calidad de intendente, se le confiriera autoridad para imponer, con carácter interino y sujeto a superior aprobación, cualquier tipo de arbitrios con destino a los Realistas y, acto seguido, instó a la *Junta* para que confeccionase una segunda propuesta más asequible. La *Junta*, a la vista de la amplia gama de impuestos exigidos en Sevilla tanto por Hacienda como por el Ayuntamiento, no encontró más opción que recomendar el cobro de una cantidad mensual:

*En todas las tiendas y casas... de cualquier clase y condición que sean que se hallen establecidas en esta ciudad con despacho al consumo, con inclusión de bodegones y a excepción de las boticas, fondas,*

(30) Oficio del asistente, de 17 de mayo de 1825, dirigido al Ayuntamiento de Sevilla y acompañando ejemplares del Edicto mandado fijar para la exacción de los arbitrios de Realistas, leído en sesión de Cabildo de 18 de mayo de 1825; *Act. Cap.*, 1.<sup>a</sup> Escr. (A. H. M. S.). La entrega de cantidades de la Contribución Extraordinaria por parte del asistente al Ayuntamiento para el fondo de Realistas consta en un oficio de aquél dirigido al Cabildo Municipal de Sevilla y leído en sesión de 16 de agosto de 1825; *Act. Cap.*, 1.<sup>a</sup> Esc. (A. H. M. S.). Ante esta iniciativa, el Ayuntamiento acordó «se den las gracias al Ilmo. Sr. Asistente por la anticipación que S. I. ofrece de la Extraordinaria para atender al pronto equipo de los Voluntarios Realistas». Digamos, además, que la Contribución Extraordinaria consistía en los siguientes gravámenes: un real por cabeza de ganado que pastara en la Isla Mayor del Guadalquivir y cuatro reales y seis maravedíes por arroba de vino introducida en la ciudad. El producto de estos impuestos lo administraba la Asistencia, que tenía la obligación de aplicarlo a obras públicas locales.

(31) En un oficio de 12 de junio de 1826, el Asistente comunicó a la ciudad que el Cuerpo de Voluntarios Realistas adeudaba al fondo de Extraordinaria esa cantidad; *Secc. 6.<sup>a</sup>*, T. 60, núm. 36 (A. H. M. S.). Precisemos asimismo que la propuesta de la *Junta* se inserta en un oficio leído en la sesión de Cabildo del Ayuntamiento sevillano de 27 de octubre de 1826; *Act. Cap.*, 1.<sup>a</sup> Esc. (A. H. M. S.).

*café, botillerías, tabernas y hosterías por hallarse ya afectadas al pago de los arbitrios establecidos (32).*

No obstante, la prolongación de la crisis, la seriedad del asunto y el convencimiento de que en caso de resultar contraria la reacción del vecindario (por la ya enorme presión fiscal ejercida en la ciudad) podrían sobrevenir graves consecuencias, debieron aconsejar a Arjona cierta prudencia. Su cautela le llevó a trabajar con habilidad y recurrir a la opinión del sector electivo del Cabildo Municipal, los diputados del Común y los síndicos; pero éstos, a fines de 1827, le informaron de su oposición también a esa segunda propuesta de la *Junta* y que, en cambio, daría óptimos resultados la exacción de una cantidad anual moderada sobre las rentas de las fincas urbanas de la ciudad a pagar por mitad propietarios e inquilinos conforme a la siguiente tarifa (33):

<i>Renta anual</i>	<i>Pago anual</i>
De 50 a 100 ducados ... ..	10 rs.
De 100 a 200 » ... ..	20 »
De 200 a 300 » ... ..	30 »
De 300 a 400 » ... ..	40 »
De 400 a 500 » ... ..	50 »
De 500 a 600 » ... ..	60 »
De 600 en adelante ... ..	80 »

Conocida esta exposición, Arjona, que en virtud de su autoridad y por el interés demostrado se había convertido en el hombre clave de la situación, contó con dos posibles soluciones: la de la *Junta*, que suponía la imposición de gravámenes sobre todos los establecimientos abiertos a excepción de aquéllos que tributaran por los arbitrios vigentes; y la de los diputados del Común y síndicos, que significaba exigir un pago a los propietarios e inquilinos de fincas urbanas. La primera vendría a afectar tan sólo a los sectores comerciantes de la ciudad; si los diputados del Común y los sín-

(32) Los síndicos y diputados rechazaron la propuesta de la *Junta* en un informe leído en sesión de Cabildo del Ayuntamiento sevillano de 22 de diciembre de 1826; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.). Por su parte, Arjona recibió autoridad para imponer arbitrios con destino a Realistas merced a una Real Orden de 12 de febrero de 1827, publicada en la *Gaceta de Madrid* de 27 de febrero de ese año. Y la segunda propuesta de la *Junta* se hizo a través de un informe del Procurador Mayor, leído en sesión de Cabildo de 9 de julio de 1827; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.).

(33) Exposición de los síndicos y diputados del Común hispalense, leída en sesión de Cabildo del Ayuntamiento de 28 de noviembre de 1827; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.).



dicos eran gentes de estos sectores, no lo sabemos; pero en la posible vinculación a ese grupo social esté tal vez la explicación a su actitud de rechazo adoptada ante esta propuesta. Por el contrario, la segunda solución, la propugnada por tales capitulares, parece que, con un criterio más amplio, tendía a gravar proporcionalmente a todos los elementos ciudadanos, tanto propietarios como inquilinos de viviendas, sin incidir de forma especial sobre ningún sector social. Una división de opiniones que quizá podría plantearse como una pugna entre los estamentos ciudadanos presentes en el Cabildo Municipal, que pretenden afrontar su compromiso con los Voluntarios Realistas del modo menos lesivo a sus intereses.

En definitiva, ante esta doble posibilidad, Arjona optó por llevar a la práctica el proyecto de la *Junta*, quedando fijados los nuevos arbitrios de la siguiente forma: 30 reales mensuales para los establecimientos abiertos que no tributaran por ese concepto; 15 reales para los de segunda categoría y 8 reales para los de tercera. Así, tras dos años de buscar una solución al problema económico de los Voluntarios Realistas de Sevilla, se llegó, merced a la autoridad de Arjona, a la implantación de unos nuevos arbitrios, que pesarían sobre los propietarios de establecimientos públicos que no pagaban los primitivos (34).

En 1828 se inició la recaudación de ambos tipos de arbitrios —los antiguos (de cacao, aguardiente, fondas, cafés y tiendas) y los *nuevos*—, pese a que el Ayuntamiento recibió un alud de instancias en las que los vecinos solicitaban quedar exentos del pago. Con este trasfondo hostil (se hubo de rectificar el padrón de los locales que debían cotizar; aclarar el Edicto donde se anunciaba la inauguración del cobro «para evitar más reclamaciones en perjuicio de los Voluntarios Realistas»; e, incluso, consultar a la Corte determinados conceptos equívocos), Arjona utilizó como sistema de recaudación estos dos conductos: dejó los primitivos arbitrios bajo el control de la *Junta de Armamento y Equipo*, según se venía haciendo desde su implantación, mientras los nuevos los canalizó a través de la fórmula de subasta (35). Sin embargo, a partir de 1829, se decidió abiertamente por rescindir de responsabilidades a la *Junta* y empleó de modo exclusivo el sistema de subasta, ya rematándolos de forma conjunta (1829), ya agrupando en un bloque los relativos a establecimientos abiertos y en otro los de aguardiente y cacao (1820-1833).

El siguiente cuadro nos permite apreciar las cantidades ingresadas en el fondo de Realistas de Sevilla durante el quinquenio 1825-1829, y cómo la aportación de los nuevos arbitrios incrementó sensiblemente el numerario destinado a las arcas de este Cuerpo armado:

(34) Acuerdo del Cabildo Municipal de Sevilla, en sesión de 28 de noviembre de 1827; *Act. Cap.*, 1.<sup>a</sup> Esc. (A. H. M. S.).

(35) El sistema de subasta consistía en conceder el cobro de los arbitrios al particular que ofreciese mayor cantidad de dinero en una puja pública. Así, el Ayuntamiento tenía asegurado el ingreso al menos de esa cantidad y podía recurrir contra aquél embargando sus bienes. Todo particular que se hacía cargo de la cobranza de arbitrios recibía el nombre de *asentista*.

Años	Arb. antig.	Nuev. Arb.	Otros ingresos	Producto
1825	211.050 r. 18 m.	—	248.836 r. 32 m.	459.887 » 16 ms.
1826	271.562 » 22 »	—	34.507 »	306.069 » 22 »
1827	214.079 » 31 »	—	—	214.079 » 31 »
1828	222.582 » 28 »	101.358 r.	—	323.940 » 28 »
1829	(ambos arbit. reunidos)	—	—	538.409 » 12 »
(36) Total ... ..				1.842.387 r. 2 ms.

No obstante, el esfuerzo municipal por contribuir al fomento, vestuario y equipo de los Voluntarios Realistas de Sevilla, cuando la cobranza de los tributos se desarrollaba con normalidad y la oposición vecinal parecía eliminada, estuvo a punto de fracasar. En efecto, en 1830 se recibió en el Ayuntamiento una orden que, evidenciando la disparidad de criterios entre el Gobierno y Sevilla, derogó el antiguo gravamen sobre los establecimientos abiertos. Ante esta nueva eventualidad, Arjona, asido al margen de autonomía que las leyes le otorgaban en su calidad de intendente de Sevilla y vista la imposibilidad de sustituir aquel impuesto por otro diferente, puso fin al problema: decretó la subasta para 1831 de todos los arbitrios de Realistas, sin tener en cuenta lo dispuesto desde Madrid (37).

De ahí que, libre el Ayuntamiento de nuevas acciones burocráticas, se zanjase definitivamente el asunto, siendo el producto de los arbitrios durante el cuatrienio 1830-1833 el siguiente:

Años	Arb. cacao y aguar.	Arb. est. abiertos	Producto
1930	110.000 r.	294.602 r.	404.062 r.
1831	266.967 » 18 ms.	243.829 » 20 ms.	510.797 » 4 ms.
1932	266.967 » 18 »	262.002 »	528.969 » 18 »
1833	177.978 » 12 »	255.500 »	433.478 » 12 »
Total ... ..			1.877.307 r. — (38)

Obligado es decir que, en virtud de las cantidades recaudadas (un total de 3.719.694 rs. 2 ms. de 1825 a 1833), se costearon sin interferencias ni retrasos visibles las 1.200 raciones de pan repartidas a los Voluntarios

(36) Estas cantidades constan en una certificación del contador titular del Ayuntamiento de Sevilla de 23 de junio de 1831: *Libro de informes y oficios de la Contaduría Titular relativos al ramo de Realistas* (A. H. M. S.).

(37) La primera orden la comunicó el Asistente en un oficio que insertaba otro del director general de Propios y Arbitrios del Reino, leído en la sesión de Cabildo del Ayuntamiento de 20 de marzo de 1830; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.). La orden de Arjona se expuso en un oficio firmado por éste en calidad de Intendente y leído en la sesión de Cabildo del Ayuntamiento de 26 de noviembre de 1830; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.).

(38) Vid. *Libro de informes y oficios de la Contaduría Titular relativos al ramo de Realistas* (A. H. M. S.).

sevillanos con motivo de la bendición de banderas en 1825; el traslado del cuartel del escuadrón de Caballería desde el Pópulo a un local de la calle de las Armas; los uniformes y el avituallamiento y los gastos de la administración del Cuerpo. Todo con la siguiente cuantía durante el período 1829-1832, único del que hemos podido hallar datos:

<i>Años</i>	<i>Destino</i>	<i>Cantidad</i>	
1829	1.º Batallón	144.169 r.	2 m.
	2.º »	49.821 »	2 »
	3.º »	14.944 »	5 »
	1.º Escuadrón	55.195 »	19 »
	Otros gastos	57.679 »	27 »
			321.809 r. 23 ms.
1830	1.º Batallón	147.492 r.	31 m.
	2.º »	34.269 »	11 »
	3.º »	28.520 »	12 »
	1.º Escuadrón	31.672 »	33 »
	Otros gastos	77.782 »	24 »
			319.738 r. 8 ms.
1831	1.º Batallón	206.523 r.	3 m.
	2.º »	39.897 »	32 »
	3.º »	32.950 »	21 »
	1.º Escuadrón	36.589 »	7 »
	Otros gastos	13.671 »	23 »
			329.632 r. 18 ms.
1832	1.º Batallón	374.613 r.	10 m.
	2.º »	215.387 »	»
	3.º »	5.317 »	»
	1.º Escuadrón	34.577 »	»
			629.894 r. 10 ms.
<i>Total ... ..</i>			1.601.074 r. 25 ms. (39)

Lo que sí sabemos es que, desde el momento en que empezaron a cobrarse los nuevos arbitrios, el balance económico del fondo de Realistas en Sevilla siempre conoció un saldo positivo, excepto en 1832, cerrándose el cuatrienio 1829-1832 con un superavit de 381.163 rs. 18 ms. Así se advierte claramente en el siguiente cuadro:

(39) Certificación del contador titular del Ayuntamiento de Sevilla, de 22 de marzo de 1832; *Libro de informes y oficios de la Contaduría Titular relativos al ramo de Realistas* (A. H. M. S.). Todas estas cifras, al igual que los datos señalados en notas anteriores están citados por A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, págs. 220-227.

Años	Ingresos	Gastos	Balance
1829	538.409 r. 12 m.	321.809 r. 23 ms.	+ 216.599 r. 23 ms.
1830	404.062 »	319.738 » 8 »	+ 84.323 » 26 »
1831	510.797 » 4 »	329.632 » 18 »	+ 181.164 » 20 »
1832	528.969 » 18 »	629.894 » 10 »	— 100.924 » 26 »
<i>Total.</i>	1.928.238 r. —	1.601.074 r. 15 ms.	+ 381.163 r. 19 ms.

Como puede verse, los problemas deparados por la presencia de los Voluntarios Realistas no fueron nimios. Las conclusiones a las que llegamos, tomando como ejemplo a Sevilla, son que el Cuerpo aumentó los deberes de los Ayuntamientos y que a éstos se les responsabilizó de la ingrata y delicada tarea de exigir contribuciones especiales a vecindarios, al parecer, ya aquejados por fuertes gravámenes. No es sorprendente, pues, que se produjera oposición. Pero nos inclinamos a suponer que esa oposición nació más como rechazo vecinal a los cauces adoptados para el sostenimiento económico de los Voluntarios que como posición dirigida propiamente a la existencia del Cuerpo.

### *Cénit y ocaso del Cuerpo*

Por lo que se refiere a las actividades de los Voluntarios, sabemos que, en Sevilla, donde desde 1828 hubo un tercer batallón de Infantería (40), prestaron servicio de guarnición interior en la ciudad y, concretamente, de vigilancia en el puente de barcas, Casa de la Moneda, Hospital Militar, Cárcel de la Real Audiencia, Cárcel Real, Intendencia y Subdelegación de Policía, con un sueldo la tropa de 4 rs. por persona y día (41). Asimismo, nos consta que colaboraron en la conducción de presos (42). Además, sus frecuentes paradas y desfiles pusieron un tinte de color en cualquier ceremonia o solemnidad, como aquella (13 de junio de 1825) en que se conmemoró en Sevilla el segundo aniversario de la devolución de la soberanía a Fernando VII tras la derrota liberal de 1823 y que la «Gaceta de Madrid» resaltaba con estas palabras:

*Sevilla, 22 de junio de 1825.—El día 13 del actual, segundo aniversario del día en que esta ciudad rompió las cadenas de la opresión revolucionaria, se determinó celebrar la bendición de banderas de sus decididos batallones de Voluntarios Realistas, cuyo acto*

(40) Vid. A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, pág. 220.

(41) *Ibidem.*

(42) Sirva de ejemplo el relato que hace Natalio Rivas en su *José María El Tempranillo. Historia documental de un bandido célebre* (Madrid, S. A., págs. 49-52), de como los Realistas condujeron presa a la esposa del Tempranillo hasta la villa de Estepa.

*se solemnizó con singulares demostraciones de regocijo por parte de todo el pueblo. La marquesa viuda de Campo Santo y doña María de la Cueva de Ruiz Huidobro que habían bordado la bandera coronela dirigieron a los Voluntarios Realistas, al tiempo de ponerla en sus manos, una alocución muy animada... Concluida la función de iglesia y ceremonia de la bendición, el comandante del cuerpo, don Pedro Carrión, arengó a los Voluntarios del modo más expresivo encargándoles el respeto que debían a las autoridades, la subordinación a sus jefes y la conducta noble e irreprochable que ha de distinguir al verdadero Realista para sostener en todo trance, con fortaleza y constancia, los derechos soberanos del Rey nuestro Señor (43).*

Ahora bien, quizá los testimonios más valiosos para apreciar la consideración disfrutada por los Realistas andaluces sean los informes que elevaron al duque del Infantado, en Madrid, el capitán general de Andalucía, don José Ignacio Alvarez Campana, y el arzobispo de Sevilla, don Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos, en agosto y septiembre de 1825, respectivamente. Y decimos los más valiosos no sólo en razón a la importancia de los remitentes, sino porque ambas autoridades ofrecen en ellos su respuesta a una pregunta altamente significativa: «¿Qué conducta y proceder han tenido los Voluntarios Realistas en aquellos sucesos (excesos y desórdenes alteradores de la paz pública), si continúan prefiriendo el orden y seguridad pública, y si manifiestan igualmente celosos en defensa de los derechos de nuestro Soberano, o si hay algunos de sus individuos que no merezcan pertenecer a tan beneméritos cuerpos?» (44).

Por estos documentos conocemos que hacia 1825 los Voluntarios Realistas intervinieron eficazmente en el apaciguamiento de determinados incidentes ocurridos en Lucena, Cabra, Aguilar, La Algaba, Morón y Valverde, y que su labor pacificadora la tuvo en gran estima el capitán general, quien subrayó: «La conducta de los Voluntarios Realistas en aquellos sucesos, es decir, en los de Lucena y Morón, ha sido tan arreglada y digna de aplauso... y estoy seguro que si estuvieran organizados en La Algaba y Valverde no hubieran ocurrido los excesos que indico...» Y no regateando halagos para con ellos, Alvarez Campana conceptuaba la tarea de los Voluntarios como la «más digna de elogio», ya que, en su opinión, eran «el sostén de las Autoridades». Además, aludiendo a su espíritu de colaboración y a la entrega en su cometido, decía: «... y no contentos con prestarse gustosos a cuantas fatigas se les destina, como, por ejemplo, la guardia de la cárcel, el auxilio de la justicia, la conducción de presos y patrullar por los pueblos, desempeñan también en muchas ocasiones el servicio extraordinario de persecución de malhechores y contrabandistas con tal ventaja del conocimiento que tienen de los reos y del terreno, que son

(43) Vid. *Gaceta de Madrid* de 2 de julio de 1825.

(44) Estos informes los publica F. SUÁREZ VERDEGUER, *Informes sobre el estado de España* (1825). Pamplona, 1966.

muchos los ladrones que han aprehendido, y no pocas las aprehensiones de fraude que han realizado» (45).

A continuación, el capitán general, refiriéndose a la adhesión del Cuerpo a Fernando VII, a su plausible comportamiento y a la tutela que él mismo practicaba sobre los Voluntarios, puntualizó:

*Estos individuos identificados con la voluntad del Soberano, no sólo siguen constantes dando pruebas de su amor al orden, sin que se advierta la menor tibieza en su justo propósito, sino que observan una disciplina y subordinación que no cede respectivamente a la de los Cuerpos veteranos, a pesar de sus distintos elementos; y como quiera en que tengo el mayor cuidado en que se separen de sus filas los viciosos o discolos, no existen en ellas sino los que verdaderamente son dignos del honroso título de Realistas...*

Finalmente, Alvarez Campana terminó señalando como, en ocasiones, la pasión de los Voluntarios originaba altercados, que él calificaba de «pequeños disgustos» y «ligeras faltas»:

*Tan naturales en corporaciones numerosas, como prueba la experiencia aun en los Cuerpos de más severa disciplina, por la diversidad de caracteres, de edad, de conducta, de inclinaciones y aun de educación de sus individuos; pero su corrección es tan inmediata como lo es la vigilancia de sus jefes y oficiales, mucho más cuando sus excesos individuales son producidos por un celo excesivo en favor del Gobierno de S. M. y sus sagrados derecho... (46).*

Por su parte, el arzobispo, bastante más escueto que el capitán general y dando la sensación de pretender dar información a un nivel de mayor profundidad, se limitó a redactar:

*Sin que yo aplauda, porque no es justo, la fogosidad de algunos Realistas, digo que sus excesos son fáciles de reprimir. Ellos son generalmente hombres de buenos principios, y cualquiera insinuación de las autoridades basta para contenerlos en sus empresas irregulares (47).*

A nuestro juicio, estos testimonios son una prueba de varias cosas. Ante todo, de cómo dos de las principales autoridades de Andalucía en 1825 se inclinaban partidarias de los Voluntarios y aceptaban su presencia. Ahora bien, esto no puede sorprendernos si tenemos en cuenta que tanto el general Alvarez Campana como Cienfuegos eran realistas convencidos; acerca de ambos sabemos que se mostraron disconformes con el

(45) *Ibidem*, págs. 348-359.

(46) *Ibidem*.

(47) *Ibidem*, págs. 270-275.

constitucionalismo restaurado en 1820: Cienfuegos como obispo de Cádiz y Alvarez Campana como miembro del Ejército del general Freire encargado de abortar la rebelión gaditana de los primeros meses de aquel año. En segundo lugar, estos testimonios muestran que los Voluntarios, efectivamente, desarrollaron acciones de vigilancia, patrullaje y represión de la delincuencia, en auxilio de la Justicia, de acuerdo con lo establecido en sus reglamentos. Y, en tercer lugar, notifican que los Voluntarios, en aquellos momentos de efervescencia política, fueron en ocasiones fuente de desórdenes con una exaltación que, evidentemente, no pasó inadvertida y a la que pretendió quitar importancia.

De cualquier forma, sí podemos decir que los Voluntarios Realistas de Andalucía gozaron de consideración, ésta tuvo realmente que acrecentarse cuando demostraron su fidelidad a la Corona en misiones militares. Y esto sucedió, por lo menos, dos veces a lo largo del período 1824-1833. La primera, en agosto de 1824, al ocupar la plaza de Tarifa un grupo de liberales exiliados en Gibraltar, mandados por el coronel don Francisco Valdés. La segunda, ante el pronunciamiento gaditano de 1831.

Respecto del caso de Tarifa, sabemos que, si bien en la recuperación de la plaza intervinieron fundamentalmente tropas francesas, se pusieron en estado de alerta todas «las leales tropas del Rey que guarnecen este campo» (Gibraltar) (48); es decir, que se produjo una alarma de combate en las guarniciones con acuartelamiento en el triángulo Marbella-Ronda-Cádiz e, incluso, intervino el Regimiento Provincial de Sevilla. Así, pues, pensamos que los Voluntarios Realistas hubieron de jugar un papel logístico en la retaguardia como fuerzas de apoyo y vigilancia en todo el sector.

Referente al pronunciamiento gaditano de febrero-marzo de 1831, expongamos tan sólo que fue el fruto de una trama revolucionaria de neto contenido liberal, urdida y organizada también por exiliados españoles, que pretendieron coordinar unos desembarcos armados en la bahía de Algeciras con un golpe de mano en la ciudad de Cádiz y con el alzamiento de las tropas de la isla de San Fernando y de dos compañías de los Regimientos gaditanos del Rey y San Fernando (49). La insurrección se vio cercenada con rapidez por la contraofensiva de las fuerzas gubernamentales, que, dirigidas por el capitán general de Andalucía, don Vicente Genaro

---

(48) Vid. *Gaceta de Madrid* de 17 de agosto de 1824. Esta publicación inserta, en una noticia fechada en Algeciras el 8 de agosto, el anuncio suscrito por el Comandante General del Campo de Gibraltar, don José O'Donnell, narrando los sucesos de Tarifa y las medidas adoptadas para el aborto de la rebelión. Sobre el episodio de Tarifa pueden verse, además de la *Gaceta*: E. K. Bayo, *Vida y reinado de Fernando VII*, Madrid, 1842, III, 237; Marqués de Miraflores, *Reseña histórico-crítica de la participación de los partidos en los sucesos políticos de la España del siglo XIX*, Madrid, 1863, pág. 86; Marqués de Villa-Urrutia, *Fernando VII, rey absoluto*, Madrid, 1831, págs. 114-115; E. R. Egguers y F. de Colombí, *Francisco de Zea Bermúdez y su época (1779-1850)*, Madrid, 1958, pág. 98; M. Artola Gallego, *La España de Fernando VII*, Madrid, 1968, págs. 856-861; F. Suárez Verdeguez, *L. López Ballesteros...*, I, págs. 143-144, etc.

(49) Acerca de este pronunciamiento ofrece una panorámica general A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, págs. 364-371.

de Quesada, derrotaron a los rebeldes en el breve plazo de unas fechas (50). Según el testimonio del cronista José Velázquez, la noticia de aquellos sucesos hizo que, en Sevilla, «las tropas de la guarnición y los voluntarios realistas reforzaran las guardias, estableciendo retenes, organizando patrullas y rondas» (51). Pero, por el «Diario Mercantil de Cádiz, nos consta además que la intervención de los Realistas en la línea de combate resultó importante. Así, los Voluntarios de la Serranía de Ronda cercaron al enemigo en los montes de los Castillejos (52); los de la provincia de Jerez quedaron subordinados al brigadier de Caballería don Manuel Muñoz de Baca, a las órdenes directas de Quesada; y éste unió bastantes destacamentos de Realistas de las poblaciones del sector a la «partida de Escopeteros de Andauća» que intervino en la decisiva victoria de Vejer de la Frontera, donde se aniquiló a los rebeldes (53). No es extraño, pues, que, culminada triunfalmente la acción antirrevolucionaria, el propio Quesada elogiara la valentía de los Voluntarios de Cádiz en la alocución de agradecimiento suscrita por él al finalizar las operaciones (54).

Con todo, como ya apuntamos, los Voluntarios Realistas de Andalucía, al igual que los del resto del país, entraron en crisis a tenor de los «sucesos de La Granja» y del moderantismo político inaugurado por la Reina María Cristina a fines de 1832. Desde esa fecha, su tropa pasó a ser controlada de nuevo por los capitanes generales (55). En Sevilla, por ejemplo, la *Junta Municipal de Armamento y Equipo de Voluntarios Realistas* se disolvió en enero de 1833 y, en marzo, cesaron los Capitanes Depositarios y los Oficiales Habilitados. Más aún, siendo innumerables sus bajas en esta ciudad —de los 1.889 Voluntarios existentes en 1830, en Sevilla, menos de 900 permanecían en activo a mediados de 1833—, no hubo ningún reparo en solicitar públicamente la reducción de los arbitrios destinados a su sostenimiento, como ocurrió en el Cabildo Municipal con la siguiente moción:

*El Cuerpo de Realistas se formó de orden de S.M. dando a V.I. [el Ayuntamiento] el honor de su protección, estableciéndose una contribución al vecindario no de poco ingreso; y habiendo disminuido en gran parte este Cuerpo y cada día más y más, por las continuas licencias que viene dando el Excmo. Sr. capitán general no queda duda de la obligación que hay en que se pida al dicho Sr. un estado de las plazas en que se compone dicho Cuerpo y cotejado con el de su creación se hallará notable diferencia y, por consiguiente, resultando así debe aminorarse la contribución que se carga al público*

(50) *Ibidem*, pág. 365.

(51) JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, *Anales de Sevilla*. Sevilla, 1872, páginas 377-378.

(52) *Vid. Diario Mercantil de Cádiz* de 4 de marzo de 1831.

(53) *Ibidem*, de 22 de marzo de 1831.

(54) *Vid. Suplemento al Diario Mercantil de Cádiz* de 28 de marzo de 1831.

(55) *Vid. F. SUÁREZ VERDEGUER, Los Cuerpos de...*, pág. 45.



*que se halla recargado de contribuciones, aliviando por este medio a los contribuyentes resentidos* (56).

Estos hechos, que nos conectan con el desmontaje del armazón sustentador de los Voluntarios y comprensibles en vista del rumbo adquirido por la política nacional, contaron, como era natural, con la oposición de quienes, convencidos de la esencialidad del Cuerpo, llegaron a patrocinar tardíamente en Sevilla una campaña en favor de su revitalización (agosto 1833) (57). Sin embargo, los acontecimientos políticos no lo permitieron. La muerte de Fernando VII y el estallido de la guerra carlista determinaron la extinción oficial de los Voluntarios Realistas, Cuerpo que prestó su servicio en momentos trascendentes de la Monarquía fernandina, pero al que no se le otorgó razón de existencia en una España que pronto iba a conocer el triunfo del liberalismo bajo el cetro de Isabel II.

---

(56) Vid. A. BRAOJOS GARRIDO, *ob. cit.*, pág. 228.

(57) En la sesión de Cabildo de 29 de julio de 1833, el Ayuntamiento sevillano llegó a aprobar la publicación de un edicto para el fomento de los Realistas; *Act. Cap.*, 1.ª Esc. (A. H. M. S.).

## LA EXPEDICION CARLISTA DEL GENERAL GOMEZ

por LUIS LAVAUUR

La expedición carlista que objetivamente considerada se destaca por méritos propios como la más efectiva y espectacular de todas ellas, se gestó en la primavera de 1836, cuando por el frente del Norte las cosas comenzaron a marchar de mal en peor para las armas de don Carlos. La muerte de Zumalacárregui trajo aparejado el levantamiento del primer sitio de Bilbao, y, meses después, la Legión Británica, apoyada por las granadas disparadas por la flota del comodoro Hay, se sacaba la espina de varios fiascos isabelinos desarticulando el cerco de San Sebastián.

Uno y otro bando acostumbraban paliar sus malas rachas bélicas cambiando de titular la jefatura suprema de los ejércitos involucrados en cada revés. Don Carlos trató de remediar sus últimos percances en los campos de batalla vascongados mudando una vez más a sus tropas de caudillo. De manos del veterano don Nazario Eguía, privado por cierto de ellas a causa de la explosión de un paquete que en son de obsequio le envió en 1829 por el correo de Astorga a su despacho en la Capitanía General de La Coruña, un desconocido que, evidentemente, no le quería bien, pasó el mando a las del joven y competente general alavés don Bruno Villarreal.

No era ningún secreto el entusiasmo con que Villarreal compartía el criterio de Zumalacárregui, consistente en considerar el estatismo y la guerra de posiciones nocivos en extremo para la causa carlista. Convencido de que el paso del tiempo favorecía a la causa isabelina, estimó aconsejable dinamizar un frente de combate un tanto estratificado por el equilibrio de fuerzas y aligerar de paso a sus ejércitos de la presión que los mantenía encorsetados entre las montañas vasco-navarras y un mar patrullado por la escuadra inglesa. Al efecto, recurrió a un expediente, siempre discutido y nada original en la estrategia carlista, pero que el mando cristino jamás se atrevió a duplicar. Simplemente; el general Villarreal obtuvo del Real de don Carlos permiso para enviar una expedición más, y de las buenas, a pasearse por la retaguardia liberal.

En realidad, no una, sino dos expediciones hábilmente sincronizadas despachó el general en jefe del ejército carlista del Norte al territorio

dominado por el gobierno de Madrid, con la obvia intención de complicarle la situación más aún de lo que estaba. Encomendó una de ellas al brigadier riojano, don Basilio García, un ex administrador de Bulas en Logroño, ducho en aquella clase de operaciones, quien llevaría como lugarteniente a otro experto en guerrillas e incursiones, el coronel don Juan Manuel Balmaseda, un áspero y violento burgalés, que terminaría sus días en San Petersburgo, encuadrado en los ejércitos del Zar, enardecido partidario de la causa carlista. Puso al frente de la otra al mariscal jienense don Miguel Gómez y Damas, antiguo compañero de armas de Villarreal en el levantamiento realista de 1821, un táctico nato de pericia y sangre fría más que demostradas como jefe del Estado Mayor del llorado Zumalacárregui.

La división, más bien brigada, al mando de Gómez, oficialmente el «Ejército Real de la Derecha», pues denominaciones no se escatimaban en el real de don Carlos, la compusieron cuatro batallones castellanos, uno más de granaderos, y dos escuadrones de caballería. En cambio, nada más que un par de batallones y un escuadrón integraron el «Ejército de la Izquierda», al mando de don Basilio.

La diferencia de efectivos correspondía a la diversidad de objetivos que a cada «ejército» se le asignó. La función de la columna de don Basilio era claramente diversiva y de apoyo a la principal. Partiría unos días después de la primera, desde el sur de Navarra para avanzar por la orilla derecha del Ebro y de esta manera distraer algunas tropas isabelinas, que, indudablemente, serían lanzadas en persecución de la expedición del general andaluz. Debería regresar en plazo prudencial, a ser posible con «voluntarios», y algún botín, nunca de despreciar atendida la endémica descapitalización del Estado carlista.

La misión encomendada al general Gómez era mucho más concreta y ambiciosa, amén de arriesgada. Constaba de dos fases y tal vez de tres. Potenciar y reestructurar primero las partidas realistas gallegas y asturianas, para establecer seguidamente un frente carlista de nueva planta, «para que fijando allí la guerra, llamase la atención del enemigo por aquella parte y deshahogase al Ejército de estas provincias», como se declara en el *Relato Oficial* de la expedición.

Es natural que por las derivaciones internacionales del tema se pase muy de ligero por una obvia ramificación del proyecto consistente en establecer nada menos que un frente de combate hispano-lusitano en el noroeste de la Península, coordinando la acción de las guerrillas carlistas gallegas con las partidas miguelistas que operaban por el norte de Portugal, empeñadas en derrocar de su trono a la pequeña reina doña Gloria —curioso paralelismo en la historia de las naciones peninsulares— para sentar en él a su tío don Miguel. A tal fin, y como convidados de piedra, acompañaban a la expedición el mariscal Piñeiro, a la cabeza de un grupo de oficiales portugueses de alta graduación, cuya presencia —y cortesía por cortesía— evidentemente aspiraba a devolver en especie la visita de la Legión Portuguesa que al mando del barón Das Almas luchaba contra los carlistas en el frente de Vitoria.

### *Concentración en Amurrio*

A mediados de junio de 1836 el «ejército» del general Gómez se hallaba acantonado en el pueblo alavés de Amurrio y caseríos colindantes desperdigados a la sombra del formidable rompeolas carlista de la Peña de Orduña.

Patentemente parvo el total de sus efectivos para la ejecución de la alta empresa asignada. Se reducían a 2.700 infantes, 180 jinetes y un parque artillero integrado por dos piecitas de montaña, montadas en mulos, con diez artilleros.

En compensación Gómez contó con la colaboración de subalternos profesionales y de calidad, seleccionados con tino de cara a la vertiente galaica de su misión. Dispuso, si no del talento militar, del prestigio y la experiencia de su lugarteniente, el marqués de Bóveda de Limia, un brigadier de caballería de larga ejecutoria en la Guerra de la Independencia y en la campaña realista de 1821, a sus cincuenta y nueve años —ocho más que su jefe —con arrestos sobrantes para aguantar como el mejor las rudezas de la empresa en que se embarcó. Del Estado Mayor se encargó el coronel don Pedro del Castillo y de la infantería el brigadier don José María Arroyo, distinguido como comandante del tercer batallón de Navarra, el «Requeté» por antonomasia, secundado como ayudantes por los coroneles don José Durán y don Francisco Fulgosio, un coruñés calculista y cerebral; como si dijéramos, el polo opuesto al intrépido brigadier, don Santiago Villalobos, al cargo de la reducida caballería, un centauro burgalés forjado en la escuela dura y montaraz del cura Merino.

Hasta en el orden estructural la expedición de Gómez presenta acusadas distinciones con otras de su especie. En consonancia con los objetivos paramilitares que le fueron encomendados la diferenciaban la incorporación de titulares de cargos básicos para el establecimiento embrionario de una Administración carlista. Viajaban con ella un intendente, un tesorero y contador de la Real Hacienda, destacados en comisión de servicio del real de don Carlos, así como un comisario de guerra, otro de artillería y un auditor de guerra. También un plantel de jefes y oficiales sin mando, destinados a vertebrar y encuadrar las nuevas unidades de combate que se esperaba formar en los territorios en que se asentaría la expedición.

### *Salida de la expedición*

A las dos de la madrugada del 22 de junio de 1836, sin proclamas, arengas, revistas ni desfiles, y con el sigilo obligado en aquella clase de operaciones, el silencioso ciempiés humano se enhebraba en la oscuridad de la noche dejando atrás el verdiblanco caserío de Amurrio. A partir de la bucólica aldea de Quejana, señora en tiempos del valle de Ayala, la columna avanza en marcha nocturna por prados y quebradas, sorprendiéndola

el amanecer reptando al sesgo las estribaciones de la Sierra Salvada, que separa a las provincias de Burgos y Vizcaya.

Al siguiente día, ya en tierras burgalesas, los llamados «confidentes», que jamás le faltaron al general, le informan que tropas enemigas les cierran el paso apostadas en unas alturas sobre el pueblo de El Ribero. Se trata de la reserva del Ejército del Norte mandada por dos jefes de reconocido prestigio. El brigadier Tello, recién distinguido por Navarra en acciones favorables a la causa de la reina, apoyado por la caballería de don Saturnino Abuín, alias «el Manco», un ex guerrillero que cobró nombradía y entorchados degollando gabachos a las órdenes de «el Empecinado».

Lo peor de tan temprana aparición enemiga es no figurar programada en los planes carlistas. Como en la caza del zorro, esencial para toda expedición contar a la salida con una ventaja inicial. Nada más normal para Gómez en circunstancias tales que desandar lo andado y quedar sin desdoro a la espera de más propicia ocasión. Pero no fue así. Como una premonición de sucesos por venir los acontecimientos se desarrollaron a contrapelo de la norma. Es lo que en sus *Memorias* pretende dejar bien sentado don José María Delgado, cronista oficial de la expedición, como jefe de la Plana Mayor, testigo de excepción del episodio. En términos que preservan el altisonante acento de la época describe con exactitud la posición estratégica y moral en que se encontraban los soldados cuyos hechos de armas tan cumplidamente relató:

*Jamás ejército alguno se vio más comprometido que el nuestro; la posición era crítica: si seguíamos, un enemigo muy superior en fuerzas, y descansado, nos aguardaba en posiciones ventajosísimas, tomadas a su gusto; si retrocedíamos, la presencia de éste era consiguiente, y además ¿quién nos aseguraba que el enemigo no hubiese tomado los formidables pasos de las Peñas como sucedió? En tal apuro, el general, consultando a su arrojo y decisión, tomó el partido de los valientes (1).*

Efectivamente. El partido de los valientes y de los perspicaces. De las confidencias recibidas el general dedujo que los contrincantes que se le enfrentaban le eran inferiores en calidad, impresión correcta por predominar en la infantería bisoños sin fogear. En consecuencia, resuelve tenérselas tíasas y averiguar por las bravas quién puede más en la porfía. Y resuelve atacar.

Desde el espléndido mirador natural del pueblo de La Colina instrumenta una complicada operación maniobrera tendente a descolgar a Tello de las posiciones dominantes que ocupa paralelas al curso del río Trueba.

(1) *Memorias de la valiente División expedicionaria que al mando del intrépido don Miguel Gómez, mariscal de campo de los Reales Ejércitos de S. M. C., el señor Don Carlos V de Borbón recorrió el interior de la Península en los seis últimos meses del año de 1836.* Escritas por el señor comandante de batallón D. J. M. D., en Oñate. Año de 1837. Publicadas en la Imprenta de *El Correo Español*. Madrid, 1914.

Sabe también que la caballería de Abuín se halla agazapada a su derecha, en el pueblo de Villasante, con un monte de por medio. Gómez pone en marcha su ofensiva enviando por delante a Villalobos, para que con sus jinetes dibuje un amplio giro, en forma de C, para, a la vista de Tello, trabar contacto con la caballería de «el Manco». Tello muerde el cebo y baja de sus colinas presto a cargar a los carlistas por detrás. Profundo error que coloca a su infantería copada por los batallones de Arroyo que cierran marcha en campo llano.

En el curso de un premioso combate los carlistas desbaratan a la columna liberal, con la intervención decisiva de la caballería de Villalobos, capturándoles gran número de prisioneros, entre ellos don Atanasio Alesón, marqués de la Peña del Moro, coronel-jefe del regimiento de Tuy, que se le quedó en cuadro de resultados del encontronazo, mientras Tello y «el Manco» escapan a uña de caballo a Espinosa de los Monteros.

En sustancia, una operación que cierto oficial de uno de los regimientos despachados en persecución de Gómez, y en una obrita sobre la expedición que nada más iniciada dejó sin terminar, con base a noticias recogidas en el campo donde se libró la batalla resume de esta manera:

*La división de Gómez fingió retirarse; nuestras tropas, engañadas por el movimiento retrógrado, lo realizaron; y no bien las masas habían desamparado las posiciones, cuando un torrente de cazadores enemigos los inunda, sorprendiendo con un fuego horroroso nuestra retaguardia, y envolviendo con sus extensas alas nuestros flancos. El desorden sucedió a la sorpresa de tamaña evolución, siendo la victoria el resultado. Confusos y poseídos de un terror pánico vagaban en grupos dispersos los soldados de la reserva, coronando el triunfo con 500 prisioneros cogidos por la caballería. La España desde este momento fijó la vista en Gómez, coronado con los laureles de Baranda (2).*

La expedición comenzaba con pie excelente y con una resonante victoria en campo abierto. Pero el encuentro con mandos del prestigio de Tello y Abuín denotaba la inexistencia del elemento sorpresa y que el enemigo vislumbraba sus intenciones. Era menester apresurarse tirando corto y por derecho.

### *Camino a Santiago*

Desembarazada en La Rivera de Medina del lastre de los heridos y de parte de los prisioneros, entregándolos a la custodia de don Cástor de Andéchaga, que protegía el inicio de la marcha, la columna asciende Valle

(2) Don Luis de Evans, teniente de cazadores del Regimiento Infantería de Córdoba, 1.º de línea. «Memorias sobre la Guerra de Navarra, las Provincias y la expedición de Gómez.» (Barcelona, 1837.)

de Mena arriba por su bellísima carretera axial, y asciende a las aromáticas y despejadas altiplanicies a las que Sencillo sirve de capital. Siempre en descubierta, la eficaz caballería de Villalobos se lleva por delante la débil y esporádica resistencia que algunos destacamentos les oponen, y descienden por el valle del Ebro a la provincia de Santander. Cruzan el Ebro por la noche, descolgándose la infantería hombre a hombre por la garganta de los Carabeos, y desde los montes palentinos se trasladan a los de León, limítrofes con Asturias, en la que penetran por el empinado puerto de Tarna. Dos días después, a los diez de salida de Amurrio, y sin uno solo de descanso, la expedición carlista desfila arma al hombro por las calles de Oviedo entre el estupor y las aclamaciones de buena parte del vecindario.

La exuberante prensa del período, uno eminentemente literario, permite a veces contrastar pareceres sobre un mismo particular frecuentemente muy distanciados. Tomemos, por ejemplo, la impresión personal acerca de «la entrada de la División en medio del entusiasmo más grande por la justa causa del Rey N.S. y todo el pueblo lleno de regocijo, comprometido y llorando de alegría, salió a recibirnos, llamándonos sus libertadores»; según refiere la ocupación de Oviedo el cronista oficioso de la expedición. Punto de vista profundamente discrepante del emitido por un ovetense, una vez salida la misma División, que relata su entrada «con dos pedreros indecentes y con 2.000 ó 3.000 hombres entre caballería e infantería», por supuesto, en circunstancias ambientales incomparablemente menos entusiastas que las apreciadas por ojos carlistas:

*La ciudad quedó desierta de toda la gente honrada —informa el corresponsal del diario madrileño «El Eco del Comercio»— y sólo recibieron los facciosos el aplauso de la pillería de los mercados y del sanculotismo. Llovieron todos los curas de las aldeas con sus paraguas a presenciar la entrada en triunfo de los facciosos y presentarles sus respetos (3).*

Líneas más abajo, el gráfico corresponsal amplía considerablemente la estampa de los elementos integrantes del comité de recepción:

*Una porción de pillería zapateril, sastres, carniceros y albañiles que ya parece están arrepentidos y andan escondidos por las casas. Las p... de la calle del Éstanco, Rosal y otros barrios de su clase y chusma son los que hicieron el gasto al recibirles con panderetas y flores. Las monjitas de San Pelayo se distinguieron particularmente, tocando las campanas, saludándose con pañuelos blancos, esparciendo escapularios, orlando sus criadas con cintas encarnadas y cometiendo otra multitud de extravagancias y locuras que causan fastidio y enfado referir.*

---

(3) «El Eco del Comercio» (Madrid, 16 de julio de 1836).

Quizá se refiera a las proclamas y bandos de rigor, impresas en Durango, que los ocupantes fijan por plazas y calles de la capital del Principado. En los cuarteles abandonados se proveen de armas y municiones, y, sobre todo, de 3.200 pares de zapatos, prenda de la que la columna haría descomunal consumo. Con los voluntarios que se presentan se forma el primer batallón de Asturias, incorporado a la brigada del coronel don José Durán. Comienza a tomar cuerpo el plan fraguado por el general Villarreal en el real de don Carlos.

Pero nada más que relativo el descanso en Oviedo. En la madrugada del segundo día Gómez ha de despachar al marqués de Bóveda con los batallones castellanos a una legua de la capital, a Soto del Rey, a orillas del Nalón, donde el general Pardiñas, ahuyentado de Oviedo, aguarda refuerzos que sabe se le acercan, y Gómez también.

Pardiñas espera al teniente general Espartero, que se halla a cuatro pasos, con la tercera división del ejército del Norte, mejor dicho, con los supervivientes de unas marchas a las que sus tropas no estaban acostumbradas. Siguiendo su costumbre de dar cuenta de todas las incidencias de sus campañas a su esposa doña Jacinta, en una de sus telegramáticas misivas el impetuoso general la participa desde Infiesto:

*Las tropas de Castilla no defendieron ni un paso y abandonaron Oviedo, dejando entrar al enemigo. Allá llegaré mañana: si me aguardan, las haré pedazos sin más que mis camaradas. Si no vengo, ya estaría esto tan sublevado como las provincias Vascongadas (4).*

Juicio exacto sobre el éxito de la expedición de Gómez, expresivo también de la razón de su fracaso. Mientras Espartero despacha su correspondencia, los carlistas, al mando del marqués de Bóveda, vadean el Nalón envueltos en una espesa niebla matinal, dispersan al sorprendido Pardiñas, y poco después del mediodía se hallan de regreso en Oviedo con bastantes prisioneros y material.

Intrascendente victoria en medio de una engañosa tranquilidad. Justifica de sobra la apresurada evacuación carlista de Oviedo, el que mientras los soldados de Gómez trepan Naranco arriba en dirección a Galicia, por el extremo opuesto penetran en la ciudad las tropas de Espartero, aumentadas con las que de Valladolid le trajo Manso, capitán general de Castilla la Vieja.

Se formaliza en seguida la caza del insolente cabecilla. Escapando por un crispado tobogán de montes, brañas y cañadas, Gómez aparece en Fonsagrada donde tantea las posibilidades de fijar un baluarte carlista con garantías de permanencia. No le dan tiempo ni para fortificar una ermita o cavar media docena de trincheras. Desde Barco de Valdeorras avanza contra él una brigada auxiliar portuguesa, a las órdenes del barón de Ponte de Santa María, propuesta a enlazar en ángulo recto con las tropas de Espar-

(4) CONDE DE ROMANONES, *Espartero. El general del pueblo*. Espasa-Calpe, 1932.



tero que vienen de Oviedo. No entra en los planes del jefe carlista servir de vértice para el encuentro. Al reunirse portugueses e isabelinos Gómez se halla a salva distancia pasando el Miño, indiferente por completo al inofensivo paqueo con que la guarnición de Lugo le hostiga desde el espléndido mirador de la capital. Leguas más adelante, y para que hostigue a sus hostigadores, deja detrás al guerrillero José Ramón Soto, mejor conocido como «el Evangelista», aumentada la capacidad ofensiva de su guerrilla con un comandante, varios oficiales e importante cantidad de armamento capturado en Oviedo.

Fecha memorable la del lunes 18 de julio de 1836, que ajena a futuras resonancias aniversarias, la columna celebraba entrando en Santiago de Compostela, hasta hacía poco capital del Reino de Galicia, rango que precisamente en castigo de veleidades carlistas, harto notorias, acaba de perder en favor de La Coruña, cimentadas sus pretensiones de bastión liberal por la sangre vertida en varios pronunciamientos en aras de la causa de la fraternidad y del progreso.

La capital peregrina tuvo la suerte de no resultarle muy onerosa la visita carlista, por otra parte, recibida con beneplácito bastante general. Debieron agradecer los santiagueses la deferencia al administrador de Rentas de Lugo, que muy a pesar suyo, y de su escolta, que le abandonó en la estacada, dejó en manos de los soldados de Gómez el convoy que transportaba 8.000 duros, en buena plata, destinados al pago de la soldada de la oficialidad coruñesa. Providencial encuentro que a los ocupantes de Santiago permitió abonar en metálico las «raciones» que sacaron y que la tropa pagara a tocateja sus consumiciones en las tabernas locales y en otros establecimientos de nocturno relajó.

A capítulo aparte corresponde entraran también portando los restos mortales de don Antonio María López, jefe de las guerrillas de la región, pieza clave en los planes urdidos en el Cuartel Real de Durango, y para quien Gómez traía firmado por su rey el nombramiento de comandante general de Galicia. Capturado el brigadier López nueve días antes en San Pedro de Cardeiro, municipio de Arzúa, y ajusticiado al estilo que la época reservó para los criminales contumaces, los soldados de Gómez recogieron los trozos descuartizados de su cadáver de la jaula que a las puertas de Santiago los ofrecían a la voracidad de los cuervos, y de la intemperie, enterrándolos en una iglesia local.

Poco paran los carlistas en la ciudad del Apóstol de las Españas, del Santo Patrón de una España escindida en dos por una guerra fratricida. Ni siquiera dispusieron del tiempo indispensable para hacer efectivo lo decretado en los bandos fijados por las calles de la ciudad, movilizándolo a todos los solteros de diecisiete a cuarenta años de edad, supuesto embrión de un ejército carlista acaudillado por Gómez. Por direcciones distintas convergen sobre Santiago una coalición de fuerzas enemigas que un historiador contemporáneo a los sucesos relaciona en breve estadillo:



*El mariscal de campo carlista don Miguel Gómez Damas. (Del libro de Melchor García Moreno: Bibliografía e Iconografía del Carlismo español.)*



D. RAMON CABRIERA

*Don Ramón Cabrera*

*El general carlista don Ramón Cabrera.*

Espartero, en Labacolla con ... ..	6.000	infantes y 350 jinetes.
Latre, en el puente de Cartejana con ...	4.000	» 250 »
A dos leguas y media, el marqués de As- tariz, comandante general de Santiago.	2.500	» y gran número de nacionales del país.
Santos Allende, en Siqueiros, con ... ..	2.000	» » (5)

A las diez de la noche, «sin tocar cajas», Gómez forma su división en disposición de marcha, y a las doce de la noche del 20 de julio abandona Santiago rezagando un destacamento que, tiroteándose con los primeros que lleguen, protegerá su retirada.

Como empieza a ser habitual, no hay noticias en la prensa liberal de la ocupación de Santiago. La primera va implícita en un parte de Espartero, fechado en Lugo, y publicado en Madrid el 30 de julio, en el que anuncia don Baldomero:

*Ayer salí de Santiago, y hoy he entrado en esta ciudad forzando considerablemente las marchas. El enemigo huye aterrado en el más completo desaliento.*

Más explícito el parte de Latre, publicado en la *Gaceta de Madrid* el siguiente día, y redactado en un estilo que en sus comunicados Espartero prefirió no utilizar. El capitán general de Galicia daba detalles de la vida en Santiago bajo dominio carlista declarando con objetividad:

*En esta ciudad no cometieron desórdenes de consideración; cogieron algunas cantidades de la real hacienda, no sin cargo de los empleados. Hubo una manifestación de alegría, hasta inconsiderada, especialmente en el populacho y clero.*

Gómez no había perdido tiempo mientras se daba publicidad a su última conquista. Avanzando al gimiento son de los ejes de casi un centenar de carros boyeros, cambiados sobre la marcha por otros de refresco, alcanza en breve plazo Baamonde, ya pasada la linde provincial de Lugo, donde acuden con sus hombres los guerrilleros Ramos y Sarmiento. No los necesita. Los considera más útiles para la causa en sus montaña. En cumplimiento nada más que parcial de órdenes recibidas al salir, Gómez los despide con sus partidas estructuradas y dotadas de consignas, armamento y munición y sigue ruta por Villalba y Mondoñedo, para volver a penetrar en Asturias.

Durante las jornadas asturianas y gallegas su columna había sido objeto de un honor jamás conferido a una expedición carlista. Además de la división portuguesa, y de la de Espartero, tres capitanes generales, los de

(5) JAVIER DE BURGOS, *Anales del reinado de Isabel II* (1850).

Asturias, Galicia y Castilla la Vieja, se habían distanciando de sus sedes al frente de sus tropas para ver de obtener la gloria adherida al exterminio del audaz invasor.

### *De León a Palencia, vía Covadonga*

De mediados de julio a finales de agosto la trayectoria de la columna deviene tan abrupta, accidentada y desigual como el terreno que en zigzagueantes vaivenes atraviesa. Su progresión es un constante tejer y destejer en movimientos nerviosos y sincopados inspirados por los reflejos de pantera suspicaz típicos del general. Un andar y desandar en marchas y contramarchas por brañas, fragas, cuetos y vericuetos, desfiladeros y gargantas, jugando al ratón y al gato con las tropas que siguen sus huellas.

El despiste y cansancio de sus perseguidores propinan a Gómez en Cangas de Tineo con un obsequio que jamás despreció. Tres días enteros de reposo. Un lapso dedicado a poner ciertas cosas en orden, por ejemplo, la disciplina a ultranza. Reos de haberse propasado con la propiedad privada, o quizá con algunas aldeanas, dos desgraciados perecieron en presencia de toda la división. El respiro brinda al general ocasión para demostrar el excelente rendimiento que supo sacar del descanso de sus soldados.

Consulta sus mapas a la vista del calendario con el oído atento a los informes de los «confidentes». Sus datos le permiten verificar que marchando con celeridad puede sacarle tres jornadas más de ventaja al acoso enemigo y beneficiarse del repliegue del capitán general de Castilla la Vieja que corre a proteger a Valladolid de la amenaza de la columna de don Basilio.

Decide probar fortuna situándose en terrenos más abiertos y despejados que los que entre sí dejan las hondonadas de los picachos astures. Como halcón sobre su presa se descuelga por el puerto de Leitariegos a los altos de Villablino, y caminando cuesta abajo por un paisaje de verdes praderas, realiza, el primero de agosto, su pacífica entrada en la capital del reino de León.

La estancia en la catedralicia ciudad viene a ser un calco de la visita a Oviedo, con la posible variante de que para los leoneses es obvio que la presencia carlista ha de ser nube de verano y efemérides pasajera. De todas formas, dos días más de holganza para los visitantes a mayor gloria de don Carlos en lugar famoso y placentero. Se aprovechan para aprovisionarse de munición, vituallas y atuendo, declinándose la incorporación de voluntarios más que vista la imposibilidad de que los neófitos se adapten a las despiadadas marchas de la columna, que por San Miguel de Escalada y Grañefes se repliega hasta el pueblo minero de Guardo.

En siete días las zancadas de la expedición han dibujado sobre el mapa una ancha V, con vértice en León, encontrándose ahora rodeada por el solemne anfiteatro de azulgrises montañas a las que sirve de proscenio la villa de Riaño; unas montañas a las que Gómez encuentra pintiparadas

como cómplices en la elaborada emboscada que monta contra la columna de Espartero que viene pisándole los talones.

Distribuye a sus fuerzas en tres focos asentados en las laderas y deja a la entrada de Riaño, como cebo, al brigadier Arroyo, con la misión de en simulacro de retirada atraer a su ilustre perseguidor al lugar donde menos le conviene, al pueblecito de Escaro, encrucijada en la que se reúnen las carreteras que en picado descienden de los puertos de Tarna y del Pontón.

Algo falló en la orquestación del ingenioso ardid. Lo comprobaron los soldados de Arroyo al verse envueltos por el regimiento de Almansa aparecido por donde menos se le esperó. Lo dirigía el lugarteniente de Espartero, el brigadier Alaix, que a partir de aquel instante pruebas sobradas daría de ser la horma del zapato de Gómez. Los carlistas al acecho deben descender de sus puestos al llano para ayudar a sus correligionarios a romper el cerco. La *melée* se hace general decidiéndose con la aproximación de Espartero. Con sus batallones dispersos Gómez ha de replegarse a Asturias, esta vez de verdad y en condiciones lamentables, coronando los puertos de Tarna y Oseja de Sajambre luchando contra un temporal de nieve que le causa más bajas que el fuego enemigo.

De momento Espartero emerge vencedor del encuentro y casi cazado el cazador. Albures del guerrear. La Prensa pregona en tonos napoleónicos el triunfo de Escaro y extiende jubilosa el óbito de la expedición carlista. Diagnóstico optimista en demasía. Repuesto Gómez del castigo en Cangas de Onís, y con sus batallones reagrupados, devuelve a la columna su lozanía anterior. La partida vuelve a comenzar como si nada hubiera pasado. Deja de lado a las fuerzas que Espartero despliega frente a Oviedo en ademán protector y retorna a los puertos leoneses de la cordillera astur donde tan mal le fue, corriéndose hacia Potes con el objeto de reabsorber a la brigada de Arroyo que parmaneció a la expectativa en el valle de Liébana.

La recuperación de la columna de su «status quo» incita al general carlista a cambiar de táctica en pos de nuevos y más amplios horizontes. Por el puerto de Piedras Luengas se traslada de la provincia de Santander a la de Palencia, haciendo la ruta de la expedición más rectilínea e incisiva. Rebasada Cervera se desvía en Perezancos para hacer alto en Prádanos de Ojeda, un risueño caserío castellano abrazado a un montículo rematado por una bonita iglesia románica color barquillo, donde el general convoca junta de mandos nada más llegar.

### *Alea jacta est*

La reunión en el pequeño y vistoso pueblo palentino decide el futuro de la expedición erigiéndola en reina de todas las de su especie. Gómez informa a sus subordinados de la descomposición y anarquía que impera en la zona «rebelde». Unos días antes, en la real residencia de La Granja, un puñado de sargentos embriagados ha forzado a la reina-gobernadora, «la Masona» dicho sea en carlista, a modificar radicalmente el régimen político

del Reino enemigo. Por tercera vez ha sido reinstaurada la nefasta Constitución de Cádiz y el poder lo detentan las logias y sus más encarnizados enemigos. Gómez propone a sus brigadieres abandonar el proyecto gallegoportugués, pero no para volver a «las Provincias» de vacío y con la espada entre piernas y la boína gacha. Sugiere dirigirse al centro de España, donde el desbarajuste es descomunal y apetitosa la posibilidad de contribuir a su incremento.

Propuesta aceptada. Han pasado el Rubicón. En la ocasión, el modesto Pisuerga, cuyo curso hacia el Duero vienen siguiendo. A partir de este momento, y rememorada de lejos, la expedición recuerda a una algará cidiana, comprometida a ganarle territorios contra su real voluntad a un rey que les premia con su desfavor.

Como desprendida de unas incómodas muletas la expedición cambia de talante y ritmo. También de escenario pues la mutación de paisaje es brutal. Adiós montañas norteñas de jugoso verdor, pródigas en buen yantar y ricas en pastos para los caballos. Ante ellos tensa su ardiente costra mineral el páramo castellano que sediento y enfecido rebervera al sol.

Día y medio de marcha y Palencia, evacuada por las tropas de Ribero, se les entrega con alborozo. Lástima no poder corresponder. Patrullas de descubierta anuncian se les acerca Espartero con las divisiones al mando de Manso, Puigsamper y Alaix, el tenaz y correoso «general Visera», como su mandamás, ascendido de soldado raso al generalato peleando por los Ayacuchos de las Américas. Se aproximan quemando etapas y ansiosos de, en campo abierto, entablar un combate nada apetitoso para Gómez, consciente de exponer su retaguardia al ataque de los auxilios que para sus enemigos acuden desde Valladolid.

Con el objeto de eludir tan indeseables encuentros, ayudado el astuto general por el comandante de caballería don Modesto de Celis, que con su partida de 40 guerrilleros se le ha incorporado, arbitra un recurso para proseguir marcha abreviando detenciones y con celeridad mayor. Al efecto requisas todos los carros y caballerías del contorno, y bien de mañana se despide de la hospitalaria y levítica Palencia, con la integridad de la infantería cómodamente repantigada a la sombra de los toldos de la caravana de carromatos que bamboleándose en un mar de tierra avanzaba imparable por los campos resecos de Castilla irrigados por el fuego derretido que manaba de un implacable sol.

En Venta de Baños se distancian de la carretera general y tiran por los valles de Cerrato para franquear el Duero por Pesquera. Altera la monotonía de rutina de los breves altos nocturnos la etapa de Peñafiel, apenas convaleciente de las requisas y levas sufridas no mucho antes a manos de la columna de don Basilio, y de su lugarteniente, el vándalo Balmaseda, natural de Fuentecén, un pueblo burgalés de las cercanías que, por lo visto, se llevaba a matar con los de Peñafiel.

Curiosas resonancias medievales, totalmente al margen de la epopeya, se desprenden del pacto que el pragmático general carlista concertó con el destacamento de milicianos nacionales que guarnecían la expoliada villa

vallisoletana. De acuerdo con los términos del convenio el escarmentado vecindario pasó la noche refugiado en el recinto del castillo que, varado en la cúspide de un cerro descarnado, señorea la villa, mientras los carlistas pernoctarían en paz y gracia de Dios en sus domicilios. Lo que se realizó en mutuo beneficio.

Al amanecer, confortada con la tranquilizadora ventaja sacada a sus hostigadores, la enorme recua de carromatos continúa hacia el sur por los campos que seestean en soledad entre Cuéllar y Sepúlveda, para llegar a Turégano, y cruzar la carretera de Madrid a Irún por Castillejos de Mesleón, en marcha paralela a los altos de Somosierra, parapeto de un Madrid que atónito e intranquilo bulle ante la contiguidad enemiga.

### *Acción en Matillas*

El avisado Espartero columbra que a nada positivo le conduce divagar por espacio de dos meses mordiendo el polvo que como estela deja la zaga del elusivo general faccioso. Los ascensos, las medallas, los entorchados y los laureles se cosechan en el frente del Norte. Máxime parando mientes en que su inmediato superior, el aristocrático Fernández de Córdova, por no jurar la Constitución gaditana ha dimitido la jefatura de los ejércitos del Norte retirándose a Francia con otros generales de su alcurnia. Para desentenderse de su exasperante rival del modo más digno posible, Espartero se justifica con uno de sus cólicos nefríticos, siempre oportunos, y se retira a orinar sus cálculos a la villa de Lerma, no sin antes entregar el mando de la División a su obediente peón de brega, el brigadier don Isidro Alaix, futuro conde de Vergara, y ministro de la Guerra, y no ciertamente de los peores (6).

La designación del brigadier ceutí como montero mayor de aquella cacería humana constituyó un acierto, pese a lo mal que al final de la persecución los políticos le pagaran su celo. Para Gómez acarreó las aciagas consecuencias derivadas del paralelismo temperamental de dos cuñas de la misma madera. El «general Visera», como afablemente llamaban al general Alaix sus soldados, en razón de la antirreglamentaria prenda de cabeza que protegía a sus ojos del polvo y del resplandor del sol, se parecía bastante a los generales punteros carlistas en su despreocupación por mantener distancias protocolarias con sus hombres y su inclinación a privarse de sinecuras jerárquicas para participar con ellos en los sinsabores de la campaña. Un predicar con el ejemplo que moralmente le autorizaba a extraer de sus tropas sobrehumanos esfuerzos. La misma norma de conducta seguida por Gómez con los suyos, quien para satisfacción de los propietarios de las mulas y de sus utilísimos carromatos se desembarazó de unos y otros al recalar en Riaza.

---

(6) Consta una biografía casi exhaustiva del general Alaix en la obra anónima *Galería Militar Contemporánea*, dos tomos. Madrid, 1846.



Seguidamente, a pie, y tirando de la brida de los caballos, el inaprensible general remontó con su columna el duro repechón de la sierra de Ayllón, la zona más desolada y deshidratada de la cordillera divisoria de las Castillas, para caer en picado sobre Atienza y amagar por el este a Madrid.

Descansaban los carlistas en Jadraque y pueblecitos del contorno cuando sus valiosísimos «confidentes» advierten a Gómez que desde Sigüenza contramarchaban en su busca fuerzas desglosadas de la guarnición de Madrid dotadas de artillería. Aliciente especial para un carlista que se respete saber las constituyen unidades de la Guardia Real, los «guiris» por antonomasia, protagonistas de la «sargentada» de La Granja, y que encima las mande el brigadier de caballería don Narciso López, un venezolano fogoso y atolondrado, afamado jinete con reputación de bragado, a quien los liberales atribuían destreza sin igual en materia de ensartar carlistas en la punta de su lanza como si fueran buñuelos. Gómez se cerciora de que supera en efectivos a López y de que cuenta con su aliada la sorpresa.

Consciente del peligro de aceptar batalla prácticamente a la vista de Ribero y Alaix recurre a sus característica celeridad. Despliega a sus efectivos con felina pericia repitiendo el dispositivo táctico que en su batalla contra el general Tello tan bien le fue. Como cebo ofrece al enemigo una compañía mandada por el capitán Zubizarreta, sobrino carnal de Zumalacárregui, que se deja rodear en el villorrio de Bujalaro. Gómez consigue así centrar sobre un punto excéntrico el dispositivo ofensivo de la tropa cristina. Seguidamente, al quiebro, como se ponen las buenas banderillas, Gómez vuelve del revés el esquema táctico de la batalla, y los hábiles movimientos de su infantería cercan a los cercadores en retirada en el próximo pueblo de Matilla de Henares, donde posiblemente obtiene su más neta y rotunda victoria en campo abierto. En brioso asalto la infantería de Fulgosio silencia a la bayoneta la artillería isabelina y la caballería de Villalobos desbarata el repliegue de la columna, que queda prisionera en su totalidad.

Acción, la de Matillas, sobre la que no dice una palabra la Prensa liberal, que a los carlistas proporciona 1.200 prisioneros, incluidos el general López y sus cuatro coroneles, más la artillería y hasta la banda de música de la Guardia Real.

La impedimenta que sobrecarga a la columna desacelera su marcha colocándola en condiciones poco favorables para presentar combate con las fuerzas de Alaix avisadas por López antes de empezar el combate en el que perdió su prestigio y libertad. Escortados los carlistas por la partida alcarreña de «los Capazorras» llegan a Brihuega que los recibe en triunfo. Se entera Gómez allí que don Basilio se ha retirado a sus bases con gran botín recruzando el Ebro. Una incidencia en principio infeliz pero que a Gómez inspira un plan audaz y de altos vuelos. Atraviesa la Alcarria y se introduce por las fragosidades de la sierra de Albarracín, para luego descender de los Montes Universales hacia el sur, a contrapelo de las sierras. La marcha concluye en Utiel, en el límite de las provincias de Valencia y Cuenca, a caballo en la carretera general de Valencia a Madrid.

Utiel es villa conquense recién tomada por la guerrilla del Arcipreste de Moya, notoria por su filo-carlismo. En ella queda a la espera de los efectos de los misteriosos mensajes que ha ido despachando durante las etapas finales de la feroz caminata.

### *La reunión «cumbre» de Utiel*

Mientras Alaix con sus derrengados soldados recupera en Cuenca el resuello, Gómez concede a los suyos en Utiel un bien ganado descanso, bien es verdad que dedicado el ocio a confeccionar cartuchería, reparar lanzas, herraduras y calzado. El general aguarda importantes visitas, que no se demoran.

El 11 de septiembre llega el brigadier Quílez, pundonoroso y ordenancista, con tres batallones aragoneses; un día antes que su contrafigura levantina, José Miralles, alias «el Serrador», también brigadier, pero no de carrera, sino un trabucaire hirsuto y gigantón de gran coraje que se presenta acaudillando un par de batallones valencianos y varios escuadrones. Al día siguiente, capa blanca y petulante bigotillo bajo el albo boinón ladeado de mariscal, comparece, escoltado por treinta jinetes, el más importante y teatral de todos ellos, el ex seminarista don Ramón Cabrera, acompañado por su lugarteniente Arévalo y sus fieles Arnáu y Forcadell.

Acre nimbo de tragedia aureola la fama del caudillo tortosino. No mucho antes el brigadier cristino Nogueras había cometido la incalificable salvajada de sacar de su celda carcelaria a la madre de Cabrera, una humilde mujer que sin meterse en nada llevaba año y medio prisionera, para con la anuencia de Espoz y Mina, su superior, fusilarla en la fortaleza de Tortosa. Jamás distinguido su hijo por dulzura de carácter, en represalia había fusilado a la esposa del coronel Ontiveros, y un número indeterminado de liberales, paisanos y militares, y saltaba a la vista llegaba resuelto a seguir liquidando a cuanto prisionero cayera en sus vindicativas manos.

Un cronista local, no muy distante en el tiempo de los sucesos que relata, rememora con trazos de gran vigor la gran concentración carlista en su villa natal:

*Fue ésta la ocasión en que se vieron alojadas fuerzas más numerosas de los ejércitos de D. Carlos, que hicieron de esta entrada una importante formación; con tanta gente como se reunió, atronando con sus tambores el amplio recinto de la villa. Se calcula en once mil el número de los partidarios de D. Carlos reunidos en Utiel: y no es de extrañar que necesitasen para su manutención cuanto ganado había en el término y lugares circunvecinos. Cada casa era un cuartel por el número de alojados: y cada calle un matadero por las reses sacrificadas que por doquier se veían (7).*

(7) MIGUEL BALLESTEROS VIANA, *Historia de Utiel* (reeditada por el Ayuntamiento de Utiel en 1973).

Presentes los convocados a comparecer, se celebraron prolifas deliberaciones en el gracioso consistorio neoclásico de la población. Hubo sus tiras y aflojas, a despecho de la autonomía operativa que a los jefes de los ejércitos carlistas de Levante y Aragón concedía amplio margen para adoptar toda clase de decisiones. Se comprende que a Cabrera no le inspirase excesivo entusiasmo enrolarse como segundo a una operación en marcha. En un documento posteriormente dirigido por Cabrera a Gómez, el caudillo tortosino levanta una punta del velo que ocultaban la serie de prevenciones que embargaban su ánimo:

*Ansioso de colocar en el trono a nuestro legítimo rey..., no tuteé un momento en unirme a V. S. con la mayor parte de la segunda división del ejército de mi mando, y aunque debí entonces vacilar por los cargos que en lo sucesivo pudieran resultarme, me decidí a acompañarlo y le propuse varios planes muy útiles así para reforzar su división, cuanto para que reuniese mil caballos más, que tanta falta hacían en el cuartel real.*

Seguidamente, y en términos inequívocos, Cabrera declara la profunda disparidad de criterios existente entre los reunidos respecto al primer objetivo militar que se debería seguir:

*Al intento quise marchásemos sobre Valencia, Murcia y Lorca, país animado de buen espíritu y abundante en todos conceptos. Aunque el comandante general de Valencia (léase «el Serrador») fue de la misma opinión, V. S. no la adoptó, y sí que marcharíamos sobre Madrid, para donde salimos de Utiel el 15, pactando que en esta expedición de algunos días no había yo de perder fuerza, sino que, por el contrario, las bajas que tuviese de soldados y caballos habrían de ser inmediatamente repuestas.*

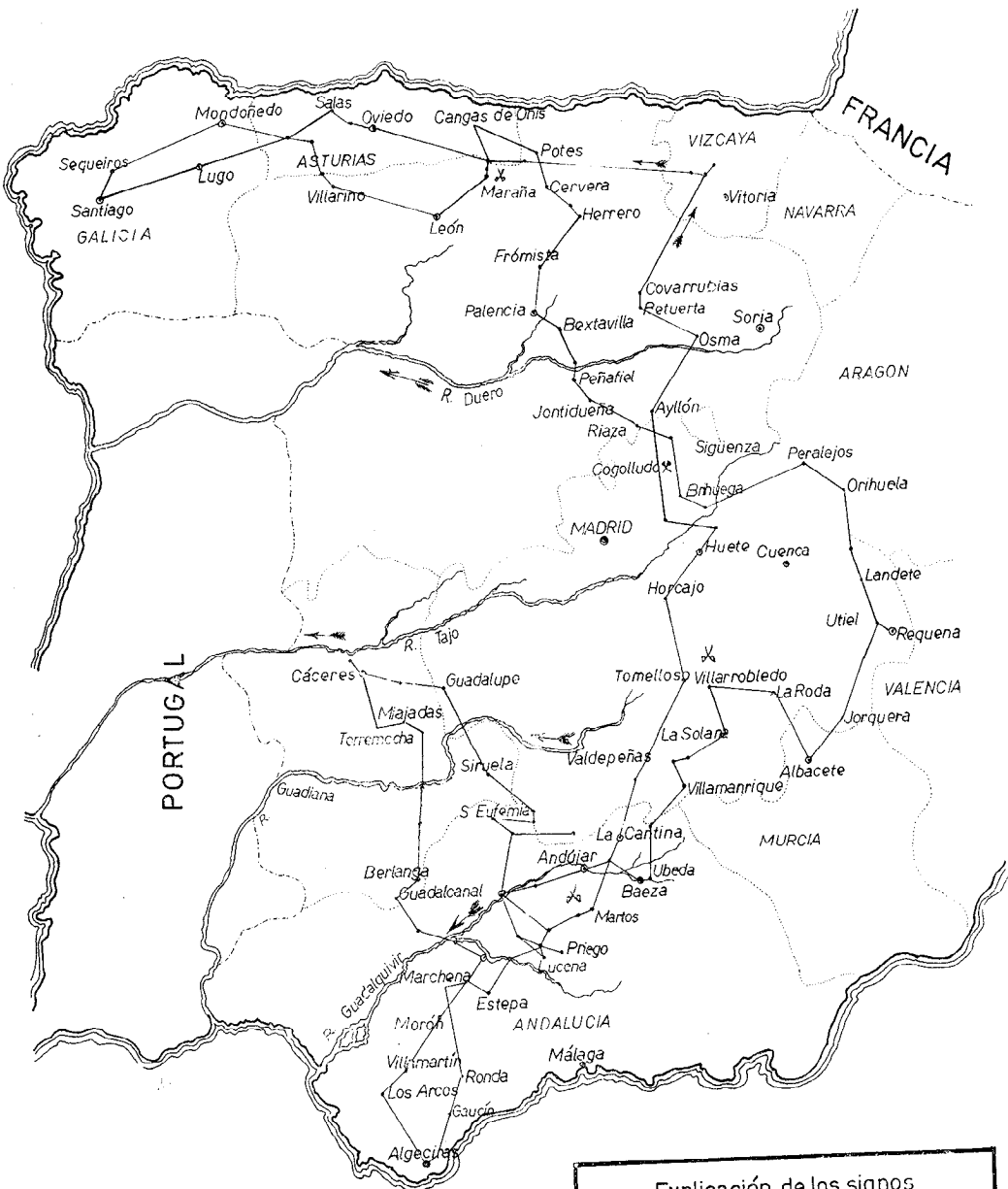
Finalmente el conciliábulo de rabadanes carlistas concluyó decidiendo los recién llegados unir su suerte y soldados a los expedicionarios norteros, para acometer al mancomún una empresa ciertamente fascinante y tentadora para todo carlista de pro: la marcha sobre Madrid.

Pero antes, presumiblemente como una concesión a Cabrera, se emprendió en línea recta una incursión sobre el reino de Valencia, al menos de modo experimental, que sin duda alguna significó una errónea pérdida de tiempo que costaría cara a la columna.

Se ultiman con presteza los preparativos. La expedición queda estructurada en tres divisiones: la castellana, la aragonesa y la valenciana. Los cautivos en la acción de Matilla de Henares, con los oficiales portugueses, que no habían tenido arte ni parte en las vicisitudes guerreras de la expedición, se enviaron a Cantavieja, la guarida turolense de Cabrera, conducidos por su lugarteniente Arévalo, encargado de cuidar del feudo durante una ausencia del amo que se reputó breve.



*El General D.<sup>m</sup> Narciso Lopez.*



**Explicación de los signos**

Límite de reinos -----

id. de provincias .....

X Acción perdida por Gómez

X Acción ganada por Gómez

Escala aprox. 0 50 100 200 100 Km.

*Itinerario de la Expedición de Gómez publicado en La España Militar. Madrid, Junio de 1842.*

Aligerada de obra muerta la columna, aumentó considerablemente su capacidad ofensiva. Quedaba integrada por más de mil caballos, once batallones de infantería, más el 7.º de Castilla, de nueva creación, formado por voluntarios conquenses. Fuerza a todas luces respetabilísima, quizá debilitada más de lo deseable por contar con un caudillo de más.

Pronto se vio que el conglomerado de castellanos, aragoneses y valencianos, al mando de un andaluz, no funcionaba de modo totalmente satisfactorio. No pudo ser más infeliz su estreno en el ataque a Requena, objetivo que no sintonizaba con los planes de Gómez, pero que para la acometividad de Cabrera reunía todos los alicientes derivados de haberle rechazado una embestida la primavera anterior.

Se supuso que la villa valenciana se rendiría ante la vista de la poderosa fuerza carlista, pero no ocurrió así. A diferencia de su vecina Utiel, Requena ocupaba una posición natural apta para la defensa, bien fortificada y de firme tradición liberal. La imprevista resistencia que el municipio opuso a un conato de ataque, sin baja alguna para ambas partes beligerantes, valió a los requenenses obtener del Gobierno el título de ciudad y que el nombre de la villa conmemorara una calle de Madrid, con vistas a la plaza de Oriente. En un orden de cosas más práctico y tangible, hacer que los atacantes volvieran los pasos hasta Utiel, donde en reserva y rearmándose había quedado la división valenciana.

Tocó pagar los platos rotos de la decepción carlista a la primera población que se les puso a tiro, en la ocasión la villa albaceteña de Casas-Ibáñez, a la que llegaron después de pasar el modesto cauce de un río por un puente que nadie cuidó de destruir ni defender. Digno de nota el trabajo que el cronista de la expedición se toma para justificar la represalia que en un pueblo abandonado por la mayoría de sus habitantes se tomaron algunos elementos recién incorporados a la expedición:

*Pasamos el Cabriel y en el monte encontramos capotes despedazados que en los botones tenían el lema de Carlos V, y los desgraciados restos de algunos voluntarios carlistas, con cuya vista se llenó de indignación la gente. Pasamos a Casas-Ibáñez, que encontramos casi desierto, e informados de que los pocos habitantes que habían quedado, algunos de ellos eran sospechosos y que los llamados guardias nacionales del pueblo eran los que habían asesinado tan vilmente a los voluntarios de la columna de Batanero, cuyos restos habíamos encontrado, los nuestros dieron fuego a algunos edificios y sin poder contener el incendio fue preciso que nos acampásemos todos a la salida del pueblo, como a las doce de la noche.*

Justicia obliga a destacar con el merecido relieve que hasta entonces la expedición de Gómez en ningún momento había empleado la tea incendiaria como arma de guerra o castigo. Valga como atenuante las condicionantes ambientales hijas de la violencia con que se hacía la guerra en las comarcas levantinas.

Al día siguiente de la quema de Casas-Ibañez —80 edificios según el Madoz— los carlistas entraban en Albacete capital, produciendo tremenda alarma en las covachuelas burocráticas de Madrid. Su entrada coincide con la fecha del Real Decreto por el que la Reina-Gobernadora dispone que el marqués de Rodil, ministro de la guerra, delegue el mando del Ejército del Norte, para «encargarse de restablecer la normalidad en el Centro». Dicho más en castellano; para cerrar a toda costa el paso a las fuerzas combinadas de Gómez y Cabrera, que por la carretera general de Valencia a Madrid rebasan La Roda en marcha imparable. En La Roda adopta Gómez la no muy comprensible medida de escorar hacia Villarrobledo, «sin duda por ser mejor población y jornada más proporcionada para toda la División», al llegarles avisos de que Alaix se había puesto en movimiento vertical a su marcha dejando a Cuenca a su espalda. Venía el brigadier con su tercera División, descansada y reequipada, compuesta por tres regimientos, Almansa, Córdoba y del Príncipe, más uno de húsares de la Princesa, que accediendo a una petición le enviaba Rodil al mando de un coronel de nombradía.

Pero por lo que se vio no les advirtieron a los carlistas las noticias de los «confidentes» es que alterando su costumbre Alaix no interrumpió su caminata durante la noche, ni siquiera en Tarazona de la Mancha, donde meramente vivaqueó; circunstancia coincidente con que quebrantando sus usanzas Gómez permitió a la División entera acantonar en un solo lugar.

#### *«Débacle» en Villarrobledo*

Cuando «a los primeros crepúsculos de la mañana», como con frase feliz cronometra el momento el cronista oficial de la expedición, habían tocado a marcha los clarines, una hora después de la llamada, y con sus petates liados se disponían los carlistas a abandonar Villarrobledo, para pernoctar en Mota del Cuervo, y seguir su marcha contra Madrid, cornetas y tambores cambiaron de diapason tocando febrilmente a generala. Avisaban de que con fuerzas notoriamente inferiores en número Alaix les atacaba de frente invadiendo en paralelas las calles del pueblo.

Seguía el combate su curso, con la expedición en retirada todavía ordenada, y los cazadores de Alaix hostigando en guerrillas por detrás, hasta que por las eras de la salida del pueblo intervino el héroe de la jornada, el joven y apuesto coronel cordobés, don Diego de León, que con el ímpetu que le hizo famoso se adelantó cargando en tromba al frente de sus escuadrones y obligando a la caballería aragonesa en fuga a desordenar el repliegue de los batallones castellanos.

Para interpretar rectamente las acres repercusiones del suceso es preciso tener en cuenta que hasta entonces jamás se había dejado sorprender Gómez por el enemigo. Algo extraño sucedió en el curso de una batalla, sobre la que las informaciones difieren, «uno de aquellos incidentes que

ocurren en la guerra cuya causa no se llega a alcanzar», como sibilamente se dice en el «Relato» de la expedición, que aumentó el resquemor de Gómez contra Cabrera.

Como explicación de lo acaecido parece más que prudente descartar la incongruente coincidencia de pareceres entre don Pío Baroja con el historiador filo-carlista, don Román Oyárcun al relatar el revés de Villarrobledo, estudiando el primero a Gómez y biografiando el segundo a Cabrera. Se deriva la identidad de criterios al tomar ambos al pie de la letra la reseña del historiador filo-liberal, don Antonio Pírala, el Tucídides de las guerras carlistas, quien a su vez parece haberse inspirado más de lo aconsejable en algunas reseñas periodísticas redactadas en Madrid.

Todos ellos retratan a Gómez en una postura que no le va, durmiendo a pierna suelta en el momento del ataque y alerta y vigilante Cabrera, que escurre el bulto con toda su gente al iniciarse el combate. Inimaginable que el jefe de la expedición perdonara a su aliado un acto lindante con la traición y del que para nada se habla en el parte de Alaix que con todo pormenor narra su llegada «a donde se hallaban los cabecillas Gómez, Cabrera, Serrador, Quílez y otros entes de la faccioncilla».

El dato más sustantivo sobre el particular consta en el oficio que al día siguiente del revés le cursó Gómez a Cabrera, instándole a imponer severo castigo a los reos de un delito que denuncia. «Con justísimo dolor —le escribe Gómez a Cabrera— observé en aquel día, que algunos de los escuadrones de la caballería de Aragón, huyeron vergonzosamente sin querer dar la carga que yo ordené en los momentos más críticos del combate, y de cuya criminal conducta vino la pérdida de la acción».

No hubo chaqueteo levantino sino algo de pánico en la caballería de Quílez que al ser rechazada en el choque con los húsares de Diego de León atropellaron a los batallones castellanos desencadenando un desbarajuste monumental. Examinando la relación nominal de oficiales carlistas prisioneros que Alaix facilita, 55 en total y ninguno de muy alta graduación, se aprecia una cuota proporcionalmente superior de mandos de batallones castellanos, sin que escaseen prisioneros de las otras dos divisiones. Se cuentan entre los primeros el cuñado de Gómez, tesorero de la expedición, así como un hermano y un sobrino de Quílez.

En cuanto a la impresionante cifra total de 1.274 prisioneros, aproximadamente, el doce por ciento del total de la expedición, es más que posible la inflaran mozos obligados a incorporarse «voluntariamente» a la columna, como portadores de bagaje y munición, que cuando venían mal dadas acostumbraban desertar. Debió de haber pocos muertos carlistas y ninguno tal vez en las fuerzas de Alaix, que, indudablemente, llevaron la mejor parte en la refriega y de momento eliminaron indiscutiblemente una grave amenaza que se cernía sobre la capital de España.

Explicable que la prensa liberal exultara de gozo ante la victoria obtenida «por la división de Espartero que accidentalmente mandó el brigadier Alaix», como diplomáticamente puntualizaba en su parte el capitán general de Valencia y Murcia. Comprensible también que la Reina-Gobernadora



ascendiera a Alaix a mariscal de campo y otorgando a su división el honor de poder ostentar en sus banderas y estandartes la corbata de la orden de San Fernando, con mención especial de don Diego de León, ascendido a brigadier en justa recompensa a sus sobresalientes méritos en la acción.

Lo que peor se explica es que, como Aníbal en Capua, permaneciera Alaix cuatro días inactivo en Villarrobledo, redactando partes en los que daba por aniquilada a la columna.

Dentro de lo malo, los carlistas sacaron jugo al haberles cogido el golpetazo bien descansados y dormidos, y probaron no fue tanta su derrota acampando sin premura aparente en Ossa de Montiel, luego en Villanueva de los Infantes y después en Chiclana de Segura (Jaén), donde se resolvió el curso a seguir por la expedición, que no fue hacia Murcia como propugnaba Cabrera. En vista de la calma, torcieron en ángulo recto hacia el sur, y en mejor o peor armonía, treparon a los cerros de Ubeda para ir tomando en pacífica sucesión Villacarrillo, Ubeda y Baeza, población en la que había cursado estudios el general.

La presencia de tropas carlistas en poblaciones andaluzas distantes del teatro de la guerra, infundió en sus habitantes un asombro y terror que cierto corresponsal de un diario madrileño trata de disimular bajo una estampa satírica:

*La mayor parte de estos perversos van descalzos, más de 800 con saraguellas, muchos en mangas de camisa, bien negra y mugrienta, otros con pellicas de pastores, un sinnúmero sin camisa y con la barriga al aire, algunos con uniformes de nacionales o del ejército, unos con un pañuelito en la cabeza, y otros en piernas y con calzado de esparto: de modo que todos juntos forman un gracioso contraste, y más bien parecen unos mendigos de los que concurrían a los conventos, que soldados como los titulan por mal nombre sus jefes.*

De todas formas, mala táctica infravalorar a un enemigo aguerrido dirigido por mandos de alta calidad. Desde la alta plataforma de Baeza, y sin sombra enemiga a la vista, los carlistas viraron hacia el norte descendiendo a las llanuras regadas por el indolente Guadalquivir, planificándose con napoleónica celeridad en el estratégico cruce de Bailén, inexplicablemente desguarnecido, para alcanzar de un tirón Andújar y luego El Carpio, donde pernoctaron. Justamente la víspera de la jornada que en poder de las huestes de Gómez caería una renombrada capital, y en circunstancias tan novelescas y mosqueteras que ni la imaginación acalorada de un folletista de la época, enfrascado en recrear sobre el papel la realidad a base de fantasía, hubiera logrado superar en inverosimilitud el increíble episodio.

### *Córdoba a la vista*

Alrededor del mediodía del 30 de septiembre, más potente y nutrida que nunca la columna con los voluntarios incorporados en un recorrido

insolentemente triunfal, los carlistas cruzaban el Guadalquivir por el histórico puente de Alcolea, y avanzaban en formación cerrada en dirección a Córdoba, «con una rapidez que adelanta toda noticia», a juicio de uno de los jefes militares, que, preocupado, observaba desde la ciudad su aproximación.

Embozada entonces en un semicírculo de murallas, apoyadas en el foso natural del río, la venerable capital califal reunía aceptables condiciones para aguantar la embestida. Si el capitán general de Sevilla se había llevado las tropas regulares y la caballería para propia protección, en cambio se había concentrado en Córdoba toda la milicia nacional de la provincia, «tanto para defender la ciudad como para estar ellos más en seguro, pues en los pueblos pequeños estaban expuestos a ser víctimas de la ferocidad de los rebeldes», como puntualiza el militar cordobés arriba citado. Todas las fuerzas disponibles quedaron a las órdenes de don Teodoro Gálvez, comandante general de la plaza, y con sus puestos de combate asignados.

Sin embargo, las autoridades cordobesas que no las tenían todas consigo respecto a la barrera del recinto amurallado, y en previsión de algún posible fallo en el dispositivo externo de defensa habían adoptado una precaución adicional, instalando un núcleo urbano de resistencia en el llamado «Fuerte de la Libertad», o casa de la Inquisición, residencia en tiempos del Santo Oficio, denominada hoy con mayor propiedad histórica «Alcázar de los Reyes Cristianos». La rehabilitación del viejo baluarte la comenta un personaje clave de la defensa, en una «Exposición» impresa meses después:

*Fue acordada la construcción de un fuerte que, aunque demasiado extenso, dominado y sin posición militar, era el único posible: el mismo en que los franceses se habían atrincherado en la guerra de la Independencia, y en que los nacionales habían buscado asilo cuando la insurrección militar de junio de 1822 (8).*

Pegas y reparos que suenan como excusas de frustrado defensor de una posición cuya efectividad quedó más que acreditada en los episodios que alude. En realidad se trataba de una robusta fortaleza, hacía siglos construida, guardada la espalda por unos fuertes fáciles de batir, lindantes con el Guadalquivir. La finalidad perseguida con la organización de un foco defensivo en el interior de la ciudad la revela el mismo informador:

*La autoridad consideró que reuniendo en él a los milicianos nacionales, podría, deteniendo un momento a la facción, dar lugar a que la alcanzaran las fuerzas perseguidoras y salvar así los objetos que la superioridad mandaba se recogiesen en tal asilo.*

Lo que significa que haciendo de la necesidad virtud, los cordobeses montaron la defensa de su ciudad como una especie de ratonera prevista

(8) FRANCISCO DÍAZ MORALES, *Sucesos de Córdoba en fines de septiembre y principios de octubre del año próximo pasado al ocuparla militarmente Gómez con su facción*. Exposición elevada a S. M. por... (Madrid, 1837.)

para funcionar en dos tiempos. Apuntaba el primero a inmovilizar a los atacantes fijándolos en torno a una plaza amurallada. En caso de fallar el primer obstáculo, la resistencia se concentraría dentro de un recinto interior bien fortificado y abastecido, dando tiempo a que en cuestión de horas, o de un día a lo sumo, convergieran en auxilio de los sitiados divisiones enteras que atraparían a los carlistas.

Confortada con tan previsoras precauciones, la guarnición cordobesa esperaba a los carlistas presta a aguantar un sitio que, por obvias razones, los atacantes de ningún modo hubieran osado montar y mucho menos prolongar. Les eximió de afrontar riesgo tal la intervención de un capricho de la casualidad, amiga de la audacia, posiblemente ayudada por alguna información que el general poseía acerca del clima político prevalente dentro de la ciudad, hacia la que recto como un venablo se aproximaba al frente de sus mesnadas.

### *Unas puertas mal cerradas*

Una operación presumiblemente ardua y sangrienta se redujo a un incruento golpe de mano, al adelantarse Cabrera y Villalobos con algunos jinetes al grueso de la expedición, en misión de descubierta. De este episodio preliminar se derivan dos versiones distintas acerca del modo, ciertamente insólito, que facilitó la entrada de los carlistas en Córdoba.

La primera, más llamativa y, por ende, de superior difusión, polariza la entrada en un rasgo de arrojo personal protagonizado por Cabrera y sus compañeros. Entre otros textos de calidad la recoge el «Diccionario Geográfico» de Madoz (1847), nada sospechoso de simpatías pro carlistas, que reconoce utilizar como fuente informativa un testigo del acontecimiento, el doctor Ramírez de las Casas, quien asegura que nada más que Cabrera, Villalobos, Arnau y dos o tres lanceros intervinieron en la empresa. De acuerdo con esta versión, serían las dos de la tarde, y una por delante de la vanguardia de la columna, cuando el grupo galopaba en torno a las murallas tanteando los puntos que en caso de asalto opondrían dificultad menor. Fuera fruto de complicidad interna, o de un descuido de los defensores, en el curso de su inspección los jinetes descubrieron que una de las doce puertas de la muralla, concretamente el postigo de Baena, no estaba todo lo cerrado que debiera estar en una plaza a punto de sufrir asedio. Abatido el maderamen del postigo con hachas y aperos procurados en una granja vecina, Cabrera y sus secuaces, en tromba y a lo mulo, en la mejor tradición de la furia carlista, hincaron espuelas en sus monturas colándose de rondón y por las buenas por el entreabierto portalón.

En cambio, y sin discrepar totalmente de la especie anterior, el «relato oficial» de la expedición describe en circunstancias menos novelescas y más mesuradas el ingreso en la capital de los primeros destacamentos carlistas:

*Las puertas de la ciudad estaban cerradas y atrancadas por dentro, de modo que no se podían abrir por la parte de fuera, pero al instante que los vecinos vieron llegar a estos dos generales con su caballería (se sobreentiende que a la acaudillada por Cabrera y Villalobos), quitaron los impedimentos que obstruían la entrada y, abriendo las puertas, entraron aquéllos en la ciudad persiguiendo a los nacionales.*

Fuera como fuese la penetración del audaz destacamento, y su verdadera magnitud, impresionante espectáculo en verdad para milicianos y vecindario verlos diseminarse como una maldición por las calles de la ciudad blandiendo los sables, gritando como energúmenos, dejando como estela de su arremetida una zarabanda de tiros, relinchos y las chispas que las herraduras de los caballos arrancaban del empedrado al percutirlo en carga suicida y demencial.

El revuelo provocado por la incomprensible aparición de la caballería embistiendo como demonios por el interior de una población que no había concluido los preparativos para resistirles desmoronó al instante toda voluntad de oponérseles. Por el contrario, el pandemonium estimuló a echarse a las calles en son de guerra a los partidarios cordobeses de don Carlos, sumamente abundantes, que intervinieron en el combate azuzando a la desmoralizada guarnición, que con las autoridades castrenses y civiles en cabeza corrieron a refugiarse en los bastiones dispuestos al efecto. Unos, los más rápidos o avisados, se encaminaron al Fuerte de la Libertad. Otros, al palacio episcopal, lo suficientemente de prisa estos últimos, para que rezagados unos milicianos de Iznájar, al tratar de hacer frente a lo que se les echaba encima, tuvieran que salvarse refugiándose en una posada frontera al murallón del patio de la mezquita-catedral. Demora luctuosa por partida doble. Al pasar el grupo de Cabrera al galope por delante del edificio, una descarga procedente de su interior derribó del caballo al valiente Villalobos, que cayó sobre el pavimento con el cráneo atravesado por un balazo mortal.

Para entonces las vanguardias de la columna, como una riada de boinas erizada de bayonetas y estandartes, hacía su entrada a borbotones por todas las puertas de la ciudad, saludada por los clamores de gran parte de la población, intenso repique de campanas y el infernal estrépito que retumbaba en los contados puntos en que proseguía la lucha.

Antes de organizarse la neutralización de los focos de resistencia se decidió como primera providencia erradicar el fatídico baluarte de la posada, operación solventada en cuestión de minutos. Se la prendió fuego por medio de unas camisas empapadas de pez o alquitrán, ardiendo en la punta de las lanzas que los jinetes del difunto brigadier castellano dispararon como pértigas arrojadas. Al salir de la casa en llamas cara pagaron los infortunados milicianos de Iznájar su puntería, y la enorme popularidad que Villalobos, o «don Santiaguillo», como sus soldados le apodaban por su corta estatura, disfrutaba entre las huestes carlistas por su

arrojo y cordialidad. Nada más comparecer ante sus atacantes perecieron a tiros y a bayonetazos, diligencia economizadora de munición, y favorecida por Cabrera en las horas puntas de su irascibilidad.

Instalado Gómez en el teatro de los sucesos, se formalizó de inmediato la toma sistemática de los fuertes, aglutinados en el de la Libertad, apoyado y comunicado por el seminario de San Pelayo y el palacio episcopal, frontereros ambos a la catedral. Baluartes secundarios, cuya ocupación se encomendó a los batallones valencianos al mando de Llorens de Villarreal, fuerzas experimentadas en guerrilla urbana allá por los pueblos del Maestrazgo. Tomadas posiciones en los edificios contiguos, palacio y seminario fueron sometidos a denso fuego de fusilería acrecentado por descargas disparadas desde la torre de la catedral. Un asalto de madrugada precedido de lanzamientos de pértigas incendiarias, obligó a los defensores a abandonar los edificios en llamas replegándose más que de prisa en el Fuerte de la Libertad. Al amanecer del siguiente día toda la resistencia de Córdoba quedaba constreñida a un solo punto, protegido por varias piezas de regular calibre que no realizaron un solo disparo.

Un anuncio de que distaría de alcanzar acentos épicos la resistencia de un alcázar repleto de milicianos, armamento, víveres y munición. La desmoralización y el derrotismo habían anidado en su interior y el alto coeficiente de personal civil guarecido dentro de sus muros coartaría la voluntad de aguantar. Según un cronista de los sucesos, «mediaron algunas contestaciones entre los que dirigían la defensa, pues, renunciando unos al mando y nombrados otros in continenti, los pareceres sólo se convenían en que se sostuvieran hasta el último trance, variando sin embargo en el plan de verificar tal decisión, porque mientras unos creían ser socorridos, otros desconfiaban y presentaban la falta de agua y aceite como motivos que debían influir mucho en cualquier decisión que se tomase».

Extraño por demás que en una fortaleza atiborrada de víveres un simple déficit de aceite de oliva supusiera serio impedimento para soportar un asedio apenas iniciado. Lo que en el fuerte escaseaba no era aceite, sino voluntad de lucha y abundaba el temor a las consecuencias. Lo puso de manifiesto un puntual cronista de los sucesos al relatar el desenlace de la resistencia del reducto:

*Enviaron un parlamento a Gómez, de quien exigían les acordase una capitulación honrosa, pero dicho jefe sólo contestaba que se rindiesen a discreción. Hicieronle presente que aún no estaban reducidos a tanto extremo y continuaron las hostilidades de una y otra parte hasta el punto de hacerse más serias que lo que algunas familias encerradas en el fuerte hubieran deseado: por lo que, influyendo con el general expedicionario cuanto pudieron, consiguieron que éste permitiese a las esposas de los principales comprometidos pasasen a verse con los sitiados y les persuadiesen evitarse conflictos de un último extremo: en consecuencia, los jefes de los nacionales y de los carlistas entablaron nuevas relaciones de las que resulta-*



*El teniente general carlista don Nazario Eguía con los ganchos que utilizaba para escribir desde que quedó manco de la mano derecha al abrir un sobre explosivo que le enviaron.*



El coronel don Diego de León en la acción de Villarrobledo.

*ron una capitulación verbal y la entrega del fuerte con cuantos efectos de guerra y demás contenía.*

Al mediodía del 1.º de octubre, a las veinticuatro horas de la entrada en Córdoba de los carlistas, se entrega el último reducto resistente de la ciudad. El coronel Fulgoso, jefe de la brigada castellana, negoció los detalles de la rendición del fuerte de la Libertad bajo promesa del respeto de las vidas de los defensores. El historiador don Javier de Burgos, que maneja datos oficiales, inventaría de modo escueto el botín capturado en el fuerte señalando su destino inmediato:

*En el fuerte, que nunca se creyó llegara a poder de los carlistas, encontraron éstos gran cantidad de géneros, depositados allí por los comerciantes de la ciudad, muchos fondos procedentes de la administración de rentas del Estado, no pocos de particulares y todas las alhajas de oro, plata y pedrería pertenecientes a los conventos suprimidos, cuya custodia se confió a una junta compuesta por algunos individuos del cabildo de Córdoba.*

La prensa de la zona gubernamental dio cuenta del hecho por medio de un parte escueto y preocupante:

*Noticias fidedignas, no oficiales, informan que en la tarde de ayer se rindió el fuerte donde se defendían los nacionales de Córdoba, en número de 2.000, con tres piezas de artillería, siendo los rendidos conducidos al convento de la Merced. Con los fusiles, vestuarios y correaje de los 2.000 nacionales se arman otros 2.000 cordobeses realistas.*

La noticia era efectivamente fidedigna y, por consiguiente, sobrevino la alarma general.

### *Zozobra en Andalucía*

Las nuevas de la caída de Córdoba hacen saltar el tapón de la censura y la prensa trasluce una preocupación fácil de imaginar. El hecho se reseña en cerceros tapados y en diversos tonos de consternación. Sienta altos niveles de casuismo periodístico el diario barceonés *El Vapor*, que desde el triunfo de Villarrobledo llevaba días olvidado por completo del general Gómez y de sus andanzas por tierras lejanas. Con explicable demora en razón de distancias, rompe su mutismo con un suelto prodigio de dominio del difícil arte de dorar la píldora al difundir noticias desagradables:



*La facción de Gómez dirigiéndose a Córdoba sufrió un terrible descalabro en el puente de Alcolea, donde se habían parapetado dos mil nacionales. Con el objeto de escarmentarlos, dejaron penetrar en la ciudad, hasta la plaza de la Constitución, a algunos batallones enemigos, los que sufrieron una pérdida horrorosa.*

Por comarcas menos distantes al teatro de la supuesta hecatombe carlista, los diarios, sin preaviso alguno, dieron cuenta del revés liberal de modo más objetivo, sumiendo en pánico a la región andaluza. Se sucedieron episodios que por análogos motivos se producirían exactamente cien años más tarde en los mismos lugares. Málaga se pone en pie de guerra, en Granada fortifican la Alhambra y ejecutan prisioneros carlistas y ante la eventualidad de recibir la visita de su ilustre conciudadano, en Jaén emplazan cañones en el castillo de Santa Catalina.

Ni siquiera queda exenta de desasosiego e inseguridad la lejana Cádiz, la plaza que con canciones y la flota británica resistió a las tropas de Napoleón. Lo único tranquilizante en las noticias de Córdoba que trae un evadido son las expresivas a la medida y templanza del jefe de la expedición:

*Cuando nuestros prisioneros se rindieron en el fuerte —declara el refugiado a un redactor de «El Noticioso de Cádiz»— Cabrera quiso degollarlos, pero Gómez se opuso a tamaña atrocidad. Todos convienen en que es hombre fino y de buenos modales.*

Algunos sevillanos no se fían de finas maneras y la prensa local censura la conducta de sus magistrados, que han escapado a Cádiz abandonando sus puestos.

Mientras desde Sevilla a Granada imperan la tribulación y la congoja, por las calles de Córdoba voltean campanas en las espadañas de templos y conventos recién desamortizados, lucen luminarias y suavizan el ambiente bélico y febril de la ciudad los músicos de la Guardia Nacional, que trocado por la boina reaccionaria y servil el gallardo morrión miliciano, dan conciertos públicos por las calles de la ciudad.

Con desacostumbrada parsimonia se acerca a Córdoba el usualmente dinámico y encimista Alaix. El 6 de octubre, desde La Carolina, transmite a don Antonio Quiroga, capitán general de Granada y colaborador principal del malogrado general Riego en su sublevación, que también acude con las tropas a su mando a aplastar a los carlistas, un reconfortante mensaje prometiéndoselas muy felices en la empresa:

*Sírvase V. E. anunciar al público —le escribe, entre otras cosas— la llegada de la división al país libre de Andalucía: que los robos y vejaciones que comete la facción van a terminar; que si ha pisado este clásico territorio en él encontrará su sepulcro, y caso que quisiera con la fuga escapar del escollo en que se ha situado, el*

*general Rodil sale a su encuentro con una fuerte división; de modo que es ya imposible que los cabecillas vuelvan a sus guaridas de Aragón y provincias vascongadas.*

No comparte tan fausto vaticinio la prensa de Madrid, empeñada en desarzonar de su pedestal al triunfador de Villarrobledo. Le sitúa inerte y estático, incapaz de descifrar el sentido de los movimientos del grueso de las tropas conquistadoras de Córdoba.

### *Un paseo militar*

No era para menos, al no cometer Gómez la imprudencia de sestar sobre sus cordobeses laureles, encerrado en una ciudad indefendible por quien como él no puede ni soñar en recibir refuerzos. Su objetivo inmediato es Sevilla. Con su diligencia habitual ultima los preparativos para una marcha de las suyas contra la ciudad de la Giralda y el Betis. Remoja la columna poniendo a la caballería castellana, ampliamente vigorizada con las yeguas de la localidad, al mando del brigadier Armijo, sustituto del difunto Villalobos. En Córdoba deja a la división valenciana y a los batallones realistas, y a la ciudad bajo la autoridad de su lugarteniente, el marqués de Bóveda, que, secundado por la Junta carlista, continúa organizando la masa voluntaria y engrosando la caja de la división.

El día 4 de octubre, a punto de partir hacia Sevilla, llegan evadidos de Lucena, Montilla y Baena, advirtiendo la aproximación de una poderosa columna procedente de Málaga, al mando de don Juan Antonio Escalante, comandante general de Málaga desde que la insurrección progresista que acaudilló se había hecho con el mando de la situación, después de asesinar al gobernador militar, Saint-Just, y al civil, conde de Bonadio.

Las tropas avanzan como una expedición de castigo aterrando comarcas que aprovecharon la evacuación de la milicia nacional para pronunciarse en masa en favor de don Carlos. Ante la incidencia de una amenaza que se le acerca por un flanco que creyó cubierto, Gómez ha de alterar sus planes. En lugar de defenderse pasa al ataque. Despacha por delante a Cabrera con la división de Aragón en dirección a Castro del Río y le sigue al frente de la de Castilla...

Al avistar al enemigo en Baena, las tropas malagueñas se batían en retirada presionadas por las guerrillas carlistas, y en las cercanías de Alcaudete sufren una derrota espectacular, a la que contribuye el éxito de una estratagema de Cabrera, que lleva la voz cantante en esta operación de limpieza. Se le ocurre montar a la grupa de dos escuadrones aragoneses a una compañía de cazadores, de modo y manera que cuando menos se lo pensaban las fatigadas fuerzas de Escalante se encontraron enzarzadas con caballería e infantería enemigas surgidas por entre sus filas como por arte diabólico. La columna malagueña queda inoperante y dislocada y perseguidos sus restos hasta Martos, en la provincia de Jaén. Aventado

el peligro más acuciante los carlistas liberan, en cómodas marchas por la campiña cordobesa, a Cabra, Lucena y Priego, estableciendo Gómez en Montilla su cuartel general.

Tanto o más desconcertantes que los movimientos de Gómez y Cabrera son los de la división de Alaix, apoyada por la de Quiroga. El general cristino no se atreve ni por lo más remoto a atacar al caudillo carlista, presuntamente puesto fuera de combate hacía poco en los campos de Villarrobledo. Alaix se limita a marchar y a contramarchar desde La Carolina a Alcalá la Real, y regreso, repitiendo a tres o cuatro leguas de distancia, y sin disparar un tiro, las evoluciones de su enemigo.

Aprovechando alguna ausencia de Cabrera y su vecindad con Alaix, envía Gómez desde Priego al cuartel general isabelino, en Alcalá la Real, al comandante de un batallón castellano, con ayudantes y escolta, portador de una oferta de trueque de prisioneros, ya formulada al día siguiente de la acción de Villarrobledo, en la que tan mal le fue. En el primer caso proponía canjearle, «con arreglo al convenio de Elliot», los prisioneros perdidos por los depositados en Cantavieja, con una significativa salvedad: «con preferencia particular por los individuos correspondientes a los batallones denominados de Granaderos y de Castilla, que tenga V. S. en su poder por efecto de la acción de este día» (9).

Saliendo al paso de la extrañeza que forzosamente había de producir ante su superioridad tamaña discriminación, en nota más exculpatoria que aclaratoria Gómez argumenta que «los prisioneros de Cantavieja lo habían sido hechos por sólo los Batallones Castellanos, pues los otros cuerpos no se incorporaron hasta Utiel, y de ahí la preferencia que tan justamente exigía». Alegato difícil de mantener en pie y que el propio Gómez se encarga de invalidar al proponer por segunda vez el canje, ofreciendo como contrapartida los 2.000 prisioneros hechos en Córdoba, en cuya captura imposible poner en tela de juicio la decisiva intervención de las tropas valencianas y aragonesas.

La contestación de Alaix a una propuesta que de ningún modo pudo prosperar se redujo a prender a los parlamentarios, inelegante medida comentada en términos sumamente críticos y ecuanímes por un anónimo cronista liberal de la expedición:

*Bajo el pretexto de que iban a espiar sus movimientos, Alaix los envió presos a Granada, hecho inaudito, que fue criticado y vituperado unánimemente y dejó un feo borrón en la conducta de este general. El pretexto que dio era absurdo vista la posición de los dos ejércitos y el espíritu decidido del paisanaje; pero le acomodó tratar desde luego como a espías a aquellos oficiales y cubrir de este modo esta violación del derecho de gentes y de guerra. Si el hecho*

(9) Documentos núms. 3 y 6 de orden, que figuran como Apéndice en el Relato Oficial de la expedición. Hay razones para suponer que el fechado en Ossa de Montiel, literalmente transcrito en el posterior, no fue cursado al general Alaix, pues por parte liberal no se dio cuenta de tan estupenda noticia. De todas formas, la fecha del documento indica lo antiguo de las desavenencias entre Gómez y Cabrera.

*hubiera sido perpetrado por Gómez, ¿no se hubiera calificado, con justo motivo, de indigna traición y falta de buena fe? (10).*

En nada amilanó a Gómez su fracaso. Estimulado por el propicio ambiente que para la causa predominaba en la comarca, decidió tantear las posibilidades de fijar un frente estable de combate centrándolo en la estratégica población de Iznájar, a orillas del Genil, limítrofe con las provincias de Málaga y Granada, una especie de Morella andaluza, a la que envió al brigadier Arroyo con dos batallones, un escuadrón y el par de cañones capturados en el fuerte de la Libertad.

Proyectos ambiciosos en demasía, desmoronados el 7 de octubre al presentarse inesperadamente en Montilla el marqués de Bóveda, con la división valenciana, los batallones realistas, su retén de prisioneros y la Junta carlista. La intempestiva evacuación de Córdoba por su lugarteniente, receloso de quedar cercado por ataques enemigos que no se producen ni se producirán mientras ande Gómez suelto por las cercanías, trastoca todos los planes de su jefe. Antes de que se produzca lo que el vacío creado con su ausencia por el señor marqués no puede menos que provocar, Gómez recoge velas, reagrupa sus tropas y desanda camino desde Priego, que es el punto señalado para la concentración.

Al llegar a Montilla encuentran a la población ocupada por un destacamento de carabineros a caballo enviados por el general Espinosa, capitán general de Sevilla. Con una arremetida de las suyas los aventa Cabrera, que marcha en vanguardia, y la expedición sigue su ruta reentrando en Córdoba en la tarde del 12 de octubre, «y fuimos recibidos, si cabe, con más entusiasmo que la primera vez», como escribe complacido uno de los divisionarios, y noticias locales a regañadientes lo refrendan.

### *Córdoba revisitada*

Repuesto el alto mando liberal de su estupor, consigue movilizar contra Córdoba suficientes tropas isabelinas para colocar a Gómez en insostenible situación. Tres poderosas razones, en forma de otras tantas divisiones, desaconsejan prolongar su estancia en la capital. A saber: el general Espinosa, que se acerca con 6.000 infantes y 600 caballos desde Carmona, con fuerzas extraídas de Sevilla y Cádiz; Quiroga, que amaga desde Bailén con efectivos equivalentes ampliados con los restos de la columna de Escalante, y la división de Alaix, que acelera el paso desde Castro del Río.

El día 13, mientras la tropa carlista disfruta de un merecido descanso, se organizan con sigilo los preparativos para el abandono definitivo de Córdoba. Se publica un bando que bajo pena de cincuenta ducados de multa ordena se iluminen en plan festero casas y calles en la ciudad. Una

---

(10) «Expedición de Gómez», en *La España Militar*, periódico dedicado al Ejército y Milicia Nacional. (Madrid, 1.º de junio de 1842.)

forma de enmascarar la despedida ante posibles observadores que desde lejos vigilan atentos lo que sucede dentro de la capital. A las ocho de la noche comienza la concentración fuera de las murallas y a media noche se emprende marcha hacia el convento de la Arruzafa, para, en las estribaciones de la sierra de Córdoba, alcanzar a la enorme caravana que se les adelantó llevándose cuantioso botín, excelente caballería, descomunal contingente de prisioneros y hasta la Junta de gobierno carlista, con su presidente, el deán de la catedral.

La evacuación de Córdoba por las huestes del general Gómez cierra el más apasionante capítulo de una expedición pródiga en estupendos aconteceres.

Como en todo evento históricamente significativo, las dimensiones reales del episodio no se realzan desorbitándolas con superlativos, sino reduciéndolas al hecho escueto y desnudo. La resultante es que por espacio de dos semanas una populosa y estratégica capital andaluza había permanecido bajo la soberanía del rey sin reinos de los carlistas. Y por obra y gracia del más audaz, elusivo e imaginativo de sus caudillos.

Córdoba volvió a su status normal a primeras horas de la madrugada del día 14 de octubre, al penetrar en la capital el impetuoso Alaix, con la caballería de Diego de León, barriendo con descargas cerradas las calles desiertas de la ciudad, mientras la columna carlista se alejaba monte arriba revertiendo a su estado habitual. Es decir: al movimiento continuo.

### *La columna fantasma*

En su marcha cortando en perpendicular la Sierra Morena, la expedición se desplazó, exenta por algunos días del agobiante acoso perseguidor, porque Alaix, su más tesorero hostigador, optó por no seguirla encaminándose por la carretera general a cortarles el paso por los Despeñaperros. Un respiro anulado por la creciente desavenencia entre los caudillos de los grupos componentes de la columna, que adoptó caracteres suficientemente graves para considerar Gómez afrontar un problema generador de enojosas tensiones en el seno de la expedición.

La manzana de la discordia radicaba en los prisioneros. Fracasada la iniciativa de canjear los capturados en Córdoba por los perdidos en Villarrobledo, al encarcelar Alaix a los encargados de negociar el trueque, había empeorado la suerte de los cautivos. El humanitario empeño de Gómez, respetuoso con el derecho de gentes y de probada clemencia, en cumplir a rajatabla el «convenio de Eliot», garantía de la vida de los prisioneros de guerra, no prosperaba por encontrar oídos sordos en Cabrera y en «el Serrador». Al igual que los mandos isabelinos que operaban por Levante y Aragón, el caudillo catalán consideraba a las fuerzas bajo su control desligadas por completo de los términos de un tratado, concertado a instancias del duque de Wellington, firmado única y exclusivamente por los ejércitos de! Norte. Por la columna arreciaban feas noticias acerca de

ejecuciones sumarias de cautivos perpetradas por la división aragonesa, por lo que en Pozoblanco, contra el parecer de Cabrera y «el Serrador», el jefe de la expedición cortó por lo sano poniendo en libertad a casi todos los prisioneros, «exigiéndoles juramento de no tomar armas contra nuestro amado soberano el Señor don Carlos V», como puntualiza un testigo presencial de la liberación masiva, gracias a la cual más de dos mil hombres retornaron indemnes a sus cordobeses hogares.

Como pretexto para su generosidad Gómez alegó la necesidad de aligerar las piernas de la tropa al objeto de explorar las posibilidades de una marcha relámpago sobre Madrid. Un proyecto más que hubo que archivar. A las pocas jornadas de marcha se entera de que le cierra el paso el ministro de la Guerra con 9.000 hombres y 600 caballos de la Guardia Real, presto a hacer bueno el vaticinio de los periodistas madrileños que retrataron a don José Ramón Rodil saliendo a tambores batientes «dispuesto a dar un golpe mortal a la facción, que no debe de ningún modo salir de Andalucía sin ser enteramente exterminada».

Estas fuerzas, sumadas a las que le vienen persiguiendo, presentan ante la consideración de Gómez magnitud suficiente para hacerle retroceder hasta Pozoblanco, tras dibujar con su marcha un círculo por la Sierra Morena. Alentado por la ineficacia de Rodil, que maniobra embelesado por sus propias e inocuas evoluciones, Gómez decide apear al Gobierno de Madrid un golpe netamente político en su flanco más vulnerable. A efecto acomete con audacia la operación más sangrienta y sonada de cuantas realizó: el asalto de Almadén y no ciertamente por sorpresa.

### *La toma de Almadén*

La ciudad minera espera a los carlistas apercebida y en pie de guerra. Es plaza militar y la guarnición, mandada por el general De la Puente, superintendente de las minas, cuenta con el refuerzo de los batallones extremeños acaudillados por el general Flinter, un irlandés, hombre de confianza de Rodil, que se complacía en refrendar con hechos la fama de lobo feroz y sanguinario de que disfrutaba.

A poco de llegar a Almadén —¡y quién dijo miedo!— el irlandés oficia a Rodil comunicándole: «Cualquiera que sea la suerte mía y del brigadier Puente, esté V. E. seguro de que no mancillaremos las armas nacionales ni tomará el enemigo esta villa sin pasar sobre nuestros cadáveres.»

Nada más que dos jornadas de marcha por la sierra de los Pedroches sitúan a las fuerzas de Gómez y Cabrera en Santa Eufemia, prácticamente a la vista de Almadén. Los carlistas reparan fuerzas para una embestida necesariamente contundente y de poca duración. Horas antes de amanecer el 24 de octubre se ponen en marcha y al clarear el día han rodeado Almadén por completo. Dentro del cerco quedan las riquísimas minas de mercurio, «únicas en su especie y famosas por los cuantiosos rendimientos que dan a la nación», como en un parte a Rodil deja dicho el brigadier

Puente; las minas que el ministro de Hacienda, don Juan Mendizábal, como presidente del Gobierno, hacía poco había arrendado a sus antiguos patrones, la banca Rotschild de Londres: una odiosa servidumbre no redimida hasta 1870.

A las siete y media de la mañana aragoneses y valencianos inician el asalto de Almadén, con acompañamiento artillero, generalizándose el combate durante toda la jornada y a nada más que cuatro leguas del cuartel general de Rodil. Casa por casa van cayendo en manos atacantes los barrios fortificados de la población y la resistencia, vigorizada por la proximidad del ministro de la Guerra con sus potentes huestes, prosigue con ardor

### Capitulacion de Almaden.

El Superintendente de las Minas de Almaden propone entregar el Fuerte bajo las condiciones siguientes.

Artículo 1.º La guarnicion del Fuerte saldra con sus armas que entregara en seguida; Los oficiales conservaran sus espadas y todo su equipaje; Los Soldados conservaran sus Morchilas. = Artículo 2.º Los empleados de todas clases de Almaden siendo necesarios para la explotacion de las minas, que pertenecen a la Monarquia Española no se ven mirarse como prisioneros de Guerra, lo mismo que fueron en la lucha sostenida contra el usurpador Napoleon = Fuerte de Almaden 24 de Octubre de 1836 =

Manuel de la Puente y Aranguren = Apruebo las condiciones que preceden, pero exijo que aquellos que seun puestos en libertad como empleados en la explotacion de las minas, justifique que este trabajo es su unico empleo, y que se comprometan no tomar las armas por ningun concepto mientras la actual lucha.

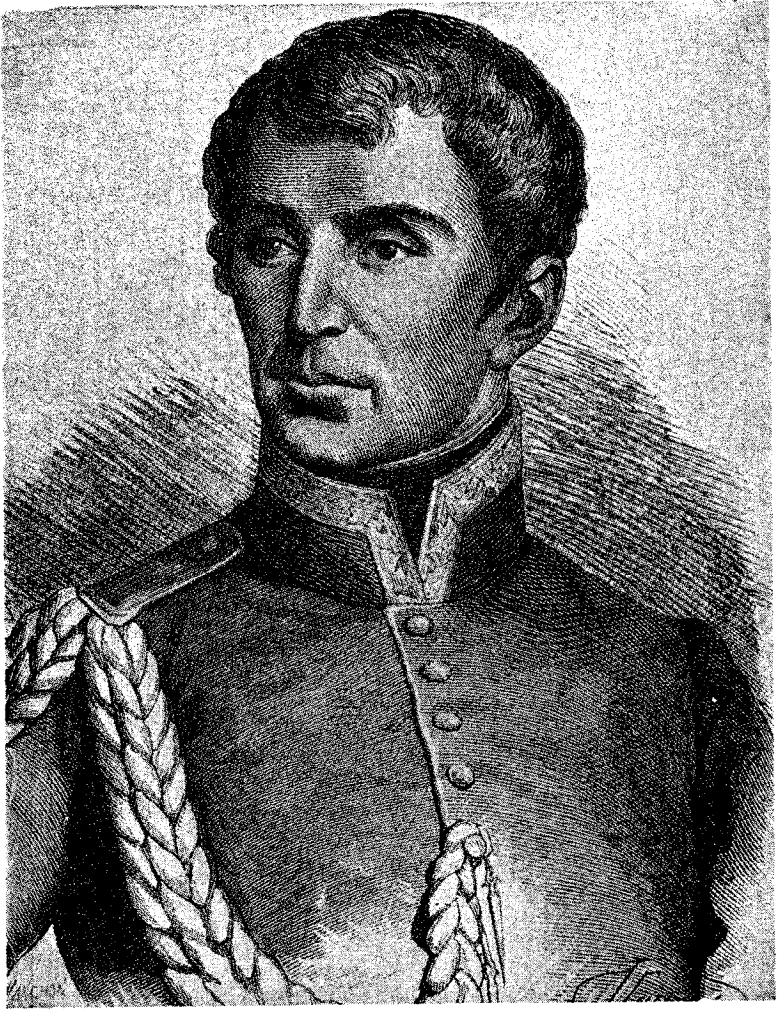
Miguel Gomez \_\_\_\_\_

Copia del acta de rendición de la guarnición de Almadén, extendida de puño y letra del general Gómez. (Documento reproducido en la obra: «Barón von Rhaden. Miguel Gómez. Ein Lebenslichtbild». Berlín, 1859.)



Fernando VII con manto de armiño y las insignias de su gran maestre de la Orden del Toisón de Oro, retratado por su pintor de cámara Luis de la Cruz y Ríos. Museo Romántico. Madrid.





Rafael del Riego en un grabado del siglo XIX.

en las zanjas abiertas en las calles y desde los edificios aspilleros. A las nueve de la noche los generales isabelinos se repliegan a otros tantos fuertes, con los defensores supervivientes y personal minero.

La lucha sigue durante la noche y a las nueve de la mañana se rinde Flinter en el fuerte llamado de la Enfermería y al mediodía Puente en el castillo de Retamar. Los 1.767 combatientes obtienen una gracia que el acta de capitulación plasma de esta manera: «Los empleados necesarios para la explotación de las minas que pertenecen a la Monarquía española no deberán mirarse como prisioneros de guerra, lo mismo que no lo fueron en la lucha contra el emperador Napoleón.»

Gómez acata sin reservas un ilustre precedente pleno de sensatez. Parece darse por satisfecho con la campanada de haber tomado Almadén y con la captura de Flinter. Muchísimo más, a buen seguro, de enterarse del tremendo bajón que de resultas de su hazaña sufriría la cotización de los empréstitos españoles en las bolsas europeas, cegando momentáneamente el manantial crediticio indispensable al Gobierno de Madrid para financiar la guerra.

Mientras Rodil subraya su ineptitud corriendo en ayuda de Almadén cuando ya no necesitaba su auxilio, Gómez aprovecha el desliz para situarse a su espalda y ascender norte arriba hasta el monasterio de Guadalupe, cuartel general de la milicia extremeña. Bastóles a los milicianos vislumbrar en lontananza las boinas de los batallones conquistadores de Almadén para huir como gamos sorprendidos en un incendio forestal, abandonando en manos carlistas su formidable baluarte natural.

En Guadalupe toma estado oficial la insatisfacción que en el temperamento guerrillero de Cabrera y «el Serrador» infunde anotarse triunfos en constante retirada. El sentimiento consta expresado con toda claridad en un escrito que desde su acuartelamiento nocturno de Navarvillar de Pela cursó Cabrera al jefe de la expedición, profetizando involuntariamente, con una semana de anticipación, acontecimientos por venir:

*V. S. dispone de mi división llevándola en su auxilio —se lamenta Cabrera—, queriendo que marche con sólo mis ayudantes y ordenanzas, casi desde las cercanías de Portugal hasta Aragón, y sitiado de columnas enemigas por todos los puntos por donde debo transitar. Ignoro las facultades de que se halla V. S. revestido para causar un despojo violento a la autoridad que el Rey N. S. me ha concedido de comandante general del reino de Aragón. Sin que V. S. se acredite documentalmente la real orden que le autoriza, de modo alguno permitiré sea separada por más tiempo mi división del reino de Aragón, cuya defensa está a mi cargo. No obstante todas estas reflexiones, si V. S. cree ser más útil hacer la guerra en este país y se constituye responsable de las ocurrencias que sobrevengan, ningún inconveniente tengo en seguir con mi división bajo el pacto que conveganos para que no ocurran discordias ni disensiones que perjudican tanto a la causa común; pero no creyéndolo así, daré mis ór-*

*denes para emprender la marcha con mi división, en unión de la de Miralles, adonde más convenga.*

Es posible que el ultimátum de Cabrera influyera en que en el santuario mariano quedara interrumpida la aproximación a Madrid. También consideraciones estratégicas. La ventaja de haber rebasado a las divisiones de Rodil quedaba anulada por la estrecha vigilancia de los pasos del Tajo por las fuerzas volantes de Carratalá.

No iban descaminados los estrategas de la redacción de un periódico madrileño, aún ignorantes de la toma de Almadén, que garrapateando en un mapa reputaban desesperada la situación de los carlistas. Lo declaran en un esperanzador editorial:

*He aquí a la facción en críticos momentos merced a la presión del señor ministro de la Guerra. Reforzada la división de Alaix con tropas de Andalucía, hace recular al enemigo y le impide que se estacione. Si Gómez invadiese a Extremadura, la división de la Guardia le saldría al encuentro sobre Castuera y le estrellaría contra el Guadiana; si Alaix no les pudiese cortar su huida por la parte de Alcaraz, la división de la Guardia les daría caza sobre posiciones de Villamanrique, y si aún osasen repasar Sierra Morena, hallarian de frente la división de la Guardia y de retaguardia serían atacados por la de Alaix (11).*

Lo curioso de estas elucubraciones es ser esencialmente correctas. Si avanzar es arriesgado y la contramarcha inviable, la detención peligrosa en extremo. Hay que seguir moviéndose y salir del atasco desviándose hacia la raya de Portugal, única dirección por la que de momento no se divisa amenaza.

Tal vez la peor amenaza para la columna se frague en su superestructura. Es lo que se trata de resolver en la junta de mandos celebrada en Trujillo, cuya acta menciona otra anterior, seguramente improvisada, celebrada en el pueblo cordobés de Conquista, a continuación de la suelta de prisioneros en Pozoblanco. En el documento se hace constar textualmente que «habían mediado después contestaciones sobre el particular con el señor general Cabrera», y, en consecuencia, «y para no desatender tampoco la importante plaza de Cantavieja se resolvió por unanimidad que en la primera ocasión favorable pasase a socorrerla el recordado general Cabrera, protegido por la División del comandante general de Valencia, don José Miralles».

Se firma el acuerdo que por lo menos sobre el papel satisface en gran parte las reivindicaciones de Cabrera. De momento siguen todos unidos para tomar Cáceres de forma que por inocua y reiterativa deja de ser noticiable. En Cáceres se decide forzar el paso del Tajo por el puente romano de Alcántara, incendiado por sus defensores antes de emprender

(11) *El Español*, 29 de octubre de 1836.

huida. Pero algo aconseja a Gómez no sacar partido de su conquista y ordenar por contra que la columna retroceda a la capital que no mucho antes les vio salir.

*¿Al maestro cuchillada?*

El uno de noviembre la expedición descansa en Cáceres. El mismo día que un periódico de Madrid le publica a Larra el célebre artículo *El día de difuntos*, en el que recurriendo a la alegoría «Fígaro» sortea los rigores de la censura liberal aludiendo sarcásticamente a Rodil, como «el general constitucional que persigue a Gómez, imagen fiel del hombre corriendo tras la felicidad sin encontrarla por ninguna parte».

La evacuación de Cáceres al siguiente día no se hubiera distinguido de la de otras poblaciones de su rango de no ser por cierto bizarro episodio, divulgado tanto por historiadores de la cuerda carlista como de la rama liberal, unos y otros indiferentes al hecho de que la confrontación de los dos caudillos carlistas, en un ajuste de cuentas a cara de perro, presenta visos de haber sufrido el impacto melodramático de la imaginación romántica.

De acuerdo con la versión prevalente, no del todo fabulosa ni muchísimo menos, harto el general andaluz de las ínfulas e intemperancias del díscolo e iracundo catalán, decidió quitárselo de encima preparándole una encerrona del tipo de las que hicieron famoso a César Borgia.

A tal efecto Gómez organizó la salida de la capital extremeña de modo y manera que sus batallones castellanos marcharan una legua larga por delante de las fuerzas levantinas y aragonesas, que vendrían detrás con su rival al frente.

Hasta el momento el dispositivo táctico es impecablemente prudente y normal. Comienza a desnormalizarse cuando, a distancia conveniente, el caudillo andaluz mandó llamar al tortosino y a «el Serrador» con el pretexto de darles algunas instrucciones. Ambos mordieron el anzuelo. Al galope, rodeado de su escolta, Cabrera se distanció de sus tropas para acudir con la guardia baja ante el jefe de la expedición, quien le esperaba rodeado de sus incondicionales granaderos, y éstos con el fusil horizontal y la culata bajo el sobaco.

En el curso de un diálogo mantenido sin que los interlocutores desmontaran de sus caballos, Gómez conminó a Cabrera y a su adlátere a marchar al momento con lo puesto, sin autorizarles siquiera a despedirse de sus unidades ni recoger sus bártulos. Si hubo algún forcejeo verbal hubo de ser brevísimo, de seguro. La consigna era clara y terminante a más no poder. «Vosaltres sols», y con la amenaza de fusilarlos en el acto de no ser obedecido. Es decir: formulada en un lenguaje que Cabrera entendía a la perfección.

Percatado de haber sido atrapado sin remisión —y siempre de acuerdo con la versión que se glosa— el Tigre del Maestrazgo se condujo en

el trance como gato hogareño y sumiso. Volvió grupas, picó espuelas y con «el Serrador» y su escolta pusieron proa hacia su refugio de Cantavieja, sitiado por el general San Miguel, allá lejos en las montañas de Teruel.

Cabe, sin embargo, la más que probable posibilidad de que la despedida de Cabrera tuviera lugar en circunstancias menos rocambolescas y más en consonancia con el carácter y estilo del general andaluz. Incita a conjeturarlo que entre los cargos procesales más tarde formulados contra Gómez no consta uno de la extrema gravedad que supondría haber expulsado a su principal colaborador indefenso y expuesto a una captura punto menos que inevitable.

Irónicamente testimonia en favor de Gómez su implacable denigrador y fiscal, el mariscal Mazarrasa, quien en sus «Memorias» (publicadas en 1973) describe a Cabrera retirándose bien provisto de caballería, el medio más eficaz para garantizarle un rápido retorno a sus feudos:

*Ya en Córdoba —explica el bien enterado fiscal— empezó a reconocer Cabrera su yerro y la falta que estaba haciendo en Aragón, y aunque él y Miralles intentaron acudir al remedio, nunca podían sacar sus tropas de las uñas de Gómez que tuvo arte para entreteñerlos hasta Cáceres, desde donde el día 4 de noviembre los lanzó de sí, bajo la escolta de 300 ó 400 caballos, despojándoles del resto de esta arma y de toda la infantería.*

El propio Cabrera alude en una de sus proclamas a su separación de Gómez como «incidente de doloroso recuerdo», pero reconociendo que salió «con 400 jinetes de la división de Valencia», sabiéndose que además de «el Serrador» le acompañaron en la cabalgada sus inseparables José Domingo Arnáu y el canónigo Cala y Valcárcel.

De todas formas, a Pirala y a sus seguidores les sobran hasta cierto punto motivos para extrañarse del hecho de que los gerifaltes levantinos partieran, si no tan a solas como suponen, sin la división aragonesa y la infantería de «el Serrador», pechando con los riesgos inherentes al tener que recorrer largo trecho de terreno enemigo alerta a todo movimiento carlista.

### *Interludio andaluz*

Como organismo aliviado de un elemento adventicio y perturbador, la expedición marchó, si más reducida, más ágil y compacta que nunca al mando efectivo y sin fisuras de un solo jefe. En medio de un persistente temporal de lluvias y aguaceros doblaron hacia el sur y atravesaron el Guadiana, no lejos de Don Benito, y por Palma del Río el Guadalquivir, vadeándolos ambos con pontones de carros y a la luz de la luna, en el supuesto de que brillara.

Por aquellos días de difíciles comunicaciones postales, al alcanzar Madrid la demorada noticia de la toma de Almadén, desencadenó en las altas esferas políticas un enorme revuelo, generador de acontecimientos que



*Uniformes de la época de Fernando VII: Pífono de Cazadores de Infantería.—Gastador de la Guardia Real de Infantería.—Tambor de Infantería de Línea.—Tambor mayor de la Guardia Real de Cazadores Provinciales.—Abanderado de la Guardia Real Provincial.—Portaestandarte del Regimiento de Coraceros de la Guardia Real.—Trompeta de Infantería ligera.—Trompeta de Caballería ligera.—(Lám. 138 de *El Ejército y la Armada*, por Manuel Giménez y González. Obra inédita propiedad de la Real Academia de la Historia que amablemente ha autorizado su reproducción.)*

repercutieron en los destinos de la columna, y a la larga en el futuro político del país. El 31 de octubre un grupo de diputados solicitan comparezcan ante las Cortes, para ser interpelados, el ministro interino de la Guerra y el de Hacienda, el famoso don Juan Mendizábal. Los diputados solicitaron del gobierno destituyera de su cartera al marqués de Rodil, «el general de las Paralelas», como por Madrid le apodaban entresacando el mote de las especiosas explicaciones técnicas que el ministro en campaña facilitaba en sus partes a caño roto, para justificar una serie de marchas y contramarchas soslayando encuentros con las fuerzas de Gómez. El 15 de noviembre la Gaceta publica un Real Decreto «por el que se separa al teniente general Rodil de los cargos de secretario de Estado y del despacho de la guerra y de comandante de la guardia general de Infantería».

Se trataba de sustituirlo de modo aceptable. En sus «Memorias íntimas» el general Fernández de Córdova facilita interesante información acerca de la mecánica del cambio. Profundamente afectado sir George Villiers, embajador británico en Madrid, por la caída en manos carlistas de una importante inversión británica, consiguió que el gobierno de Calatrava se acordara de don Ramón María Narváez, un prometedor coronel granadino, distinguido por su tenacidad en la persecución de la columna de don Basilio, y que andaba haciendo méritos por los montes de Cuenca. De acuerdo con esta autorizada versión el gobierno se plegó una vez más a los deseos del promotor de Espartero y cambió de devoción al confiar a Narváez el mando supremo de las fuerzas que acosaban a Gómez. Ulteriores sucesos patentizaron la extrema impoliticidad de una decisión puramente política, que subordinó a un joven coronel a generales que le superaban en veteranía y rango.

Narváez llega desde Medinaceli a Madrid al mando de una división más, la de vanguardia. Al día siguiente se exhibe en la Plaza de la Armería ante la familia real, asomada a un balcón del Palacio de Oriente, caracolando su caballo al frente de sus 5.000 infantes y 150 caballos extraídos del Ejército del Norte. Los periódicos comentan el brillante espectáculo con esperanzador deleite:

*Ha desfilaro por la plaza del real palacio y S.M. la Reina-Gobernadora ha permanecido en el balcón viendo y admirando el aspecto guerrero de estos bizarros militares, cuya disciplina ha agradado extraordinariamente en todos los pueblos por donde han pasado.*

Provisto de omnímodas facultades, Narváez sale disparado en persecución de los carlistas, mientras la columna de Gómez sigue su progresión por la campiña cordobesa y entra en Ecija, donde sus hombres descansan y se pertrechan. De momento nadie le persigue. Los problemas de Rodil son de orden más apremiante. Para liberarse de la humillación de entregar el mando de las tropas a su sucesor, lo encomienda a su segundo, al mariscal don Felipe Ribero, y por estimar desaconsejable aparecer por Madrid, como se le ordenó, se retira con considerable escolta a Extrema-

dura, y luego a Ciudad Rodrigo, donde permaneció dos años tascando el freno y a la espera que se sobreseyera la causa que se le formó.

La reaparición de Gómez por la región que le vio nacer para sus autoridades revistió la gravedad típica de las recaídas en epidemias que erróneamente se creyeron extirpadas. Se reprodujo la ola de pavor que alcanza a los más remotos lugares de Andalucía. La prensa de Madrid, entre otros de parecido diapasón, publica un comunicado nada apto para apaciguar los ánimos fuera de Málaga:

*Grandes han sido los esfuerzos de esta benemérita población para rechazar las bandas del faccioso Gómez, si intenta acercarse a ella. En pocos días hemos habilitado el castillo de Gibraltar con artillería y obras que lo hacen inexpugnable. El comandante de la corbeta guerrera llamada «Tyne», surta en este puerto, no sólo ha cooperado a estos trabajos haciéndose cargo de la construcción y defensa de una de las baterías más importantes, sino que ha ofrecido defenderla con su tripulación.*

Otro parte, procedente de Ronda, previene con un mal disimulado suspiro de alivio:

*Se ignora la dirección de Gómez, aunque se asegura se dirige a Málaga, y es muy posible que entre en aquella hermosa ciudad por haberla abandonado la mayor parte de sus habitantes, embarcando todo lo mejor que poseían.*

¡Cuán lejos de sospechar el anónimo corresponsal rondeño de *El Eco del Comercio* que al salir de Osuna los carlistas enderezaban el rumbo hacia su ciudad! A buen seguro, óptima plaza para invernar, si en aquellas aparentemente inexpugnables escabrosidades lograba Gómez instalar un núcleo de resistencia, apoyado por guerrillas serranas, como era su declarada intención.

#### *Desde Ronda a Gibraltar*

En una operación militar en la que lo insólito e imprevisto venía siendo cotidiano acontecer, no deja de llamar la atención que la formidable fortaleza natural de Ronda cayera en poder carlista sin oponer resistencia sus defensores ni disparar un tiro, aunque no fuera más que para darse oficialmente enterados de su venida. Fuera táctico ardid, o mero reflejo de nervios mal dominados, el caso fue que tan pronto apareció la vanguardia de la columna por el llano dominado por los bermejos acantilados, pedestal de la altiva capital serrana, su comandante, el brigadier Ordóñez, volvió la espalda a los acercantes replegándose al interior de las montañas con toda la guarnición.



Prometedor comienzo para el afortunado Gómez y lástima que carente de secuencia al no hallar en Ronda clima propicio para sus designios. Como augurio, no pudo ser más descorazonador encontrarse a los jóvenes de las mejores familias refugiados en los conventos de monjas de la localidad. Menos mal que duró poco la desunión familiar una vez solventada merced al precio abonado en metálico por los padres de la «élite» rondeña, a cambio de obtener del general formal promesa de que no serían molestados ni movilizados sus vástagos de reintegrarse a sus hogares. Cabe suponer que en la transacción Gómez no se privó de ninguna fuerza de choque.

Visto el fiasco de Ronda, Gómez podía hacer cualquier cosa menos permanecer quieto y al paio. Incluso evaluada desde premisa tal, la decisión adoptada en Ronda por el sorprendente general resulta en el trance inesperada. Lejos de aprovechar el tiempo disponible para dar el quiebro a las divisiones de Ribero y de Narváez, que una tras otra venían lanzadas contra un blanco común, reformó la columna en dos únicas divisiones, la castellana y la aragonesa, y tiró monte arriba profundizando hacia el sur, a sabiendas de colocarse entre sus perseguidores y las tropas de Ordóñez, que parapetadas en posiciones privilegiadas le esperaban en las alturas de Gaucín.

Ocupada la población, el guerrillero paraje que desde Gaucín se divisa hizo a Gómez reverdecir sus designios de atrincherarse en la serranía durante el invierno, estableciendo una ciudadela entre Gaucín y Casares, donde se había replegado Ordóñez. La batida cuesta abajo que dispersó a los defensores de Ronda revistió suficiente ímpetu para que no detuvieran su carrera hasta dar con sus huesos en el itsmo arenoso que separaba a La Línea de la roca de Gibraltar, donde en tierra de nadie acamparon al sagrado de los cañones ingleses del Peñón.

Desde Gaucín se envió un batallón de ingenieros a Casares, «pueblo que por su naturaleza y algunos reparos que tenía hechos, parecía que en cinco o seis días se podía poner en un buen pie de defensa». Se acopiaron víveres, desaguaron las cisternas emponzoñadas con pólvora por los soldados de Ordóñez y se comenzó la construcción de parapetos. Pero la aparición de la división de Ribero interrumpió los trabajos. Dejando en Gaucín al bravo Llorens con un batallón valenciano para retardar el avance de Ribero, al atardecer del 21 de noviembre los carlistas ocupaban la blanca atalaya marinera del pueblo de San Roque.

Al crepúsculo de aquel día memorable le tocó iluminar con pinceladas de oro el momento que, sin duda alguna, desde el punto de mira de la escenografía emotiva constituyó el momento estelar de una magnífica aventura guerrera. De encontrarse algún erudito entre los soldados que desde las alturas donde España termina vitoreaban a don Carlos contemplando el mar, muchos por vez primera en su vida, bien pudo, sin pecar de hipérbole, compararlos a los Diez Mil de Jenofonte exclamando «Thalassa, thalassa...» a la vista del Ponto Euxino, al término de una «Anábasis», o marcha, excepto en publicidad ulterior, en ningún aspecto superior a la portentosa hombrada llevada a cabo por Gómez y sus soldados.

El latido de aquel instante inolvidable supo captar para la posteridad, en su personalísimo estilo, un testigo presencial del acontecimiento, el cronista oficioso de la expedición:

*Era un día de los más claros y hermosos que se ven en aquel país; nuestro espíritu rebosaba de júbilo y entusiasmo por vernos en la parte meridional de la Península y al frente de una nación extranjera ondeando las armas y el pabellón del mejor de los monarcas, todo debido a la omnipotencia de Dios y al valor de nuestros soldados.*

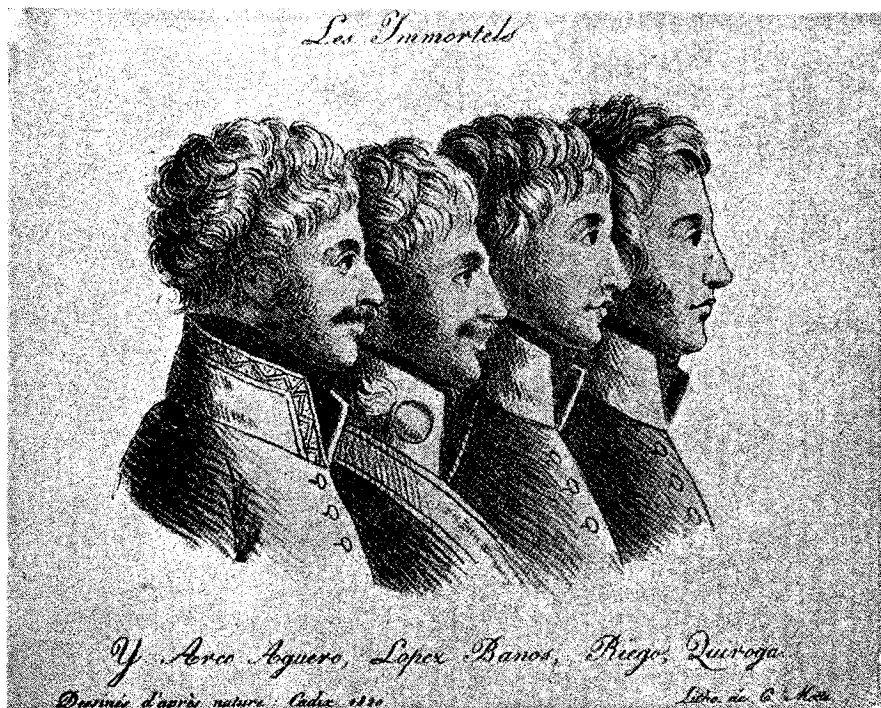
### *Entre España y Gibraltar*

Espléndido espectáculo en verdad debió montar el sol aquel día al ponerse enmarcado por las montañas africanas que enrojecían al otro lado del Estrecho. Hermosa visión, un tanto ensombrecida en retinas carlistas por la silueta ceñuda y canosa del peñón gibraltareño en ademán de «Stop». Una imagen, si rebuscada, no tan anacrónica y retórica como suena, habida cuenta que de sus adentros procedía el mensaje, corto y desabrido, que por medio de dos ayudantes envió a Gómez el gobernador de la plaza. El representante de Su Graciosa Majestad británica, puede que con el beneplácito de su insigne amigo, el futuro duque de Rivas que se encontraba refugiado en Gibraltar, notificaba el general carlista en su misiva que de aproximarse sus hombres a territorio inglés serían machacados por los cañones de la fortaleza.

A Gómez no le cupo más alternativa que tragarse la afrenta y concentrar su atención en más apremiantes problemas. Despachó a la primera división a ocupar Algeciras y al observar desde su puesto de mando el avance de sus soldados por el borde de la bahía tuvo que aguantar la visión de una escena poco edificante. Verles pasar en barcas el río Palmones sufrido el bombardeo de varios guardacostas españoles, de una corbeta portuguesa, y, lo más sangrante de todo, los disparos de la artillería del bergantín «Chasseur».

En el parte de operaciones cursado por el capitán de navío don Fernando Muñoz, comandante de la flotilla destacada desde Cádiz para frenar desde el mar la irrupción carlista, el marino se jacta ante sus superiores de su participación en atinar la puntería de cañones ingleses ametrallando tropas españolas:

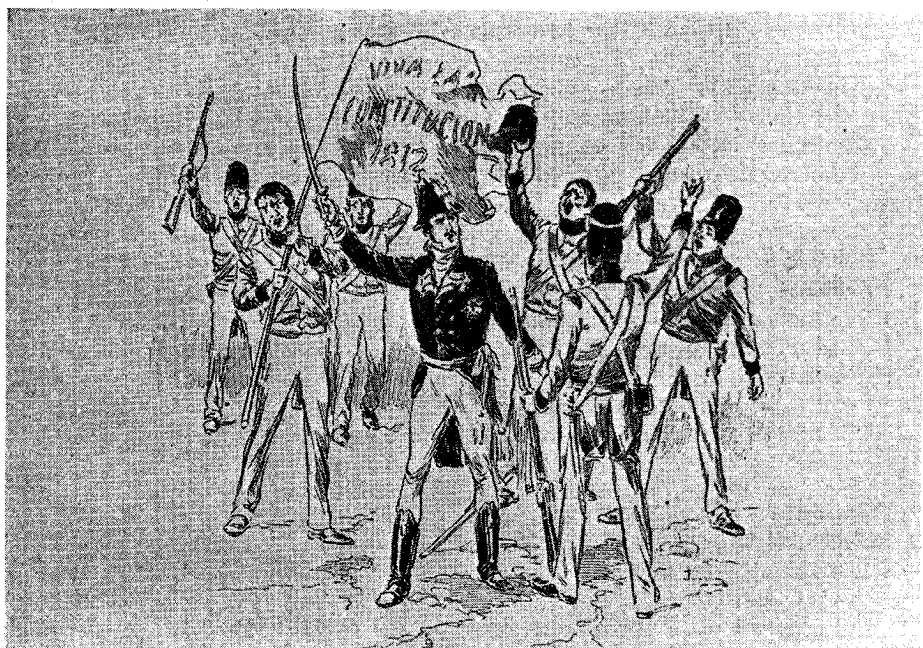
*Cuando estaba dirigiendo el fuego de los escampavías «Limeño» y «Fandango» —explicaba en su oficio el aguerrido oficial— observé por mí que se dirigían al mismo punto un bergantín de guerra inglés y una corbeta portuguesa, con señales de querer hablar. Me embarqué en la lancha y me dirigí al referido bergantín, y manifestándome el capitán no eran prácticos de las inmediaciones de la costa, y que querían entrar en fuego, me decidí a quedarme en dicho buque y servirles*



Riego y sus compañeros en una estampa popular francesa. Museo Romántico. Madrid.



Grabado inglés de 1820 elogiando la conspiración de Riego y sus compañeros. Museo Romántico. Madrid.



*El alzamiento del general Riego, en Cabezas de San Juan, y su ignominiosa conducción al patíbulo, según grabados de la época.*

*de práctico dirigiéndole por entre los bajos de la embocadura del río Palmones hasta colocarlo a tiro de metralla de los enemigos, batiendo a los rebeldes y causándole la pérdida de un capitán.*

Al poco de este modesto desagravio del percance de Nelson en Trafalgar, los divisionarios entraban en Algeciras, recibidos por la bienvenida del segmento de población algecireña susceptible de sentir especial alborozo por presencias carlistas, mientras un indeterminado porcentaje del censo los vio venir desde un observatorio, posiblemente, acompañados por el redactor del siguiente comunicado:

*Es muy loable la conducta observada por el gobernador de Gibraltar, que noticioso de la aproximación del cabecilla carlista a Algeciras acogió a todos los comprometidos de ésta y otras poblaciones inmediatas, dejando abiertas toda la noche las puertas de la ciudad, y haciendo tomar a la guarnición una actitud imponente, para quitar a Gómez toda esperanza de refugio en aquel punto.*

Los carlistas se detuvieron en Algeciras poco más que el tiempo indispensable para cumplimentar un encargo de su general. A través del cónsul francés, y en favor de los miembros de la Junta carlista de Córdoba, gente de edad avanzada que a duras penas habían subsistido a las horrendas marchas, se gestionó asilo político en el Peñón. (Al poco de retirarse el último soldado serían entregados a las autoridades cristianas y deportados más tarde a Filipinas.)

Durante la breve ocupación carlista de Algeciras en la otra punta del arco de la bahía tenía lugar una escena, por lo curiosa y pintoresca digna de ser perpetuada por una litografía romántica. Intervenían, por una parte, el destacamento que desde La Línea vigilaba a los soldados de Ordóñez, acampados como gitanos en el «no man's land» que separaba a la Península del Peñón, y, por otra, una procesión de damiselas inglesas escoltadas por oficiales a caballo que acudían en carretelas a ver de cerca a los feroces y legendarios carlistas de los que tanto hablaban los periódicos «at home». En la linde fronteriza al punto se improvisó un «zoco» o baratillo de «souvenirs». A cambio de tabaco, monedas, mermelada o cualquier otra fruslería, las «ladies» se procuraron como memento del episodio, boínas, escapularios y botonaduras con la flor de lis y el C.V. que los soldados de Gómez se arrancaban de sus guerreras.

Corta vida la del mercadillo. Al día siguiente, mientras clarines y tambores tocaban a generala y botasilla en la lejanía, desde Algeciras, San Roque y Sierra Carbonera, como ringleras de hormiguitas cansinas, pequeñas columnas de soldados convergían pausadamente en los caminos que por una hondonada en las montañas les llevaban desde el mar hasta las tierras del interior.

*De Gibraltar al Guadalete*

El curso ulterior de los acontecimientos induce a pensar que aquel «nec plus ultra» mitológico que los navegantes de la antigüedad creyeron leer esculpido en las Columnas de Hércules afectó de análogo modo al ánimo y designios de Gómez. La trayectoria seguida en lo sucesivo por su expedición recuerda a la de un corredor de «cross country» que conquistada la meta final, y obtenido el premio que con su esfuerzo ganó, regresa al punto de partida por el camino más corto posible.

Claro está que aplicando a su predicamento, el símil deportivo se desmorona contrastado con el hecho de hallarse el corredor carlista más lejos que nunca de su meta postrera y verdadera, de la que le separaban las espeluznantes dificultades que erizaban las primeras jornadas del retorno. Satisfacer caprichos —explicable en su caso— de estrategia comprometido, le había costado situar a la columna en peligrosísima posición, cercada por un total de 40.000 hombres y 2.000 caballos tirando por lo bajo. Espinosa, Quiroga, Alaix y Ribero desplegaron sus tropas frente a él en cuarto menguante y en Arcos de la Frontera se preparaba la división de Narváez a darle el golpe de gracia. Lo que significaba encontrarse acorralado contra el mar del Estrecho y expuesta la espalda a los cañones gibraltareños, que acababan de darle muestra más que cumplida de lo poco amistosos sentimientos albergados por los inquilinos del Peñón.

Su situación era crítica a más no poder. De tomar como escapatoria la única ruta expedita, la carretera ribereña a Estepona y Marbella, equivaldría a cavarse su propia sepultura con Alaix agazapado en las alturas de San Pedro de Alcántara. Optó por tirar en línea recta hacia Alcalá de los Gazules, «en dirección al punto por donde venía el rebelde Narváez por ser el que ofrecía más fácil salida, aun cuando me viese en la precisión de sostener un combate para abrirme paso», como el propio Gómez explica en un parte mucho más tarde enviado a su Cuartel General en Durango.

Y montaña arriba tiró; y resuelto a perforar el dogal de hierro que por minutos iba reduciendo su abertura, como garrote ansioso de apretar el gañote de un sentenciado. Y paso se abrió, a lo loco y como mejor pudo, cubierta su zaga por un batallón que libró batalla con la vanguardia de la división de Ribero, que bajaba de San Roque. Un combate de cuya fiera idea cierto parte oficial que felicitaba entusiásticamente al alcalde de Los Barrios, «que con su gente ha cogido más de doscientos descarriados, mas como quisieran hacer resistencia, muy pocos han quedado vivos».

La escaramuza dilatoria con las fuerzas que de más cerca le hostigaban permitió a Gómez penetrar profundamente hasta Alcalá de los Gazules, y durante una noche en que la mayoría de sus hombres descansó, tender un puente de carromatos sobre el Guadalete, en las inmediaciones del pueblo de Majaceite. Su celeridad había rebasado las previsiones de Narváez, acantonado en Arcos, quien tuvo que conformarse con que su lugarteniente Ros de Olano, picara la retaguardia carlista defendida por los batallones de Fulgosio. Encuentro el de Majaceite, en definitiva, al que en su parte no

dio Gómez importancia alguna, ni por lo visto tampoco sus tropas que en ordenada retirada entraron en Osuna sin acusar síntomas de quebranto.

El haber dejado Narváez que se le fuesen de las manos vivas y coleando fuerzas que fueron tomando importantes poblaciones no fue óbice para que aprovechando la sed de victorias que denotaba el gobierno transformara el ladino brigadier la inocua refriega en la brillante acción de Majaceite, piedra angular de su prestigio. En el parte que cursó desde Arcos de la Frontera, Narváez daba cuenta con más desparpajo que exactitud de «la derrota y dispersión de Gómez», afirmando haber reducido «una fuerza enemiga de 12.000 hombres a sólo 2.000». Para cuadrar un saldo descabado por la ínfima cuantía de cautivos insertó en el comunicado un párrafo sobrecogedor: «Tengo en mi poder 150 prisioneros entre oficiales y tropa, y son tan pocos porque el soldado se cebó en matar».

Son estadísticas, más que discutibles, pero extraídas de un parte de guerra que en Madrid haría interrumpir una sesión de Cortes para escuchar su lectura con el arrobó y alivio con que en Londres oyeron la lectura del comunicado de la rota de Waterloo.

Todos son parabienes y gozo. La prensa capitalina rompe sus reticencias sobre «el general faccioso» y con tipográfico alborozo exalta al brigadier granadino «estirpador de la bicha carlista».

### *La noche de los generales*

No obstante, el parte de defunción de la bicha carlista pecaba de prematuro y pérdida de credibilidad contrastado con los hechos y los propósitos albergados por aniquiladores y aniquilados. Claro estaba que el objetivo de Narváez se cifraba en destruir a las fuerzas de Gómez como a su salida de Madrid había formalmente prometido hacerlo en el plazo de un mes. Objetivo tan diáfano como que el de su contricante se cifraba en librar a sus soldados del cepo. Acontecimientos subsiguientes señalan con la elocuencia de los hechos al auténtico vencedor de la porfía. Y también documentos.

El uno de diciembre, a la semana de la acción de Majaceite, confrontado Narváez con la necesidad de explicar de alguna manera que quienes de tan rotunda manera trituro, prosiguieran conquistando Osuna, Baena y otras importantes localidades sin trabas de entidad, en exposición enviada a la Reina-Gobernadora, desde su cuartel general de Loja, vióse obligado a matizar su versión original «de la derrota del rebelde Gómez a orillas del Guadalete». La exuberante vitalidad del don Rodrigo carlista, que en aquel momento se hallaba cruzando los Despeñaperros, atribuyó a un hecho cierto. A la actitud de las tropas encomendadas por el gobierno a su mando, «que se me sublevaron en peso».

En efecto; al presentarse en las puertas de Cabra a despojar a Alaix del mando de unas tropas que le idolatraban, los soldados saludaron a su nuevo jefe con una sentada colectiva a los gritos de «¡Muera Narváez! ¡Viva Visera!». En emotivo estilo folletinesco Narváez relata las dramáticas circunstancias en que tuvo lugar el plante de la tercera división:

*Los tambores batieron el redoble de alto, los soldados unos se tendieron, otros armaron contra mí sus bayonetas, los oficiales y sargentos los apoyaron en el motín: tiré mi espada (galicismo equivalente a que la desenvainó), esforcé mi voz y me hice obedecer al pronto, pero contenida la vanguardia la retaguardia pedía a gritos se presentara el general Alaix.*

En su descargo, Narváez no vacila en poner en entredicho la disciplina del mariscal Ribero y del brigadier Diego de León, así como acusar al general Alaix de insubordinación descarada y abierta:

*El señor general Alaix se apoderó del mando sin resistencia mía, pero aun después de conseguido esto se probó de asesinar-me, y el teniente D. Francisco Vázquez, en presencia de su general, que nada puso de su parte para impedirlo, arrebató un fusil a su compañía, y me apuntó incitando a los soldados al asesinato (12).*

Información inexacta por incompleta. Narváez omite el dato de que sin duda habría perecido asesinado de no ser por la precaución del general Alaix, que, sin plumas y cacareando, pero protegido por una fuerte escolta, le mandó a Antequera, donde en lugar tan impropio para molestar a Gómez había dejado su división de vanguardia.

Cabe la posibilidad de que semejantes dimes y diretes entre perseguidores salvaran a los perseguidos de una suerte fatal, con desenlace opuesto al de las liebres que en la fábula platicaban si galgos o podencos venían tras ellas. Mientras los generales dirimían sus porfías y personales rencillas, Gómez reanudaba su escapatoria, aunque más vulnerable que nunca por lo factible de adivinarle a simple vista el curso de su progresión.

Una vez resuelto por la vía rápida el contencioso de Cabra, bien a las claras pondría el mariscal Alaix en evidencia el punto flaco de su rival al reemprender la persecución con mayores efectivos y renovado denuedo.

Por su parte, Gómez tenía motivos para imaginar que la acción de Majaceite le había conferido una tranquilizante ventaja, que trató de incrementar acelerando el paso. Se había trasladado de un salto de Morón a Osuna, con noche en Estepa, y tras un alto de cuatro horas en Cabra, para aprovisionarse, había alcanzado de un tirón, y sin dormir, la ciudad jienense de Alcaudete, donde a requerimiento de sus subordinados, y contrariando su proyecto de llegarse hasta Martos y Torredonjimeno, hubo de detenerse para pernoctar.

En el transcurso de cinco meses de acoso, una sola vez había logrado coger Alaix desprevenido a su contricante, por lo visto, la única manera de derrotarle. El pertinaz general ceutí repitió su triunfo de Villarrobledo en Alcaudete, donde llegó casi a media noche, a costa del sueño de sus tropas pero beneficiándose del de las de Gómez. El no encontrarse los

(12) Ramón María Narváez, ex comandante general de la División de vanguardia del Ejército de Operaciones: *Al Congreso Nacional y al público* (Madrid, 1837).



retenes y guardias carlistas todo lo despiertos que debían, hizo posible que la caballería de Alaix rodeara inadvertida el pueblo, armándose una infernal marimorena al introducirse la infantería cristiana por las calles de Alcaudete. Una vez más, y a tiro limpio, Gómez se escabulló de la encerrona, con la mayoría de sus tropas, en gran parte vivaqueando por las afueras de la población. Y no ciertamente como por Andalucía se dijo —y un periódico lo recoge— «montado a pelo en una mula y gritando ¡Viva Isabel II!, en calzones blancos».

Prisioneros no hizo muchos Alaix en la acción de Alcaudete, pero liberó bastantes de los que se llevaban consigo los carlistas, algunos desde su toma de Córdoba. De lo que se apoderó fue del hospital y el bagaje de la división, así como de su caja o tesorería. Tampoco en esta ocasión logró el general isabelino sacar pleno partido a su victoria. Tal vez no pudo, afanados sus soldados, como los de Wellington en la batalla de Vitoria, en repartirse el tesoro de onzas de oro y de duros de buena plata que capturaron. Los carlistas aprovecharon la detención de sus enemigos para retirarse al vecino Martos, cerquísima a Torredonjimeno, cuna de su general. Descansaron en Martos de cinco a nueve de la mañana, y al evacuarlo dejaron al pueblo maltrecho y depauperado de resultas de un saqueo para reponer parte del bagaje perdido.

En los anales liberales no consta la acción de Alcaudete con relevancia especial. Quizá no interesaba al gobierno desdeirse del triunfalismo de Majaceite y darle propaganda al triunfo de un general destituido y técnicamente en rebeldía. Pero no cabe duda que la sorpresa de Alcaudete le infligió al carlista quebranto muy superior al sufrido en Majaceite.

No puede decirse que la capital de la provincia estuviera a la altura de las circunstancias ante sucesos tan próximos cuando ni se asomó a la parte exterior de las murallas a la vista de unas tropas enemigas que desfilaron desde Torre del Campo en dirección a Mengíbar para pasar el Guadalquivir, inutilizando las barcazas que le sirvieron para franquearlo, y desembarcar a la altura de Bailén en el camino real de Andalucía a Madrid.

### *Operación retorno*

La biografía de la expedición ingresa en una fase linear en la que dejan de contar tácticas, arrojó, potencia de fuegos o efectivos de las fuerzas en pugna. Se inicia una batalla de piernas y de resistencia al frío, al hambre y al insomnio, a decidir por la fibra física y moral de cada contrincante. Planteada la cuestión sobre bases tales era predecible que la ventaja se iba a inclinar en favor de los voluntarios de don Carlos.

Despegado Gómez en esfuerzo sobrehumano del acoso de la jauría, al día siguiente, y sin rastros visibles de Alaix, la expedición asciende las rampas que desde La Carolina conducen hasta Santa Elena, donde pernottan, y seguidamente descienden por los escarpados riscos del hondón de

Despeñaperros, sin que nadie les moleste, siguiendo la carretera general hasta Valdepeñas, para poco menos que a campo traviesa, pasar desde La Mancha a la Alcarria.

En Horche, y para reintegrarse a su teatro habitual de operaciones, se les separa la brigada de Valencia con bastantes aragoneses. El resto de la expedición salió de la Alcarria por Torija, y desde Hita y Cogolludo traspuso la cresta nevada de la cordillera central por los Condomios, el mismo punto que en sentido inverso remontaron el verano anterior.

Se adentraron por Castilla la Vieja en marcha cada vez más penosa y pausada. Curiosamente, sin sufrir las acometidas de las unidades que flanquean su trayectoria, para las que hubiera sido presa fácil una columna en marcha rectilínea por la helada etapa castellana. Sorprendentemente nadie les sale al encuentro, y las guarniciones adyacentes a su recorrido, alertadas desde Madrid por el alto mando, se muestran más interesadas que en entablar combate en proteger a las plazas confiadas a su custodia; su acción ofensiva se limita al continuo hostigamiento de los flecos de una columna que desfila como un blanco móvil en un campo de tiro.

Era obvio que por parcos y distantes que fueran, los contactos de la expedición producían consecuencias nefastas en los mandos del ejército isabelino. Regla confirmada por el eclipse temporal de la nombradía del normalmente enérgico y combativo general don Evaristo San Miguel. El ínclito vencedor de Cabrera en Cantavieja poseía muy concretas instrucciones del gobierno para ocupar con su división posiciones adecuadas para cortar el paso y hacer añicos a la columna carlista. Sin embargo, por falta de suministros o escasez de moral, no logró que sus soldados se desplazaran con una celeridad obstaculizada por la implacable furia de la meteorología, costándole su inoperancia en la ocasión el cargo de comandante general de Aragón y un embarazoso proceso acusado de impericia y negligencia.

### *La recta final*

Sin novedades dignas de mención en un parte castrense, la expedición cruza el Duero a la altura de Osma y por Covarrubias, Silos y los Montes de Oca alcanza la carretera general de Madrid a Francia, cortándola en perpendicular por el puerto de la Brújula, a menos de cuatro leguas de Burgos capital.

La preocupación que en los resortes del poder gubernamental infunden las noticias del segundo sitio de Bilbao relega a segundo plano la marcha de una modesta columna en retirada. Azotada por la inclemencia del invierno castellano remite la furia de la persecución. En Aranda de Duero queda descolgada la caballería de Diego de León y en Lerma gran parte de la infantería de Alaix. Gómez avanza por los lodos congelados de la Bureba, hasta la vecindad del monasterio de Oña, y en un rasgo de audacia, se permite la temeridad de pasar el Ebro por el puente de La Horadada, introduciéndose por una ratonera natural donde una compañía de infantes,

apostados en los riscos dominantes de aquel impresionante embudo de granito, mandados como es debido, le hubiera sido fácil con disparos y peñascos frenar a tropas dos veces superiores a las que aún conservaba el general carlista.

Los riesgos se acrecientan con la meta casi a la vista. Al amanecer del día 17 la retaguardia libra en el pueblo de Extramiana su combate postrero con los «peseteros» riojanos de don Martín Zurbano, y en la noche del 19 de diciembre de 1836, y acercándose por la espalda, los expedicionarios traspasan las líneas de vanguardia enemigas.

La expedición ha concluido. En un alarde de simétrica precisión el general Gómez se había regalado con el táctico gustazo de rematarla rindiendo etapa final en Amurrio: el punto exacto del que salió.

Una telegramática nota al pie de la última página del diario madrileño *El Eco del Comercio*, da cuenta del acontecimiento el día de Navidad: «Por fin tenemos el consuelo de que Gómez ha entrado en los dominios del rey selvático con una banda de piojosos y sin nada absolutamente de sus rapañas.»

Como es natural, muy distinto en tono al retórico palpito de altivez, más que justificada, con que al comentar la llegada a Orduña, «capital de Vizcaya, término de nuestras jornadas», cierra su relato el cronista oficioso de la expedición:

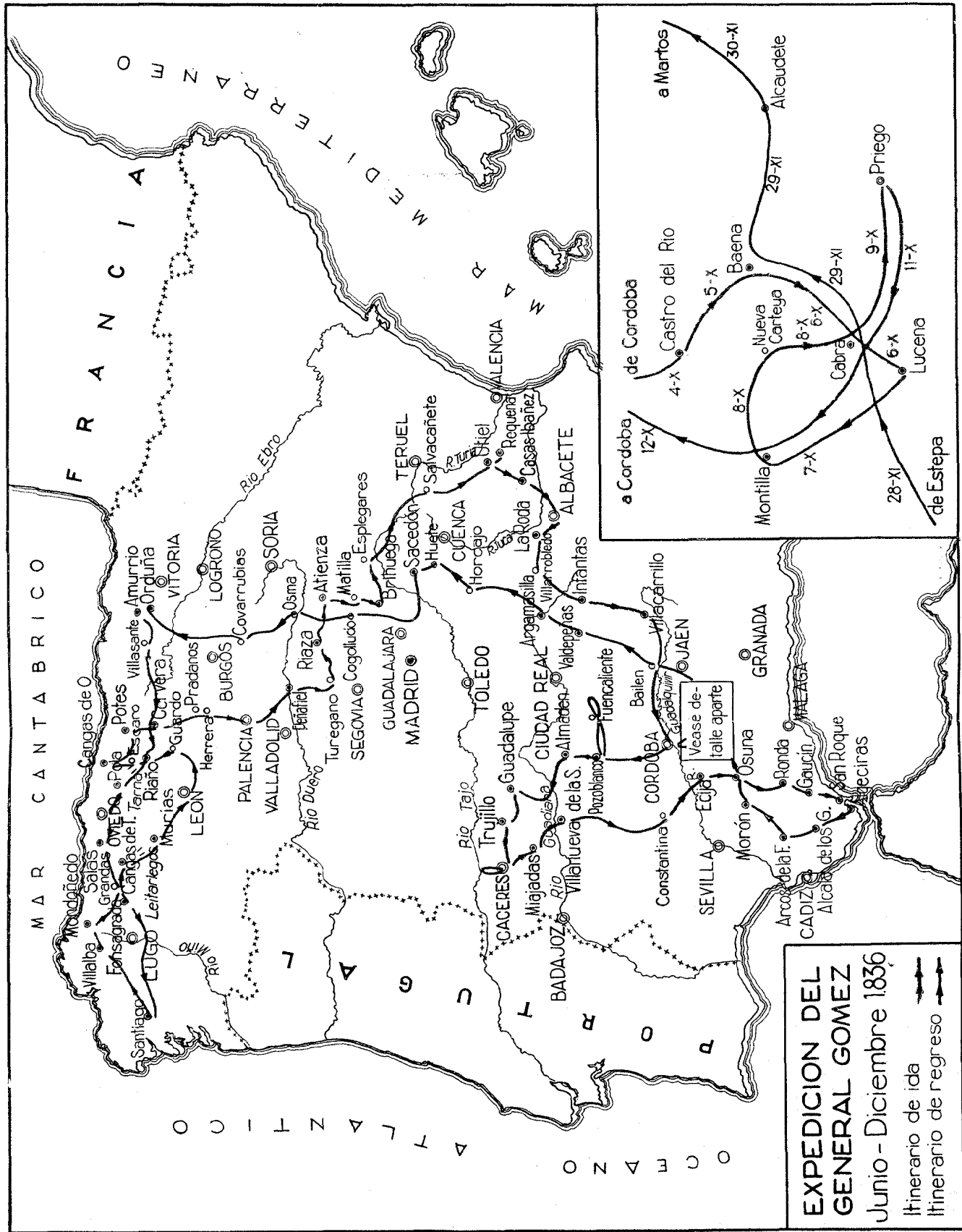
*Entró la fuerza de la 1.ª División de 1.953 infantes, 293 caballos, las dos piezas de artillería que sacamos con aumento de artilleros y trenistas; y la 2.ª con 1.200 infantes y 340 caballos, por donde se demuestra que a pesar de la pérdida que hemos debido sufrir necesariamente en las acciones, hospitales y largas marchas, nos hemos podido presentar orgullosos en estas provincias por haber ejecutado lo que muchos se resistían a creer, habiendo vuelto con más fuerzas que salimos.*

Efectivamente. Por espacio de veintiséis días, los más cortos y gélidos del año, y con sus noches, cada una más oscura y prolongada que la anterior, la expedición había atravesado España de punta a cabo, desde Gibraltar a Vizcaya, en caminata ininterrumpida, alucinante y letal. Cierto que muertos, heridos, enfermos o cautivos, no pocos de sus hombres habían quedado desperdigados por montes, presidios, campos y caminos. Cierto también que los supervivientes llegaban extenuados, maltrechos y mal cubiertas sus carnes ateridas por gloriosos harapos. No obstante, el general Gómez había recalado en su base de partida doblando a fuerza de astucia y audacia la oposición de la flor y nata del ejército isabelino, con más soldados, triplicada la caballería con que salió, escoltando importante botín y un selecto acopio de prisioneros.

Durante cinco meses y veintitrés días los que aguantaron la proeza en su integridad habían recorrido unos 4.500 kilómetros de territorio enemigo,

flameando la bandera de su soberano en 25 provincias de las 47 que componían la España peninsular y tomado seis capitales, con Santiago de Compostela, Ronda, Algeciras y las minas de Almadén de propina.

Míresela por donde se la mire, gesta rutilante y sin parigual la protagonizada por Gómez y sus soldados a la que puso indigno colofón el recibimiento que al victorioso general andaluz le preparaban sus norteños correccionarios. A las pocas semanas de su llegada le recluían prisionero en el castillete vasco de Urquiola, sometido a proceso por insubordinación, malversación de fondos, abuso de autoridad y clemencia excesiva con los prisioneros. Una anomalía que corona la por tantos gloriosos motivos anómala expedición.



**EXPEDICION DEL GENERAL GOMEZ**  
 Junio - Diciembre 1836  
 Itinerario de ida  
 Itinerario de regreso

## LA IMPROVISACION DE OFICIALES EN LA GUERRA DEL 36

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Coronel de Infantería  
del Servicio Histórico Militar

Hay una diferencia básica y sencilla en la actitud del mando de los Ejércitos enfrentados, por causa de su situación inicial, que explica por sí sola las grandes diferencias de organización de Escuelas y aun de estilo de los oficiales improvisados en una y otra zona. En esto sí que hay que tener en cuenta la diferencia entre los medios de los «gubernamentales» y los «facciosos». El Gobierno tenía en Madrid intactos todos los resortes de la Administración Central, instalaciones, personal y medios. Los ministerios de la Guerra y de Marina, sus brazos ejecutivos: Subsecretarías y Estados Mayores ministeriales. Contaba también con los centros de movilización, experimentación, localización por el sonido, escuelas de aplicación, aviación central, aeródromos y parques, base de carros de combate y el mejor de sus dos regimientos, servicios de artillería, ingenieros, transmisiones, cartográfico, transportes y escuela de automóviles.

El Ejército de Franco estaba escasísimo de Estado Mayor, teniendo contados jefes y muy pocos oficiales, la mayoría venidos de Africa. El comandante Barroso, que desempeñaba un buen papel de agregado en París, tuvo que acudir junto al Generalísimo para ser uno de sus primeros colaboradores. La primera planificación se improvisa. La primera orden que el Caudillo dio a Barroso al presentársele recién llegado de París fue ésta: «Vaya a Salamanca y organíceme allí un Cuartel General», con lo que hubiese a mano. En todo tenían que partir de cero, con lo mínimo indispensable.

En cambio, tanto en los ministerios militares como en los Cuarteles Generales de los rojos podía seguir prodigándose la frase habitual en el Estado Mayor antes de tomar cualquier decisión: «Tráigame antecedentes», y el oficial de oficinas militares venía cargado de legajos y tomos del *Diario Oficial*, tras lo cual se hacían minutas y «tantos» a las secciones que tuviesen alguna relación con el asunto, pidiendo informes o asesoramientos. Ante la necesidad urgente de improvisar mandos de Artillería

para cubrir bajas y dar cuadros a las nuevas unidades, los que tienen la responsabilidad de hacerlo tratan de asegurarse la mínima eficacia, imponer su dominio del tema y salvar su criterio demostrando que no se puede abreviar demasiado un plan de estudios. Como hay antecedentes a la vista, el problema es reducir y la máxima elasticidad en la reducción es convertir tres años en tres meses. Por otra parte, no pierden de vista que son el Ministerio de la «España oficial», del «Gobierno legítimo», que en su insistencia al proclamarlo denota su inseguridad, pero se sienten obligados a pensar en el futuro Ejército del que formarán parte esos «tenientes en campaña» y plantean unas líneas generales para después de su supuesta victoria. Se preguntan: ¿Qué será de los oficiales al terminar la guerra? Los militares improvisados para la campaña tendrán que revalidar su título basándose principalmente en su actuación según conste en los informes político-militares que den sus jefes y acaso en un examen y algún curso breve de información o actualización. Es decir, se le da a todo una tendencia, promesa al menos, hacia la efectividad y profesionalidad de los nuevos «oficiales del pueblo» que han de ser base del Ejército Popular del futuro. Les entusiasma y a la vez les abruma el que «los jóvenes del pueblo» se hagan tan fácilmente militares y desde el principio se estudia el medio más sencillo de asegurarles que, de no haber nada en contra, se quedarán en el Ejército.

Por otra parte, les parece imposible reducir a menos de tres meses los programas de las Academias de Artillería que tienen a la vista, porque los han traído como «antecedentes». También influye en ello la moral defensiva. Se trata de suprimir y nunca se tacha todo menos veinte líneas; pero es que tampoco se podía hacer oficiales en quince días a los analfabetos, ya que en principio es cuestión de honor y exigencia político-sindical que los milicianos tengan sus propios oficiales, o sea, que los oficiales sean de origen obrero —en el fondo o en la forma, pues se cierra el paso no sólo al señorito universitario, sino que incluso está mal visto el mero bachiller, aunque no el maestro—, lo prueba el entusiasmo con que se jalea al que de obrero manual se hace teniente y el orgullo del «pueblo» si luego, de comandante, llega a mandar una Brigada y hasta un Cuerpo de Ejército. Así se admira al «Campesino», que está en ese caso, pero también a Modesto y a Líster, que no lo están, pues han sido alumnos, el primero tres años, el segundo acaso algo menos, de la Academia Frunce de Moscú, en realidad son profesionales «de carrera corta» y no tan corta. Pero esto no lo proclaman, sino su profesión de ebanista y cantero, respectivamente. Líster trabajó un año en la construcción del metro de Moscú, pero de capataz, y alternando con sus estudios militares. En suma, los «oficiales del pueblo» son el ideal de la masa popular, compartido por los militares que sirven a los rojos, desde el primero al último, como una demagogia concesiva con las tendencias y aspiraciones revolucionarias.

Franco, sin Administración Central, sin Ministerios Militares ni Es-

tados Mayores Centrales, sin archivos ni asesores docentes, con oficiales africanistas en su mayoría, tiene que partir de improvisarlo todo, publicando decretos y órdenes en un *Boletín Oficial* inventado por la Junta de Defensa, operando con el mapa Michelin. No puede pedir «antecedentes» porque no se los traen o llegarían demasiado tarde para la agilidad y la rapidez que requieren sus maniobras, su planteamiento de las operaciones, siempre ofensivas. Y al tener que partir de cero, con sólo una cuartilla en blanco sobre la mesa, se improvisa sobre ella el esquema mínimo de conocimientos para mandar una sección de Infantería en combate —la necesidad primordial de los rojos es en Artillería—. No se trata de ir reduciendo programas hasta llegar al límite, sino de señalar lo absolutamente indispensable, en el mínimo tiempo, quince días y, por orden de importancia, añadir lo que quepa, sin perder de vista la finalidad primordial: «táctica de sección de Infantería en combate ofensivo». Era porque se unía la necesidad con la deficiencia, pero, en cualquiera caso, se avenía todo ello con la claridad de visión de Franco y su espíritu esquemático, práctico y funcional. Aunque hubiera tenido «antecedentes», quizá los hubiera apartado, cerrada la legislación y sin desatar los legajos, para preguntarse, con el mismo espíritu de Verdy du Vernois, según unos, de Moltke en Sedán, según otros: «Al diablo los principios. ¿Aquí de qué se trata?»

En el fondo se enfrentaban, radicalizadas en cierto modo, las actitudes del militar de campo y el militar de gabinete. El problema de la improvisación de mandos no era sino un aspecto particular de lo que ocurriría en la organización general del Ejército y en la dirección de la guerra, porque en lo orgánico siempre se adelantaba la organización roja, sobre todo cuando el coronel Vicente Rojo, militar de Estado Mayor y de gabinete, hombre aferrado a los ejercicios sobre el plano, sintió la tentación de ser el generalísimo rival de Franco, que era de Infantería, esencialmente campero y campeador.

## I

### LOS ALFÉRECES PROVISIONALES

El germen de los Oficiales Provisionales estaba en aquel radiograma descifrado en el Cuartel General de Franco a las 20,30 horas del 30 de agosto de 1936, donde Mola consultaba: «Vista falta oficiales, propongo crearlos de complemento con bachilleres, mediante curso corto y enseñanzas prácticas. Dime tu opinión» (1). Era un breve anticipo de su carta de



la misma fecha, que iba a constituir el documento fundacional de «una promoción de Alféreces de Complemento con chicos de relativa cultura», a los cuales «podía habilitárseles después de un cursillo de un mes o mes y medio, sin derecho ninguno a ser reconocidos como oficiales técnicos, para evitar lo que ocurrió con los antiguos *provinciales*» (2). Ya en su origen se prevenían las medidas restrictivas que luego se irían acumulando hasta llevar al límite el concepto de provisionalidad.

Preguntaba Mola a Franco su opinión, condiciones de ingreso y materias del cursillo y le proponía que redactase un borrador del decreto (3). Franco no lo hizo, pero contestó a vuelta de correo, el 1.º de septiembre, opinando que el curso debería ser de dos meses, y las materias: «disciplina, educación moral y parte práctica indispensable para mandar sección de Infantería». Consideraba «imposible en tan poco tiempo hacer oficiales de Artillería e Ingenieros» (4). Había anticipado su conformidad con el propósito adelantado por Mola, en un radiograma del 31 de agosto cursado a las 12,15 horas.

Sin embargo, debió considerarse tan apremiante la necesidad de oficiales que tres días después, el 4 de septiembre, se firmaba el decreto 94 convocando un cursillo, no de un mes, el mínimo de Mola, ni de dos, el de Franco, sino de quince días, y no sólo para alféreces de Infantería, sino también de Artillería, los que Franco consideraba imposible formar en dos meses. A él sucederían otros tres de la misma duración y luego dos más de veinticuatro días hasta un total de seis simultáneos en las Escuelas de Burgos y Sevilla, más cuatro en la de Xauen y dos en cada una de las de Baleares y Canarias. Es curioso observar que sólo para la proyectada Academia de Requetés se decidieron cursos tan cortos: de veinte días para Infantería, treinta para Caballería y cuarenta para Artillería.

(1) A.G.L. Ejército del Norte. (A-15, L-1, C-7, D-1.)

(2) Alude a los oficiales de las Milicias Provinciales», tropas de la reserva con misiones de orden público, un tanto semejantes a los de la actual Guardia Civil, cuyos reglamentos constituían «una elemental amalgama de las Hermandades de Carlos I con ciertos conceptos elementales del Ejército». Cumplieron bien cuando se las empleó en la guerra de la Independencia y terminada ésta se destinó a ellas a los oficiales excedentes en la reducción de plantillas. En las campañas de Cuba y Filipinas se agudizó el problema, pues los oficiales «provinciales» creados en elementales academias de Ultramar, invocaron derechos adquiridos para pasar a los cuadros permanentes del Ejército peninsular. El resultado fue un forzado crecimiento de las escalas de oficiales. Desde entonces se mantenía vivo en el Ejército el recuerdo de los «provinciales». Por eso en 1936 los oficiales «provisionales» no adquirirían derecho alguno para después de la guerra, como insistentemente se repitió en las convocatorias, al concedérseles «el grado correspondiente a su empleo, con carácter provisional y exclusivamente por el tiempo que durase la campaña.» La inmediata movilización por causa de la guerra mundial hizo que se volviese a llamar a buen número de los «provisionales» ya licenciados, produciéndose la inflación de escalas por motivo inverso al que se trataba de evitar.

(3) A.G.L. (A-1, L-59, C-5, D-2.)

(4) A.G.L. (A-1, L-59, C-5, D-2.)

153  
Al Sr. J. Mola  
T. O. - 1-9-36 2  
Para las promociones de  
fineses complemento en  
conforme con los  
tiempo en tres o mas  
y medio operando en  
cuanto debe ser de dos  
meses.

Materia en sus  
las disciplina educacion  
moral y parte practica  
indispensable para man-  
dar seccion infanteria,  
mas en ese tiempo es  
imposible para oficiales  
artilleria e ingenieros

R.O. 21-8-36 a las 12'15 - 1/2

Señal transito a Sr. J. Mola

Estoy muy afortunado

propuesta crear oficiales comple-

mento en fuerza que es de

Desgracia a las 14'30

El Com. de C. de

J. Mola

El 31 de agosto anticipa Franco su aceptación del plan de Mola sobre alféreces rápidos de complemento y al día siguiente propone curso de dos meses y materias de disciplina, moral y prácticas de mando de sección de Infantería. A. G. L. (A-15, L-1, C-7 y A-6, L-343, C-1.)



EL GENERAL JEFE  
DEL EJÉRCITO DEL NORTE

Valladolid 30 de Agosto de 1.936

Excmo. Sr. D. Francisco Franco  
Cáceres

Mi querido general y amigo: dada la escasez de oficiales é incluso de cadetes para habilitarlos como tales he pensado en hacer una promoción de alféreces de complemento con chicos de relativa cultura. Estos jóvenes podrían habilitarse después de un cursillo de un més o mes y medio sin derecho ninguno después de la campaña a ser reconocidos como oficiales técnicos para evitar lo que ocurrió con los antiguos "provinciales".

Yo creo que la Academia podría establecerse en Pamplona o Burgos y quisiera saber con anticipación tu opinión sobre el asunto, forma de hacer el ingreso si lo que propongo lo juzgas viable, así como de que materias debe constar el cursillo.

Para abreviar puedes incluso hacer un adelanto del proyecto de Decreto.

En espera de tu inmediata contestación se despide tu affmo. s.s. amigo y compañero que te abraza

*Francisco Franco*

*A Franco  
Caceres,*

*30 Agosto 1936*

*10/2  
J.F.*

*Esta falta operales propiamente <sup>de complemento</sup> creados en  
bachilleres mediante suos cursos y exámenes  
las prácticas. Dime tu opinion*

*Hecho - 30-8-36 a las 20'30*  
*A*

La carta fundacional de los Alféreces Provisionales y telegrama que la anticipa. A. G. L. (A-1, L-59, C-5 y A-15, L-1, C-7.)

Antes de transformarse las Escuelas de la Junta de Defensa en Academias de a *Dirección de Movilización, Instrucción y Recuperación (MIR)* —al mando del general Orgaz—, se habían producido los intentos de crear Academias de Milicias. Las Milicias políticas se unieron al Alzamiento Nacional sometidas a los mandos del Ejército, a las órdenes de sus oficiales, sin dejar de tener sus mandos naturales. La falta de militares en algunas de ellas, hizo que ciertos voluntarios, ya encuadrados en unidades de milicias, pasasen a alistarse en otras del Ejército, como soldados, considerando que «la guerra es cosa de militares». Pero el problema se hizo reversible cuando se requirió a los combatientes de milicias para hacerles Alféreces Provisionales del Ejército, pues, con lógico espíritu de autonomía, en las Jefaturas de Milicias se pensaba: «Para improvisar mandos, ya lo haremos nosotros.» Así evitarían ceder sus mejores hombres a otros grupos políticos, mientras se exponían a recibir oficiales no afectos a su ideología. Era un problema inevitable que por causas muy distintas —más o menos relacionadas con sus Academias— dio lugar al destierro del jefe delegado de la Comunión Tradicionalista (Manuel Fal Conde) y a la condena a muerte de la Junta Política de la Falange (Manuel Hedilla) y un alumno de la Academia de Jefes de Centuria, más otros cuatro condenados a treinta años.

Primero fue el decreto de 8 de diciembre, creando una Academia Militar de Requetés, cuya segunda parte se publicó en *El Pensamiento Navarro* del 18 de diciembre, tras un anuncio de su convocatoria, dos días antes, a la vez que en *El Norte de Castilla*, *El Noticiero* de Zaragoza y los periódicos de Sevilla y Córdoba. Al decir del primer diario, el decreto de «La Jefatura Delegada de nuestro Augusto Caudillo en España», creaba la «Real Academia Militar de Requetés», que, según *el Noticiero*, funcionaría en Toledo (5). El oficio del Generalísimo en relación con sanciones a cinco censores militares: de Valladolid, Zaragoza y dos de Córdoba (no consta el de Pamplona), aclaraba definitivamente la raíz del conflicto, que no era la creación de la Academia en sí, sino las atribuciones que se arrogaba el mando carlista para dictar un «decreto» sobre «Real Academia», equivalente a un «real decreto», no sólo equiparable, sino, aparentemente de superior jurisdicción y autoridad a los que dictase el jefe del Estado. Otro motivo sería el engañoso título de «nuestro Augusto Caudillo en España» que el diario daba al regente carlista, lo que unido a la palabra «decreto» hizo posible la desorientación de la censura, pensando que se trataba de una disposición de Franco.

Pese a la gravedad de lo anterior, aún en abril de 1937 no había nada concreto contra la formación de oficiales de milicias, estando en Pedro Llen (Salamanca) la tercera promoción de jefes de Centuria, propuestos simultáneamente para tenientes provisionales (la primera fue la de La Jarrilla, en Sevilla), que hubiera salido de la Academia a mediados de mayo.

---

(5) Este dato de establecerse la Academia en Toledo figura en *El Noticiero* de Zaragoza del 18 de diciembre de 1936, pág. 5.

Los sucesos salmantinos del 16 de abril, en los que se juzgó implicados a los alumnos de Pedro Llen, dieron al traste con la Academia y fueron origen de la unificación de milicias bajo mando militares. Providencialmente concluía así el problema de los mandos político-militares en el frente, que hubiera constituido un continuo foco de discordias. Sólo 1.004 oficiales de Falange y el Requeté, fueron confirmados en su empleo como Oficiales Provisionales de Milicias. La imprudencia política de una academia de milicias y la posible contribución de la otra a un disturbio sangriento, afirmaron al Caudillo en la necesidad de someter amandos militares únicos a todos los combatientes, por voluntarios que fuesen.

La propuesta de Mola preveía bien el espíritu que habría de presidir la formación de Oficiales Provisionales: «cursos rápidos y enseñanzas prácticas». El decreto número 94 lo expresaría en: «rapidez, eficacia y romper moldes inútiles», pese a lo cual, las enseñanzas iniciaban a los alumnos en algo más que el esquema de Franco, pues a las lecciones de disciplina y moral se añadían las de logística, topografía, tiro, y aún ligeras nociones de contabilidad militar.

A lo largo del mes de mayo de 1937 salían de las Escuelas de Alféreces Provisionales las últimas promociones de las primitivas Escuelas. Era el fin de la fase inicial que, empezando como simple episodio para un par de cursos y un millar de alféreces, se convertía ya en ensayos de Academias mucho más estables y sistematizadas. En las Escuelas se había celebrado un total de veinte cursos, distribuidos así:

Escuela de Burgos: seis.  
 Escuela de Burgos (Especial de Intendencia): una.  
 Escuela de Sevilla: cinco.  
 Escuela de Marruecos: cuatro.  
 Escuela de Baleares: dos.  
 Escuela de Canarias: dos.

De ellas habían salido promovidos 5.133 Alféreces Provisionales, casi exactamente la mitad, 2.565, en la Escuela de Burgos, con sus secciones filiales de Vitoria, Palencia y Luarca, distribuyéndose así los alumnos:

ESCUELAS	<i>Infantería</i>	<i>Artillería</i>	<i>Caballería</i>	<i>Ingenieros</i>	<i>Intend.</i>	<i>Totales</i>
Burgos ... ..	2.053	285	119	67	115	2.639
Sevilla ... ..	1.067	208	75	71	39	1.460
Marruecos ... ..	621	57	26	27	18	749
Canarias ... ..	61	23	—	—	—	84
Baleares ... ..	130	35	—	30	5	200
<b>TOTAL ... ..</b>	<b>3.932</b>	<b>608</b>	<b>220</b>	<b>195</b>	<b>177</b>	<b>5.132</b>



*El coronel de Artillería don Félix Gil Verdejo, director de las primeras Escuelas de Alféreces Provisionales, que logró iniciar en Burgos el primer curso a los ocho días de decretarse la creación de estas Escuelas.*



Santiago Pedrosa Posada, el primer laureado.



Alvaro Barón y González-Tablas, muerto a los doce días de incorporarse como alférez a su batallón.



Sebastián Camarero López, el primer alférez provisional promovido. (3 de octubre de 1936.)



Alfonso de Churruga y Zubiría, el último caído. (27 de marzo de 1939.)

Al salir la última promoción de Burgos, se felicitaba oficialmente a su director, el coronel Gil Verdejo y a los profesores, con el siguiente texto:

*En un solo curso, y tan breve, es imposible obtener mejores oficiales. De su valía han dado pruebas en el combate, habiendo llegado en repetidos casos a causar el asombro de sus jefes por el acierto en que han conducido a su tropa y por su heroísmo, siendo ya muchos de esos oficiales improvisados los que han sabido morir gallardamente por España, honrando así al Ejército y a su Patria (6).*

El 26 de mayo el general Queipo de Llano, jefe del Ejército del Sur, felicitaba al general Curiel y al cuadro de profesores de Sevilla, de cuya Escuela acababa de salir la última promoción:

*Procede felicitar públicamente la loable y extraordinaria labor que han relizado, instruyendo técnicamente e inculcando un elevado espíritu militar, en cursos de brevísima duración, a brillantes promociones de oficiales que han actuado ya en el combate a la altura de la oficialidad veterana, ofreciéndose para los puestos de mayor peligro y rindiendo algunos gloriosamente a la Patria el supremo sacrificio de su vida (7).*

Así refrendaba Queipo, oficialmente y por escrito, los elogios que en varias ocasiones había hecho al Alférez Provisional desde su popular micrófono de Radio Sevilla.

Luego, el general Orgaz se mostraría orgulloso de las Academias en que había convertido las primitivas Escuelas, sometiéndolo a los alumnos a dos meses de internado; pero lo cierto es que los Alférezes Provisionales se habían hecho ya populares, con fama, y aún leyenda, de heroicos y con presagios de eficacia y técnica, certificadas específicamente por Franco y Queipo, pero también de modo menos solemne, por Mola, Dávila y el resto de los grandes mandos de la campaña. Prueba de que los primeros fueron los mejores —eran selección de mayor cantera— fue su proporción de laureados y medallas militares, notablemente más alta que en los alumnos de las Academias; el también superior número de mandos de compañía y batallón era consecuencia lógica de su antigüedad. Pero no es prudente generalizar demasiado.

Se engullecía también Orgaz de los grandes perfeccionamientos conseguidos al emplear instructores alemanes. Pero este tema de los instructores extranjeros —que los rojos no tuvieron en sus centros de enseñanza del Ejército— merece aclarar que los alemanes nunca hubieran actuado en las Academias de Provisionales de no haber venido contratados por la Falange para sus Academias de Jefes de Centuria sin contar con el mando del Ejército Nacional. Ante el hecho consumado, al cerrarse las escuelas

(6) Orden de 5 de mayo de 1937 (B. O. E. núm. 198, de 6-V-37).

(7) Orden de 26 de mayo de 1937 (B.O. E. núm. 220. de 28-V-37).



falangistas, los instructores alemanes fueron destinados a las Academias de Provisionales por razones de alta política, pues parecía poco correcto devolverlos a su patria. Luego, no queriendo los italianos ser postergados en nada por los alemanes, lograron colocar sus instructores en Artillería y en el entrenamiento de tropas españolas de «Flechas».

Queda por destacar la inevitable tendencia a aumentar la duración de los cursos y reducir las condiciones de ingreso según escaseaban los aspirantes. Seguramente se iban acabando los jóvenes bachilleres y había que admitir alumnos con bachillerato incompleto o con estudios equivalentes. Pero había también en el MIR cierta inclinación al perfeccionismo, estimulado por el éxito de su actuación. Ello influía no sólo en su propensión a ampliar la duración de los cursos, incluso hasta tres meses, sino también a crearlos de especialidades muy variadas, algunas casi de pura exquisitez, aunque en ningún caso puede decirse que fueran excesivos ni innecesarios los de auxiliares de Estado Mayor e Intervención, Automovilismo, Defensa Química, Orden Público y Batallones de Trabajadores. Nunca se llegó, como en zona roja, a las especialidades de «Etapas» o «cursos de fusiles», aunque se intentó crear los de «ametralladoras». A cualquiera extrañará que en las Academias sólo se desarrollase un curso de Caballería mientras que se celebraron doce en las primitivas Escuelas; pero es que la Caballería a caballo empezaba a tener muy limitados su acción y sus caballos; prueba de ello era el gran número de jefes y oficiales del arma destinados en unidades de milicias.

Poco más puede decirse de los cursos de tenientes y capitanes, sino que resultaron verdaderamente eficaces para instruir, escalonar y prestigiar a los sucesivos mandos superiores de los Alféreces Provisionales. Si alguna limitación hubo en unos y otros, tanto como en la posible duración de los cursos, fue por la necesidad de mantener en todo momento el mayor número de oficiales en el frente, lo que fue motivo de la frecuente tensión entre las demandas del general Orgaz y las restricciones del Generalísimo Franco.

El pequeño número de Oficiales Provisionales de Marina —cuatro del Cuerpo General y 86 de Infantería de Marina— hace ocioso cualquier comentario. En cuanto a los de Aviación, el enorme perfeccionamiento del material aéreo hizo indispensable en zona nacional, como en la roja, recurrir a instructores extranjeros, e incluso a enviar alumnos a cursos de pilotos fuera de España, si bien en menor proporción en el Ejército Nacional que en el Ejército Popular —77 en Italia y 41 en Alemania, frente a unos 600 en Rusia y 200 en Francia.

El total de Alféreces Provisionales promovidos varía según nos aten-gamos a los recuentos de Rousselet o de Gil Osorio. Según el primero, con los de Marina y Aviación serían 30.158 promovidos y, según el segundo, el más seguro, serían 30.305, aunque su 0,6 por ciento de diferencia

es insignificante. Las plazas desiertas se acercaban a 4.500, de ellas 3.000 en Infantería.

El desglose por Ejércitos es de 29.017 en el de Tierra, 137 en la Marina y 1.151 en el del Aire. En cuanto a la Marina, sólo cuatro Alféreces fueron del Cuerpo General, pues la mayor promoción la formaban 86 de Infantería de Marina, completándose con 47 de Intendencia de la Armada.

En Aviación fueron promovidos 551 pilotos, de ellos 433 en España y 118 en el extranjero (77 en Italia y 41 en Alemania); el resto eran 331 tripulantes, 234 oficiales de Aeródromo y 85 de Intendencia del Aire.

*El Alférez Provisional entra en la historia y en la leyenda*

Los 29.017 alféreces provisionales que pacientemente recontó Gil Ossorio, desde Sebastián Camarero hasta Rafael Palenzuela —primero y último de los promovidos— son un dato expresivo de su contribución a los cuadros de mando de la guerra. Con los de los otros Ejércitos —Aire e Infantería de Marina— el número total de unos 30.300 puede darse como definitivo (8). De ellos 22.242 fueron de infantería combatiente, y tal nómina supone aproximadamente los dos tercios de la oficialidad de campaña, casi el completo de los mandos de sección, la mayor parte de los de compañía y algunos de batallón, o unidades similares en otras armas, aunque en menor escala, porque no en balde al terminar la guerra cerca de 8.000 eran tenientes y casi 500 habían ascendido a capitanes.

Con esto, basado en la estadística de Gil Ossorio, a quien he seguido en lo esencial de su estudio, resulta el siguiente balance (9):

Infantería ... ..	22.242
Milicias ... ..	902
Caballería ... ..	331
Artillería ... ..	1.599
Ingenieros ... ..	1.121
Intendencia ... ..	678
Auxiliares de Estado Mayor ... ..	417

(8) Las fantasías estadísticas se aumentaron desde que en mayo de 1939, el propio jefe de la Legión Cóndor, general Hugo Sperrle, escribía con manifiesto error, tal vez sumando oficiales con sargentos: «Alemania envió también un elevado número de instructores militares para el adiestramiento de los cuadros del ejército franquista: durante la guerra prepararon más de 56.000 oficiales españoles». (Sperrle: *Die Wehrmacht*, recogido con fruición por Ibárruri en *Guerra y Revolución en España*, tomo II, página 121.)

(9) Agradezco vivamente al coronel Gil Ossorio las correcciones que me envía por carta, para mi libro *Alféreces Provisionales*, que aquí introduzco, con lo que su estadística adquiere un valor definitivo, al subsanar las leves erratas de su excelente estudio en la *Revista de Historia Militar* núm. 29. (Madrid, 1961.)



<i>Otros cuerpos</i>	
Orden Público ... ..	967
Batallones de Trabajadores ... ..	509
Defensa Química ... ..	207
Auxiliares de Intervención ... ..	42
	<hr/>
TOTAL ... ..	29.017
 <i>Otros Ejércitos</i>	
Aviación ... ..	1.151
Marina ... ..	137
	<hr/>
TOTAL ... ..	30.305

Ellos fueron, pues, la armazón de los 700.000 combatientes del ejército de Franco, el pulso y el impulso del combate, con sólo la táctica precisa, con escasa técnica, compensada muchas veces con derroches de valor y sentido común. Su ¡adelante! o su ¡arriba! no eran muy ortodoxos ni muy recomendables como norma habitual, pero en muchas ocasiones fueron resolutivos a la hora de la verdad.

Así fue el prototipo, en el sentido cronológico, el de los primeros cursillos, cuando la guerra aún era irregular, el que ha quedado como estampa de alférez provisional y dio origen a frases, definiciones y chistes macabros que pueden definirse en el popular: «Alférez Provisional, cadáver efectivo.» Pero no puede olvidarse su sentido de responsabilidad, la preocupación escrupulosa por la vida de sus hombres, su afán de perfección profesional, que les llevaba incluso a solicitar a su comandante clases de táctica ampliatorias en días de descanso, y a apurar las situaciones en instrucción de combate, donde era tan difícil interesar a la tropa por un enemigo nada más que supuesto.

En la glorificación de los Oficiales Provisionales se llegó a desorbitar su contribución, su heroísmo y su tributo de sangre, como si fuese necesario potenciar con grandes números su figura y su gesta. Calculé tales extremos, con bases aceptables, para concluir que se acercaron a 3.000 los muertos de sus 30.000 promovidos, cuyo heroísmo oficial —hubo muchos héroes ignorados— se mide por las 15 laureadas y 363 medallas militares, un 21,4 y un 30 por ciento de las concedidas al total de los combatientes de la última guerra en España (10).

---

(10) Omíto aquí todo lo que el coronel Gil Ossorio publicó en el núm. 9 de esta Revista y a quienes interese el tema en toda su extensión les remito a *Alféreces Provisionales*. Editorial San Martín. Madrid, 1977, 400 págs.

## II

## LOS TENIENTES EN CAMPAÑA

Los Alféreces Provisionales tuvieron un origen netamente militar, de improvisación guerrera, mientras que los escasos oficiales de milicias, anteriores a ellos, no fueron improvisados en la guerra ni para ella. Eran mandos políticos, de tiempo de paz, que salieron al frente con sus centurias de Falange o sus compañías del Requeté y subsistieron mientras les fue posible. En el total de 30.353 Oficiales Provisionales no supuso nada el escaso número de ellos que perduraron hasta el fin de la campaña, ni siquiera los 1.004 que alcanzaron el título mixto de Alférez Provisional de Milicias, como tampoco influyó en el conjunto la nonata Real Academia Militar de Requetés, ni las promociones de falangistas de Jefes de Centuria. En cambio, les dieron gran prestigio y popularidad —más aún que los tres mil muertos que les calculé— sus quince laureadas y 363 medallas militares, en la respectiva proporción del 21,4 y el 33 por ciento de las concedidas en aquella guerra.

En zona roja, la improvisación de oficiales tropezaba con el inconveniente de tener que conjugar la cultura indispensable para una mínima profesionalización, con el compromiso de proletarizar los mandos del Ejército, bajo ese término de «popular» —tan grato a los revolucionarios— que es más bien «populista», con la hipertrofia e inflación que supone todo «ismo», elevando su raíz a primer término en la escala de valores. El resultado fue sacrificar mucho «populismo» de aspirantes semianalfabetos, en aras de la cultura mínima exigible por la técnica militar para lograr oficiales eficaces.

Aquí puede anticiparse ya que en el llamado Ejército Popular nacieron primero, con verdadera fuerza y entidad, los oficiales de milicias, formados algunos en academias anteriores a las de Alféreces Provisionales, con tanta organización y medios que fueron solera de las Escuelas Populares de Guerra, militares, pero tardías respecto a las de zona nacional. Los 10.000 oficiales de las Milicias Populares, de academia o «de dedo» fueron, hasta el final de la guerra, más de la cuarta parte de los 38.473 del total y casi tantos como los 13.339 Tenientes en Campaña formados en las Escuelas Populares. Pero, además, la personalidad de unos y otros estuvo siempre eclipsada por los Comisarios Políticos, una figura a la que en zona roja se dio fama y honor con posibilidades de amplia resonancia. Por lo mismo, con motivo o sin él, las máximas condecoraciones de los Oficiales en Campaña fueron insignificantes por su poca categoría y proporción, pues sus veintitrés medallas del valor sólo suponían el cuarto orden y un 9,5 por ciento de las 240 grandes condecoraciones concedidas en el Ejército Popular.

En las Escuelas Populares destacan las pretenciosas instalaciones, los amplios programas, los nutridos cuadros de profesores, la duración y repetición de sus cursos de organización permanente, frente a la provisionalidad de las Academias del Ejército Nacional (11).

Las primeras escuelas oficiales del Ejército Popular eran de milicias y entre ellas, fue inicial, la *Escuela de Guerra del Quinto Regimiento*, que funcionó desde poco después de crearse el Regimiento, agosto o septiembre de 1936, posiblemente hasta enero o febrero del año siguiente, pese a haberse ordenado su disolución el 10 de octubre, siendo su director el capitán portugués Luis Oliveira Romero. La *Escuela Popular CNT-FAI* de Barcelona publicaba su reglamento el 9 de agosto de 1937. En su programa se incluían materias como historia y literatura, poco adecuadas para la preparación de urgencia y práctica que se necesitaba. En 1938 se fraccionó en dos: una en Barcelona, preparatoria de oficiales de Artillería, Transmisiones e Ingenieros para muchachos de dieciséis a dieciocho años y otra en las Divisiones de los frentes. La *Escuela Carlos Marx* la creó en agosto de 1936 Joaquín Almendros, secretario-político del Partido Comunista, en Barcelona, la dirigía Papais Ecónomo, un comunista griego. La *Escuela de Oficiales de las Juventudes Socialistas* era más bien de perfeccionamiento de oficial de milicias, fue su director el teniente coronel de Infantería don Adolfo Prada Vázquez.

El primer proyecto oficial data del decreto de Azaña del 19 de agosto de 1936, muy breve y sin concretar el contenido de los cursos, que quedaba reservado a posterior desarrollo ministerial. En él se creaba una escuela conjunta para formar y perfeccionar oficiales de Infantería, Artillería e Ingenieros, con una sección de cada arma. Tal Escuela no llegó a nacer por la enconada oposición que encontró con los partidos marxistas y anarcosindicalistas. Pese a ello, los primeros centros de enseñanza oficiales en zona roja fueron: la *Escuela Popular de Instructores de Guerra de Cataluña*, creada por la Generalitat en Barcelona y la *Escuela Militar Antifascista*, organizada por el Comité Ejecutivo Popular de Valencia. Por su carácter regional, se desarrollaba allí el decreto de Azaña del 11 de agosto, fallido en la región central.

Según las referencias, las dos Escuelas empezaron a funcionar en la segunda quincena de agosto de 1936. La primera nació por decreto de 26 de agosto, inspirada por Juan García Oliver y Diego Abad de Santillán, con el comandante de Artillería Vicente Guarner como inspector y el teniente coronel de Ingenieros, Mariano Giménez Ruiz, como director. Debíó celebrarse un solo curso completo con unos 600 alumnos, pues luego se unificó con las *Escuelas Populares de Guerra* oficiales. La *Escuela Militar Antifascista* de Valencia se estableció en Paterna, con cursos de un mes de duración y régimen de internado. De sus tres únicos cursos parece

---

(11) Los lectores interesados en un estudio amplio del tema lo encontrarán en la obra *Tenientes en Campaña*. Editorial San Martín. Madrid, 1977, 318 págs.

ser que salieron promovidos 207 tenientes. Sólo hay noticias escasas de una *Escuela de Oficiales* organizada por el Comisario Político de Jaén.

Las *Escuelas de Oficiales Internacionales* debieron crearse en los primeros meses de 1937, en Pozorrubio (Albacete), y sus alrededores. Se organizaban cursillos de tres meses de duración y ascendían al empleo inmediato superior los alumnos que demostraban haber tenido graduación militar en su país y los que acreditaban alguna actividad política importante. El hombre clave de la organización fue el comandante francés Jean Agard, con fama de gran artillero y con él, el capitán Jean Etienne, jefe de la Maestranza de Artillería de Almansa.

### *La formación de oficiales en el Norte*

De un modo general y con cierta continuidad, existieron simultáneamente en el Norte dos Escuelas Oficiales de Mandos, una en Vizcaya y otra en Gijón, más sometida al Gobierno, que se organizó por orden de Valencia de 26 de noviembre de 1936, cuando la de Vizcaya se había anunciado ya, por propia iniciativa el 30 de octubre, casi un mes antes. Sin embargo, sus convocatorias fueron prácticamente simultáneas, el 20 y 21 de diciembre, seguramente por pura coincidencia.

Antes, acaso desde agosto, empezarían a aparecer escuelas de mandos de milicias, más o menos improvisadas y rudimentarias, como la *Escuela Militar de Oficiales de Milicias* de Santander organizada en septiembre de 1936, que en marzo de 1937 se llamaba ya *Escuela de Infantería y Artillería* y que debió desaparecer a primeros de marzo de aquel mismo año, absorbida por la de Gijón. Sus promociones eran muy cortas, con cursos de un mes, de los que saldrían 200 tenientes como máximo.

La *Escuela Militar de Euzkadi* nació en aquella República por una idea de 30 de octubre, que sólo un mes después llegó a ser proyecto, y que empezó a funcionar el 17 de diciembre. Con grandes pretensiones académicas y tres meses de curso, lo que ganaba en intensidad lo perdía en extensión, y así no dieron producirse en ella más que dos cursos con un máximo de 305 tenientes, de ellos 180 de Infantería, 88 de Artillería y 37 de Ingenieros, suponiendo que se abreviasen los estudios de la segunda promoción. Desapareció al liberar Bilbao las tropas nacionales. En rivalidad con ella creó el Gobierno Central, también en Bilbao, la *Escuela Popular de Guerra* núm. 6, de Infantería, que trasladada sucesivamente a Santoña y Gijón, tuvo tres promociones con 371 tenientes en total.

En la Escuela de Gijón se anunció un curso de tres meses en régimen interno para oficiales de Artillería a fines de noviembre de 1936 y el 25 de diciembre se ampliaba a «todas las ramas de la dirección bélica» en la Escuela Militar de Asturias, nacida el día 18 anterior, pero hasta el 18 de enero no empezó a funcionar su sección de Infantería. La vida de esta Academia fue de seis meses. Su resultado más probable sería así:



# EJERCITO DEL NORTE

## ESCUELA POPULAR DE GUERRA DE INFANTERIA

CERTIFICO:

Que Don Eugenio Olmeda Barroso  
ha terminado con aprovechamiento los estudios del primer curso abreviado para oficiales de Infantería quedando habilitado para el mando de sección y compañía con la obligación de asistir a los posteriores cursos complementarios que en su día se convoquen hasta completo desarrollo del plan general de Instrucción Militar que determine el Gobierno de la República.

Sirva el presente nombramiento para acreditación oficial del empleo de **TENIENTE** de infantería que con carácter provisional le concede el Gobierno de la República hasta su inclusión definitiva en los Cuadros del Ejército una vez terminado el plan general de instrucción profesional y demás condiciones que en su día se determinen.

Bilbao diez y nueve de Diciembre  
de mil novecientos treinta y seis

El General Jefe del Ejército del Norte,



El Capitán Director,

*[Handwritten signature]*



El general don Luis Orgaz Yoldi, entusiasta y eficaz director de las Academias de Alféreces Provisionales y Alférez Provisional honorario.





La 1.<sup>a</sup> promoción de Alféreces Provisionales de Infantería de Avila, el 20 de enero de 1938 en que juró bandera.



La 3.<sup>a</sup> promoción de Infantería de Fuentecaliente (Burgos) jura bandera y desfila en Bilbao el 19 de septiembre de 1937.

<i>Infantería</i>		<i>Artillería</i>	
Ocho cursos de tenientes ... ..	1.035	1.º Curso de tenientes ... ..	34
Ocho cursos de capitanes ... ..	387	2.º Curso de tenientes ... ..	26
Cinco cursos de mayores ... ..	89	3.º Curso de tenientes ... ..	30
	1.511		90

En total 1.601 oficiales en esta Escuela y unos 2.277 entre todas las del Norte.

### *Las Escuelas Populares de Guerra*

Un decreto del Gobierno Central, en Valencia, de 15 de septiembre de 1936, anunciaba cursos de oficiales, once días después del de Franco, creando los Alféreces Provisionales. Los cursos serían de veinte días para los suboficiales y tropa, oficiales de complemento o aspirantes con título universitario. También fracasó, como «maniobra para incorporar el Ejército al señoritismo», anulándose el 30 de aquel mes. El 7 de octubre se creaban tres centros de instrucción que, ya muy organizados, se anulaban a primeros de noviembre al llegar a Madrid las tropas de Franco.

El 25 de noviembre se crean las *Escuelas de Oficiales* que muy pronto se llamarían *Escuelas Populares de Guerra* y en enero de 1939 *Escuelas de Mando y Enseñanza*. Progresivamente fueron seis:

- N.º 1 de Intendencia, en Porta Celí (Valencia).
- N.º 2 de Artillería, en Lorca (Murcia) y luego en Almansa (Albacete).
- N.º 3 de Infantería y Caballería, en Paterna (Valencia).
- N.º 4 de Ingenieros, en Godella (Valencia).
- N.º 5 de Artillería, en Gijón (Asturias).
- N.º 6 de Infantería, en Bilbao (Vizcaya).

Todas ellas tenían examen de ingreso y régimen de internado. El número uno de la primera promoción de Artillería fue José Unamuno, hijo de don Miguel.

El 26 de agosto se reorganizaron sobre la base de una Escuela, única, en Paterna, con secciones de Infantería, Artillería, Intendencia, Ingenieros y Transmisiones en distintas localidades.

### *Escuelas de Campaña*

Una orden de 8 de agosto de 1937 creaba Escuelas de Guerra en las cabeceras de Cuerpo de Ejército, División, Brigada y Batallón. Las de

Batallón eran preparatorias y en las demás se formaban suboficiales y oficiales. En la de la División de Lister fue promovido José Alcalá Zamora Castillo, hijo del que fue presidente de la República. Murió de enfermedad en Valencia en marzo de 1938. Se hizo famoso por una insultante carta a su padre y popular por la fotografía en la que se le ve con guerrera, gorra y correaje, saludando puño en alto, con rostro cetrino entre sus compañeros, ante las murallas del Kremlin, en la conmemoración del 1.º de mayo de 1937 a la que asistieron representando a la España roja y donde los niños «pioneros» soviéticos, les impusieron sus pañuelos distintivos.

Sobre todo en las Escuelas de Cuerpo de Ejército se formaron en 1938 numerosísimos oficiales, de los que no quedó rastro en el «Diario Oficial». Puede calcularse un mínimo de 15.000 Tenientes en Campaña promovidos en el conjunto de estas Escuelas.

El 16 de abril de 1938, «la necesidad urgente de encuadrar las pequeñas unidades» hacía que el ministro autorizase a los Cuerpos de Ejército, Divisiones y Brigadas, para cubrir los mandos de sección, pelotón y escuadra, seleccionando a soldados, cabos y sargentos, respectivamente, para ascender a los empleos de «cabo en campaña», «sargento en campaña» y «alférez en campaña», mediante cursillos de diez días. Los alféreces consolidarían sus empleos en cursos que se convocasen en la Escuela Popular de Guerra y los sargentos y cabos, con tres meses de «actuación competente». Cada Cuerpo de Ejército nombraba un inspector de instrucción y un Tribunal Ambulante que presidiría las pruebas inicial y final de los seleccionados (12). Para la selección de alféreces, el tribunal atendería a cuatro condiciones: a) Conocimientos tácticos. b) Servicios prestados. c) Aptitud física. d) Conocimientos de armamento, material y tiro.

La *Escuela Popular de Estado Mayor* no improvisó oficiales, pues sólo abrevió los cursos para diplomar a quienes ya eran oficiales.

En la Armada se creó, el 2 de diciembre de 1937, la Escuela Naval Popular, con cursos de tres meses, obligatorios para quienes no siendo patentados desempeñasen cargos de directores, inspectores de tiro o montadores de armas en los buques de guerra. En abril de 1938 salían promovidos 24 alféreces de navío y, en septiembre, 32 más, es decir, 56 en total. El 30 de diciembre se anunciaban en la misma Escuela plazas para oficiales de Infantería de Marina en un curso de sesenta días útiles, del que salieron a fin de abril 59 Tenientes en Campaña.

Para Tenientes en Campaña de Aviación hubo cursos en España desde los primeros meses; en Francia, durante el año 1937, y en la URSS, a lo largo de toda la guerra. En total pudieron promoverse unos 1.200 pilotos en España, 200 en Francia y 600 en la URSS. Unos 2.000 en conjunto.

Existieron además Escuelas de Aplicación, Escuelas de Oficiales de

---

(12) A.G.L. D.R. (L-777, A-64, C-8, F-12.)

la Guardia Republicana (antigua Guardia Civil), Asalto y Carabineros. Escuela de Tanques, en Archena (Murcia); de Blindados, en Cuart de Poblet (Valencia); de Oficiales del C.I.P.T. de la D.C.A.; de Oficiales del Cuerpo de Tren; de Transportes; aparte de otros Centros de escaso rendimiento por la mediocre calidad de profesores y alumnos.

### III

#### LA GUERRA EN LA ENSEÑANZA MILITAR: ESTUDIO COMPARATIVO

##### *La situación inicial*

Con un simple cálculo de los efectivos enfrentados a finales de julio se comprende que fuesen insuficientes para ellos los oficiales con que se contaba, de los que había que descontar el desproporcionado número de bajas, algunas provocadas por la falta de instrucción de los voluntarios, que a veces obligaba a los mandos a exponerse innecesariamente, o a predicar con el ejemplo en inútiles alardes de valor que les apartaba de su puesto de mando táctico, el más eficaz.

Los oficiales disponibles eran los que formaban los cuadros de mando de las unidades, a los que en los primeros días se unieron muchos retirados ordinarios y extraordinarios (de la «ley de Azaña»), oficiales de complemento y los alumnos de las Academias, que se encontraban de vacaciones. No pueden sumarse a ellos los escasos oficiales de milicias, dado su variable grado de preparación. Los cuadros de mando eran:

	Existían	Zona Nacional	Zona Roja
Ejército ... ..	15.243	7.719	7.624
Orden Público ... ..	2.308	1.015	1.293
Pilotos ... ..	83	36	47
Marina ... ..	1.900	1.515	385
<i>Total</i> ... ..	19.634	10.285	9.349

El recuento de los retirados que se incorporaron sería excesivamente laborioso, aunque posible, ya que existen relaciones de altas en el Ejército, a lo largo de toda la guerra. Prescindiendo de los retirados por edad, que fueron excepción, aunque apreciable, el de los extraordinarios puede calcularse así:

Al Ejército Nacional, unos ... ..	3.600
Al Ejército Popular, unos ... ..	4.400
<i>Total</i> , unos ... ..	8.000

El cálculo de los Oficiales de Complemento puede hacerse con alguna precisión mayor, ya que existe un escalafón de los que prestaban servicio en el Ejército Popular en fin de junio de 1938, base razonable para una estimación de los restantes de esta forma:

En escalafón del Ejército Popular .....	1.116
Incorporados al Ejército Nacional .....	2.049
Calculados sin incorporar .....	2.991
<i>Total</i> .....	<u>6.151</u>

De los alumnos de las Academias Militares, he conseguido hacer el primer recuento que consta, aunque no aísla los que murieron incorporados al Ejército Nacional, por lo que figuran englobados con los que quedaron en zona roja, sin precisar quienes prestaron servicio en el Ejército Popular. El cálculo es éste:

Incorporados al Ejército Nacional .....	229
En zona roja o muertos en la nacional .....	149
<i>Total</i> .....	<u>378</u>

Ninguno de ellos fue profesor en las Academias de Oficiales Provisionales, ni aún estando mutilados o convalecientes; en cambio, de los pocos que encontramos sirviendo en el Ejército Popular, figuran seis en la nómina de profesores de la Escuela Popular de Instructores de Guerra de Cataluña (13).

La necesidad de improvisar oficiales se puso de manifiesto en cuanto el Alzamiento Nacional se convirtió en guerra, lo cual podría materializarse muy bien al transcurrir la primera semana sin que las columnas de Mola viesan una rápida posibilidad de ocupar Madrid, por ejemplo, aquel 26 de julio del 36 en que se les dio orden de economizar al máximo las municiones. Por eso en una y otra zona se urgía en agosto la creación de escuelas de mandos, desde dentro de los cuarteles generales y desde las afueras militares de las milicias.

### *Esquema general*

Desde las primeras semanas de guerra faltan oficiales en ambos bandos. Los nacionales se apresuran a improvisarlos preferentemente de infantería,

(13) Cadetes de Infantería: don Jesús Vallespín Ros, don Eduardo Lara del Rosal y don José Oltra Favós. De Artillería: don Juan García Sabater y don Ramón Cunil Pararnáu. De Ingenieros: don José Lasierra Tarazona.

aunque también de artillería, de acuerdo con la proporción de sus necesidades, ya que la infantería es el arma de las bajas. La primera dificultad de los rojos surge ante la acuciante penuria de oficiales de artillería, por la mucha que tienen o por la primera que reciben del extranjero, pues las milicias no los pueden improvisar, aunque hemos visto intentos de crear oficiales, por ejemplo en Santander y algunas realizaciones en las primeras academias de milicias. Su carácter antimilitar y revolucionario les hace reconocer plenamente como buenos los oficiales que las milicias crean para sus necesidades, designados espontáneamente por méritos políticos, por elección entre los milicianos o en las Escuelas de guerra de milicias, cosa que entre los nacionales no existe y se restringe al máximo hasta que, prácticamente, desaparecen los oficiales de milicias de la primera hora.

Los nacionales llevan la militarización a su forma más eficaz —mandos militares aunque sean insuficientes— aceptada con disciplina y abnegación por las milicias, que sacrifican gustosamente sus naturales deseos de tener jefes propios, con todo el entusiasmo de su espera al alzamiento militar para unirse a él subordinadamente. La pequeña resistencia de requetés y falangistas («para improvisar ya estamos nosotros») es débil y fugaz.

Los rojos recelan de los militares profesionales, licencian a los soldados y prefieren milicias y mandos milicianos. Luego, para facilitar su aceptación, sintiendo su necesidad, llamarán «los técnicos» a los militares de carrera, hasta terminar entregándose a ellos. En cierto modo, lo mismo iban a hacer el Requeté y la Falange, con oficiales españoles o alemanes, pero oficiales profesionales al fin, en sus proyectadas academias.

Los nacionales establecieron inicialmente Escuelas de Infantería y Artillería en Burgos y Sevilla. Los rojos de Infantería, Artillería e Ingenieros, en Barcelona y Valencia, ya que en Madrid sólo llegaron a funcionar las de milicias.

Pronto se ampliaron a las cuatro armas, Intendencia y Estado Mayor, con la distinción de que los Alféreces Provisionales de Ingenieros eran de formación única en zona nacional y los Tenientes en Campaña tenían Escuelas Populares de Guerra separadas de Ingenieros y Transmisiones. De Intendencia se formaron pocos oficiales y de Caballería menos, muy escasas promociones. La mayor diferencia se produce en la formación de oficiales de Estado Mayor, que en el Ejército Nacional fueron, como «Auxiliares de E.M.», unos provisionales más, y en el Ejército Popular eran profesionales que se diplomaban en cursos abreviados, pero siguiendo la norma de tiempo de paz, salvo muy raras excepciones, como la de diplomar a oficiales de Intendencia. Por ello la formación de oficiales de E.M. no efecta al conjunto de la improvisación de oficiales, ni al total de los creados en guerra, pese a que su Escuela se denominase «Popular», como las de «Oficiales en Campaña», predisponiendo a la confusión a la hora del cómputo y de la estadística general.

En el Ejército Nacional todo es más simplista, es precario, improvisado y rápido. Las clases en cines y teatros, el régimen externo, los cuarteles

de prestado; los primeros cursos de quince días y los siguientes de un mes, incluyendo festivos; los profesores son, primero, de los pocos que quedan sin ir al frente, pero, muy pronto, mutilados y convalecientes; los alumnos acuden y forman incluso de paisano y con corbata, sin fusil, sin textos, con cuatro apuntes apresurados como «guiones», sin presupuesto académico alguno, sin planos. Y pronto desaparecen casi todos los oficiales de milicias.

En el Ejército Popular hay buenas organizaciones académicas. En Cataluña y Levante, amplia instalación autónoma, en palacios, bien adaptadas y con abundante material especializado, con textos amplios, publicados ex profeso como extractos de reglamentos, sin limitación en su extensión y en gráficos o ilustraciones, incluso con textos agotados, muy raros en zona nacional, como el reglamento de tiro de ametralladoras o el topográfico artillero; la organización y planificación de la enseñanza son abundantes y aún excesivas. En Bilbao el profesorado militar se completa y complementa con ingenieros civiles. En Gijón apenas hay ningún profesor profesional. Aún en esta Academia de Asturias, la más anarquista, los alumnos están uniformados. En Bilbao, la uniformidad llega a tener prurito de abundancia de uniformes y prestancia académica; uno de paseo y otro de instrucción, amplio vestuario. Eran los dos extremos. En Gijón, son «camaradas», sin «don» hasta los jefes y oficiales profesores; en Bilbao, hasta los «cadetes» son «señores alumnos». En cualquiera de las escuelas y academias el régimen es de internado, desde las más incipientes y primerizas de milicias. Los profesores también son pronto mutilados, como en el Ejército de Franco; los alumnos, en principio cursan tres meses en régimen de internado, aunque luego se rebaje la duración del curso por necesidades de la campaña.

En zona nacional se exige el bachillerato como cultura mínima, que en los últimos meses —por falta de aspirantes bachilleres— se rebaja al grado elemental o a estudios equivalentes, ante la gran necesidad de oficiales que exige la «alimentación de la campaña». En zona roja, se da el caso inverso, tratando de hacer un ejército eminentemente obrero y popular, pero sucede que la incultura de los alumnos produce una selección al revés saliendo oficiales los preteridos bachilleres y universitarios y no alcanzando el título muchos de los obreros, pese a repetirlo. El caso especial de Euzkadi hace que triunfen, sobre todo, los ingenieros bilbaínos, especialmente en Artillería. En uno y otro bando abundan los oficiales procedentes del magisterio, una estadística en tal sentido sería muy ilustrativa. En ambas zonas conviven y se transforman en oficiales «improvisados» del Ejército los de milicias, pese a que en ambos bandos se marquen las diferencias, con cierta tensión, mayor en zona roja, donde los «oficiales en campaña» presumen de su formación «académica» frente a los de milicias. Estos al final son «reconocidos» como «oficiales en campaña», con todos los derechos, aunque pocos aparecen como tales en el diario oficial, si bien la mayoría conservan mandos, incluso elevados, hasta el final de la guerra, mientras que en zona nacional, prácticamente desaparecen por completo.

En ambos bandos hay pronto una centralización de la enseñanza y una Inspección que regula y unifica las academias.

NACIONALES				ROJOS			
<i>Ejército</i>				<i>Ejército</i>			
Alféreces ... ..		19.626		Tenientes <sup>15</sup> ... ..		26.259	
Tenientes ... ..		7.575		Capitanes ... ..		388	
Capitanes ... ..		497		Mayores ... ..		89	
Alféreces Milicias ...	553	} 902		Oficiales Milicias ...		10.000	
Tenientes Milicias ...	349						
Tenientes Aux. E.M.		417 <sup>14</sup>		Oficiales E. M. ... ..		317 <sup>16</sup>	
<hr/>				<hr/>			
29.017				36.735			
 <i>Marina</i>				 <i>Marina</i>			
Cuerpo General ...	4	} 137		Cuerpo General ...	56	} 115	
Infant. Armada ...	47			Infant. Marina ...	59		
Infant. Marina ...	86						
 <i>Aviación</i>				 <i>Aviación</i>			
Pilotos ... ..	551			Pilotos ... ..		2.000	
Tripulantes ... ..	331						
Aeródromos ... ..	234						
Intendencia ... ..	35	1.151					
<hr/>				<hr/>			
30.305				38.850			

Los cursos de capitanes son distintos en una y otra zona. En el Ejército Nacional constituyen un tercer grado (para mando de batallón), mientras que en el Ejército Popular, son un segundo grado (mando de campaña), ya que antes sólo existe el empleo de teniente, el mínimo, para el mando de sección, que en los nacionales es de compañía, al mandar sección los alféreces; lo cual, al existir la misma deficiencia de oficiales en zona roja, hace que en ésta se inicien «cursos de mayores» (comandantes), de los que sólo uno es realmente de ascenso y muy limitado en número, pues los cuatro anteriores suponen perfeccionamiento para quienes ya son mayores con mando de batallón. Se produce con ello el caso de que en zona roja los «oficiales en Campaña» no ejercen el mando de unidad superior, lo que es normal en la nacional: un teniente manda compañía y un capitán manda batallón. Pero en el Ejército de Franco no se pasa de este mando, y ello después de tres cursos, uno por cada unidad superior, mientras que en el Ejército Popular, incluso sin curso alguno, hay jefes de Brigada y de División, con ascensos «a dedo» hasta de general profesional, caso de Modesto y de coronel, caso de Líster, Tagüeña y otros.

(14) No se suman por tratarse de una especialización de quienes ya eran oficiales.  
 (15) De ellos 11.735 formados en las Escuelas Populares de Guerra y unos 15.000 en las de Cuerpos de Ejército, División y Brigada.  
 (16) Son «tenientes auxiliares», equivalentes a «provisionales».



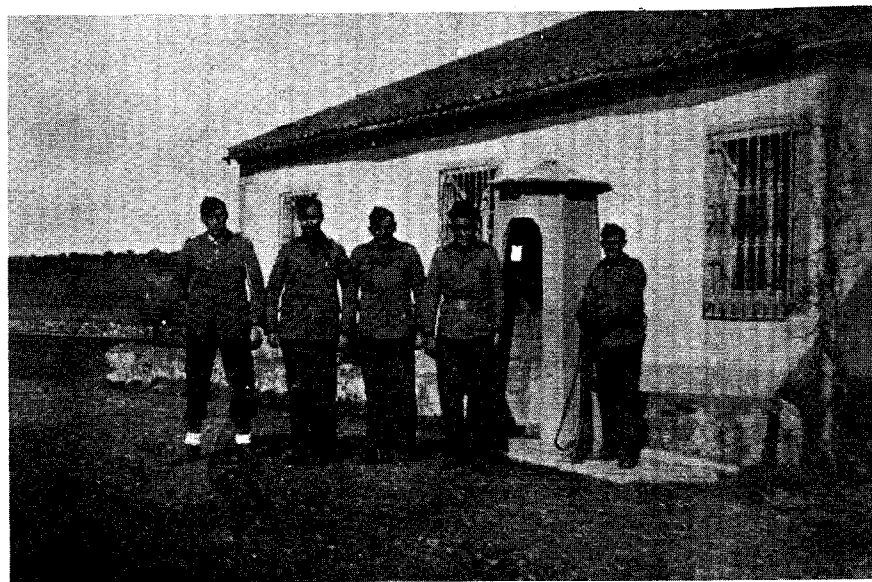
En el Ejército Nacional, el Oficial Provisional es el alma del combate de su unidad, es su espíritu y su moral combativa; en zona roja el Oficial en campaña está mediatizado por el Comisario Político de su unidad, que hace cursos tan especializados como el oficial y muchas veces, manda, cuando el oficial no se imponga o ceda por timidez política. Los Comisarios Políticos, son, según esto, oficiales suplentes, que unas veces predominan y otras suplantán a los «Oficiales en Campaña».

En zona roja todo se legisla con vistas a que los Oficiales en Campaña consoliden su empleo y constituyan el esquema de la oficialidad popular del Ejército Popular de la paz. Ellos constituirán los mandos del Ejército futuro, en todos sus escalones. En zona nacional es al revés, según la previsión fundacional de Mola, para evitar que como los antiguos «provinciales» puedan crear posteriores problemas de exceso de oficialidad, todo se legisla advirtiendo que los Provisionales están de paso, como con intrusismo civil en el Ejército Profesional, limitados siempre por las restricciones legislativas de otorgarles «el grado correspondiente al empleo de alférez», el carácter de «provisionalidad» de éste y de concedérseles «exclusivamente por el tiempo que dure le campaña», sin que su empleo pueda alargarse «para posteriores derechos».

### *Escuelas y Academias*

La referencia más antigua que consta sobre improvisación de oficiales es de la España roja, en aquella Escuela de Oficiales que el 11 de agosto creaba Hernández Saravia siendo ministro de la Guerra, anuladas a los quince días y recreados el 15 de septiembre por Largo Caballero, sin que ninguna de ellas llegaran a funcionar, por la aproximación a Madrid de las tropas nacionales. Las que sí funcionaron desde muy pronto, las primeras, sin duda, fueron las catalanas Escuela «Carlos Marx» y Escuela Popular de Instructores de Guerra de Cataluña, inauguradas en agosto del 36 en Barcelona, la segunda el día 26 y la primera en fecha desconocida.

No puede negarse esa primacía a las milicias catalanas. En la capital del Gobierno, no parece que el Ejército ni las milicias viesan logrados sus propósitos antes del decreto de la Junta de Defensa de Burgos, que el 4 de septiembre de 1936 creaba los Alféreces Provisionales, de los que el 3 de octubre salía la primera promoción. Su germen estaba en el comentado telegrama de Mola a Franco, el 30 de agosto, proponiéndole cursillos rápidos y prácticos, de mes o mes y medio para formar oficiales de complemento que cubriesen la notable escasez de mandos. Franco, al día siguiente aprobaba la propuesta, pero opinaba que la duración mínima debía ser de dos meses, tiempo en el que sería imposible formar oficiales de Artillería, pese a lo cual en quince días se logró la primera promoción, de Infantería y Artillería, consiguiéndose los primeros oficiales improvisados oficialmente en la guerra de España, gracias a la actividad organizadora del coronel Gil Verdejo, director de la Escuela de Burgos, a la que seguía de cerca la de



*Academia de Pedro Llen: Arriba, en primer término, el capitán del Gobierno Militar de Salamanca; a su izquierda, el capitán instructor von Haartman y a su derecha von Knockblok. Abajo, a la derecha, von Haartman.*



Jura de bandera de los Alféreces Provisionales del 4.º curso de Artillería de Burgos, el 23 de diciembre de 1936, en el picadero del 11.º Ligeró de Artillería.

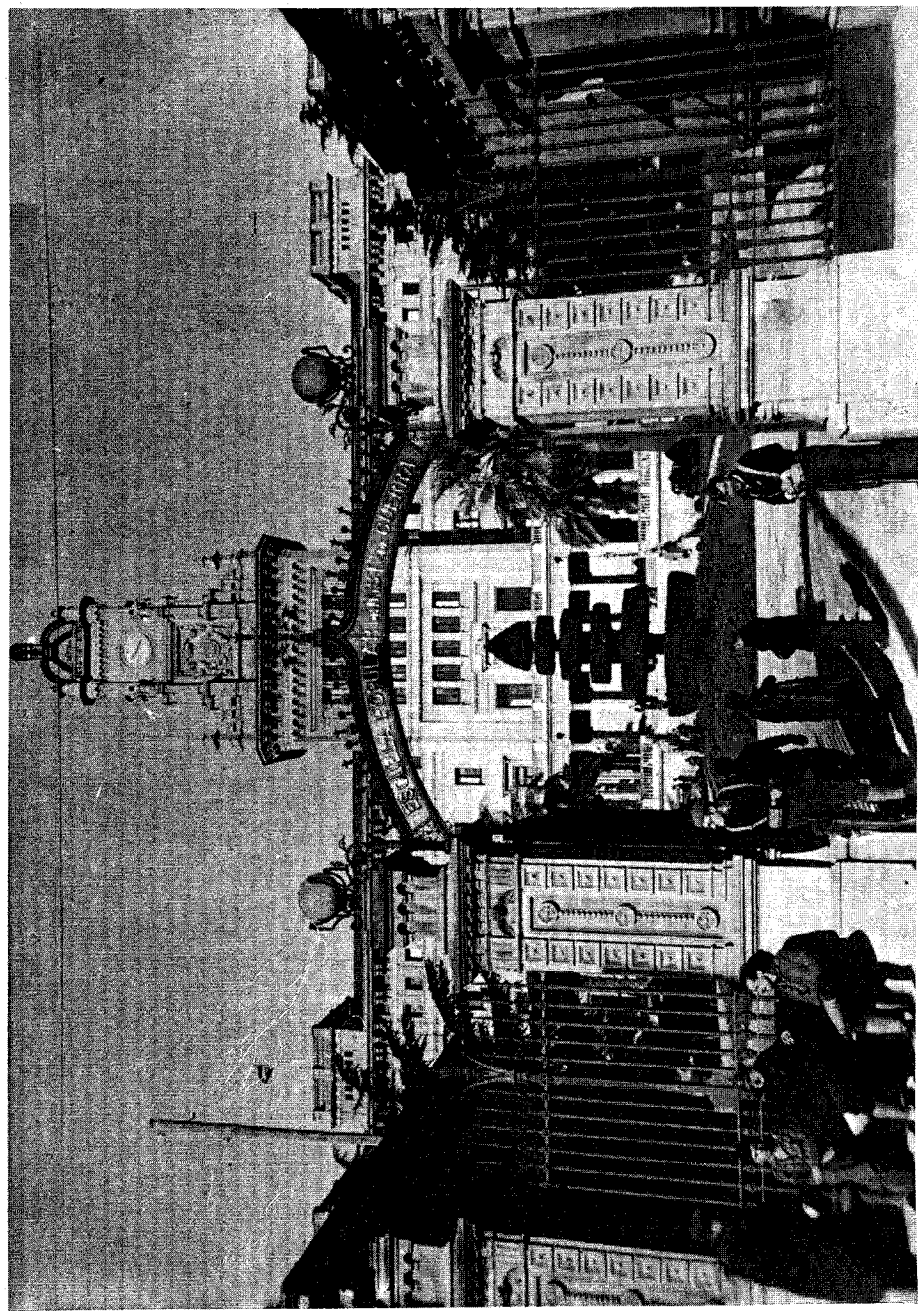


Una de las primeras promociones de Alféreces Provisionales de Burgos desfila cantando por el paseo del Espolón.



*Alféreces Provisionales desfilando en Burgos, en abril de 1938, ante la residencia del Generalísimo Franco y Tenientes en Campaña en la Plaza Roja de Moscú, el 1.º de mayo de 1937.*





*La entrada principal a la Escuela Popular de Guerra de Cataluña. Son las 10,20 de un día de octubre de 1936.*



Sevilla. Queipo comentó en noviembre que en quince días no podían adquirirse dotes de mando, pero en enero su escepticismo se transformaba en entusiasmo por los «Provisionales». Luego, las primitivas Escuelas se extendieron a lo largo de seis promociones, y simultáneas con las de Burgos y Sevilla, las hubo en Marruecos, Baleares y Canarias.

De otras academias militares en zona gubernamental hay noticias concretas de que el 16 de septiembre ya tenían actividad las del Quinto Regimiento y el 18 de octubre había comenzado un curso —al parecer el primero— en la Escuela Militar Antifascista de Valencia. Las Escuelas para Oficiales, del Gobierno Central, sólo iniciaron sus cursos el 25 de noviembre en Paterna y otros pueblos de Valencia y Murcia. Antes de dos semanas —el 8 de diciembre— adoptaron el nombre de Escuelas Populares de Guerra, como las de Cataluña, y lo conservarían hasta los últimos meses en que —acaso por conveniencia política— se llamaron Escuelas de Mando y Enseñanza.

No parece que el Ejército Popular pusiera gran entusiasmo en las Escuelas que promovían sus «tenientes en campaña» —el empleo de alférez se había suprimido en zona roja— y en la literatura privada de los militares de carrera hay más censuras que alabanzas para ellos. En cambio, los «alféreces provisionales» pronto tuvieron una aureola heroica y legendaria y los mejores elogios de Franco, Mola, Orgaz, Varela, Yagüe y los mandos más destacados de la campaña. El general Orgaz se embriagó de entusiasmo por la obra, que pronto consideró muy suya y personal y forjó grandes planes académicos que rebasaban las posibilidades de equilibrio entre la formación y el combate de los oficiales nacidos para no poseer más técnica que la mínima indispensable. Las Escuelas ganaron categoría de Academias, desde mayo de 1937, funcionando simultáneamente una en Castilla para el Ejército del Norte (primero en Fuentecaliente, de Burgos, y luego en Avila y Toledo), otra en Granada para el Ejército del Centro y una más en Riffien para el Ejército del Sur. Se independizaron las de Caballería, en Valladolid; Ingenieros e Intendencia, en Burgos; Artillería en Segovia y otras de especialidades menores en distintas capitales. Se asentó en Toledo la de Tenientes Provisionales y en Tahuima la de Capitanes Provisionales.

En cambio, las Escuelas Populares de Guerra pronto se limitaron a las de Valencia y Barcelona, suprimidas todas las de milicias y sólo se extendieron a Euzkadi, con la duplicidad de la Escuela Popular de Guerra número 6 (de Artillería), del Gobierno Central y la Academia Militar de Euzkadi, prácticamente autónoma, que habiendo sido creadas el 17 de diciembre de 1936, no iniciaron sus actividades hasta febrero del año siguiente, mientras que la filial para Infantería de la E.P.G. número 6, en Gijón, se fundió con la del Ejército del Norte, iniciada allí, también con autonomía, poco antes que la Escuela matriz.

No hay mucho más que decir en cuanto a los planes de uno y otro ejércitos. Franco quería más conservar los oficiales en el frente que distraerlos en las Academias, aun comprendiendo la utilidad práctica de su per-

feccionamiento progresivo en ellas. El mando rojo luchaba con los imponderables de armonizar su tono popular con la necesaria preparación cultural y técnica, sin esa tendencia de Franco a no restar oficiales al combate, puesto que no regateaba días a los cursos, e incluso a la repetición de ellos, dándose el caso de que algunos alumnos permanecieron hasta seis meses en una escuela.

En ambas zonas se crea pronto una Inspección de Enseñanza y de Academias, con el fin primordial de unificar los planes de estudios y el régimen de los centros de formación de oficiales, aparte de sus funciones específicas normales y fiscales. En el Ejército Popular se implanta desde el primer momento otra inspección política que recae en los Comisarios de Academia y de cada una de sus Escuelas, cuya fiscalización unas veces interfiere y otras coarta, la libertad de actuación de profesores y directores. Su acción fue, en general, más obstaculizadora del mando que en las unidades combatientes, ya que era más innecesaria, aún en lo político.

### *El Estado Mayor*

La formación de oficiales de Estado Mayor tuvo muy distinto carácter en ambas zonas. El Ejército Popular improvisó cursos para diplomar a quienes ya eran oficiales profesionales, dándoles un carácter semidefinitivo, pendiente sólo de una sencilla confirmación cuando terminase la guerra. El Ejército Nacional, siguiendo su idea de no comprometerse para el futuro en derechos adquiridos, creó unos oficiales «auxiliares» de Estado Mayor, que a nada obligaban y que tenían limitada su función a las secciones menos técnicas, como eran la primera (Personal) y la segunda (Información), y aun en ellas desempeñando siempre misiones auxiliares, como intermedias entre las de Estado Mayor y las de Oficinas Militares.

### *Ritmo y volumen de la «producción»*

Las Academias del MIR lograron sobrepasar con mucho la media mensual de 640, hasta la de 960 alféreces promovidos, sin que en ello influyese la periodicidad de los cursos, pues aunque los cuatro primeros de las Escuelas primitivas fueran de quince días y los dos últimos de veinticuatro, y a ritmo rapidísimo, la falta de sincronía en las distintas localidades hizo que todos los meses saliese alguna promoción, tanto en las Escuelas como en las Academias. El Ejército Popular no logró ese ritmo de promoción ni ese volumen de promovidos en ningún momento, como se refleja en el total general, con casi la mitad de oficiales «en campaña» que «provisoriales» en zona nacional, refiriéndonos a las Escuelas Populares de Guerra (14.000 frente a 29.000), pues las de División y Cuerpo de Ejército no eran sino un discutible sucedáneo de aquéllas, y en las de milicias (algunas de ellas buenas), no hubo volumen apreciable de promoción de oficiales.

### *El aspecto político*

Una característica diferencial de los oficiales improvisados en ambas zonas en el aspecto político de la selección y del control, antes, durante y después de los cursos. Las Escuelas Populares exigen, como norma el examen de ingreso, para evitar la concurrencia de analfabetos o incultos con grandes méritos sindicales, y el «aval político» como condición indispensable, extendido por su partido o sindicato. Las proporciones y preferencias en cuanto a la filiación se ve clara en un cuadro de plazas en Asturias, donde se prefiere por igual (treinta por ciento) a los socialistas, comunistas y anarquistas, pero se relega hasta un diez por ciento a los de izquierda republicana. Durante los cursos, los comisarios de Escuela y sus delegados de curso y de clase entre los alumnos, completaban la depuración con una agudísima información policiaco-política, que hacía extremar el cuidado de sus expresiones a quienes se sentían vigilados, y lo eran todos, alumnos y profesores. Más tarde, los «oficiales en campaña», como todos, se sentirían también sometidos a estrecha observación por sus comisarios adjuntos, con mucho más crédito ante la superioridad y, moralmente, con autoridad sobre la suya en la misma unidad de su mando, resultando, en la práctica, una dicotomía entre el oficial y el comisario, al pretender separar el cuerpo y el alma del militar y resultando de ello una falta de entusiasmo, de moral y, en consecuencia, de eficacia.

En las Academias nacionales sólo a veces se solicitaban informes o certificados de «adhesión al Movimiento Nacional», extendido por cualquier autoridad, con criterio de aceptación tan benévolo que eran manifiestos los casos de quienes por no exigirseles o por aceptárseles cualquier papel, llegaron a ser alféreces provisionales pese a su filiación marxista o su claro carácter de «simpatizantes». En algunos cursos, los informes recibidos muy a última hora hizo suspender a quienes se consideraban ya aprobados; algunos, muy pocos, incluso desertaron; otros causaron baja después de varios meses mandando unidad, o incluso más tarde, ya en las Academias de transformación, terminada la guerra.

En ambos bandos se produjo inicialmente una falta de información suficientemente anticipada para los combatientes empeñados en combates un tanto aislados del correo o de difícil acceso, por el escaso plazo concedido para solicitar los cursos. En zona nacional se solucionó pronto, abreviando trámites e incluso eliminando escalones en el conducto regular reglamentario. En zona roja había una solapada intención de anticipar la noticia a los comunistas, para que los mandos fuesen suyos. En la historia de la CNT de Peirats, hay documentos que lo demuestran elocuentemente, y en las convocatorias asturianas la brevedad del plazo de solicitud es realmente extrema. Esa era una de las causas esenciales de la falta de incorporación o el retraso de los alumnos a cursos muy cortos, de modo que tres o cuatro días de retraso suponían una inaceptable proporción de faltas, puesto que invalidaban el curso.



En el texto de Gil Ossorio figuran las bajas de 175 «provisionales» por degradación, siete de los cuales fueron rehabilitados después. En un total de 30.000, la proporción es mínima, y más teniendo en cuenta los motivos examinados. En el Ejército Popular no he hecho estadística semejante de bajas, ni siquiera cálculo, pero salen al paso en los diarios oficiales muchas destituciones, ceses y extrañas «renuncias» de oficiales recién promovidos, que «a petición propia» pasan a ser soldados. Ni siquiera se emplea en el texto ministerial la delicada fórmula de los nacionales de «pasa a la situación militar que le corresponde».

### *El ingreso*

Las condiciones de ingreso en las Escuelas y Academias nacionales comenzaron por exigir ser suboficial o soldado voluntario, con título de bachiller, de veinte a treinta años de edad, y el informe favorable de sus jefes. Los dos últimos de los seis cursos, aumentaron a veinticuatro los quince días de duración y se rebajó a dieciocho años la edad mínima de los solicitantes. Posiblemente fueron los únicos cursos en régimen externo, o al menos los que más tiempo se mantuvieron en él, considerando ambas zonas. En las Academias del MIR los cursos fueron ya de dos meses de duración en régimen interno, a partir de mayo de 1937. Luego se impuso un examen previo. Desde octubre de 1938 se reservaba un tercio de las plazas para sargentos profesionales, provisionales o de complemento, sin título académico, y desde enero de 1939, por falta de concurrencia, se exigía sólo el bachillerato elemental o cuatro cursos del superior, o dos de magisterio, siendo válido también el bachillerato eclesiástico.

En la Marina nacional los cursos para el Cuerpo General eran de dos meses, exigiéndose a los aspirantes tener treinta años cumplidos, bachillerato universitario, ocho meses de embarque y un examen previo; para Infantería de Marina los cursos fueron primero de tres meses y luego de dos, exigiéndose a los aspirantes ser bachilleres universitarios; para Intendencia de la Armada, los cursos variaron de sesenta a cuarenta y cinco días y se concedía preferencia a quienes tuviesen tres meses de embarque o de frente, a los heridos y a los que hubiesen cursado derecho o carreras mercantiles.

De la llamada «Flota Republicana» apenas hay datos sobre los cursos, pero es significativo el escaso número de los promovidos del Cuerpo General en la *Escuela Naval Popular*. Los cursos «abreviados» para dar formación teórica a quienes tenían ya experiencia práctica de combate naval eran de tres meses, como los iniciales en la Marina nacional, y los aspirantes sufrían un reconocimiento físico previo y un examen final, con pruebas teóricas y prácticas cuya calificación servía para escalafonar a los nuevos oficiales, que deberían prestar servicio en buques por un mínimo de seis meses y efectuar cursos sucesivos para revalidar su título de alféres de navío, sin lo cual quedarían a extinguir como tenientes de navío.

Los aspirantes a oficial de Infantería de Marina debían tener de dieciocho a treinta y seis años y ser al menos soldados o marineros del Cuerpo, tener tres meses de frente, saber leer, escribir y las cuatro reglas, informe favorable conjunto del jefe y el comisario de su unidad, de lealtad y afectación a la República y certificado de servicios. Efectuaban un examen previo, unas pruebas de selección de diez días y un curso de tres meses, es decir, semejante en duración al de zona nacional, que luego se redujo a dos meses, como los demás de Marina.

En la Aviación nacional se empezó con cursos de cuarenta y cinco días rebajados a un mes, exigiéndose título académico o aeronáutico y examen previo.

Para aspirar a los cursos de piloto del Ejército Popular se exigían tres meses de servicios en aeródromos del frente, dieciocho a veinticuatro años de edad, los consabidos certificados-informe, examen y reconocimiento previos. No consta hoy la duración del curso, pero en su parte teórica debió ser de dos a tres meses, ya que las prácticas de vuelos se contaban por horas.

La diversidad autónoma de Escuelas en zona roja, sobre todo inicialmente, hizo que los límites de edad de los aspirantes fueran notablemente variados. He aquí un ejemplo:

<i>Escuelas</i>	<i>Años de edad</i>
Antifascistas de Valencia ... ..	18 a 35
«CNT-FAI» de Barcelona ... ..	16 a 18
Popular de Guerra de Valencia ... ..	19 a 36
Academia Militar de Euzkadi ... ..	21 a 35

De las restantes escuelas no queda constancia. En cuanto a las demás condiciones de ingreso, se señalaba con insistencia en las E. P. G. el requisito del «aval político» —o «control de guerra», se dio como alternativa en la Academia de Gijón—, que podía sustituirse por el certificado de jefe de su partido o sindicato, y se sometía a los aspirantes a un examen previo, como en casi todas, que aquí duraba cuatro horas y en la Academia de Euzkadi se aclaraba que sería equivalente al de los conocimientos de un bachiller, añadiendo que se preferían aspirantes de milicias, y exigiendo además el uniforme de instrucción y paseo y la gorra de plato con ángulos de cadete. La duración de los cursos, también variable, queda más clara en un cuadro.

<i>Escuelas</i>	<i>Promo- ciones</i>	<i>días cada curso</i>	<i>duración máxima</i>
«CNT-FAI» de Barcelona ... ..	1	60	60
E.P.G. Infantería ... ..	2	20 a 40	60 <sup>17</sup>
E.P.G. de Artillería e Ingenieros ... ..	3	30	90 <sup>18</sup>
Academia Militar de Euzkadi ... ..	3	30	90 <sup>19</sup>
Academia de Artillería de Gijón ... ..	2	30 a 45	90
Academia de Infantería de Gijón ... ..	1	10 a 20	20

En las Escuelas de Artillería e Ingenieros de cualquiera de los dos Ejércitos enfrentados se valoraba a la especial preparación técnica, de modo que en el Ejército Nacional se exigía y en el Popular se prefería, que éstos fuesen ingenieros, arquitectos o licenciados en ciencias, abreviando los cursos para ellos no sólo en las E. P. G., sino en la Academia de Gijón, la que, en principio, tenía tono más proletario y libertario, estableciéndose dos grupos de alumnos según tuviesen o no alguno de estos títulos.

### *Los enseñanzas*

Las materias de las clases eran más concretas y elementales para los Alféreces Provisionales que para los Tenientes en Campaña. En las primitivas Escuelas de Burgos y Sevilla se limitaban, más o menos, a las que Franco indicaba en su telegrama del 1.º de septiembre de 1936: disciplina, educación moral y parte práctica indispensable para mandar una sección de Infantería; es decir: ordenanzas, táctica de sección en combate, nociones de logística y de topografía. En las Academias del MIR tales materias se daban con mayor amplitud, al ser el curso de doble duración, y se añadían elementalidades de código, contabilidad, régimen interior, armamento, tiro e incluso alguna lección de cultura militar, que pudiera considerarse «de adorno». Pero en las Escuelas Populares había mucha densidad de materias y más temas, que a un jefe de sección en campaña le resultarían innecesarias. En la Escuela Antifascista se daban matemáticas, física, gramática, literatura, geografía e historia; en la E. P. G. de Artillería llamaban la atención los pretenciosos y pedantes términos pedagógicos de su programa; en la Academia de Euzkadi, además de las asignaturas normales, se estudiaba «organización militar» y régimen interior de los Cuerpos; en la de Artillería de Gijón, ampliación

(17) Al aprobar el primer curso se les promovía a «Sargentos en Campaña», grado con el que salían de la Escuela quienes no aprobasen el segundo curso.

(18) El «curso corto» era de cuarenta días. El «largo» de sesenta días. Los ingenieros, arquitectos o licenciados en ciencias no hacían el «preparatorio», limitándose a un curso de veinte días y otros veinte en «curso de aplicación».

(19) Eran tres meses en tres ciclos: general, especial y de prácticas. Los oficiales de milicias y suboficiales del Ejército se perfeccionaban en «cursos cortos» de un mes.

de matemáticas, física, tiro, balística y empleo y materiales de la Artillería.

En la Academia de Gijón los Tenientes en Campaña cursaban las especialidades de «Fusiles» y «Ametralladoras», sorprendente la primera y útil la segunda. Orgaz quiso organizar también cursos de la especialidad de «Ametralladoras» para alféreces provisionales, pero Franco no los aprobó, pues aunque la idea era buena en principio, exigiría distraer más oficiales del frente, o los mismos, por más tiempo. Quizá se quiso evitar también el posible litigio con los oficiales profesionales, que no contaban oficialmente con tal especialidad.

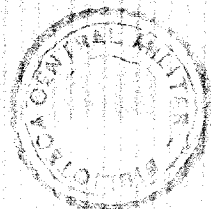
Las Escuelas Populares no fueron nunca tantas como las Academias del MIR, pese a que tuvieron incluso la de Cuerpo de Tren, además de las normales de las cuatro armas, Estado Mayor e Intendencia, pero no llegaron a formar oficiales profesionales como tales especialistas, pues sus cursos de especialización eran complementarios para quienes ya habían sido promovidos en las escuelas de las armas. Con ello se duplicaban los cursos, de modo que un oficial de Guerra Química, por ejemplo, se formaba de una vez en el Ejército Nacional y en dos cursos sucesivos en el Ejército Popular, por lo que se le restaba al frente durante más tiempo. Un cuadro comparativo lo aclarará mejor, aunque no incluya los oficiales formados en las Escuelas de División y C. E. y se limite a las armas y especialidades que fueron comunes en las dos Españas enfrentadas:

<i>Especialidades</i>	<i>Ej. Nacional</i>	<i>Ej. Popular</i>
Infantería ... ..	22.242	8.286
Caballería ... ..	331	251
Artillería ... ..	1.599	1.357
Ingenieros ... ..	1.121	1.330
Intendencia ... ..	678	512
Marina ... ..	137	115
Pilotos ... ..	551	2.000

A la vista de este estudio comparativo, gana puntos en tan desconocido aspecto —salvo en los pilotos— la teoría de la nivelación sostenida por Ramón Salas, ya que la gran diferencia de Infantería se vería compensada al añadir la mayor parte de los 15.000 oficiales formados en las Escuelas de grandes unidades, donde es razonable pensar que apenas se formasen de otras armas.

### *El régimen*

El día militar empezaba antes en las Academias nacionales que en las Escuelas Populares. Al menos durante cierta época del año, en la de Fuencaliente se tocaba diana a las cinco de la mañana, y en la de Toledo a las seis, pese a que su clima era bastante extremoso. Sus adversarios se levantaban a las siete, salvo los alumnos de la Escuela Antifascista de



Valencia, única de las que consta el toque de diana a las seis y media de la mañana.

En cuanto a la distribución del tiempo académico, la mayor claridad aconseja formar un cuadro en el que señalo el número de horas dedicado a cada actividad:

Escuelas	Horas diarias				
	Gimnasia	Instruc.	Clases	Estudio	Paseo
Escuelas Junta Defensa ... ..	—	2	4	—	Libre
Escuelas del M.I.R. ... ..	1	4	4,30	2	S. y D.
Escuela Antifascista ... ..	—	3	2	1,30	1,45
Escuelas Popr. de Guerra ... ..	1	4	4	2	S. y D.
Academia de Euzkadi ... ..	0,30	2	4	4,15	2
Academia de Gijón ... ..	—	1	5,30	2,30	J. y D.

Las Escuelas nacionales de la Junta de Defensa posiblemente serían las únicas de régimen externo; el hecho de darse las clases en teatros debió condicionar que fuesen por la mañana, dejando la instrucción para la tarde, pero sin esa limitación, también en la E. P. G. de Infantería se hacían por la tarde cuatro horas de instrucción. El mínimo tiempo dedicado a gimnasia —en la Escuela Antifascista no se hacía— era el de las Academias de Euzkadi y Gijón, a razón de media hora diaria en la primera y una en días impares en la segunda, que se alternaba con instrucción, récord mínimo de estas actividades en el conjunto de ambas zonas. El horario de clases era muy variable, como el de estudio, por la mañana, por la tarde y, con frecuencia, repartidas. Es interesante observar los opuestos criterios pedagógicos de las Academias de Euzkadi y Gijón, pese a ser norteñas las dos: mientras la primera dedica casi un mínimo a clases y un máximo a estudio —con una hora diaria libre, de las diez a las once de la noche, y además dos horas obligatorias y una libre los días festivos—, la segunda dedica un máximo desmesurado a las clases y casi un mínimo al estudio. No está claro si en algunas E. P. G. había cinco horas de clase. En cuanto al paseo, éstas no lo tenían (al menos las de Infantería y Artillería) más que dos días por semana, como las Academias nacionales del MIR, pero consta que en la de E. P. G. de Transmisiones era diario y con tiempo suficiente para ir y volver en tren a Castellón, lo que hace suponerle no menor de dos horas (de seis a ocho). En Bilbao se daba a una hora extraña durante el invierno (de las trece a las quince) hasta el día 15 de abril, en que empezaba a ser de las diecinueve a las veintiuna horas. Lo curioso es que siendo tan variados los horarios, aun entre las filiales de una misma escuela, cada una razonaba que el suyo era el más pedagógico, conveniente y provechoso.

No deja de ser ilustrativo el estudio de la alimentación en los centros de enseñanza militar, pero al no haber conseguido las papeletas de cada comida de los de zona nacional, no es posible comparar organo-



*Los tenientes en campaña usaban invariablemente la gorra de plato, con caprichosos ladeamientos y abolladuras a veces. Dentro de su afición a la uniformidad abrochada, vemos aquí cuatro versiones de ella.*





*Escuela de Oficiales de las Brigadas Internacionales. Alumnos franceses y españoles. El profesor explica los efectos de las granadas de tonelete.*



*Grupo de pilotos de la 1.ª promoción de Rusia, entre ellos, Tarazona, Arias, Eloy Gonzalo Obarro y Frutos.*

elécticamente las minutas ni su valor calórico y proteínico, único modo de valorarlas con seriedad científica. La escasez proverbial de la zona roja y el mero examen de las papeletas, con dos y tres primeros platos, sin que a veces hubiera ninguno de carne, huevos y ni siquiera pescado, es suficientemente elocuente. Pese a lo cual, en la Academia de Euzkadi se cuidaba de dar merienda a los alumnos. En zona nacional la comida era apropiada para estudiantes con intenso ejercicio físico y no había razón alguna para restringir cantidad, calidad ni variedad en las comidas. Por ejemplo, en el desayuno de la Academia de Tenientes de Toledo no faltaban las típicas migas con chorizo, o los churros los domingos, con postre de confitería. En las Escuelas del Ejército Popular, aparte de las dificultades propias de la escasez, se llegaba a curiosas minutas, de anomalías muy extrañas, incluso en la pulida y exquisita Academia de Euzkadi, con demasiados platos «de entrada» —harto sentidos, sin duda, por los gastronómicos profesores y alumnos bilbaínos—, pero no vamos a detenernos en esta miscelánea, pues el lector curioso puede comparar en el texto de *Tenientes en Campaña* las llamativas papeletas y las razones de abastecimiento de Intendencia en que se basaban.

### *Los profesores*

En cuanto a los profesores, en las dos zonas se trata pronto de evitar que quienes han de inculcar el espíritu y el honor militar a los alumnos puedan ser tachados de «emboscados», por lo cual se acude a nombrar a militares mutilados, heridos o convalecientes. La Academia de Gijón fue la única que destinó oficiales de milicias como profesores; mientras que, lo mismo en la de Euzkadi que en algunas de las E. P. G. hubo profesores civiles, cosa que no se dio nunca en las nacionales.

En cambio, las Academias del MIR tuvieron desde mayo de 1937 hasta el final de la guerra instructores alemanes e italianos. Los primeros por la razón apuntada de ser preciso recoger y utilizar a quienes vinieron con este fin para las disueltas Academias de Falange, siendo impolítico devolverlos a su patria. Fue, pues, una concesión forzada. Los italianos hubieron de encontrar iguales derechos, dada la emulación que mantenían con los alemanes, si no quiere llamarse rivalidad, que no lo sería. El precedente alemán les hizo reaccionar, a la zaga siempre, reclamando un mínimo de participación como instructores en Academias de Artillería. En cuanto a los trece alumnos marroquíes admitidos y la posibilidad, no ejercitada al parecer, de que algunos extranjeros se hiciesen «oficiales provisionales», se trata asimismo de situaciones que la alta política obligaba a resolver también en concesiones mínimas. A los mandos de Ejército Popular no se les planteó un problema semejante y tan sólo los pilotos se formaron en escuelas extranjeras, como algunos de zona nacional, si bien la proporción fue de 2.000 de los primeros a 551 de los segundos.



En cuanto al número de profesores, no hay datos concretos de zona nacional. En las primitivas Escuelas, como la de Infantería de Burgos, no hubo más que un par de capitanes para las enseñanzas teóricas y prácticas de unos 250 alumnos; en otras se pasó de tres o cuatro, a lo sumo; término medio, tres. En las del MIR hubo ya doble cuadro: el español, de unos cinco jefes y oficiales para las materias teóricas, y el alemán, de otros tantos oficiales instructores y suboficiales subinstructores. Total, unos quince.

En el Ejército Popular la mayor nómina encontrada es de cuarenta oficiales entre profesores y auxiliares (20) en la Escuela Antifascista de Valencia, amén de algún profesor civil, como había en la mayor parte de las demás escuelas. De las Populares de Infantería y Artillería valencianas no hay datos, pero podían ser muy bien el doble que en la de Transmisiones, catorce profesores, veintiún auxiliares y once sargentos subinstructores; las E. P. G. catalanas tenían trece profesores y once auxiliares la de Artillería, y diez profesores la de Infantería. En la de Euzkadi hubo primero seis profesores, como en la Popular de Bilbao, aumentando luego a nueve. La de Gijón tuvo trece profesores y once auxiliares (21). Un cuadro, aun con lo impreciso de algunos datos, permitirá mejor el examen comparativo:

<i>Escuelas</i>	<i>Profes.</i>	<i>Auxil.</i>	<i>Civiles</i>	<i>Subins.</i>	<i>Total</i>
<i>Ejército Nacional</i>					
Escuelas Junta Defensa ... ..	3	—	—	—	3
Escuelas del M.I.R. ... ..	3	5	—	7	15
<i>Ejército Popular</i>					
Escuela Antifascista ... ..	20	20	—	—	40
E.P.G. Valencia. Transmis. ...	14	21	—	11	46
E.P.G. Cataluña. Artillería ...	13	11	—	—	24
E.P.G. Cataluña. Infantería ...	10	—	—	—	10
E.P.G. Bilbao. Infantería ... ..	3	4	—	—	7
Academia Militar de Euzkadi <sup>22</sup>	7	—	2	—	9
Academia de Gijón. Infanter. <sup>23</sup>	19	—	—	—	19
Academia de Gijón. Artiller. <sup>24</sup>	5	3	1	—	9

Claro está que el número de por sí es poco expresivo, pues todo está en relación con las actividades de las escuelas y el número de especialidades que se abarcaban en ellas. No es comparable una Academia de Infantería del MIR con la E. P. G. de Transmisiones, ni ésta con la Antifas-

(20) Un Comisario, un Director, 17 de Infantería, 16 de Artillería, 4 de Ingenieros, 3 de Intendencia y alguno civil que no consta.

(21) Con un Inspector General, un Secretario General, un Director y un Jefe de Estudios.

(22) Al final eran 5 militares y 4 ingenieros civiles.

(23) Primero fueron 8, luego 10 y al fin 19.

(24) Empezó con sólo dos profesores.

cista, por la especialización de la segunda y el volumen de la tercera, para las tres armas e Intendencia. Un estudio detenido y ponderado haría preciso atender a todos los aspectos considerado en el texto.

### *La Academias de Milicias*

Las Academias de Milicias de zona nacional apenas pasaron del proyecto. El sólo anuncio de la Real Academia Militar de Requetés produjo su fulminante suspensión y el destierro del delegado de la Comunión Tradicionalista. En aquel decreto destacaba la creación de academias de campaña, simultáneas a las de retaguardia, en Pamplona, cosa que en el Ejército Popular se realizó en cierto modo en las escuelas de C. E. y División. En cualquier caso, su proyecto o creación fue posterior a las del Ejército, al revés que en zona roja. La primera idea de la Academia de Jefes de Centuria de F. E. nació en la Junta de Mandos de Sevilla, el 6 de octubre de 1936, al mes siguiente de la convocatoria de Alféreces Provisionales, el 4 de septiembre, y de publicarse la orden el 7 de este mes.

Entre los dos cursos celebrados en las Academias de La Jarilla (Sevilla) y Pedro Llén (Salamanca) saldrían menos de cien jefes de centuria, tras lo cual también fue fulminante el cierre y la condena del jefe de la Junta Política de Falange.

En zona roja, las Escuelas del Quinto Regimiento y la de J. S. U. de Madrid fueron disueltas tras una vida breve, por órdenes de diciembre de 1936. En Valencia, la Escuela Antifascista fue antecedente y matriz de la E. P. G. del Centro. En Barcelona subsistió largo tiempo la de CNT-FAI, mucho más que la «Carlos Marx» y la Popular de Instructores de Guerra de Cataluña constituyó la solera, incluso con su título, de todas las Populares de Guerra. De ésta no quedan tantos datos como de la Antifascista de Valencia, que debió llegar a sedimentar un prestigio de organización y funcionamiento bien ganado en sus cuatro especialidades: Infantería, Artillería, Ingenieros e Intendencia. Sólo la de CNT-FAI tenía una especialidad que ésta no cultivase por separado, al distinguir entre Ingenieros y Transmisiones, cosa que se hizo habitualmente en el Ejército Popular y no de modo orgánico, al menos al principio, en el nacional, por la tradicional concentración de las técnicas del arma. En general, todas las Escuelas procuraron revestir la enseñanza del mayor empaque posible, tanto académico como profesional, con pocas excepciones, bastante demagógicas, como la de Gijón en alguna de sus épocas y ramas.

Las numerosas rivalidades que las tensiones políticas crearon en zona roja no podían menos de afectar a los oficiales de milicias, creándose una habitual tirantez entre éstos y los «tenientes en campaña», con prurito de profesionalidad, como la había también hacia los militares antiguos, por recelo de desafección a la causa revolucionaria. En zona nacional, la prudente y eficaz unificación de milicias y el mando único por oficiales

profesionales y provisionales —todos del Ejército, salvo excepciones mínimas—, evitaron el más pequeño roce. La tirantez subsistió en zona roja, incluso entre los directores de las dos Academias de Bilbao, como luego en las de Gijón, al replegarse aquéllas allí, con repercusiones inevitables entre sus alumnos y en su consecuencia entre los oficiales formados en ellas.

### *Las promociones*

La característica de «cursos breves y prácticos» del texto fundacional de los Alféreces Provisionales, junto a la de su formación «rápida y eficaz» del decreto inicial, estaba en el ambiente mismo de la necesidad de improvisar oficiales en ambos ejércitos contendientes, así como la provisionalidad, que de un modo u otro se confería a los empleos. El poco feliz título de «en campaña» que se daba a los nuevos tenientes del Ejército Popular no hacía más que subrayar lo efímero de su nombramiento. No es de extrañar por eso que hubiese coincidencias de nomenclatura. En Gijón se utilizaba también la expresión de «rapidez y eficacia» al convocar los cursos, con el mismo sentido de la que inspiró el nacimiento de los «provisionales» y de acuerdo con ello, pese a los tres meses de curso que se proyectaron, se produjeron en realidad grandes promociones en poco tiempo, en proporción a su pequeño territorio. Tanto allí como en Euzkadi, ya el 18 de diciembre de 1936, aparecen los nombramientos «con carácter provisional», sin que ello suponga imitación de lo que se hacía en la zona enemiga. El mismo Aguirre, en Bilbao, como luego Orgaz en zona nacional, llama a los alumnos «caballeros cadetes». También Orgaz llamaría a sus Academias «Escuelas de Campaña» al final de la guerra, cuando las populares han perdido su nombre para ser más asépticas y militares «Escuelas de Mando y Enseñanza». Pero aquella rapidez de la Escuela de Infantería de Gijón se produce en cursos que resultan más bien una ligera transformación militar de los oficiales ya promovidos en milicias o por otro sistema.

La regularidad y amplitud de promociones conseguidas en zona nacional no tienen equiparación posible en ninguna de las escuelas de zona roja, como tampoco la tienen la uniformidad lograda en el espíritu, el estilo y la actuación de los Oficiales Provisionales, sin ninguna traba política ni coacción que recuerde lo más mínimo a la ejercida por los comisarios comunistas. Constituye un caso especial la Academia de Euzkadi, en la que al marcarse unas metas demasiado ambiciosas y un régimen exigente, se retrasó demasiado la inauguración por los exámenes de ingreso, y las promociones fueron lentas y exiguas, en cursos largos.

También se produjo en ambas zonas el problema de la escasez de plazo para que los aspirantes a oficial tramitasen su documentación, que tuvo en Gijón su máximo extremo al no conceder más que cinco días para presentar las instancias. En zona nacional se resolvió ya en los pri-

meros cursos de Burgos que los admitidos presentasen en mano la documentación y se anunciaron los cursos con mayor antelación, pudiendo los alumnos anticipar sus instancias por telégrafo. En zona roja los intereses creados de partido, especialmente el comunista, mantuvieron esta posibilidad de ventaja durante toda la guerra, maniobrando con la anticipación privada del anuncio y el retraso de su publicación eficaz, para que nadie más que los previamente avisados tuviera tiempo de formalizar sus documentos y concurrir al curso.

Es de notar también la norma general del examen de ingreso en zona roja. En la nacional lo hubo en algunas promociones de Xauen, incluso de gimnasia —caso extraño— y luego, al reducirse las condiciones culturales, también en las Academias del MIR, avanzado el año 1938. Pero la norma general en el Ejército Popular venía impuesta por el carácter proletario del acceso al empleo de oficial, de difícil armonización con la cultura mínima indispensable. Luego resultaba que los que aprobaban con facilidad eran los licenciados y bachilleres, perdiendo el curso quienes no tenían base suficiente, que venía a ser un 15 por 100 de los ya admitidos como alumnos, después de la gran criba que podía suponer el examen previo. El porcentaje de suspensos en zona nacional era mucho menor y nunca llegaría a un 5 por 100.

Pese a la brevedad de los cursos, en zona nacional como en la roja, en alguna ocasión, por causa de las operaciones, se anticipó el nombramiento de oficiales a un grupo de alumnos o a todo un curso. Ello debió ocurrir un par de veces en la Academia de Euzkadi. De las del MIR se sabe que para la batalla de Teruel salieron oficiales sin terminar el curso algunos alumnos de Fuenaliente, y no fue la única vez.

### *Los ascensos*

La necesidad de un empleo más para los oficiales improvisados se hizo sentir inversamente a la de su creación. Así como los «tenientes en campaña» nacieron más bien por falta de oficiales de Artillería y los «alféreces provisionales» por la de Infantería, la necesidad de «tenientes provisionales» y «capitanes en campaña» para el mando superior tuvo signo contrario. El general Orgaz comunicaba desde el MIR la urgencia de dar mando de batería a los «provisionales» el 13 de abril de 1937. Los «capitanes en campaña» debieron nacer en la Academia de Gijón, también en abril de 1937, pues el 4.º curso empezó a fines de mayo y su duración era de unos diez días. Fue la única Academia de zona roja que promovió capitanes y mayores «en campaña», con diez, doce y quince días a lo sumo, según las promociones, y si se mira a lo reducido de aquel Ejército asturiano, son muchos los promovidos para la necesidad de autoabastecerse, aunque en los cursos para mayores (comandantes) sólo catorce capitanes ascienden a tal empleo, pues para los ochenta y cuatro

restantes el curso no supone más que una confirmación oficial de su anterior nombramiento, más o menos oficioso, lo que ya ocurría en los cursos de capitanes, pero en proporción inversa, es decir, siendo más los ascendidos que los confirmados.

La supresión del empleo de alférez en zona roja hizo que los empleos «en campaña» fuesen los que correspondían a la unidad que iban a mandar: el teniente una sección y el capitán una compañía. En zona nacional la duplicidad de oficiales con mando de sección hizo posible que se cuidase más la necesaria restricción para no desorbitar los empleos o desvalorizarlos; el escalón del alférez al teniente evitaba un salto demasiado brusco para un oficial improvisado. El teniente «apto para el mando de compañía» suponía, como las habilitaciones, un ascenso, pero sólo moral, en mando, no en empleo, curiosamente opuesto a la antigua distinción militar entre grado y empleo. Por eso, siendo iguales los mandos en precario al final de la guerra, para los de batallón, en el Ejército Popular hay que crear «mayores en campaña», mientras que en el nacional bastan los «capitanes provisionales», a los que Franco felicita en su aparición deseándoles «la suerte de que alcancen la victoria para nuestra querida Patria».

### *Los muertos y los héroes*

No existe estadística hecha sobre los oficiales improvisados que murieron en uno y otro bando. Se ha hablado con notable exageración de los provisionales caídos, sin base alguna de cálculo, ni siquiera de medición lógica. Al estudiarlos anoté indicios encadenados con suficiente realismo para aceptar de momento que no fueron muchos menos de tres mil los muertos en la guerra. De los «oficiales en campaña» nada se ha escrito, que yo sepa, pero, pese a todo, no puede suponerse un número mucho mayor. Pudiera decirse que menos de tres mil «oficiales provisionales» y más de tres mil «oficiales en campaña».

En cuanto a las recompensas que suponen «valor heroico» o «valor distinguido», consta en *Alféreces Provisionales* que un 1,6 por 1.000 de los «provisionales» ganaron la Laureada de San Fernando y un 18,3 por 100 la Medalla Militar. Comparados con el total de las mismas condecoraciones otorgadas en la campaña, sus 15 laureados son el 21 por 100 del total y sus 363 Medallas Militares el 30 por 100 de las concedidas.

En zona roja se concedieron, por orden de su valoración: cuatro Laureadas de Madrid, trece Placas del Valor, cinco Medallas de la Libertad y 218 Medallas del Valor, según mis datos, aunque creo que es Azcárate quien alude a 1.500 de éstas —título de «héroe oficial»— al hacer relación de jefes y comisarios distinguidos. A los «oficiales en campaña» no se les concedió ninguna de las primeras y sólo 23 Medallas del Valor:

a seis mayores, diez capitanes y siete tenientes; eran un 9,5 por 100 de las grandes condecoraciones; la última de ellas la alcanzaban menos de un 0,01 por 100 del total de los «oficiales en campaña», sin que tal recompensa exigiese, como la Medalla Militar, o su equivalente «de la Libertad», en zona roja, un expediente previo.

## FUENTES CONSULTADAS

Las fuentes de este trabajo son las utilizadas para mis obras *Alféreces Provisionales y Tenientes en Campaña*. Editorial San Martín. Madrid, a punto de aparecer, y que allí se cita a pie de página con referencia concreta:

## Documentos:

*Archivo de la Guerra de Liberación* en el Servicio Histórico Militar:  
*Cuartel General del Generalísimo*: Armario 1, legajo 59; A-2, L-141 a 145, 152 y 153; A-5, L-506, A-6, L-341 a 343.  
*Documentación Nacional*: Armario 15, legajos 1-2-12 y 24.  
*Documentación Roja*: Armario 46, legajo 54; A-55, L-519; A-63, L-853 y 855.  
*Archivo de la Milicia Nacional*:  
 Sección 2.<sup>a</sup>, División 8.<sup>a</sup>  
*Archivo de los Servicios Documentales de la Presidencia*. (En Salamanca):  
 Sección A, legajo 46; Sec. B, L-117-139; Sec. CU, L-19 al 21; Sec. F, L-24, 92 y 115; Sec. I, legajos 63, 165, 317, 367 y 369; Sec. J, legajos 3, 5, 38 a 40 y 236; Sec. K, legajos 220, 197, 908 al 920; Sec. L, legajos 3, 5, 6, 8, 14, 17, 36, 109, 143, 159, 165, 194, 195, 225, 251, 317, 321, 323, 352, 359, 581; Sec. SM, legajos 1.088, 2.066, 2.081.

## BIBLIOGRAFÍA

*Servicio Histórico Militar* (Ponente: coronel Martínez Bande): *La Guerra en el Norte, Vizcaya y El final del frente Norte*.  
 ROMÓN SALAS LARRAZÁBAL: *Historia del Ejército Popular de la República*.  
 JESÚS SALAS LARRAZÁBAL: *La Guerra de España desde el aire*, y «Oficiales Provisionales de Aviación», en *Revista Aeronáutica* (1974).  
 JUAN CERVERA: *Memorias de guerra*.  
 EDUARDO CRESPO: *Alféreces Provisionales*.  
 FERNANDO GIL OSSORIO: «Oficiales Provisionales», en *Revista de Historia Militar* número 9 (1961).  
 ENRIQUE ROUSSELET: *Oficiales Provisionales*. (Inédita.)  
 JOSÉ MARÍA DELGADO IRIBARRE: *Jesuitas en campaña*.  
 JAVIER YBARRA BERGÉS: *Mi diario de guerra*.  
 GRAVALOS Y VALERO: «La formación de oficiales de Estado Mayor», en *Revista de Historia Militar* (1974).  
 OSCAR MUÑIZ: *El Consejo Soberano de Asturias y León*. (En prensa.)  
 ANTONIO CORDÓN: *Trayectoria*.  
 ENRIQUE LÍSTER: *Nuestra guerra*.  
 JUAN MODESTO: *Soy del quinto regimiento*.  
 DOLORES IBARRURI Y OTROS: *Guerra y Revolución de España*.

- EDUARDO COMÍN COLOMER: *El Quinto Regimiento de Milicias Populares.*  
MIJAIL KOLSOVS *Diario de la Guerra de España.*  
RAFAEL MIRALLES BRAVO: *Memorias de un comandante rojo.*  
JOSÉ PEIRATS: *La C.N.T. en la Revolución española.*  
ANDREU CASTELLS: *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España.*  
NICOLAI VORONOV: «La artillería de la España Republicana», capítulo de *Bajo la Bandera de la España Republicana.*  
RAMÓN J. SENDER: *Contraataque.*  
MANUEL TAGÜENA: *Testimonio de dos guerras.*



*Un día de examen en la Escuela Popular de Guerra de Lorca (Murcia).*



*Los alumnos de la Escuela Popular de Guerra de Paterna desfilan ante los diputados laboristas ingleses el 17 de enero de 1938.*





*Una clase de Topografía en la Escuela Popular CNT-FAI de Barcelona.*



*Soldados de la 11.ª División seleccionados para el curso de oficiales por su actuación en la batalla de Guadalajara.*

## BIBLIOGRAFIA

JULES HORRENT: *Historia y Poesía en torno al Cantar del Cid*. Editorial Ariel. Barcelona, 1973, 396 págs.

Jules Horrent es un profesor de la Universidad de Lieja, especialista en literatura románica. Lo acreditan sus serios estudios sobre *Roncesvalles*, sobre *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au Moyen Age* y acaso por encima de ellos, éste de *Historia y Poesía en torno al Cantar del Cid*.

Durante mucho tiempo pensé que en este tema había dicho la última palabra el maestro Menéndez Pidal, dedicando a él, casi minuto a minuto, los fructíferos años de una larga vida. Hoy se ve que, como todas las obras universales, deja resquicios para futuras investigaciones. Adelantamos ya que estamos ante un libro importante. De no ser así no le hubiera dedicado atención la Editorial Ariel, pues el tema en sí no es comercial. Importante, en lo que tiene de investigación histórica y poética, en lo filológico y en lo arqueológico. Su crítica, su interpretación, su examen comparativo, son de excelente rigor, aunque en algún punto pudiera pasarse de hipercrítica, peligro al que expone siempre la especialización profunda, como deformación profesional, y más al examinar un texto anónimo, intemporal en su nacimiento concreto, sin referencia alguna que delimite las fronteras de sus fuentes históricas y su creación literaria, y más, con un lenguaje balbuciente, en los principios de su nacimiento como tal, donde toda precisión es discutible, y Menéndez Pidal hubo de empezar por construir una gramática de la época para poder echarse a andar por los poéticos caminos de la historia del Cid.

Horrent no da por bueno casi nada de lo que sobre el *Cantar del Cid* se ha dicho, y casi tampoco de lo dicho sobre la historia del Cid. Parte de una actitud dubitativa, como un filósofo cartesiano. Y después de darnos un excelente resumen de la vida del Cid histórico en 83 páginas, muy suficiente para su pretensión informativa, pasa al análisis de las fuentes esenciales: el *Carmen Campidoctoris*, la *Gesta Roderici*, los testimonios árabes y el *Cantar*. Es decir, dos fuentes poéticas y otras dos históricas, o dos grupos, más bien, ya que los testimonios árabes que retratan al Cid son de un variado conjunto de autores.

De todo ello destaca la minuciosidad con que analiza comparativamente el *Carmen Campidoctoris*, para llegar a deducciones más allá de donde quedó Menéndez Pidal, consiguiendo sacar de él algún dato histórico, más bien para cotejo y confronta de otras fuentes. Su análisis de la *Gesta Roderici*, el texto histórico fundamental, es también importante, discutiendo el excesivo valor de algunos pasajes en la versión del primer historiador cidiano y haciendo algún paralelismo con los pasajes más veristas del *Cantar*. Entre una y otra fuente se detiene en un capítulo para examinar el episodio de la jura en Santa Gadea, discutiendo y analizando punto por punto lo que él supone tradición tardía inexistente, imaginaria plastificación teatral de un íntimo resquemor castellano y cidiano contra el rey Alfonso, el cual no guarda rencor alguno al Cid, como se muestra, por ejemplo, al elevarle en dignidad civil, aunque no en la militar, pues poco tiempo y en pocas acciones llega a ser su alférez; en cambio la boda con su sobrina Jimena le enaltece. Niega Horrent que las condiciones del fuero de León en la carta de arras y la dote sea para humillar al Cid, pensando más bien, como yo mismo sugerí una vez, que sería por galantería habitual hacia la novia.

Una fuente histórica, no citada hasta ahora por ser tardía y de valor sólo comparativo, es la *Crónica de Veinte Reyes*. Horrent la utiliza muy inteligentemente para ver hasta qué punto una comparación con la *Crónica General*, que utiliza otra versión distinta. Y llega a conseguir importantes precisiones en puntos oscuros. Luego entra en una crítica textual del *Cantar* para corregirlo en la edición de Menéndez Pidal después de las que le sugirió la *Crónica de Veinte Reyes*. Son algunos especímenes que no afectan a la esencia de la historia del Cid, sino a la lectura del *Cantar*, en lo gramatical, literario y poético.

Aunque cita la última investigación pidalina incluida en su libro *En torno al Cantar del Cid*, no parece haber reparado en la teoría de los dos autores. Sabido es que Menéndez Pidal, a última hora, encuentra en el *Cantar* la obra superpuesta de dos poetas, uno de Gormaz, que escribiría casi inmediato al Cid, hacia 1105, unos doce años después de muerto el héroe; otro, el ampliador de Medinaceli, que refundiría la versión anterior, mejor poeta y más inculto en historia y geografía, que hacia 1130 añadiría las partes más novelescas del *Cantar*: el timo del cofre, la afrenta de Corpes tras las bodas, el miedo de los condes al león. Horrent no llega a conocer esto, aunque cita la obra y, corrigiendo la anterior idea de Menéndez Pidal, dice que el autor debió escribir hacia 1150 y ser de San Esteban de Gormaz. Pero es que aunque o conociere, la tesis fundamental de Horrent es que Pidal tendió a envejecer los pasajes oscuros, con lo que el *Cantar* adquiere mayor antigüedad. De todos modos, reconoce que su primera redacción pudo nacer veinte años después de la muerte del Cid, sin que pueda colegirse cómo fuese ni distinguirse pasajes primitivos de correcciones posteriores, porque lo real y el error se entremezclan continuamente.

Pese a que ignora la existencia de *Las huellas del Cid* y el análisis mi-

litar del *Cantar* y su introducción a la táctica del Cid en *Espíritu y milicia en la España medieval*, donde algo bueno encontró Menéndez Pidal, la obra es importantísima para el conocimiento de la poesía y la historia en torno al Cid Campeador. Su origen parece proceder de una serie de estudios aislados de distintas épocas, que se recopilan en este volumen, cosa normal en tal clase de temas.

J. M. G.

MANUEL BAYO: *Caminos de Mío Cid*. Editora Nacional. Madrid, 1974, 162 pp.

Un libro artístico, sobre guión de Manuel Bayo, con extraordinarias fotos en negro de Luisa Vázquez, y en color de Pedro Poggio, con 162 páginas a gran formato, aparece ahora editado lujosamente por Editora Nacional, aunque lleva fecha de 1974, fecha cívica porque es la del noveno centenario de la carta de arras, que es decir la de las bodas del Cid y Jimena, precisamente el mismo en que tuvo un éxito —no sé si clamoroso— la doble ofensa, la última afrenta a los dos y a su amor, cuando el autor dramático en boga hace decir a su Jimena modernista y sofisticada que el Cid «hacía muy bien la guerra, pero el amor regular». No es éste lugar ni momento de reivindicar a ambos, cosa elemental en lo histórico. Aparecía entonces la segunda edición de *Las huellas del Cid*, obra capital para el conocimiento puramente arqueológico del Cid, como apoyatura del texto histórico que Menéndez Pidal nos daba y se imprimía éste de *Caminos del Cid*, complementaria colección de gozo plástico por los hitos cívicos del Poema.

El autor nos dice que no ha intentado una reconstrucción arqueológica —lo cual es una lástima—, sino una serie de imágenes gráficas inspiradas en el espíritu épico del Poema, ordenadas en tres grupos, los correspondientes a los tres cantares en que éste se divide. Las ilustraciones, parte básica de la obra, se ilustran literariamente con versos del *Mío Cid* actualizados, con romances más tardíos y con selecciones de textos poéticos de diversas épocas. Las ilustraciones, algunas de ellas maravillosas en sus logros de color, son a veces pura sugerencias o testimonios actuales de los lugares cívicos, estampas góticas, paisajes románticos que sólo en el nombre mantienen lo que fueron.

Manuel Bayo nos dice que de los cuatro mitos españoles, dos son escénicos: Don Juan y La Celestina, y sólo Don Quijote y el Cid, caminantes, tienen sus rutas. El idealismo de Alonso Quijano contrasta con la dureza del paisaje. Mío Cid se identifica con ella en su heroica gesta.

Habría preferido con mucho la ruta del Cid a la del Quijote cuando

escribí: *La ruta de don Quijote, seguida por entusiastas grupos literarios, es camino ideal, mientras que la del Cid, bitada en parte, y que yo sepa sólo recorrida por Menéndez Pidal y Ortega y Gasset, es un conjunto de lugares hollados por su bueste, que termina en el que acogió sus restos.* Menéndez Pidal, lo cuenta él mismo, recorrió la ruta cidiana en viaje de bodas, acompañado de la novia-esposa, doña María Goyri, que debió ser burgalesa, en sendos caballos, por caminos de herradura, las más veces, con la *Leika* que sirvió para las primeras ilustraciones de *La España del Cid*, aparecida en 1926.

Ortega y Gasset, por los mismos años tal vez, decía en 1927: *Recorría yo a lomo de mula la ruta del Cid, según ha sido reconstruida por nuestro maestro Menéndez Pidal. De Medinaceli, donde parece que vivió el autor de la gesta venerable, me dirigí a Barahona de las Brujas. Es ésta la porción más alta de España y una de las más pobres.*

Acabo de estar con César San José, el propietario del castillo de Sotopalacios, junto a Vivar, bajo cuyas piedras del siglo xiv seguramente hay restos del palacio o castillo del Cid. Castillo de llanura éste, junto al río Ubierna y sus molinos, consta en sus viejas escrituras como «castillo del Cid», por reminiscencias del que lo fue por ser base del actual. Tal foto no se incluye junto a las bellas evocaciones de Vivar. Podríamos buscar aquí igualmente otras evocaciones cidianas anteriores al destierro con que el Poema empieza, fotos zamoranas, por ejemplo, que figuran en *Las huellas del Cid*, incluso salmantinas relacionadas con el héroe, con sus primeras batallas de Llantada y Golpejara en tierras leonesas.

Podríamos buscar muchas fotos cidianas reproduciendo códices, capiteles, relieves, inscripciones, documentos, miniaturas, con motivos o huellas fáciles de recopilar y que figuran en obras recientes, incluso en diapositivas. Hasta valdría la pena incluir un par de frescos de Vela Zanetti. Se da por desconocido Alcubilla, que es el actual pueblo de Alcubilla del Marqués, en la provincia de Soria. Eso es lo que no hay y podría haber. Pero lo que hay es excelente.

Castillejo de Robledo es buen lugar para buscar un robledal de Corpes, el de la afrenta, en Soria, y dar fuerza plástica al eje del segundo Cantar. En Burgos, junto a las estupendas fotografías ya incluidas, hubiéramos querido ver sugerencias de la judería, la calle Tenebregosa, la muralla y la glera. Allí está con toda su evocación medieval, aun sin serlo, la misteriosa calle de las Brujas. En cambio, no tienen referencia cidiana Las Huelgas ni la catedral gótica, en la que se guardan únicamente el cofre, la carta de arras y las tumbas del Cid y Jimena, evocada acaso desde la linterna del crucero que le envía su luz, pero sin expresarlo con pie alguno explicativo.

No se sabe por qué el poema de Manuel Machado ilustra las fotografías sugerentes del cerrojo de Santa Gadea, o al revés, en vez de corresponderse la lámina con un texto de la jura, y su solar con las casas burgalesas del Cid, junto a otras viejas que las recuerden. El Arlanzón está visto en un lugar opuesto a la antigua glera y, además, encauzado en ce-

mento A veces hay demasiado gótico evocando el románico cidiano, que es poco evocar, como en Alcalá y su Universidad. Hay, en cambio, bellísimos rincones viejos, soportales, poternas, eriales, choperas, que si no son del tiempo del Cid pudieran serlo, y es lástima que muchas de ellas queden sin pie suficientemente histórico y aun poético concreto.

El afán por la perfección, la afición al tema, me ha llevado quizá a insistir en un perfeccionismo deseable para una segunda edición, que bien lo merece, proponiendo ampliación de temas fotográficos y aumento de documentación histórica y arqueológica, que gustan al que se recrea en el libro, aunque le guíe sólo una curiosidad artística. Un buen ejemplo está en esas maravillosas miniaturas de los beatos, que merecen un pequeño comentario apropiado al tema del libro; excelente ese Pinar de Tévar, sea o no el de la batalla del Cid; muy bonitas las vistas de Játiva y el contraluz de la silueta del castillo de Sagunto, el Murviedro cidiano, de dura conquista. Inevitablemente se ha recargado la mano en Valencia, porque el tercer cantar no da muchas variantes. No es que sobre nada, pero es que ahí ya no hay caminos, sino sede de quien fue casi rey de aquel reino.

En resumen: un gran libro de lujo, que honra al Cid, a sus autores y a la Editora Nacional.

J. M. G.

JOSÉ MARÍA GÁRATE, como director de un equipo de historiadores militares: *España en sus héroes*. Editorial Ornigraf, S. L. (Víctor Pradera, 64). Madrid, 1976, 2.280 pp., muy ilustradas, en dos tomos.

Dos tomos de lujo a gran formato son el resultado final de una obra iniciada en 1968 por un amplio equipo de más de veinte escritores e historiadores militares especializados en la guerra de África del primer cuarto de siglo. Abrían sus prólogos el general González de Mendoza, Tomás García Figueras y Ricardo de la Cierva, con visiones de conjuntos originales. La ilustra el «celuloide rancio», ya casi romántico, de aquellas guerras del 9, del 21 y del 25 que conmovieron a España con las desgracias del barranco del Lobo y de Annual, con la reconquista y el desembarco de Alhucemas, en las que brillaban los heroísmos, más o menos aislados, del cabo Noval, del capellán Moreno, del capitán Ripoll, «el de la mano de plata», de Sanjurjo y Varela, de Fernando Primo de Rivera, el de las «cargas al paso» de la caballería; de Francisco Franco, herido de suerte en el Biutz y reconquistador de tierras melillenses en el 21, cuando se estrenaron los primeros legionarios.

Un difícil entramado lleva las páginas de la obra, desde la anécdota

humana de los héroes oficiales que constituyen la urdimbre de cada capítulo a la trama de las operaciones de guerra, con un variado enfoque, táctico y cronístico, que hacen del conjunto casi la única obra de amplia historia de las campañas de Marruecos, en la que García Figueras, que fue su gran especialista, colabora aquí junto con Salvador García de Pruneda, embajador y Premio Nacional de novela. Resulta ser también una historia del heroísmo español en el primer cuarto del siglo xx, cuyos hechos empiezan a teñirse con romántica neblina: soldados de rayadillo y alpargata valenciana, toque de cornetín en el campo de batalla, combates cuerpo a cuerpo, oficiales que arengan sable en mano hacia el aduar, por entre las chumberas...

El libro, con el atractivo de lo ameno, es de historia rigurosa; crítica y documentada, incluso en su difícil recuperación fotográfico, que llena casi la tercera parte de la obra. La historicidad del relato queda avalada con la bibliografía de sus fuentes, la anotación de testimonios personales, los documentos escritos y gráficos procedente,s casi al cincuenta por ciento, de archivos privados, dando a conocer una gran aportación de noticias inéditas.

Los autores han conseguido un género literario nuevo, en el que el testimonio oficial se hace relato cálido y diálogo apasionante. El acceso a archivos oficiales y familiares ha hecho posible revivir el comentario vivo de los testigos, que permanecía como hibernado en cartas personales y diarios íntimos; pero, sobre todo, en declaraciones judiciales, «contradictorias» ya en su planteamiento de expediente para concesión de laureadas, donde cada testigo volvía a sentir la impresión del episodio discutido desde una perspectiva propia, mientras que la visión del proponente le encajaba en el cuadro general de las operaciones.

Aparte de una historia casi desconocida en la amplitud con que aquí se trata y en la profundidad y variedad de sus aspectos, hemos aprendido que laureados como el comandante Valdés y el capitán Fernández Cuevas eran no sólo muy ilustrados, sino inspirados poetas, como lo era Luis Ripoll, laureado en la guerra de Liberación, hijo del «capitán de la mano de plata» —en nombre de los moros—, laureado también, pero en esta historia marroquí. Asombra la intelectualidad y media cultura del comandante Benítez, héroe de Igueriben; la sencillez de los capitanes artilleros Royo y Guiloche, los primeros laureados, o la del capitán Samaniego, una laureada a caballo, como la de Primo de Rivera y tantos otros; las de los médicos Ruigómez y Bertolotti, la de los capellanes Moreno Alvaro y Martínez Verdasco, laureados en el cumplimiento de su misión, exponiendo su vida por salvar los cuerpos o las almas de los que estaban en peligro de muerte o algo peor que la muerte misma.

Como el más popular entre el heroísmo de acaso un veinte por ciento de soldados, entre los 172 que alcanzaron la gran recompensa, está la verdadera historia del cabo Luis Noval Terrós, que se parece poco en la forma, aunque mucho en el fondo, a la estereotipada estampa de oropel escolar, más admirable con su humanidad sencilla sin grandilocuencia al-

guna, sacrificándose sin ningún alarde, con su hazaña, su anécdota y sus frases contadas sobre el campo de batalla por los soldados de su escuadra que le vieron morir a la luz de los fogonazos y le oyeron gritar: «¡Ay, madre mía!», al caer, ante la fatalidad gloriosa de las balas del teniente Expósito, su teniente, el que mandó hacer fuego.

Porque en cada capítulo figura la biografía de los que le dan nombre y casi siempre, siempre que se puede, una entrevista con sus familiares, que explican y aclaran lo humano de lo extraordinario y lo extraordinario de lo humano, reviviendo recuerdos, replanteándose situaciones a muchos años de distancia. Está en los relatos la historia menuda contada por soldados de reemplazo, el dolor de las viudas recién casadas, famosas algunas por su hermosura y su decoro, como Anita Valdés, esposa de aquel hombre tan extraordinario, admirado tanto por Millán Astray, que le llamaba «hermano», al modo de los almogávares, y quiso que enterrasen junto a él su brazo amputado, ya que no su cuerpo, como tenía dispuesto si moría en campaña.

Aquí está, pues, la historia bélica y heroica de España, desde 1909 hasta 1927. En su entramado destacan los 172 caballeros laureados, que aportan el aspecto humano de lo histórico, social también. Es el mayor número de laureados de las campañas españolas, frente a las 72 de la guerra de Liberación, y 14 más de las restantes. La obra llena un vacío historiográfico mantenido hasta la caducidad de la reserva en los archivos.

G. C.

GÁRATE CÓRDOBA, José María. *Alféreces Provisionales*. Editorial San Martín, 1976. 400 págs. Ilustraciones y apéndice documental.

Nostalgia, «pesar que causa el recuerdo de algún bien perdido». ¿Por qué a menudo se acusa de nostalgia a los de nuestra generación? ¿Es que el recuerdo del bien perdido, del complejo bien hecho de idealismo, juventud y arrojo, puede ser negativo para el quehacer presente?

Porque nunca la generación de la guerra del 36 se invalidó en la nostalgia, sino que alimentándose de ella fecundó sus tareas en la paz de muchos años.

Acaso en nuestro hoy parezcan estas palabras inadecuadas o al menos pasadas de moda, pero ningún poder será suficiente para hacer que lo que ahora mismo es España pueda sustraerse a su propia gestación sucesivamente dolorosa y esperanzada. Esto es, al fin, la Historia. Y de Historia se trata en el nuevo libro que José María Gárate Córdoba ha puesto en los escaparates de España cual pancarta muy distinta de tantas que gritan y se pasean por nuestras calles y plazas. La pancarta dice «Alféreces Pro-



visionales» y sobre las letras campea una antigua fotografía de unos hombres jóvenes, correctamente formados, con su estrella «enlutada» al pecho. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué están ahí? ¿Por qué su mirada penetrante, serena y sobriamente altiva, nos inquieta? A estas preguntas y a muchas más contesta Gárate, nuestro brillante y premiado escritor militar.

A muchas más preguntas, porque el tema, el único en su enunciación, desborda cualquier límite. Los alféreces provisionales nacieron en una hora trágica de España a fin de superar la escasez de oficiales en el Ejército nacional. También existió análoga necesidad en la zona roja, aunque el designio y su cumplimiento fuesen aquí profundamente diferentes. Gárate, uno de aquellos provisionales, que lo es hoy aún no siéndolo ya, es, sobre todo, un historiador que hace literatura o un escritor que investiga y analiza el pasado, y por ello se ha acercado también con su bagaje técnico, literario y humano (en el que se integra aquella hermandad de los combatientes que los corifeos del rencor no comprenden) al tema de los «tenientes en campaña» publicando el primer libro monográfico sobre las Escuelas Populares de Guerra.

Quédese para otra ocasión el comentario sobre este último libro. Ahora —decimos— el tema de los Alféreces Provisionales desborda cualquier límite. Se trata de la enseñanza militar en la guerra, de la orgánica que estructura un ejército que se forma sin dejar de estar en la urgencia diaria del combate, de una juventud que se entrega al albur de una lucha que incluye la gloria de la muerte. Pero se trata, además, de que unos españoles salidos del pueblo indiscriminado, llevan a la campaña y posteriormente al Ejército un nuevo modo de ser y hacer que, apoyado en su talante diacente y en su formación humanista, entroncan de la mejor manera y complementan aquel espíritu del nuevo tipo de oficial español cuyo principal artífice fue Franco en Africa y en su Academia General, y contribuyen así a la Historia —aún no contada— del Ejército español como soporte inadvertido de una etapa fecunda. Esto, para los provisionales que luego se hicieron profesionales, y también, aunque en otra medida para los que tardíamente (en lo que se equivocaron) constituyeron la Hermandad sólo dependiente del Ejército (en lo que, entonces, acertaron).

Pero no se agotan así las facetas del tema; la humana será una de las que más absorban al lector. Al lector que fue provisional o «de complemento», identificados totalmente como Gárate señala; al lector que alguna vez soportó las batallitas del padre o del abuelo y que, pese a escapes humorísticos, acaso se encuentre por el camino de su soterrada rebeldía con aquélla a que sus ascendientes se vieron lanzados cuando el poder público, prostituido por sus legítimos titulares, era ejercido por bandos en discordia.

Este relieve de lo humano no aminora una característica importante de la obra que comentamos. Se trata de una verdadera obra de consulta, cuyo único precedente histórico-militar es el artículo que otro investigador burgalés, Fernando Gil Ossorio, publicó en el número 9 (1961) de la

«Revista de Historia Militar» y cuyos datos utiliza fecundamente Gárate, quien además y como arranque imprescindible de su obra, hace en el prólogo un completo análisis bibliográfico del tema en sus diversas variantes, y en una muy concreta, la de la lírica, apunta algo que es también designio de su obra y que es preciso transcribir aquí:

«... Se hacía preciso dejar en su sitio el gesto y la gesta de los provisionales, con su generosidad, su sacrificio y su heroísmo en justos límites... para deslindar de su historia la leyenda y el mito.»

En el prólogo también el propio autor se acusa de «sobrecarga documentalista», pero el escrúpulo no tiene a nuestro juicio fundamento y menos si se considera ese carácter «de consulta» señalado y la compensación literaria que se logra gracias al mismo Gárate y a la inclusión de breves y evocadores relatos de provisionales que escribieron y escriben para gloria de las Letras españolas y para el cumplimiento de un fin testimonial que los jóvenes de 1936 podemos todavía cumplir.

También se duele el autor de que «una obra así difícilmente puede verse completa», más esto es achaque de toda investigación histórica y a lo único que puede aspirarse y en «Alféreces Provisionales» se consigue, es a buscar y utilizar los materiales existentes como Gárate lo ha hecho, materiales que son tanto los documentos —a menudo despreciados en la bibliografía de nuestra guerra del 36— como los testimonios de unos hombres que, según dice el autor, «nos vamos yendo en progresión geométrica».

«El Ejército de 1936» es el arranque del capítulo primero («La penuria de mandos nacionales») y va desde la inicial y favorable disposición de los militares hacia la República, pasando por la «trituration del Ejército», de Azaña, hasta conseguir el balance de fuerzas que hoy causa sorpresa al constatar la paridad de los dos bandos, incluso en generales, que no fueron los de la rebelión, cosa más bien de oficiales, los que también «proso modo» se encontraban parejamente repartidos para invalidar interpretaciones tendenciosas de la guerra del 36 y para decir una vez más cómo se puede desembocar en una lucha larga cuando el Ejército está dividido.

De «La penuria de los mandos nacionales» a su remedio, primero él da las «habilitaciones» de los profesionales para mandos superiores y en seguida el nacimiento de los alféreces provisionales cuya interesante gestación se documenta. Inmediatamente Burgos y Sevilla con las primeras Escuelas. Aquí, en la entonces «capital de la Cruzada», el 15 de septiembre de 1936 se inicia el primer curso, de quince días hábiles, de la «Escuela de Alféreces Provisionales», bajo la dirección del coronel de Artillería retirado don Félix Gil Verdejo. He ahí cómo la Cabeza de Castilla fue también la primera (en Sevilla se iniciaría el primer curso a primeros de octubre, casi a la vez que el segundo de Burgos) en una tarea nacional que habría de resolver uno más de los graves problemas con los que Franco y los suyos se enfrentaron, problemas que añadían a su propia naturaleza

las dificultades derivadas del hecho de que era en la otra zona donde estaban todos los órganos de la Administración Central.

En la parte del libro que trata «Las Academias de Milicias» se contienen datos hasta hoy inéditos y que, por tanto, son novedades absolutas. Si pensamos en la difícil tarea de la unificación que Franco culmina en abril del 37, percibimos claramente las implicaciones bélico-políticas que llevaba consigo la formación de los mandos de las milicias del Requeté y de Falange. De la formación de oficiales del primero antes de Alzamiento hasta la nonnata «Real Academia Militar de Requetés», fechado su decreto el 8 de diciembre de 1936, se da cumplida noticia en la obra, así como de las «Academias de Mandos de Falange» con las implicaciones de la de Pedro Llen (Salamanca) en los trágicos y decisivos sucesos del 16 de abril del mismo año.

Según Alain Launay en «Franco» (Círculo de Amigos de la Historia, volumen II, pág. 106), el Caudillo «sabe utilizar a los hombres. Pone al general Orgaz, que no había tenido suerte en las batallas, a la cabeza de los alféreces provisionales (o 'cadáveres efectivos', como ellos mismos se llamaban). Esa era la verdadera vocación de Orgaz, que dotaría al nuevo Ejército de 22.000 jóvenes jefes de sección». Efectivamente, Orgaz, a partir del 25 de marzo de 1937, es el responsable de las nuevas Escuelas que ya no se llamarán así sino «Academias», que inician la etapa formativa tras una heroica prehistoria y que, efectivamente, promueven a 25.275 alféreces, que con los 5.123 de las Escuelas anteriores de la Junta de Defensa, suman los 30.398 del total, en definitiva unos 22.000 de Infantería combatiente, los dos tercios de la oficialidad de campaña, casi el completo de los mandos de sección, la mayor parte de los de compañía y algunos de batallón..., armazón de setecientos mil combatientes.

Por ello Gárate estudia también los temas de los tenientes y de los capitanes provisionales, así como no olvida a los oficiales provisionales de Marina y de Aviación.

Tras el exhaustivo trabajo de investigación, ya puede el autor dar testimonio de cómo «el alférez provisional entra en la Historia y en la leyenda», de los caídos y del heroísmo cuyas frías cifras aún diciéndonos que el treinta por ciento de las Medallas Militares otorgadas en total en nuestra guerra son de Provisionales y sus Laureadas el 21,4 por ciento, no nos pueden decir todo de unos seres que los paganos colocaban entre los dioses y el hombre y que, como sobrehumanos, a veces escapan a esa titulación de héroe oficial que han de otorgar otros hombres.

Aunque sea hoy, transcribe el autor unos versos de Pemán que «se hicieron lapidarios» en loor del alférez provisional. Tal vez éste sea el mejor homenaje literario a todos los que se fueron. Incluso porque el autor de los versos acaso se arrepiente de poemas pasados.

He querido dejar para el final una consideración que se me ha venido haciendo importante al hilo de la lectura del libro. Habrá de ser tenido muy en cuenta para la completa biografía de Franco, porque sus cualidades de jefe supremo se hacen patentes en el problema estricto de la organi-

zación y en otros que con ella hubieron de relacionarse. El don de mando (castrense y político) de Francisco Franco se manifiesta en unos pocos momentos de la historia que comentamos, pero momentos críticos y especialmente unificadores que lo fueron gracias al realismo, serenidad y decisión del Caudillo.

N. HORTA

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO: *Historia política de las dos Españas*. Editora Nacional. Segunda edición corregida, cuatro volúmenes. Madrid, 1976, 2.050 págs., en cuatro volúmenes.

García Escudero había publicado un libro famoso, cimiento de éste de hoy, que debió salir de la imprenta en 1950 y acaso el mismo año tuvo su segunda edición. Era *De Cánovas a la República*. Aquel libro no fue premiado, aunque lo mereciese; pero las buenas obras permanecen o progresan y ahora, a los veinticinco años justos, el edificio de aquellos cimientos ha merecido la consagración de un premio nacional de literatura, en la sección de Historia, bajo el título dignificante de *Menéndez Pelayo*.

José María García Escudero ha llenado su vida plena y satisfactoriamente hasta ahora con actividades culturales múltiples, desde el periodismo, del que también fue premio nacional, hasta la cinematografía, de la que fue uno de sus mejores directores generales y uno de sus mayores especialistas. En el centro, lo que quizá se valora más aún en España, no sé hasta cuándo, con una veintena de libros, la mayoría de historia política. Hombre eminentemente humanista —«todo lo humano le interesa»— y aún diría «culturalista», si supiese que el término no le iba a sentar mal. Además, lógicamente, un hombre así tenía que ser profesor y periodista por humanismo centrífugo y docente, pero también le queda tiempo para ser oficial letrado de las Cortes, que es lo suyo tanto como la Auditoría Militar. En la presentación de sus libros se nos dice que lo suyo es «buscar al hombre en el hombre», y yo le he oído hablar mucho de algo que él llama «integración».

Quizá por una coincidencia mutua en la dificultad inicial española para tal pretensión integradora, lo que abre los cuatro tomos de su obra actual, con más de dos mil páginas, es una anécdota desintegradora, como ejemplo histórico y típico de la oposición entre los españoles, y el mismo título lo indica, *Las dos Españas*. tiene un valor de permanencia a lo largo de los dos siglos que la obra comprende y sin gran esperanza final, cara al futuro, mejor dicho, con más esperanza que espera, porque la espe-



ranza es virtud teologal y la espera es consecuencia arraigada en una base material, más o menos firme.

El primer tomo de esta *Historia política* nos despliega el panorama español del siglo más polémico, más complicado y acaso más triste, si el siguiente, con su guerra en medio, no pudiera disputarle la palma de la tragedia. Empieza el tomo en Carlos III y termina en el desastre de Annual. Una documentada introducción nos muestra los acontecimientos históricos con una especial dotación para la síntesis ágil y una sólida base bibliográfica, apoyada en cerca de mil quinientos volúmenes, entre los que destacan como piezas de más mérito los diarios de sesiones del Congreso y del Senado, con intervenciones clave extraídas de ellos, y tres periódicos eminentemente representativos como son *El Sol*, *El Debate* y *El Socialista*. Especial interés tiene también su apoyo en los documentos de la Editorial Católica, de rara consulta, y en el Centro de Documentación y Turismo, gracias al apoyo de Ricardo de la Cierva, a cuyo cargo estaba durante la redacción del libro y al que García Escudero tanto agradece la colaboración, el estímulo y la publicación por Editora Nacional, entonces también dependiente de él. Quizá peca en los dos últimos tomos —si peca de algo— de un excesivo laciervismo, en algo tan variado y polifacético como los aspectos político-militares de la guerra del 36, en los cuales el mismo La Cierva es hartó fluctuante y «novedoso», descuidador y detector de grandes guadianas, que a veces no son tanto.

«El fracaso de la fórmula en España», «Los conciliadores», «Las dos Españas» y otros títulos, hasta un total de nueve, encabezan las eternas polémicas que ayudan a entrar en materia gracias a su evolucionado y moderno tratamiento histórico. El debatido tema de «Las dos Españas» es, de por sí, discordia política, en la que no voy a entrar. Pero es honrado subrayar que su simple enunciado, y más su pretensión de axioma, es más que discutible. Sólo en su generalización histórica y determinista, o fatalista, el estudio y el desarrollo de lo que encierra es penetrante y magistral en el autor, como tema puramente histórico-político. Digo esto porque para García Escudero se convierte en clave de la obra el fracaso persistente de la conciliación y el robustecimiento de las dos Españas enfrentadas.

Los intentos de la Unión Liberal por garantizar una convivencia pacífica, el inicial desprecio al progresismo que aboga por la revolución, y todo un amasijo político de intrincado raquitismo histórico contribuyen, en la clara exposición del autor, a la caída de la corona como plataforma de convivencia. Así plantea el proceso histórico español en paralelismos impremeditados, pero firmes, que el lector encuentra por sí entre situaciones de los siglos XIX y XX, especialmente en los comienzos de ambos.

García Escudero culpa a la política española de haber perdido el tren de la industrialización europea, base de convivencia y homologación económica y presenta la figura del general Prím como uno de los más sugestivos ejemplos de evolución desde la demagogia hasta el gobierno, como luego sucedería con Canalejas e incluso con Indalecio Prieto. Con exposi-

ción en la que armoniza difícilmente la amenidad con lo documental, García Escudero presenta los intentos de encauzamiento, las desavenencias irreconciliables y las circunstancias amargas que llevan al país a la solución monárquica.

Así se va desarrollando, casi con interés novelístico, una historia apasionante de violentos bandazos, de tragicómicas extremosidades cantonalistas, con graves amenazas de desmembración, que obligan a Cánovas a buscar la solución difícil en la fórmula sencilla: la vuelta atrás, la reinstauración monárquica en la que muchos veían un experimento de convivencia estrictamente burgués.

Con magistral habilidad y cuidado, García Escudero estudia y expone los acontecimientos clave de nuestra contemporaneidad histórica, analizando supuestos, explicando egoísmos, sintetizando las soluciones adoptadas. Al esquematizar las principales afirmaciones políticas proporciona interesantes elementos de juicio que permiten al lector deducir sus propias conclusiones.

Interesa todo, como la mejor novela social moderna, cuando la novela imaginativa empieza a pasarse de moda y se acepta y se prefiere ya la crónica novelada y amenizada. Pero singularmente el lector busca con fruición esos hallazgos, no tanto documentales como expresivos, descriptivos, convincentes, del 98 y la Semana Trágica, del desastre de Anual y la Ley de Jurisdicciones, de la Dictadura y las Juntas de Defensa, del caso Ferrer Guardia y del nacimiento de la masonería, y del socialismo, de la actitud de Alfonso XIII entre un dictador y una cuestión social que le asfixian. Todo encuentra su justo planteamiento, expresivo, periodístico, filosófico-político, ambiental y hasta literario-píntoresco.

La obra de García Escudero adquiere así en estos dos primeros tomos la amenidad de una novela con personajes y hechos históricos, de unos «Episodios nacionales» sin ganga imaginativa, pero con toda su fuerza. Eso sí, humaniza los personajes, desposeyéndoles de aureolas y oropeles cuando hace falta, o reivindicando a los que han sido tratados con injusto sectarismo. Las frecuentes trasposiciones temporales, retrospectivas o futuristas, los paralelismos con situaciones foráneas, ayudan a comprender situaciones clave, deformadas muchas veces por visiones tópicas y estereotipadas. La geopolítica, la economía y la sociología se conjugan sabiamente en este desarrollo del panorama histórico nacional, según el más riguroso concepto científico y crítico de la moderna historia. Que es historia con la necesaria perspectiva, aquí indiscutible, puesto que los dos tomos comentados sólo llegan hasta el 15 de abril de 1936. Para los modernos métodos historiográficos, cuarenta años de perspectiva pueden ser suficientes. De ahí en adelante la crónica puede presentarse como historia por medio de espejismos. Eso tememos, al menos los metidos en la tarea. Ese debiera ser nuestro temor.

Por lo que atañe al siglo XIX, quizá ningún libro haya marcado un hito tan trascendental desde el *Itinerario histórico* de Eduardo Aunós, salvan-

do las diferencias de época, de autor y de tratamiento. Hay a favor de García Escudero, gracias a estas ventajas y a los modernos medios.

Decir más es ocioso. A quien le interese todo le sabría a poco.

Los dos primeros tomos de la *Historia política de las dos Españas* estudian la España del siglo XIX y la del XX hasta la revolución de octubre de 1934, antecedente inmediato, «ensayo general con todo» de la guerra del 36, para la que faltaban exactamente veintidós meses. Los dos tomos últimos tratan esencialmente de la guerra y posguerra, dedicando a la guerra una gran extensión, cronológica primero, y temática o monográfica después, tomo a tomo. Difícil tarea, arriesgada, la de salir a la palestra de este tema tan especializado ya, tan hipotecado casi por los tres grandes historiadores actuales, los tres ases, diríamos, y los especialitas, que sin ser de segundo orden, les siguen, por no dedicarse con tanta amplitud ni profundidad a la guerra en general. Me refiero a Martínez Bande, Ramón Salas y Ricardo de la Cierva, entre los primeros; a un gupo más nutrido de los segundos. Lo cierto es que con la aparición de su obra García Escudero se sitúa de lleno en el primer plano de los historiadores de nuestra guerra, no como el cuarto hombre, sino como uno de los cuatro grandes, de los cuatro ases, porque cada uno de ellos, en su especialidad, es único, y no se subordina a los otros tres.

La *Historia política de las dos Españas* es un prodigio de penetración, de síntesis, de interpretación crítica. Con datos militares y políticos muy precisos va mucho más allá de donde ofrece el título, a no ser que se de un valor muy elástico a la palabra «política». Es historia política, social y militar, pero es también didáctica, y por encima de todo, tan amena, que vale por una crónica o unas memorias, dado el interés que despierta en el lector para continuar leyendo lo que, siendo historia, es relato seguido y coloquial, lo cual constituye su mayor mérito.

García Escudero, en su contexto político de la historia, introduce muy oportunamente la anécdota y la estadística, son los dos extremos testimoniales que se complementan, por las vías opuestas del análisis y la síntesis, la anécdota expresiva permite una generalización, más o menos inexacta; la estadística, exacta en sus números, puede no serlo en el matiz que el lector entiende de ella, por eso se complementan los dos elementos. Pero no creo equivocarme que por encima de una valoración estadística y epistemológica de la historia, hay en García Escudero una particular afición a estos extremos, por razones personalmente didácticas, profesoriales, periodísticas, o simplemente expresivas en su personalísimo sentir y comunicarse. Era inevitable que al llegar a ahondar en el período de la guerra, su historia política tuviese una gran dosis de historia militar y él ha sabido, más que beber, exprimir y alambicar, en las fuentes de los dos mayores especialistas militares: José Manuel Martínez Bande y Ramón Salas, con gran sentido analítico, primero, crítico después y sintético al final. Pero insisto en que, aún en lo más árido de la estrategia o la táctica, encuentra siempre el dato expresivo o la anécdota, que aclara la exposición, y de paso, deleita.

Las cualidades del pensamiento de García Escudero, ya eran conocidas. Aquí, como en los tomos anteriores, tienen una tesis, casi una misión marcada por él mismo: la integración de las dos Españas. Tesis tan laudable como discutida. Acaso el lector avisado encuentre cierta contradicción entre sus esperanzas y tendencias y sus expresiones vivenciales o eruditas, acaso la convivencia imposible que ve en ciertos sectores, espere luego que salgan de su línea histórica para buscar una armonía ideal. Pero eso es lo de menos en una historia, a lo sumo haría discutible cuatro páginas que son, precisamente, las menos históricas y más filosófico-políticas. Diríamos —según ha comentado un especialista— que no cala bien en dos figuras clave para su tesis de la integración: Berenguer y Gil Robles. Ambos la desearon y la buscaron. Berenguer debió ser el mejor aceptado por los republicanos y demócratas, pues los favorecía y le rechazaron por ser militar, cuando sus tendencias políticas fueron muy extramilitares. Gil Robles fue otro tanto y su fracaso lo comprende perfectamente García Escudero, quizá por comprenderle demasiado. A propósito de él habla del medio millón de pesetas que Gil Robles ofreció a Franco. Al mismo tiempo descubríamos en el Servicio Histórico Militar la carta autógrafa en la que éste escribía a Mola en julio del 36: «Gil Robles me dice que tiene ocho millones de pesetas en divisas a nuestra disposición.» En los dos casos, y en alguno más, García Escudero parece exculpar a los jefes de partido diciendo que sus seguidores les desbordaron. Lo cual suele ser un hecho histórico fatal, pero en lo humano y concreto, no es sino un fallo de previsión o de dotes de mando.

Encuentro excelente el despliegue del nacimiento de la Falange y las semblanzas de sus tres primeros triunviros. Magistral el análisis de la personalidad de José Antonio. Subraya la figura política de Onésimo contradictoria en un propagandista de Acción Católica, el mérito de Ramiro Ledesma, al que correspondían casi todas las ideas iniciales, signos, símbolos y slogan de la Falange, pero que todo hubiera sido ineficaz sin la síntesis genial de José Antonio. Estaba la materia y no estaba la fórmula. Dice muy bien lo que fue el catolicismo de Ledesma y el de José Antonio, con lo cual queda más clara la figura de ambos y más exacta y más religiosa de los que muchos quisieron pintar. Nos da la sensación de que la foto de José Antonio, despidiendo en Galapagar a la reina Victoria, es su primera noticia pública en España. Y vale la pena ofrecerle un dato que seguramente agradecerá. En junio de 1930, un año antes, publicaba el doctor Albiñana su mejor libro, el más célebre también, *Los cuervos sobre la tumba*. Su epílogo lo constituía un artículo de José Antonio, «La hora de los enanos», también muy conocido, como pieza separada. Pero allí, con una enorme tirada de ejemplares, lo presentaba así Albiñana:

*Este artículo, sentimental y patriótico, es de don José Antonio Primo de Rivera, primogénito del difunto marqués de Estella. El autor de este libro ha querido recoger en sus páginas este noble tributo de amor filial que sintetiza, además, el contenido de la obra. El lector agradecerá, seguramente, tan piadoso recuerdo.*



El general había muerto el 16 de marzo, tres meses antes. La foto de Galapagar era del 15 de abril del año siguiente, diez meses después. En las Obras Completas de José Antonio, desconociendo este origen, se supone el artículo de 1931, sin precisar fecha por desconocimiento.

La semblanza que García Escudero hace de José Antonio es, a mi ver, muy acertada, en cuanto al espíritu selecto y cristiano de éste, incapaz de represalias, sólo a última hora toleradas. Seguramente García Escudero, aunque no las cita, tuvo en cuenta unas ideas de Eugenio Montes:

*A nada tuvo tan sacro horror José Antonio como a la voluptuosidad de la tragedia. A nada fue por su propia naturaleza tan hostil como a la teatralería del patetismo y la hipérbole del sacrificio como un fin en sí.*

*El ansia más intensa de la Falange era evitar la guerra civil, que ya se presagiaba,*

añade García Serrano en *La fiel Infantería*, coincidiendo en el tema de *La estrella y la estela*. Y aún algo más reciente para resaltar la humanidad de la semblanza, nos viene dado en la *Historia de la Falange gaditana* que acaba de escribir Mora Figueroa, reproduciendo una carta de José Antonio en la que dice:

*Hemos de vencer todas las tentaciones de desistimiento. Créeme que yo también las padezco de vez en cuando; pero no hay más remedio que seguir, porque si no es por nuestro camino no hay interés ni gloria para España.*

El libro de Mora contiene datos del mayor interés. En cambio García Escudero nos dice que José Antonio declaró contar con 150.000 afiliados a Falange, en los últimos días de junio de 1936, de los cuales 10.000 ó 15.000 provenían de la CEDA.

No pretende aclarar el autor la fecha y hora exacta del Alzamiento, cosa que ya parece aclarada en cuanto a la Península para el 19 a las nueve de la mañana y en Marruecos veinticuatro horas antes. Con la distinción de Madrid y Barcelona. Pero ha habido tanta oscuridad en ello, que quizá sea preferible la solución de García Escudero. El tema es aún polémica.

En cuanto a las fuentes históricas de la guerra, hace bien en dudar de ese supuesto «Archivo de La Paz» en América con inmensos fondos documentales rojos. No parece verosímil por mucho que lo dijere Thomas. Expresa ambiguamente lo que fue la Crónica de la Guerra Española editada por Codex. No fue «un grupo de españoles de ambos bandos en torno a una mesa», ni mucho menos, sino que en la mesa de los recortes había textos de ambos bandos, nada más, el equipo era homogéneo. Analiza muy bien la novela de la guerra escrita por exiliados y extranjeros. No va a eso en su texto, pero ilustraría el lector decirle, de paso que la mejor obra de García Serrano es *Diccionario para un macuto*, mar de historias para

cien posibles novelas, mejor que *La fiel Infantería*. Y que, con todos los riesgos, las mejores novelas pueden ser las de los tres Garcías: de García Serrano, *Plaza del Castillo*; de García de Pruneda, *La soledad de Alcunaza*, y de García Suárez, *Legión 1936*, sin olvidar a Macía Serrano con *Sombra en las manos*, ni al recién fallecido Benítez de Castro, con *Se ha ocupado el kilómetro 16*. Pese a las 500 novelas que tengo fichadas, no son 20.000 los libros de la guerra, como dice García Escudero —La Cierva acaba de recontar 30.000—, pero no porque la mayoría sean folletos de propaganda, sino además porque más de un tercio son de antecedentes, incluso de la Dictadura y otros muchos son libros didácticos, reglamentos y normas, y obras geográficas y agrícolas. Con la poda, los verdaderos libros de la guerra apenas llegarán a 6.000, si contamos hasta hoy.

García Escudero sigue mucho a La Cierva en algunos puntos, quizá por timidez primeriza ante un tema oceánico en sus límites libresco, pero sabe pararse a meditar en cuanto el caso lo requiere, y emprender elevados vuelos, aún partiendo de bases que tenía por seguras: La Cierva en lo civil, Bande y Salas en lo militar. En su texto asimila y reestructura a todos.

El tema del Alzamiento Nacional es apasionante siempre, como la mejor novela de intriga. García Escudero lo sabe y lo tiene en cuenta al escribir, porque ha experimentado él mismo esa curiosidad y esa emoción. En consecuencia, el lector lo vive de su mano. Todos los de su tiempo vimos con interés casi morboso, esos pasquines firmados con las letras F. E. Eran lo que ahora se llaman «adhesivos» de seis por seis centímetros aproximadamente, que solían pegarse a las farolas, en rojo y negro. Durante mucho tiempo no supimos el significado del anagrama. Hay novedad para muchos en su noticia, que merece investigarse, las posibilidades de que la propuesta de Martínez Barrio a Mola consiguiera la pasividad de éste durante veinticuatro horas, cosa que en principio resulta increíble, dado el desarrollo de los hechos y la rotundidad de la actitud de Mola.

Sobre el ideario de los partidos políticos el 18 de julio, que el autor sintetiza muy bien, ya vimos su inmejorable versión de la Falange, seguramente dará mucha luz el tomo a punto de aparecer del Instituto Padre Flórez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dedicado a Partidos Políticos Católicos, dentro de su monumental Diccionario de historia de la Iglesia, porque en él, el mismo fundador, explica la esencia espiritual de Acción Popular, y Raimundo Fernández Cuesta la de la Falange.

En cuanto a la fecha del Alzamiento, aún está por decir la última palabra de autoridad, aunque las deducciones quedan claras. El telegrama que García Escudero cita de George Hills tiene otra versión más verosímil anticipándolo un día en vez de retrasarlo en Marruecos. En cuanto al valor de la noticia de Hills, es nulo como fuente, no puede ser fruto de su entrevista con el Caudillo —en cuyo caso no existiría error—, pues ten-

dría confirmación en él la noticia que Iribarren, algo descuidado en precisiones de fechas, recogió de Mola y publicó en 1937 en su biografía del general. Está claro que de ahí la transcribe Hills, sin anotar su procedencia, porque no le gusta abrumar con citas al lector.

Pronto necesita García Escudero hacer un aparte para analizar los estudios históricos de Hugh Thomas y Ramón Tamames, que quedan pulverizados, mostrándose un tanto comprensivo con el primero, por ser extranjero, pero implacable con el intrusismo del segundo, de quien ya dijimos que el mejor favor que puede hacersele es pensar que su libro sea obra de «negros». Lástima que con sus especiales dotes críticas, García Escudero, sobre todo en Historia contemporánea, no haya ampliado su campo al menos a la obra de Guillermo Cabanellas, de la que dice poco, aunque lo suficiente para que también quede descalificado, y aún a las de Vicente Rojo, que pese a su formación y profesión, pese a su cargo de «generalísimo» de los rojos, nos dejó dos panfletos: *España heroica* y *Así fue la defensa de Madrid*, que según un crítico debió llamarse: «Así no fue la defensa de Madrid», y otro semipanfleto: *Alerta los pueblos*, en todos los cuales se observa falta de documentación, inconcebible en él si no fuera porque su derrota fue tan fulminante que no pudo sacar de España muchos papeles, lo cual se nota en sus grandes errores y lapsus militares de organización, nombres y fechas. Por eso es difícil creer que exista en Bolivia ese fantástico «Banco de Documentos de La Paz», acumulados allí por los rojos exiliados, según la cita de Thomas, que no los ha manejado porque, según él, son inaccesibles. Parece tratarse de un «rentoy» como réplica a quienes le achacan escribir sin haber estado en el Archivo del Servicio Histórico Militar, elementalmente indispensable para empezar a hablar del tema como investigador o historiador de fondo, y al que han tenido acceso sus colaboradores.

García Escudero, quizás abrumado ante la bibliografía y las dieciocho toneladas de documentos del Archivo de la Guerra de Liberación, se disculpa: «Yo no escribo estricta Historia, sino otra cosa, en la que entra la evocación del clima propagandístico que rodeó la guerra.» Es lo suyo, pero su talla de crítico le permite intuiciones estupendas a las que a veces no llegan los investigadores prendidos al documento, con visión demasiado pegada a la lupa. Su historia pretende ante todo ser política, como anuncia, aunque por su enorme capacidad va mucho más allá e invade muy dignamente los campos colaterales, como el militar, el social y aún el anecdótico. Se manifiesta pronto su gusto por las frases descriptivas, que en sí mismas expresan, como una definición, el amplio contenido de una idea, por la estadística, que sintetiza en números lo que lo anterior hace en palabras y por la anécdota expresiva, y en unas líneas marca los extremos de una actitud o situación. Con estos tres parámetros y una dosis concentrada del más puro sentido común, del rigor y la crítica histórica —yo diría que de sentido común sublimado, algo muy raro y muy difícil, aun en grandes cerebros—, logra el más perfecto andamiaje para su obra

magistral, en la que apunta esta frase de autocrítica muy oportuna hoy: «Sin miedo a darse uno mismo la razón.»

Tiene para lo documental una gran base en Ramón Salas, que ha estudiado la organización del bando más desconocido; en los archivos, agotadoramente se basa con una frecuencia excesiva en la *Historia ilustrada* de La Cierva, superada ya en bastantes puntos y sobre todo en su interpretación personal; menos de lo que debiera, quizás, en Martínez Bande, que en los once tomos, de los veinte que abarcará su obra, estudia por igual los dos bandos. Pero estas bases son, por otra parte, las más recientes, firmes y documentadas hasta hoy.

A mi ver un error, basado en Salas, es decir, que quienes estaban de permiso el 18 de julio no tardaron en incorporarse a sus unidades, porque los de Marruecos, no podrían hacerlo. ¿Cuántos legionarios estarían en las grandes capitales, como en Málaga, la legionaria? Los demás podrían incorporarse al bando contrario, que sería el rojo, por razón de la extensión de su zona y más aún de la población, con una superioridad gigantesca en ambos casos sobre la nacional. Voluntarios o forzosos, ahí irían la mayoría de los que estaban con permiso, no tanto en el caso de los militares profesionales comprometidos, confabulados para no disfrutarlo, pero los que lo disfrutasen, si no se incorporarían a los rojos, a los presos o a los cadáveres.

El cuadro de fuerzas y material de guerra —hombres, cañones, carros, aviones, fuerzas en presencia y bajas de material y personal— que toma de *La actualidad española*, está ya muy superado, aunque sigue siendo, como entonces pretendía, un buen indicativo general como base para la comparación y para la posterior investigación, como ya se está haciendo.

Los denigrados documentos de la conspiración roja, que todos dieron por falsos, y que fijaban la revolución marxista para el 1 de mayo de 1936, están reivindicados por Tomás Borrás, con datos fidedignos precisos sobre su origen y testimonios personales de quienes aún viven, que no fue falsificador, como dijo La Cierva, sino descubridor y divulgador. Borrás preparaba un libro sobre el tema.

El número de los defensores del Alcázar, muy variables aún en los últimos autores de un tema que parecía muy trillado, están recontados definitivamente en el libro que ganó el premio «Larra» de Rafael Casas de la Vega. En él son 1.767 los defensores, con sólo nueve cadetes, que se hicieron legendarios por la simpatía extranjera —«Son los cadetes de la Gascuña», traducían— y, en cambio, la mayor cifra es de 587 guardias civiles, de los que se habló menos, seguidos de lejos por 296 de tropa y 271 mujeres, aparte de cinco monjas. Vale la pena divulgarlo, porque precisa en la estadística, como el autor hace en otros temas, muchos aspectos sobre los que se había asentado la leyenda, tanto aérea como dorada. García Escudero, atento a la última bibliografía, no pudo recoger esto hace un año, pero sí sabía que Casas era el último tratadista, pero sucede que en sus artículos de entonces sólo sumaba la cifra de 1.227, tomada de Sánchez del Arco, el más creíble en aquel tiempo, lo cual no

encaja ni en los 1.767 refugiados, ni en los 1.203 defensores activos que ahora ha depurado en minucioso y difícil recuento. En cuanto al «incomprensible retraso de Escámez», hay que decir que en su declaración posterior el coronel García Escámez dijo no tener órdenes de Mola para ir a Guadalajara y que sólo fue por iniciativa propia al recibir llamadas de socorro. Por otra parte, parece que la llegada a tiempo no hubiera supuesto más ventajas que inconvenientes, y, desde luego, nunca una rápida ocupación de Madrid, ni siquiera una posibilidad de ocuparlo.

En el tercer tomo de la *Historia política de las dos Españas* hay una página en la que García Escudero empieza a desgranar los grandes enigmas de las decisiones de Franco. Ya se había planteado el primero, al no poderse precisar con exactitud la fecha y la hora del Alzamiento, en torno al cual es inevitable que siga habiendo misterios. Sobre los inconvenientes de desviar la marcha a Madrid por socorrer al Alcázar, se ha escrito mucho, demasiado, sin que nadie, hasta García Escudero, haya precisado con claridad para pensar que se avanzaba hacia Madrid con tal convicción de un triunfo seguro como la liberación del Alcázar sólo retrasaría unos días la conquista de la capital. Con eso está dicho todo, los cálculos para demostrar que no serían ocho días como Franco previó, sino unos cuatro, el retraso causado, son puro adorno de investigación. García Escudero cita unas declaraciones del Caudillo que asombran por su irrealidad: «Cometimos un error militar, y cometimoslo de propósito.» Eran declaraciones a Armando Buenaventura en el «Diario de noticias» de Lisboa en diciembre de 1936. Porque cada vez está más claro que en aquella situación no había tal error militar.

Respecto a la sorprendente defensa de Madrid, corrobora nuestra impresión sobre el escaso valor histórico de los libros de Vicente Rojo. García Escudero se identifica con La Cierva al añadir un «no» al título del general sobre el tema, que debiera titularse, «Así no fue la defensa de Madrid». Nos descubre que el «¡no pasarán!» lo pronunció por primera vez en España José Díaz en «Mundo Obrero» del 3 de febrero del 36. La Pasionaria tomaría nota para hacer de ello un grito de guerra en los primeros días del Alzamiento. Otra revelación, o al menos divulgación de un dato muy poco conocido, es que entre los defensores de Madrid hay 21 jefes y oficiales de Estado Mayor, mientras que los atacantes sólo cuentan con seis. De los defensores, el más importante y el que mejor carrera hizo en la guerra fue Vicente Rojo, que empezó de comandante y terminó de teniente general, aunque él no aceptó el ascenso. García Escudero hace una semblanza muy penetrante del general Rojo, como también observa la satisfacción de los militares profesionales cuando, por primera vez, pueden mandar a sus anchas, sin recelos ni cortapisas, tras lo cual, a página seguida traza, con rasgos fuertes y bien definidos, la semblanza de Miaja.

Sobre la llegada de los internacionales, punto oscuro hasta hace poco tiempo, García Escudero sabe bien a qué atenerse para quedar en que el

día 8 entró en fuego la 11.<sup>a</sup> Brigada. Niega la afirmación de Ramón Salas al decir que los asesores soviéticos no mandaron; porque ni Largo Caballero, ni Miaja, ni Rojo, ni Pozas, hubieran consentido actuar al dictado de ellos y, a título de ejemplo, hace observar que, por de pronto, la decisión de defender Madrid fue de los consejeros soviéticos. La afición de García Escudero por la estadística le lleva a destacar que en Brunete las bajas fueron más de la mitad de los cien mil hombres enfrentados. El tono de su obra le hace recoger con gran fortuna las frases felices que sintetizan o definen intuitivamente acaso un problema arduo o un operación, como también los adjetivos que permiten caracterizar sólo por ello cada batalla, su amplia mirada le permite comparar de vez en cuando los datos salientes de una de ellas con los de otras guerras.

La obra tiene mucho de análisis, síntesis y crítica de los libros de Ramón Salas y Ricardo de la Cierva, pues aunque utiliza con muy buen juicio y ponderadamente los de Martínez Bande, rara vez discute sus datos. García Escudero está de acuerdo con Salas en que los rojos perdieron la guerra en Madrid por la obsesión cantonalista de Miaja, manteniendo en la capital muchas más tropas y medios de los necesarios, que hubieran sido vitales como masa de maniobra para otros teatros de guerra. Explica García Escudero su objeción a Salas sobre las numerosas obsesiones de ambos bandos, sobre planteamientos estrictamente militares, diciéndole que si Mola fue a Madrid obsesivamente, era porque no sabía que la guerra iba a ser larga y pensaba, como todos, que se decidiría en la capital. Los rojos mantuvieron Madrid de acuerdo con los rusos, frente a la opinión de Largo Caballero que quería abandonar la capital para terminar de formar sus nuevas unidades, pero hace observar a Salas que Madrid era una bandera que debía mantenerse alzada, lo mismo que Franco, sin razones militares hubo de mantener en frente las ruinas de la Ciudad Universitaria.

Al estudiar la organización de los dos ejércitos, encuentra, con agudeza, que los rojos, gracias a sus medios, consiguieron un ejército teóricamente perfecto, pero Franco consiguió un ejército prácticamente mejor. Tras ello, en un análisis muy objetivo, desmonta por completo, de acuerdo con los datos de Salas, la leyenda de la inferioridad de medios de los rojos.

Subraya con gran penetración el problema vasco-separatista a propósito de la frase de Aguirre al desligar su ejército del gobierno central pretextando que «tenía un ejército controlado por los comunistas», pero le objeta con razón García Escudero que eso debiera haberlo pensado antes del 18 de julio. Subraya también los datos del teniente coronel Buzón diciendo que Bilbao se perdió en un 50 por 100 por la aviación y en otro 50 por 100 por Aguirre, y encuentra ridícula la frase tendenciosa de Steer diciendo que los defensores fueron empujados por las fuerzas combinadas de Alemania, Italia y Castilla. Recoge una anécdota muy significativa para definir un conjunto de aspectos de la dirección de la guerra en Asturias, que no está por completo en manos militares. Es aquella respuesta de la telefonista de Pola de Labiana ante una demanda urgente del ejército: «Le

pondré cuando acabe el servicio particular que, como paga, tiene preferencia.» A las cuatro horas caía en poder de los nacionales el puerto de Tarna.

Otra interesante réplica es la que señala la segunda objeción de Ramón Salas, quien encontraba como un fallo obsesivo de los nacionales el devolver golpe por golpe a los rojos. García Escudero explica muy bien que se hacía una guerra más que militar y no podían quedar sin réplica los ataques, porque ello era indispensable para mantener la moral de victoria nacional. Por eso se respondió a todos, menos al de Belchite. Otro de los puntos oscuros de la guerra, el de por qué no se fue a Cataluña, lo explica seguramente con la razón más convincente y documentada, revelada ahora por los archivos secretos alemanes, puesto que el Consejo Superior de Guerra francés se había planteado la posibilidad de una intervención general en España «si los alemanes se acercaban a sus fronteras por Cataluña». Ese es el juicio más atinado sobre el problema y la respuesta al asombro de Rojo al ver que al llegar a Vinaroz no continuase Franco sus operaciones catalanas.

Al estudiar la batalla del Ebro encuentra que aquella sí fue una batalla de equilibrio, de «paridad» de hombres y medios y anota que coincide en verla así el general Rojo por un bando y el general Kindelán por otro. Con más modestia que realismo dice García Escudero que el problema del Ebro no le corresponde resolverlo. Y cita la idea de Salas de que la batalla fue un error, puesto que los rojos hubieran sido destruidos más fácilmente y con mayor economía de bajas maniobrando por la línea del Segre, cosa que obligaría al enemigo a luchar en campo abierto, donde siempre eran superiores los nacionales. Aunque reconoce García Escudero que la crítica militar no es cosa suya, no parece muy de acuerdo con esa idea que repite la situación y la crítica, ya apuntada en Teruel por el mismo autor.

Ahora es el comentarista quien no quiere entrar en el análisis de las etapas históricas posteriores a la guerra. En cualquier caso los análisis previos y las síntesis finales que García Escudero nos ofrece —como un regalo documentado y ameno— de dos siglos de historia de España, pueden calificarse de obra definitiva. Su premio nacional es de los más justificados.

J. M. G.

OSCAR MUÑIZ: *Asturias en la guerra civil*. Ayalga Ediciones. Salinas (Asturias), 1976, 162 pp.

En la abierta panorámica de escritores serios no siempre los que se van consagrando pueden considerarse conocidos, y mucho menos populares. Oscar Muñiz es un ejemplo de novelista e historiador, que ha de figurar ya, por derecho propio, por la significación y calidad de sus obras representativas, de temas poco menos que exclusivos, en cualquier repertorio y cualquier diccionario biográfico de autores españoles contemporáneos, de historiadores monográficos y de novelistas puros. Hemos leído desde 1968, en que se estrenó con su novela *El coronel*, nada menos que seis obras con la de hoy, y tiene otras menores y otras a punto de imprenta, como es lógico. Su repertorio es *El ladrido*, *El juego del diablo*, *Con la piel cosida*, *El verano de la dinamita* y ahora ésta, *Asturias en la guerra civil*. Una continuidad mantenida por sus editores dice mucho de la calidad y la aceptación del autor por el público y la crítica. Pero quizá su obra más ambiciosa e ilusionada, aparte las preferencias por *El coronel* en novela, y por *El verano de la dinamita* en historia, sea su tesis doctoral jurídica sobre «El Consejo Soberano de Asturias y León», durante la guerra del 36, muy bien estudiada, desvelada, diría yo, como una novedad política, incomprensible hasta él en su verdadero sentido. Lo mejor no ha de ser siempre lo más comercial, tal es el caso de la tesis que los estudiosos de la sociología de esos años vitales esperan con expectación.

*Asturias en la guerra civil* es una obra de bolsillo que Ediciones Ayalga incluye en su Colección Popular Asturiana, impresa con gusto y buena presentación. La colección parece localista y, por ello, minoritaria, pero los atentos a estos temas bélico-poético-sociales, que son muchos, saben que el tema es básico en su género. El solo nombre de Asturias fue eje de la vida nacional en unos años y en unos aspectos, los más tensos de ella. Que respondiese o no a su mito, aquí se ve. Muñiz no quita nada al valor de los asturianos rojos, que, según otros, defraudaron su leyenda.

Juzgar hoy por el número de páginas, aquí 162, y por la presentación o tamaño de un libro, es ya una ligereza imperdonable al lector, es un grave error. Los temas monográficos y todo ese lío técnico de la promoción y comercialización de los libros imponen unas fórmulas que a veces sorprenden presentando en edición barata una obra de gran empeño. Pese a que el relato central, la historia de la guerra en Asturias, se resume en 117 páginas, su concreción y su inteligente síntesis crítica tiene valía, originalidad e investigación en sí misma, puesto que es extracto del trabajo de un investigador ya erudito en el tema bélico asturiano, con las tres obras citadas, tríptico de novela, historia y obra técnico-jurídica. Hay que decir también que la brevedad de la obra está lograda a fuerza de



concisión, casi castrense, de un ajuste de expresión y de léxico que elimina toda palabra ociosa, toda reiteración, al encontrar los datos y seleccionar, palabra a palabra, el término justo, exacto, preciso, donde cualquier autor de obras de bolsillo recurre al largo circunloquio para expresar una idea. Oscar Muñiz domina incluso la terminología militar y jurídica, doble cualidad inapreciable para la claridad del relato y la expresividad del párrafo, evitando fatigas al lector.

Una valiosa segunda parte biográfica, muy breve, en tan sólo once páginas, nos ofrece, como lo más valioso y nuevo de ella, la identificación de 17 personajes rojos, clave de la guerra en Asturias. Digo rojos porque si en la guerra del 36 en general es muy impreciso el término «republicano» para designar a un bando, aquí lo es mucho más. No era el republicanismo lo que caracterizó nunca a los revolucionarios asturianos. Pero eso no es inculpable al autor, Oscar Muñiz, sino a quienes trataron durante la guerra misma de atraerse a las democracias republicanas extranjeras, y después de ella adoptaron un término tan falso como inexpressivo por inercia o pereza política y mental. La tercera parte son quince páginas de cronología, en las que también hay que subrayar novedades. Yo he anotado noticias que, acaso sin ser nuevas, en el hecho de su sucinta enumeración destacan su originalidad, su importancia o su rareza, ofreciendo en su esquelética enunciación nuevos puntos de vista y nuevas perspectivas paralelas con otros sucesos, por analogía o por contraste.

En el apéndice documental, que constituye la cuarta parte del libro, resalta el decreto por el que el Consejo Interprovincial de Asturias y León asume la plena «soberanía», con la aparente antinomia de ser «soberano» sin ser autónomo ni independiente. La bibliografía es prudente, lo que hay que agradecer a Oscar Muñiz, cuando hoy hay tanta hipertrofia pedante en los autores, muchos de los cuales se adornan con plumas ajenas por el fácil recurso de recopilar repertorios bibliográficos, repitiendo erratas que delatan su desconocimiento de las fichas citadas. Las de Muñiz son selectas, orientadoras y realmente monográficas en lo esencial, algunas muy desconocidas en el poco estudiado tema de la guerra en Asturias, en lo que no sea la campaña de liberación de Oviedo, es decir, en la fase de liberación de septiembre y octubre de 1937.

Con esto podría quedar cumplido el comentarista. Pero no resisto a transmitir alguno de mis subrayados en la rápida lectura de la obra, especialmente interesante para mi personalísima atención al tema. El comentarista fue herido en Onís en un momento crítico de aquella campaña, en un día crítico también, central, el 25 de septiembre. Su íntima afección al hecho le justifica y le autoriza, aunque sólo sea a subrayar. Que el Consejo de Asturias y León se declaró soberano en la noche del 24 de agosto al ver que la caída de Santander era inminente, con la oposición de los comunistas, que terminaron por ceder. Que los efectivos del coronel Prada, defensor de Asturias, eran de 80.000 hombres, 200 cañones, un grupo de bombardeo y dos escuadrillas de caza, unos sesenta aviones, frente a los 100.000 hombres de Aranda y Solchaga juntos, con unos cien

aparatos entre los grupos nacionales y los de la Legión Cóndor. Que fueron las drásticas medidas del enérgico coronel Prada las que suprimieron las deserciones en masa y lograron que se batiese muy bien la 10 brigada, que Manolín Alvarez parase en Peñamelera Baja y las brigadas navarras se detuvieran en Celorio, al oeste de Llanes, y el C. E. de Galán se aferrase al terreno.

Pero, sobre todo, nos descubre o subraya que ante aquel frenazo el general Dávila tomó la imprevisible decisión de encaramar a los de Solchaga en la imponente sierra de Cuara, cuyo espinazo es eje de las dos rutas seguidas en el avance, dividiéndolas, con lo cual el avance siguió por su lomo con encarnizada resistencia en cada pico. Fue, pues, una resolución incidental y sorprendente la de aquella variante extraña que hizo variar direcciones de marcha a las tropas, volviendo sobre sus pasos para subir al durísimo macizo que acaba en Peña Blanca. Se superaba con ello el primer obstáculo serio de la liberación asturiana. Se endurecía la guerra, se temían los bombardeos aéreos de los puertos y los rojos quisieron salvar el Musel anclando en él el buque-prisión «José Luis Caso de los Cobos». Se extremó el «terror rojo» con las matanzas en la plaza de Francés, en Cangas de Onís y en el frente de Oviedo, en represalia por las derrotas en campaña. Se crearon los «tribunales populares», por el Consejo Soberano, exentos de notificar al Gobierno las penas de muerte. Pero el segundo parón de los navarros se produjo en el Sella, animando el optimismo de los defensores, que la llamaron «la línea Maginot asturiana», «la doble línea de agua y fuego del Sella». La cruzó la 5.<sup>a</sup> de Navarra por su curso alto y el desenlace fatal se vislumbraba ya cuando el 11 de octubre el «Boletín del Norte», órgano de los comunistas, propugnó «la agrupación de todas las fuerzas en un Frente Popular Antifascista» que provocó la reacción adversa de los demás partidos, que criticaron duramente la iniciativa. Asturias estaba perdida con el desamparo del Gobierno de Valencia, cuyos estrategas afirmaban que la lucha allí era un error de Franco, pues la cornisa cantábrica carecía de valor estratégico, ya que la guerra se decidiría en la zona central. En la noche del 12 huían el presidente del Tribunal Popular y el secretario particular del delegado del Gobierno. El consejero Amador Fernández quiso utilizar sus amistades en Francia e Inglaterra para conseguir que sus barcos evacuasen a los huidos, pero la gestión fue infructuosa. El 18 llegó al Musel el buque «Raina», con buena carga de armamento, que inmediatamente se repartió en el frente, pero cuando la defensa era ya imposible. El 19 el jefe del Ejército popular del Norte ordenaba destruir en setenta y dos horas las industrias militarizadas, al fracasar la negociación de entregarlas indemnes a los nacionales a cambio de que éstos permitiesen la salida al ejército asturiano. La orden era ya tardía y las factorías militares cayeron en pleno funcionamiento en manos de los liberadores de Asturias. El día 20 partieron por el aire los «asesores soviéticos», el coronel Prada embarcó en el torpedero número 3 y el Consejo Soberano salió a las ocho de la tarde en el pasquero «Abascal». Anota Oscar Muñiz que en la desbandada final hubo

grupos que se echaron al monte para proseguir en él una singular forma de lucha que tardaría años en extinguirse. El Gobierno central comprendió al fin el error y la derrota sufridos y propugnó, como lección, la unión y la seguridad de la retaguardia. Pero destaca Muñiz que la verdadera gesta de la campaña de Asturias fue de la infantería nacional, en una durísima lucha de montaña, con extraordinarias penalidades en los imponentes montes de la cordillera en general y de la sierra de Cuera en particular. Hasta el 10 de octubre, durante casi un mes, las tropas del coronel Prada habían resistido con firmeza a las brigadas navarras, pero su enorme desgaste, sin poder cubrir las bajas, y la apertura al sur del frente del general Aranda, hizo inevitable el total desmoronamiento a los quince meses de empezar la guerra.

Tales son los subrayados más notables en el relato perfectamente dosificado de Oscar Muñiz, serio, riguroso, de buena documentación y de síntesis. Aún me quedan otros subrayados en su cronología, del mayor interés, en las fechas clave de la iniciación del Alzamiento y el socorro, como la llegada de una bandera del Tercio a la columna de socorro a Oviedo, con un tabor de Regulares, el traslado al Cantábrico de la flota roja y tantas otras precisiones importantes para jalonar la historia.

Acabo. He aquí cómo un libro de bolsillo puede presentar novedades incluso en investigación, con su anticipo de conclusiones a las que se llega con el estudio detenido en obras mayores aún inéditas. *Asturias en la guerra civil*, de Oscar Muñiz, lo demuestra, y la Editorial Ayalga, de libros asturianos, ha sabido apreciarlo.

J. M. G.

FEDERICO BRAVO MORATA: *La rebelión de los generales*. Editorial «Fenicia». Madrid, 1975, 348 páginas.

La colección popular de historia de España contemporánea en que anda empeñado Federico Bravo Morata, con un índice de los dieciocho primeros volúmenes publicados, es una empresa importante de divulgación, más si se tiene en cuenta que a juzgar por el único que conozco, este tomo 18, se trata de libros de 350 páginas y van a ser muchos más, pues éste abarca sólo los cuatro primeros días del Alzamiento Nacional. La Editorial Fenicia puede estar satisfecha de la publicación y Bravo Morata también, sobre todo si tiene en cuenta algunas notas críticas que ya habrá recibido y otras que le seguiremos haciendo, porque lo merece en pro de la perfección de su obra. Sólo conozco otra de intención semejante en cuanto a libros de bolsillo populares —dejando aparte la magistral de los Amigos de la Historia, casi de lujo y no de bolsillo—, y me refie-

ro a las monografías que va publicando la Editorial Bruguera. Historia continuada ésta, tiene quizá mayor empaque y anda en los límites entre la divulgación y la vulgarización, pero en ambas se observa que al fin los escritores de orden periodístico, los de libros de quiosco, por clasificarlos de algún modo expresivo y nunca desmerecedor por ello, han logrado al fin verdadero acierto en la elección de fuentes generales pero seguras, gracias a que los grandes historiadores van dando ya los frutos de su investigación en obras cuajadas.

Al hablar de grandes historiadores me refiero aquí, claro es, a los indudables Martínez Bande, Ramón Salas y Ricardo de la Cierva, el gran tríptico de historiadores generales, sin menospreciar en absoluto a los que tienen una obra, aunque amplia, menos general. A ese tríptico, y sin postergarle entre ninguno de ellos, se añade ya, por derecho propio bien ganado, José María García Escudero, con su «Historia política de las dos Españas» (y que tomen nota quienes lo necesiten), pues ninguna de las obras anteriores suplen a ésta, en su amplio cuadro político, militar y social, hasta el punto de que, siendo la última y bien basada en las anteriores, de las que asimila en síntesis elaborada y crítica lo esencial, pudiera ser suficiente con sólo ella a los divulgadores.

Quisiera que quede bien claro el elogio general a este libro de Bravo Morata, porque me voy a permitir luego algunas puntualizaciones, inevitables en tema aún en plena investigación de lo secundario, pues lo general está ya bastante claro. Por ejemplo, después de la monumental «Historia del Ejército Popular de la República», en la que Ramón Salas expone una teoría general de la nivelación, encontrando equilibrio en las fuerzas iniciales de la guerra, en el material, en las ayudas extranjeras y hasta en las bajas, ha modificado sus datos encontrando primero algunas superioridades cuantitativas a favor de los rojos y sucesivamente va encontrando más desniveles en el mismo sentido; en el cualitativo ya las señaló. Lógicos hallazgos previsibles, pues que el Gobierno dispuso de la facilidad oficial para negociar el oro, la industria y producción agrícola, la mayor parte del Ejército peninsular y fuerzas de orden, los ministerios y estados mayores, con todo lo que ello significa para la movilización, planes de operaciones, servicios y hasta cartografía, mientras los de Franco tuvieron que hacer durante mucho tiempo —es un detalle sólo— la «guerra Michelin». Otro detalle podría ser el de la improvisación de cuarteles generales y academias de oficiales. Otro es que de los ocho generales jefes de división, los que antes y ahora serían capitanes generales de Región Militar, sólo uno, Cabanellas se sublevó en una capital anarquista, con 30.000 afiliados a la CNT, con una región sostenida de milagro. Y así, en los mandos superiores de África, en aviación y marina. Por eso empieza estando mal el título. No fue la sublevación de los generales, ni en su mas alta expresión, ni en la acepción absoluta tampoco.

Con ligeras variantes sobre los datos de Ramón Salas, nos dice Bravo que el 50 por 100 de los generales se situó abiertamente al lado de la conspiración. He dedicado mucho tiempo a las estadísticas del Alzamiento

to y no estará de más anticipar algunas correcciones, que en su día se verán documentadas. La conclusión sobre los generales en activo, a los que se alude, es que de los 82 hubo 39 comprometidos y tres sin actuar o neutrales: López Ochoa, fusilado por los rojos, pero que acaso lo hubiera sido igualmente de estar en el caso contrario; Virgilio Cabanellas, destituido por desconfiar los rojos de él, pero rigurosamente no conjurado, pese a lo interesante que hubiera sido poder contar con el jefe de la división militar de Madrid, por algo sería, y González Carrasco, comprometido, pero tan mal, que no sublevó Valencia y al cabo de ocho días huyó al extranjero, de donde le aconsejó Mola no volver a zona nacional, con lo que fue el único general que permaneció realmente neutral. Eso en cuanto a la cantidad. De la calidad, ya he señalado que los cargos clave y los mandos importantes estaban en manos de frentepopulistas, intencionalmente previsto así por el Gobierno.

Por esa razón no sirve considerar la actitud de los retirados: No tenían mando y también habría que considerar los de zona roja: Nada importa que entre ellos se contase Sanjurjo, Dávila, Ponte y Gómez Jordana, porque lo difícil era hacerse con el mando y da igual retirados o no, porque tan difícil le fue a Queipo ganar Sevilla, donde no mandaba como al coronel Gistau tomar el mando en Burgos. En cualquier caso, no es lo más importante la clasificación de los comprometidos, sino el resultado tras el Alzamiento. No olvidemos que los generales Barrera y Fernández Pérez se separaron de la conspiración días antes tan sólo, que muchos comprometidos no respondieron, al menos a tiempo, que es decir con eficacia y que muchos fracasaron. El balance de los primeros días o meses era: de los 39 generales actuando, 17 con los nacionales, los demás eran fusilados (14 por los rojos y seis por los nacionales, más López Ochoa, en el primer caso, aunque neutral; el resto condenados, entre ellos Virgilio Cabanellas, por los rojos, o evadidos de una zona a otra. En la lista de Bravo hay pocos errores, ninguno en los nombres de los fusilados en zona nacional, dos de más en los de zona roja, pues repite el nombre del general Miquel y da por comprometido a López Ochoa, como a Virgilio Cabanellas, aunque éste fue sólo separado del servicio.

Tampoco puede afirmarse el asesinato de generales en ambos bandos por igual, porque en zona nacional no fue ejecutado ni uno sólo de los seis, sin previo consejo de guerra, con todas las formalidades. Bravo generaliza sin pensar en ello: «Igual que en campo contrario, algunos de estos generales no son fusilados previo juicio, sino eliminados por los grupos político-militares más exaltados, en los primeros días de la rebelión.» Porque de los 15 ejecutados por los rojos, sólo seis fueron fusilados por condena de consejo de guerra, los otros 15 fueron asesinados, a saber: López Ochoa, Villegas, Capaz, González de Lara, Patxot, Carlos Boch, Miquel, Fernández Ampón, Araujo y Atienza, frente a los seis condenados a muerte en zona nacional. Pero eso ateniéndonos sólo al Estado Mayor General. Si se tienen en cuenta los asimilados de Intendencia, Sanidad, Jurídicos e Interventores y de Orden Público, los asesinados su-

man 31 como ahora dirá en *Historia y Vida* el historiador Ramón Salas, que también añade cuatro más de esta categoría a los condenados en zona nacional, al final de la guerra: almirantes Azarola y Molina y generales Martínez Cabrera y Aranguren. Con lo cual el cuadro de ejecuciones de generales queda en 36 en zona roja (31 asesinados) frente a diez en la nacional (ninguno asesinado).

En cuanto al general Batet, dice Bravo Morata que fue fusilado en Burgos casi al mismo tiempo que González de Lara en Guadalajara. No, porque éste cayó asesinado por los asaltantes de la capital alcarreña, columna Puigdemgola, el 26 de julio de 1936, y aquél, siete meses después, el 18 de febrero de 1937, al cumplirse la condena a muerte del Consejo de Guerra. Un triste balance, pero una indispensable puntualización histórica.

Si no fue la sublevación de los generales, tampoco puede decirse que fuese la de los oficiales, ni la de los jefes y oficiales. Bravo Morata sigue también en esto las cifras de Ramón Salas, con muy buen acierto, de las que defieren muy poco mis personales recuentos, si bien yo me limito un poco más a quienes pueden actuar activamente y sumo 7.719 jefes y oficiales del Ejército de Tierra, o bien 12.785 de los tres Ejércitos y Orden Público en zona nacional, frente a 7.624 y 12.849, respectivamente, en zona roja, como se ve, con diferencias que no llegan a cien en cualquier caso. Bravo alude a la calidad, indudablemente superior, de los nacionales, y más si se tiene en cuenta a los de Marruecos, que estuvieron sin desembarcar en la Península hasta el 5 de agosto y pudieron hacerlo con mucha suerte. Eran esos y otros «coroneles tan brillantes o más que sus generales, muy fogueados». Un cuadro de mandos infinitamente superior. Lo cual también puede ser exagerar mucho, sobre todo en los peninsulares, pues la misma guerra habían hecho y a los sublevados les faltaba en gran parte Estado Mayor. Tampoco tiene lógica decir que al Gobierno, por desconfianza de los generales, no le queda más camino que echarse en brazos de los partidos y sindicales del Frente Popular que le llevaron al Poder. ¿Para sustituir a los generales? Quedamos en que no fue rebelión de generales, ni siquiera al 50 por 100, y en esta proporción pudo serlo de jefes y oficiales.

Atiende Bravo Morata al aún enigmático asunto de la fecha prevista para el Alzamiento. La fecha final, claro está, puesto que se fue variando sucesivamente. Da varios datos, muy acertados, con alguna referencia poco conocida, como el famoso telegrama del «parto de Elena», que sólo ha recogido George Hills, quizá de un testimonio verbal, pero que Bravo modifica, añadiendo que el Alzamiento en la Península sería el 19 de julio, precisamente a las cuatro de la mañana, cuando parece probado que la hora «H» eran las nueve. En ese telegrama parece haber un error de interpretación de Hills, sumando en vez de restar el uno del texto «un hermoso niño» para la fecha de la sublevación en Africa, que había de ser un día antes, el 18, y no después el 20, como dice Hills. Bravo lo toma de la biografía de Mola escrita por el general Vigón, página 171, cosa

que el traductor de Hills no pudo comprobar, por desconocerlo. Bravo Morata, en cambio, parece desconocer la versión divergente de Hills y no contrasta tal divergencia. Reproduce luego las fechas escalonadas del día «D» en los días 18, 19, 20 y aún, acaso, el 21, reservado para Madrid y Valencia. Es una variante de tantas, que subleva el 18 más capitales de lo conocido, pues además de Marruecos se incluyen Sevilla y Málaga, Burgos, Valladolid y Aragón. Luego duda largamente sobre la «providencial muerte del general Balmes que da ocasión para que Franco se traslade desde Canarias a Africa, recurriendo a reproducir varios textos, unos fidedignos y otros tendenciosos sin base ni información digna de crédito.

Por dos veces enfrenta los datos estadísticos de Ramón Salas en su reciente y colosal *Historia del Ejército Popular de la República* (1973) con los de Ricardo de La Cierva en su *Historia Ilustrada*, sin saber que éste toma sus cifras del mismo Salas en un trabajo de tres años antes, cuyos datos eran aún provisionales, concretamente en *Aproximación Histórica a la Guerra Española* (1970), precisados hoy en su obra definitiva, aunque sujetos aún a posteriores revisiones, puesto que Salas recurre a los números de las plantillas, cuando no encuentra estados de fuerza recientes en que apoyarse. En general, a Bravo Morata le gusta buscar confrontación en versiones distintas de un mismo suceso, donde no se han cuidado las minucias, porque se va a lo esencial, por eso encuentra contradicciones (registro en la Comisión de Límites de Melilla, como antes en la muerte de Balmes), porque los autores de la primera etapa histórica tienen a mano sólo apuntes del fondo de la cuestión y confían a la memoria los pequeños detalles. En el asunto de la Comisión de Límites recoge hasta seis relatos sólo para confrontar si la rendición de los guardias de Asalto fue antes o después de estar frente a ellos el pelotón de legionarios, cuando el hecho es que ceden ante su influjo, físico y moral.

En el recuento total de fuerzas recoge Bravo el dato de Payne de que estaba de permiso la mitad de la tropa, permiso de verano incrementado por el Gobierno para debilitar las unidades temiendo una posible sublevación. Payne se basaba en autores antiguos del bando nacional. En mis recuentos de estados de fuerza del 15 de julio, regimiento por regimiento he llegado a la conclusión de que sólo faltaban en las unidades un 27 por 100 de soldados de permiso, por término medio, no contando los oficiales, que no consta, porque los conjurados habían renunciado al permiso, en previsión de acontecimientos. Por esa razón tampoco tenía cada batallón una media de 200 soldados, el regimiento que menos tenía eran 700 (distribuidos en dos batallones y plana mayor), es decir, unos 300 hombres por batallón; pero de los 42 regimientos de Infantería había cinco con 900 a 1.300 soldados y la mayoría con más de 800 hombres, es decir, más de 300 por batallón.

Contrasta en sus fuentes el que dedique páginas enteras a reproducir textos novelescos, al menos sin pretensión histórica, de Luis Romero, en *Tres Días de Julio*, como el de la estación de radio de la Marina. Entre otros errores —éste puede pasar por errata— sitúa en Zamora como jefe

del Alzamiento al general García Alvarez, que tenía el mando en Salamanca, ilustra una hermosa página con un desfile del clero castrense italiano, de sotana, de a tres y brazo en alto, que será sin duda de la Italia fascista, pero nada tienen que ver con España ni con su guerra, basta ver sus extraños sombreros de «versaglieris».

Ignoro de dónde extrae sus datos sobre las fuerzas de Madrid, con 400 hombres en total en vez de 765 en el regimiento número 31 de Infantería, y 300, en vez de 869, en el número 1; y 500, en vez de 848, en el número 6. En caso de que no cuente los oficiales y suboficiales, mis números se reducirían en unos cien hombres, pero de todos modos, los suyos, demasiado redondos, son sospechosos y disminuidos en un 50 por 100, lo que hace pensar que parte de su elevado cálculo de permisos. Toma Bravo los datos de la *Historia de la Cruzada* y su redondeo ya le hace sospechar poca precisión, pero los acepta a falta de otros y de reproducirlos por esa razón García Venero en su biografía del general Fanjul. Espero poder ofrecer pronto el recuento que está haciendo falta, listo ya para la imprenta. García Venero reprodujo también esos datos en su posterior estudio sobre el Alzamiento en Madrid, titulado *Madrid, julio 1936*, mucho más documentado en lo demás y que es lástima que no lo haya tenido en cuenta Bravo Morata, pues ya estaba publicado al aparecer su libro.

No valora las fuentes objetivamente, aunque las utiliza con intuición y relativo acierto. Por ejemplo, la *Historia de la Cruzada*, sólo es en su forma «triumfalista», como hoy se dice, en la adjetivación, en los datos es una fuente importantísima, que, clara o vergonzantemente, utilizan los historiadores y novelistas de cualquier ideología. Bravo, que ya ha calificado con parcialidad, en términos generales a los «historiadores de la cuerda victoriosa», como si fuesen más dignos de crédito los resentidos por la derrota, los de las «memorias justificativas» y revanchistas, emite un juicio injusto de la obra que dirigió Arrarás:

*La célebre Historia de la Cruzada, escrita a poco de terminarse la guerra civil, redactada en un lenguaje apasionado y heróico, muy propio del momento y del peculiar estilo de los vencedores.*

Pero de buen estilo literario y gramatical y con noticias históricas tan de primera mano que muchos las quisieran obtener hoy. Incomparablemente más serio en su forma que cualquier «historia» de los rojos, de empalagoso estilo panfletario, saturados de fraseología política demagógica, populachera e insultante. Prescindiendo de la copiosa bibliografía de temas específicos, que no son necesarios para obras de vulgarización y de bolsillo, se ha perdido fundamentalmente para el tema la interesantísima biografía de Mola escrita por su secretario, José María Iribarren, hoy a la venta en nueva edición, las *Memorias de la Conspiración* de Lizarza, y las de Jaime del Burgo, además del último libro de García Venero.

He insistido más en los defectos que en los aciertos, pero la extensión





de este comentario representa en sí misma una atención desproporcionada al volumen, prueba de que es su calidad la que lo justifica. Un pequeño libro que dice mucho y con general acierto, sin pararnos a los detalles particulares de la sublevación en cada provincia española, que en general tiene el buen tratamiento que hemos juzgado al considerar el plano total del libro.

Insisto en que la verdad histórica se abre camino cuando los investigadores trabajan y convergen hacia la historia rigurosa. Entonces los divulgadores la llevan al gran público, porque la fuerza de la verdad les arrastra a seguirla.

J. M. G.

OBRAS PUBLICADAS  
POR EL  
SERVICIO HISTORICO MILITAR

*Acción de España en Africa.*

Tomo I: *Iberos y bereberes* (Madrid, 1935), 296 páginas, 16,55 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente* (Madrid, 1941), 295 páginas, 27 pesetas. (Agotado.)

Tomo III: *El reparto político de Africa* (Madrid, 1941), 162 páginas, 20,35 pesetas. (Agotado.)

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimido y distribuido por el Servicio Geográfico del Ejército.

*Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).*

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones (Madrid, 1946), 18 pesetas.

*Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.*

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947), 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general* y *Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

*Historia de las Campaña de Marruecos.*

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947), 59,75 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1951), 138 pesetas.

*Campañas del Rif y Yebala.*

Por el General DÁMASO BERENGUER.

Tomo I: El Raisuni y nuestra acción de Protectorado (Madrid, 1948), 337 páginas. (Agotado.)

Tomo II: La ocupación de Xauen y Monte Mauro (Madrid, 1948), 328 páginas. (Agotado.)

*Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.*

Un volumen de 56 páginas con grabados y fotografías (Madrid, 1947), 10 pesetas.

*Los tercios de España en la ocasión de Lepanto.*

Un volumen de 291 páginas, con láminas en color, apéndice documental y facsímiles de documentos inéditos (Madrid, 1971), 250 pesetas.

*Historia de las armas de fuego y su uso en España.*

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas (Madrid, 1951), 85 pesetas. (Agotado.)

*Nomenclátor histórico militar.*

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar. 372 páginas (Madrid, 1954). (Agotada.)

*Acción de España en Perú.*

Un tomo de 557 páginas con ilustraciones (Madrid, 1949), 67 pesetas.  
(Agotado.)

*Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.*

Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general.*

El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427, 60 pesetas (Madrid, 1950). (Agotado.)

Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá.*

El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas (Madrid 1953). (Agotado.)

Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico.*

El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas (Madrid, 1955). (Agotado.)

Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central.*

El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas (Madrid, 1950). (Agotado.)

Tomo V y Carpeta de mapas: *Colombia.* (En preparación.)

*Campañas en los Pirineos, finales del siglo XVIII (1793-1795).*

Tomo I: *Antecedentes.* Ilustrado con grabados y fotografías (Madrid, 1949), 341 páginas, 66 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña,* ídem, 682 páginas, 100 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo III: *La campaña de Cataluña,* ídem, en dos volúmenes, 380 y 514 páginas, 172 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales,* ídem, 752 páginas, 356 pesetas (Madrid, 1959).

*Catálogo de la Colección histórica documental del Fraile.* (Guerra de la Independencia.) (Madrid, 1947 a 1950).

Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: Letras CH a la K, 226 páginas, 20 pesetas. (Agotado.)

Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.

Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas

*Cursos de Metodología y Crítica Históricas*, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

Tomo I: *Curso Elemental* (1947-1948). 200 páginas.

Tomo II: *Curso Superior* (1949). 359 páginas.

Madrid, 1948-1950. (Agotados.)

*El ataque a través del Canal* (Madrid, 1963).

Un volumen de 602 páginas, con 25 mapas. No está a la venta.

Versión española de la obra de Gordon A. Harrison *Cros Chánnel attack*, segundo volumen de la subserie «El Teatro de Operaciones europeo», de la enciclopedia «El Ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial», que se publica bajo la dirección de la Jefatura de Historia Militar del Departamento del Ejército.

*Galería militar contemporánea.*

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando* (Madrid, 1953).

Con historia de la Orden y relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 387 páginas, 85 pesetas.

Tomo II: *La Medalla Militar*. Primera parte: Generales y Coroneles (Madrid, 1970). Con historia de la condecoración, relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 622 páginas, 350 pesetas.

Tomo III: *La Medalla Militar*. Segunda parte: Tenientes coroneles y Comandantes, 497 páginas, 350 pesetas.

Tomo IV: *La Medalla Militar*. Tercera parte: Oficiales, 498 páginas, 400 pesetas.

Tomo V: *La Medalla Militar*. Cuarta parte: Suboficiales, Tropa y condecoraciones colectivas, 513 páginas, 800 pesetas.

(A los caballeros de la Medalla Militar incluidos en la obra se les bonifica con un 40 por 100 de descuento.)

*Tratado de Heráldica Militar.*

Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino (Madrid, 1949), 225 pesetas. (Agotado.)

Tomo II: 390 páginas, ídem, 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1951). (Agotado.)

Tomo III: 374 páginas, ídem, 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1959).

Tomo IV: El anunciado como tal, pasó a constituir la obra «Heráldica e Historiales de los Cuerpos».

### *Heráldica e Historiales de los Cuerpos.*

Tomo I: Infantería (Emblemática del Ejército, de la Infantería y de la Enseñanza Militar. Historia de las Academias Militares. Historiales, escudos y banderas de los once primeros. Regimientos de Infantería). 294 páginas, 66 láminas a todo color y 9 en negro (Madrid, 1969).

Tomo II: Infantería (Historiales, escudos y banderas de los diecinueve siguientes Regimientos de Infantería). 234 páginas, 50 láminas a todo color y 10 en negro (Madrid, 1969).

Los dos tomos (inseparables), 2.161 pesetas. (Agotado.)

Tomo III: Infantería (Historiales, escudos y banderas de los Regimientos de Infantería, hasta el número 40). 420 páginas, 54 láminas a todo color, 1.000 pesetas (Madrid, 1973).

Tirada aparte de 135 láminas a todo color de escudos, banderas y distintivos de Unidades del Ejército, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969), 250 pesetas. (Agotado.)

Tiradas aparte del Historial de cada uno de los Regimientos, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969), 25 pesetas. (Algunos agotados.)

### *Monografías histórico-genealógicas.*

1. Regimiento de Infantería Inmemorial núm. 1 (1965), 22 páginas, 25 pesetas. (Agotado.)
2. Regimiento de Caballería Dragones de Santiago núm. 1 (1965), 18 páginas, 25 pesetas.
3. Regimiento Mixto de Artillería núm. 2 (1965), 15 páginas, 25 pesetas.
4. Regimiento de Zapadores para Cuerpo de Ejército (1965), 24 páginas, 25 pesetas.

### *Estudios sobre la guerra de España (1936-1939).*

1. *Historia de la Guerra de Liberación 1936-1939*. Vol. I: *Antecedentes*. 457 páginas. Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército
2. *La guerra de minas en España* (Madrid, 1948). Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.

3. *Síntesis histórica de la guerra de Liberación*. 233 páginas (Madrid, 1968) (Servicio Geográfico del Ejército), 25 pesetas.

### *Monografías*

1. *La marcha sobre Madrid*. 213 páginas, 18 croquis, 22 láminas de fotograbados. 1.<sup>a</sup> edición: Madrid, abril de 1968. 2.<sup>a</sup> edición: junio de 1968. 300 pesetas. (Agotada.)
2. *La lucha en torno a Madrid en el invierno de 1936-1937*. Operaciones sobre la carretera de La Coruña. Batalla del Jarama. Batalla de Guadalajara. 230 páginas, 19 croquis, 22 láminas de fotograbados (Madrid, 1969), 300 pesetas. (Agotada.)
3. *La campaña de Andalucía*. 242 páginas, 17 croquis, 22 láminas de fotograbados (Madrid, 1969), 300 pesetas. (Agotada.)
4. *La guerra en el Norte*. La campaña de Guipúzcoa. El socorro a Oviedo. La ofensiva sobre Vitoria. La gran ofensiva sobre Oviedo. 295 páginas, 16 croquis, 22 láminas de fotograbados (Madrid, 1969), 300 pesetas. (Agotada.)
5. *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*. 320 páginas. Numerosos croquis, documentos y fotografías inéditas (Madrid, 1970), 300 pesetas. (Agotada.)
6. *Vizcaya*. 315 páginas, 26 láminas fotográficas en negro y 17 croquis a tres tintas, 15 documentos, bibliografía y cronología (Madrid, 1971), 300 pesetas.
7. *La ofensiva sobre Segovia y la Batalla de Brunete*. 330 páginas, 12 croquis en color, 24 láminas negro (Madrid, 1972), 300 pesetas.
8. *El final del Frente Norte*. 313 páginas, 13 croquis en color, 24 láminas en negro (Madrid, 1972), 350 pesetas.
9. *La gran ofensiva sobre Zaragoza*. 301 páginas, 14 croquis en color,
10. *La batalla de Teruel*. 328 páginas, con numerosas fotografías, croquis a tres tintas y 12 documentos (Madrid, 1974), 400 pesetas.
11. *La llegada al mar*. 323 páginas, 10 croquis en color, 24 láminas en negro, 13 documentos (Madrid, 1975), 550 pesetas.
12. *La ofensiva sobre Valencia*, 296 páginas, 12 croquis en color, 22 láminas en negro, 12 documentos (Madrid, 1977).

### *Catálogo de la Exposición Histórico-Militar*

- 50 páginas, 12 láminas (Madrid, diciembre 1967), 50 pesetas. (Agotado.)

*La guerra de la Independencia* (Madrid, 1966).

- Tomo I: *Antecedentes y preliminares*, 483 páginas profusamente ilustradas (Madrid, 1966), 400 pesetas.  
 Tomo II: *La primera campaña de 1808*, 480 páginas con numerosos croquis y láminas (Madrid, 1972), 400 pesetas.  
 Tomo III: *La segunda campaña de 1808*, 376 páginas (Madrid, 1974), 425 pesetas.  
 Tomo IV: *Campaña de 1809*, 376 páginas (Madrid, 1977), 525 pesetas.

*Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).*

- Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas. (Agotado.)  
 Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.  
 Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.  
 Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro (Madrid, 1944-1952).

*Europa y Africa entre dos grandes guerras.*

- Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas (Madrid, 1944).  
 Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, número 21.

*Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.*

- Tomo I: Primer período, 310 páginas, 34,50 pesetas. (Agotado.)  
 Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.  
 Ilustrados los dos con mapas y planos (Madrid, 1947).

*Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la Guerra,* en el Servicio Histórico Militar (Madrid, 1947).

- Un volumen, 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. (Agotado.)



*Boletín de la Biblioteca Central Militar.*

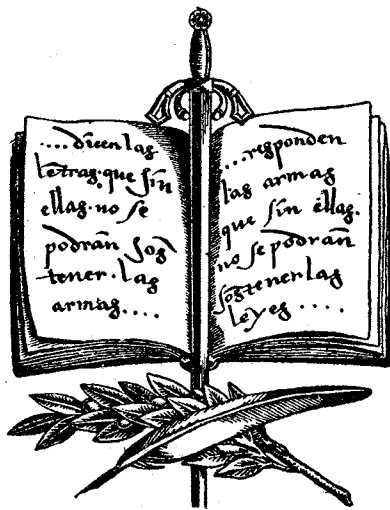
13 tomos para formación de los Catálogos (Madrid, 1945 a 1956). No están a la venta.

*Revista de Historia Militar.*

Un número semestral de 200 a 250 páginas, 75 pesetas. (Algunos números agotados.)

*Indices de la Revista de Historia Militar.*

Temáticos, cronológicos, de autores, de voces, de recensiones (1957-1962), 82 páginas (Madrid, 1970). (Agotado.)



La participación militar de Francia en la toma de Pensacola, por René Quatrefages . . . . .	7
El general José Miranda, un héroe olvidado, por Julio Repollés de Zayas . . . . .	31
La expedición pacificadora al río de La Plata de 1819, por Stella-Maris Molina Muñoz . . . . .	51
Los voluntarios realistas de Andalucía, por Alfonso Braojos Garrido . . . . .	77
La expedición carlista del general Gómez, por Luis Lavaur . . . . .	105
La improvisación de oficiales en la Guerra del 36, por José María Gárate Córdoba . . . . .	153